

MEMORIAS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN CHILE

NARRATIVAS GENERACIONALES DEL PERÍODO 1973-2013

PSICOLOGÍA
SOCIAL DE LA
MEMORIA

Investigación y redacción:

Isabel Piper Sh., Roberto Fernández D., Mauricio Sepúlveda G.,
Lelya Troncoso P., Tamara Jorquera A., Loreto López G.

Apoyo de investigación:

Catherine Galaz, Javiera Ramos, Catalina Alvarez

Ilustraciones:

Amalia Alvarez

Diagramación:

Carlos Altamirano

Proyecto Fondecyt regular n° 1140809 “Memorias de la Violencia
Política en Chile: Narrativas Generacionales del período 1973-
2013”, financiado por CONICYT.



FONDECYT
Fondo Nacional de Desarrollo
Científico y Tecnológico

MEMORIAS DE LA
VIOLENCIA POLÍTICA EN CHILE:
NARRATIVAS GENERACIONALES
DEL PERÍODO 1973-2013

PSICOLOGÍA
SOCIAL DE LA
MEMORIA

ÍNDICE

Introducción	5
Relato visual de las memorias de la violencia política a lo largo de tres generaciones	7
Ni víctimas, ni héroes, ni arrepentido/as	21
Ninguna calle llevará tu nombre	43
Los años Noventa	61
Los 90: romper con la medida de lo posible	83
Violencias políticas en los años 2000	100
Violencias multiformes, enemigos difusos y resistencias relativas	159

INTRODUCCIÓN

En el marco de la investigación “**Memorias de la Violencia Política en Chile: Narrativas Generacionales del período 1973-2013**” (Proyecto Fondecyt Regular N° 1140809),¹ se realizaron seis Producciones Narrativas cuyo propósito fue indagar en las memorias colectivas que se construyen sobre la violencia política en la historia reciente de Chile (1973 – 2013) desde diferentes posiciones generacionales.

Cada Producción Narrativa es un texto elaborado por el equipo de investigación en conjunto con las/os participantes de la misma, a partir de tres sesiones de conversación grupal. En estas sesiones se discuten las temáticas de la investigación y se elabora un texto: la Producción Narrativa que da cuenta de estas discusiones desde el punto de vista de las/os participantes. La propuesta metodológica de las Producciones Narrativas se inscribe en una perspectiva investigativa que busca relevar la voz de las/os actores sociales, narrando sus experiencias y puntos de vista en primera persona. En este sentido, esta metodología considera a las/os participantes como co-autores/as de los relatos que se elaboran, estableciéndose así una mayor horizontalidad entre investigadores/as y actores/actrices sociales.

En la primera sesión se abordaron los recuerdos de las/os participantes sobre sus experiencias y puntos de vista en torno a la violencia política. A partir de lo conversado en esa sesión, el equipo de investigación elaboró un primer texto que recogía la discusión, y sobre el cual se trabajó durante las otras dos sesiones. De este modo, progresivamente se pudo profundizar en aspectos considerados como relevantes para ambos grupos.

En total participaron 32 personas, quienes habían intervenido activamente en movilizaciones políticas y/o sociales en diferentes momentos del periodo estudiado. Las/os participantes se dividieron en seis grupos en función de su pertenencia generacional y de sus posiciones, más cercanas o distantes, respecto de la violencia como forma de acción política.

De este modo, las narrativas producidas según generación y características de los grupos constituidos, son las siguientes:

Producción Narrativa 1: “Ni víctimas, ni héroes, ni arrepentido/as”.

Generación de 1980. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más cercanas al uso de violencia como instrumento de acción política.

¹ El equipo de investigación está conformado por: Isabel Piper Shafir, Roberto Fernández Droguett, Lelya Troncoso Pérez, Mauricio Sepúlveda Galeas, Loreto López González, Tamara Jorquera Álvarez, Catalina Álvarez Martínez-Conde y Javiera Ramos Basso.

Producción Narrativa 2: “Ninguna calle llevará tu nombre”.

Generación de 1980. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más distantes al uso de violencia como instrumento de acción política.

Producción Narrativa 3: “Los años 90”.

Generación de 1990. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más cercanas al uso de violencia como instrumento de acción política.

Producción Narrativa 4: “Los 90, romper con la medida de lo posible”.

Generación de 1990. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más distantes al uso de violencia como instrumento de acción política.

Producción Narrativa 5: “Violencias políticas en los años 2000”.

Generación de 2000. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más cercanas al uso de violencia como instrumento de acción política.

Producción Narrativa 6: “Violencias multiformes, enemigos difusos y resistencias relativas”.

Generación de 2000. Personas que participaron en grupos, movimientos u organizaciones políticas y/o sociales que se posicionaron más distantes al uso de violencia como instrumento de acción política.

Para cada generación, se propuso comenzar la discusión apelando a los recuerdos que las/os participantes construyen sobre hechos significativos que fueron altamente relevantes para cada período histórico estudiado. De esta forma, propusimos para la generación de la década de 1980 las Jornadas de protesta contra la dictadura, para la de 1990 la Detención de Pinochet en Londres y, finalmente, para la del 2000 se consideraron las movilizaciones estudiantiles tanto del 2006 como del 2011.

En esta compilación se presentan las seis Producciones Narrativas, antecedidas de trece imágenes inspiradas en recuerdos altamente significativos de las/os participantes que emergieron durante el proceso de elaboración de las narrativas. Estas imágenes, elaboradas por la ilustradora Amalia Alvarez, se basan en segmentos de las Producciones Narrativas seleccionados por el equipo de investigación en función de la relevancia de los hechos recordados para las/os participantes y de su carácter fuertemente visual. De este modo hemos buscado complementar la dimensión escritural de la propuesta metodológica de las Producciones Narrativas con una aproximación visual a las memorias de la/os participantes y al proceso de elaboración colectiva de sus recuerdos.

**RELATO VISUAL DE LAS MEMORIAS
DE LA VIOLENCIA POLÍTICA
A LO LARGO DE TRES GENERACIONES**

Santiago de Chile
verano 2016

Después de haber trabajado durante meses para recobrar la memoria de los ochenta...

... EN LOS 80 FUE MUY VIOLENTO TODO...



RECORDAR LA VIOLENCIA DE LOS OCHENTA ES, EN PARTE, RECORDAR LA MUERTE DE LOS HERMANOS VERGARA, DE LOS TRES PROFESORES DEGOLLADOS, DE PATRICIO SOBARZO Y CUANDO QUEMAN A CARMEN GLORIA QUINTANA Y RODRIGO ROJAS.



ESAS SON IMÁGENES QUE ALGUNAS DE NOSOTRAS TENEMOS CUANDO PENSAMOS EN LA VIOLENCIA DE ESTADO O EN LA POLÍTICA DE LOS 80....

SIN DUDA!



TAMBIÉN RECORDAMOS LA PENSA Y LA RABIA CON LOS ASESINOS, CON LA PRECARIEDAD DE LO QUE OCURRÍA

CLARO, Y CON LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN QUE ERAN CÓMPlices DE LA VIOLENCIA. JUNTO CON EL RECUERDO DEL IMPACTO QUE PRODUCERON ESAS MUERTES Y LA ELIMINACIÓN DE LOS Y LAS COMPAÑEROS/AS, SE RECUERDA LA VIOLENCIA DE LOS PACOS EN LAS PROTESTAS, CACHAI?





TODAVÍA TENGO LA IMAGEN DE UN PACO GIGANTE CON LA CARA TRANSFORMADA, ASÍ COMO DE SUS PALOS Y GOLPES.

AL MISMO TIEMPO SE RECUERDA LA VIOLENCIA POLÍTICA EJERCIDA POR LAS ORGANIZACIONES SOCIALES, COMO UNA FORMA DE LUCHA POLÍTICA Y RESISTENCIA.



AHORA BIEN, MÁS ALLÁ DE LA TEORÍA, ENTENDÍ LO QUE ERA REALMENTE LA VIOLENCIA CUANDO ME DETUVIERON. CUANDO UNA SIENTE QUE YA CAGÓ, DICE ¡ESTO ES VIOLENCIA! CUANDO MI CASA SE LLENÓ DE AGENTES DE LA CNI PUDE CONSTATARLA Y RECIÉN DIMENSIONAR QUÉ SIGNIFICABA, CÓMO LA IBA A VIVIR Y CUÁNTO AGUANTABA, PORQUE LA REACCIÓN QUE CADA UNA TIENE FRENTE A ELLA ES MUY PARTICULAR...





CLARO, YO ME ACUERDO QUE CUANDO ESTABA EN EL LOCAL DE LA CNI, MIRANDO LOS RAYADOS DE QUIÉNES HABÍAN ESTADO AHÍ, ME DIO UNA RABIA TAN GRANDE QUE LOS HABRÍA MATADO, Y ME DIJE QUE ESO NO PODÍA SEGUIR PASANDO.

ESE RECUERDO DE VIOLENCIA NO SE ME HA SALIDO MÁS DE LA CABEZA. ES UN RECUERDO QUE ME LLENABA DE ADRENALINA ODIOSA Y QUE ME HACÍA SALIRME DE MÍ MISMA. DESPUÉS ME FUI A LA CASA SINTIENDO QUE HABÍA QUE SEGUIR DEFENDIÉNDOSE, PORQUE ERA DEFENSA.



CUANDO A UNO/A LE DA RABIA CON ALGUIEN PUEDE PATEARLE, PUEDE PEGARLE COMBOS, RASGUÑARLE, TRATAR DE SACARLE LOS OJOS, PERO LA VIOLENCIA Y TORTURA SISTEMATIZADA QUE EJERCÍAN LOS MILICOS ERA ESTUDIADA



Y APRENDIDA. FRENTE A ESA VIOLENCIA NUESTRA RESPUESTA ERA ABSOLUTAMENTE VÁLIDA. EL ESTADO ES VIOLENTO PORQUE TIENE EL PODER, PORQUE TIENE LA PLATA Y NOSOTROS/AS RESPONDEMOS A ESO.



LA OPCIÓN ARMADA NO ES "PODER", NO ES QUE SE OPTA POR LA VIOLENCIA, SINO QUE SE OPTA POR TODAS LAS FORMAS DE LUCHA. NO LO HICIMOS PARA SATISFACER UNA COSA PERSONAL, NI POR EL PLACER DE LAS ARMAS, SINO PORQUE CREÁMOS EN UN PROYECTO DE SOCIEDAD QUE REQUERÍA QUE ACTUÁRAMOS. CADA UNO/A SE UBICÓ EN EL ESPACIO QUE LE HACÍA MÁS SENTIDO POR SU HISTORIA PERSONAL.



YO SALÍ DE LA CÁRCEL EN EL 83 Y POCO DESPUÉS FUE LA PRIMERA PROTESTA.



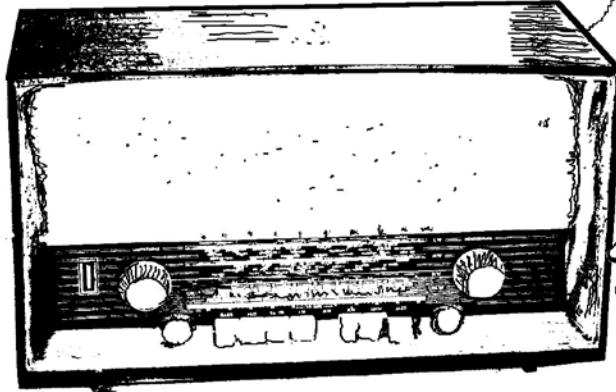
MARAVILLOSA LA SENSACIÓN DE ESPÍRITU COLECTIVO. LLEGARON LOS PACOS, QUEDÓ LA CAGÁ, PERO YO SENTÍ DE REPENTE QUE ME TOMARON DOS BRAZOS ME SACARON, PREOCUPADOS DE QUE ME FUERAN A TOMAR PORQUE YO HABÍA ESTADO PRESA.

...ESE DÍA, INGENUAMENTE, PENSAMOS QUE SE TERMINABA LA DICTADURA Y EN LA NOCHE ESTÁBAMOS EUFÓRICAS.



AL DÍA SIGUIENTE LA GENTE SE MIRABA TRATANDO DE CACHARSE Y A DIVINAR SI EL OTRO O LA OTRA HABÍA PARTICIPADO. SE HACÍAN PREGUNTAS COMO ¿POR TU BARRIO SE CORTÓ LA LUZ? Y AHÍ EMPEZABAN A CONTARSE COSAS. LA PROTESTA ERA UN DESAHOGO COLECTIVO DE GRITOS.....

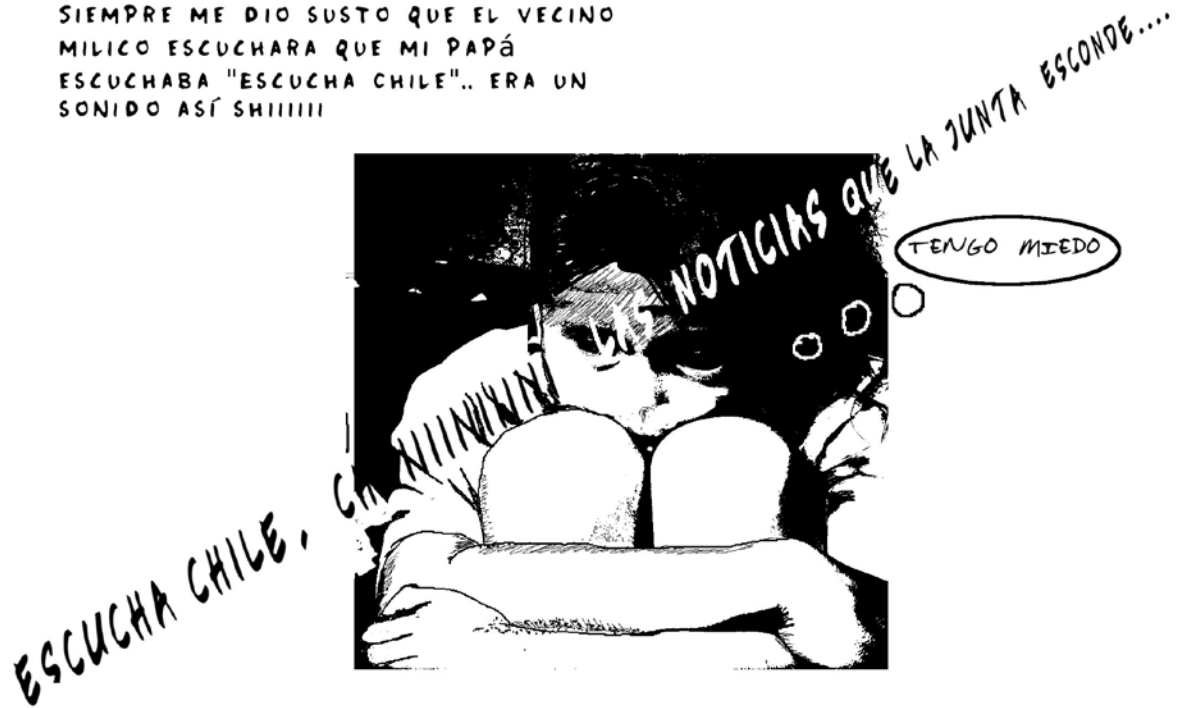
.....HABÍA UNA SOLIDARIDAD QUE ERA IMPRESIONANTE, PORQUE NO NOS CONOCÍAN,....



RADIO MOSCÚ COMIENZA
SU RADIO PROGRAMA..
PARA CHILE



.. HASTA EL DÍA DE HOY ME DA MIEDO
EL RECUERDO DE LA RADIO MOSCÚ.
SIEMPRE ME DIO SUSTO QUE EL VECINO
MILICO ESCUCHARA QUE MI PAPÁ
ESCUCHABA "ESCUCHA CHILE".. ERA UN
SONIDO ASÍ SHIIIIII



..PERO LA REPRESIÓN NO SIEMPRE SE MANIFESTABA DE FORMA EXPLÍCITA...



.....SINO QUE A VECES ADQUIRÍA OTRA FORMA, PENETRANDO ORGANIZACIONES, INFILTRÁNDOLAS, QUEBRÁNDOLAS A TRAVÉS DE LA DESCONFIANZA.....EN UNA OCASIÓN ESTÁBAMOS ENSAYANDO Y DE REPENTE UN TIPO HACE UN MOVIMIENTO BRUSCO



NO HUBO UNA REACCIÓN VIOLENTA POR PARTE NUESTRA.





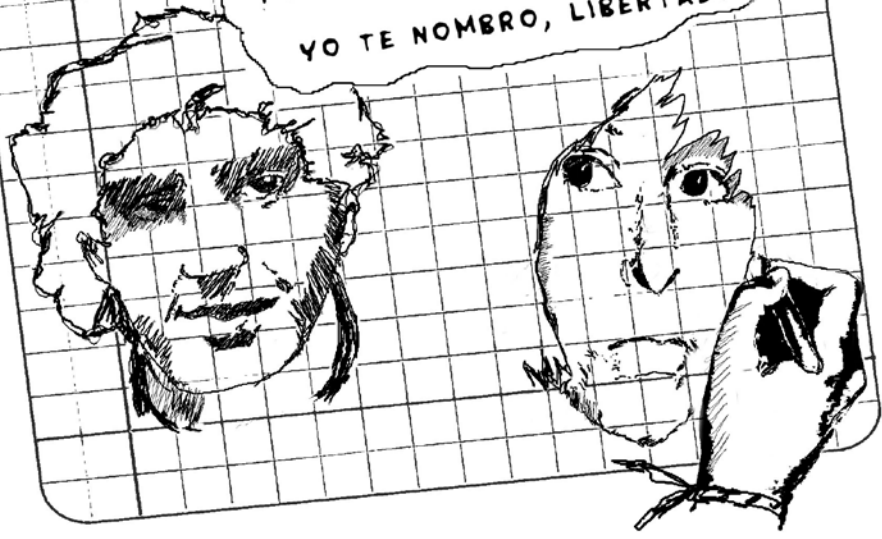
EL EJERCICIO DE LA CULTURA ERA UN SIGNO DE RESISTENCIA CONTRA LA CULTURA DE LA MUERTE DE LA DICTADURA.

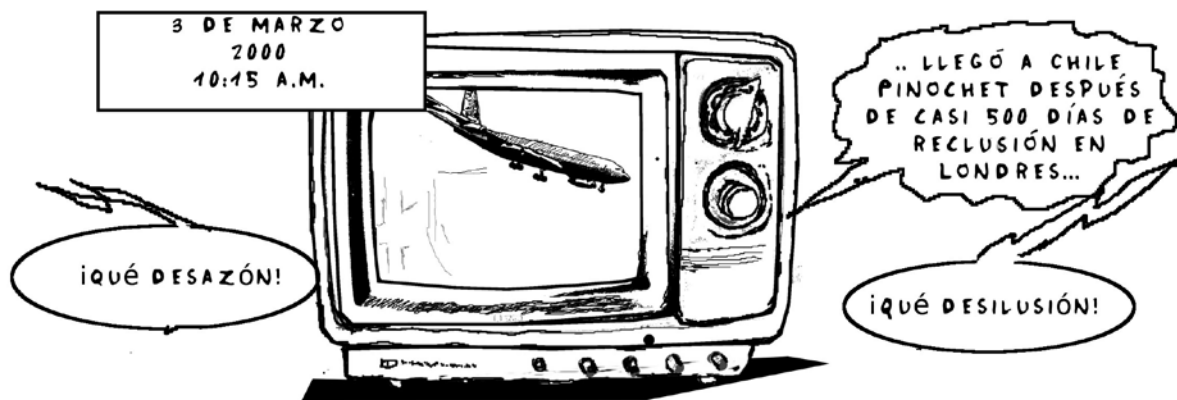
POR LA FLORES ARRANCADAS,
 POR LA HIERBA PISOTEADA,

POR LOS ÁRBOLES PODADOS,



POR LOS CUERPOS TORTURADOS:
 YO TE NOMBRO, LIBERTAD.





ES QUE ES IMPOSIBLE QUE PENSEMOS EN LA DETENCIÓN DE PINOCHET SIN PENSAR EN SU DESENLACE....



OTRA VEZ LOS PACTOS, OTRA VEZ LA SALIDA NEGOCIADA, ISI FUE EL MISMO GOBIERNO QUE LO TRAJÓ DE VUELTA!



EN 1996 EL GOBIERNO CHILENO ANUNCIA EL CIERRE DE LA HISTÓRICA MINA DE CARBÓN DE LOTA. LOS MINEROS HACEN UNA HUELGA Y SON VISITADOS POR LA CONFESCH

NO SE METAN EN ESTA HUEÁ

NOSOTROS NO QUEREMOS QUE SE ENSANCHE, QUEREMOS QUE ESTO SE TERMINE ACÁ, QUE RECIBAMOS UNA BUENA JUBILACIÓN, Y LISTO.



CHUCHA ESTOS TIPOS ESTÁN MOVILIZADOS, METIDOS EN EL PIQUE Y IESTÁN DICIENDO ESO!

SANTIAGO DE CHILE
VIERNES 28 DE MAYO 1993
EN LAS CERCANÍAS DEL
PALACIO DE LA MONEDA



NO AGUDICEN LAS CONTRADICCIONES, PORQUE VAN A VOLVER LOS MILICOS, NO LE SAQUEN FOTOS A LOS PACOS, PORQUE ES PELIGROSO, NO HAY QUE ESTIRAR EL ELÁSTICO, PORQUE ES PELIGROSO, PORQUE EL ELÁSTICO SE CORTA Y CUANDO SE CORTA.....



CUIDADO, MIRA ESTO", "EJERCICIO DE ALISTAMIENTO Y ENLACE" Y EL "BOINAZO" LOS "PINOCHQUES",



CÁLLATE, NO LEVANTES LA VOZ PORQUE VAS A DESPERTAR A LOS MILITARES, QUE SE VAYAN A LOS CUARTELES Y QUE NO VUELVAN A SER PROTAGONISTAS DE LA VIDA POLÍTICA

ESA ES LA AMENAZA CONSTANTE CON LA QUE SE VIVIÓ GRAN PARTE DE LOS NOVENTA, INCLUSO HASTA BIEN AVANZADOS DE LOS NOVENTA. Y FUE CONSTANTE. CAMBIABAN LOS PERSONAJES Y EL DISCURSO ERA EL MISMO..

DE ALGUNA MANERA QUERÍAMOS FRACTURAR ESE PACTO DE LA
CONCERTACIÓN

ESTA CUESTIÓN NO LA VA A
HACER NADIE SI NO LA HACEMOS
NOSOTROS



SI NO HAY JUSTICIA, HAY
FUNA! ..



EL PACTO DE SILENCIO, DE PROTECCIÓN A LOS
CRIMINALES, ENTONCES DECÍAMOS "SI NO HAY
JUSTICIA, HAY FUNA".



ME DA MIEDO PASAR UNA NOCHE EN CANA, ME DA MIEDO MANCHAR LOS PAPELES, PERO NO ME DA MIEDO QUE ME SAQUEN LA CRESTA NECESARIAMENTE.





**MI CUERPO
ES MÍO,
YO DECIDO!**

NI VÍCTIMAS, NI HÉROES, NI ARREPENTIDO/AS

Presentación

En este texto construimos una narración sobre nuestra experiencia y puntos de vista respecto de la violencia política. El punto de partida del texto son las protestas de los años ochenta y nuestra experiencia como activistas y militantes en esa época.

Entre los y las participantes del grupo hay militantes de la JJCC – Juventudes Comunistas de Chile, del FPMR – Frente Patriótico Manuel Rodríguez, del MIR – Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Alguno/as éramos militantes de base, otros/as fuimos en alguna época dirigentes públicos/as y en otra época clandestinos/as, o semi-clandestinos/as.

La mayor parte del texto fue escrita en primera persona. Sin embargo los contenidos fueron organizados en función de sus argumentos y no según la persona que habla, lo que implica que un “yo” corresponde a un sujeto inespecífico. Cuando el grupo está de acuerdo respecto de algo usamos el “nosotros/as”, sin embargo cuando lo que se relata es una experiencia singular y/o una posición no compartida, entonces se usa el “yo”.

Para efectos de este texto, los contenidos tratados fueron organizados en seis grandes apartados:

- Las violencias políticas
- Los ochenta
- El miedo
- La generación angustiada y el presente
- Recordar
- Epílogo

A continuación se abordarán cada uno de ellos.

Las violencias políticas

Recordar la violencia de los ochenta es, en parte, recordar la muerte de los hermanos Vergara, de los tres profesores degollados, de Patricio Sobarzo y cuando queman a Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas. Esas son imágenes que algunas de nosotras tenemos cuando pensamos en la violencia de Estado o en la política de los 80. También recordamos la pena y la rabia. Una de nosotras recuerda haber llorado mucho por la violencia de la acción hacia Carmen Gloria y Rodrigo, mientras otra recuerda además de la pena, la rabia con los asesinos, con la precariedad de lo que ocurría y con los medios de comunicación que eran cómplices de la violencia.

Junto con el recuerdo del impacto que produjeron esas muertes y la eliminación de los y las compañeros/as, se recuerda la violencia de los pacos en las protestas. Una de nosotras habla de la imagen de un paco gigante con la cara transformada, así como de sus palos y golpes. Al mismo tiempo se recuerda la violencia política ejercida por las organizaciones sociales, como una forma de lucha política y resistencia.

Dentro de este otro ejercicio de la violencia, de quienes veníamos de la derrota del 73 o la interrupción del proceso, está por una parte aquella violencia que ejercieron los movimientos populares y que concitaron la respuesta represiva de la dictadura, con acciones como las tomas de terreno, las milicias y las protestas. Por otra parte, está aquella violencia que resulta de las decisiones políticas de algunas organizaciones, como la de los militantes del MIR, que hicimos en el exilio la opción de construir un partido, una fuerza militar y participamos en el ejercicio de esa fuerza en Centroamérica. En los 80 emprendimos la política de retorno convencidos que, además de construir partido y fuerza social y popular, teníamos que construir poder militar. Eso suponía no solo la decisión personal de meterse en ese proceso, sino que además trabajar para generar las condiciones para que se produjera.

Las organizaciones de izquierda democráticas, populares y revolucionarias, que son históricas en Chile, tomaron la decisión de confrontar la dictadura. Unos lo hicieron primero y otros después, con distintos matices, distintas fuerzas, con distintas posibilidades, en distintas condiciones de producción. En el año 83 el MIR ya estaba derrotado y lo que hicimos en adelante fue más bien sobrevivir. Entonces, en el año 84, viene la formación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que marca el resto de la década. Es importante encadenar todas esas cosas para no quedarse solamente en la violencia política del aparato represivo que, sin duda, tuvo éxito. La represión empuja a la clandestinidad, y ésta es el peor espacio para la lucha política, pues se pierden vínculos y desaparecen las redes sociales, o sea se crea una condición bien extrema. Es súper violento que la represión te empuje a deshacerte de tu identidad. Pero es importante decir también que se jugó en esas condiciones, y a unos/as les fue peor que a otros/as.

Entre nosotros/as surge el debate en torno a la relación entre la violencia de Estado y la violencia de las organizaciones sociales. Al respecto hay, al menos, dos posiciones –que no parecen ser totalmente contrapuestas– una que entiende a la violencia política como una continuidad histórica, y otra que sitúa a la violencia de las organizaciones sociales como una reacción a la violencia represiva del Estado

Si entendemos la violencia como un continuo histórico podemos observar que no hay momento en la historia en que no haya habido violencia. Los cambios se han dado casi siempre con procesos violentos, y aquellos que llegan a convertirse en transformaciones radicales han implicado un nivel de violencia por lo general aplicada contra las organizaciones populares. También siempre ha habido respuestas organizadas ante esa violencia.

Uno de nosotros cuenta que en los años ochenta se vino a Chile para participar en lo que fuera que permitiera hacerle daño a la dictadura, con la convicción que había que organizar

la violencia para enfrentar la violencia. Al poco tiempo de estudiar en la Universidad Católica, estuve en un miting que consistía en 20 charangos lilas sentados en el patio rodeados por 200 hueones con parka de pluma y linchacos.¹ Yo no entendía eso de estar canturreando, listos para que nos pegaran con el linchaco. La primera vez que fui se nos tiraron encima los fachos gremialistas terribles, karatekas y violentos. Cuando vi cómo nos masacraban pensé que eso estaba muy mal. De ahí en adelante, la Universidad Católica se convirtió en un espacio en el que fuimos construyendo resistencia y desde allí nos integramos al proceso de pelea callejera, con altos niveles de organización y participación activa en las protestas, luego en la CONFECH,² etc. Se trataba de no estar siempre agachando el moño como pasó en ese mitin, y de organizar esa voluntad de enfrentar y hacerle daño a la dictadura. En ese momento no pensábamos aún hacia dónde ir, si no que en organizar formas de enfrentar la violencia del Estado con capacidad de resistencia, de organización y demostrar que, en definitiva, ellos no se la van a llevar pelada y de que hay formas de golpear de vuelta. Debido a lo que estábamos haciendo, a mí me expulsaron de la Universidad el año 86, involucrándome públicamente en una serie de hechos muy violentos. Entonces vino una persecución por parte de la CNI³ que significó tomar la decisión de clandestinizarme. Dejar esa especie de esfera de la dirigencia pública y meterse de lleno en el proceso de construcción de fuerza que repeliera con violencia la violencia del Estado. Era tremendamente difícil, complicado y riesgoso hacerlo en esos momentos, en los que sucedían cosas como las que hemos recordado, como lo de los hermanos Vergara Toledo, los degollados y otros compañeros que murieron, fueron torturados, etc. Eran tremendamente duras e impactaron profundamente, pero lo que yo pensaba en esos momentos era que había una violencia del Estado muy arbitraria, dirigida hacia sectores donde sabían que iban a hacer mucho daño a la organización popular. Daño físico y psicológico, que tenía que ver con la desarticulación. Yo veía que a pesar de lo duro, de lo tremendo, de lo terrible de esas particulares muestras de violencia, había que seguir y no victimizarse, jamás victimizarse. Había un proceso histórico en marcha y a mí siempre me molestó la victimización. Hasta el día de hoy no estoy de acuerdo con que el Estado me repare por una opción que yo tomé como individuo o como colectivo. O sea, yo decidí enfrentar a la dictadura, yo me metí en esa guerra, no tengo nada que pedirle al Estado. Me pasaron hueás graves, pero fue por una decisión que yo tomé, la de construir violencia para enfrentar esa violencia. Era una violencia con otros objetivos y vinculada a la organización popular, y fue lo que efectivamente desniveló la balanza y permitió que se hicieran acuerdos para salir por la puerta chica, que fue lo que ocurrió y que queda demostrado ahora en todo lo que está pasando. A mi hijo los pacos le sacaron la cresta esta mañana en la Alameda. ¿Acaso no es una continuidad de la misma violencia? Para mí es lo mismo.

También se puede pensar la violencia como algo que nace con la dictadura. Una de nosotras cuenta que antes del 73, cuando niña, no conocía el tema. Era una felicidad poder ir con mi mamá a Jornadas Culturales, ir a las marchas y a las manifestaciones. Yo era bien niña y lo veía como un mundo entretenido. Para mí la violencia nace el 11 de septiembre del año

1 Linchaco: arma ofensiva formada por dos mangos unidos por una cadena.

2 Confederación de Estudiantes de Chile.

3 Central Nacional de Informaciones.

73. Nosotros/as fuimos también violentos/as, pero lo veo como una reacción a la violencia presentada desde allá. Y siento, siempre he sentido, que no teníamos otra posibilidad. Era la única opción que nos quedaba cuando crecíamos y nos convertíamos en adolescentes o universitarios/as. Cuando teníamos que hacerlo, no había otra, no teníamos otra posibilidad o sea, había que enfrentarlo, había que hacerlo.

No esperaba que el pueblo se levantara en armas, ni que se hiciera una guerra de guerrillas, como había ocurrido en Centroamérica. Eso habría sido una maravilla, pero aquí no iba a ser. Quienes nos atrevíamos teníamos que hacerlo, para que el grueso de la población sintiera que tenía un apoyo, que viera que había quienes salían a la protesta popular y que eso los/as motivara a salir también. Sentía que sí tenía que existir la violencia nuestra, pero para mí fue una reacción ante esa violencia. Nunca se me hubiese ocurrido decir que nosotros/as fuimos violentos/as antes del 73 y me parece interesante esa visión. Yo sé que hubo tomas, y que la Reforma Agraria pudo haber sido violenta para los otros/as, pero para mí la violencia nuestra fue simplemente una reacción necesaria ante esa otra violencia. Por eso cuando se habla de violencia yo no veo la mía, porque estoy de este lado de acá de la vereda. No la veo, y no me veo culpable. Yo no me declaro culpable de las cosas que hice. Siento que fue una reacción y era necesaria y había que hacerlo. La dictadura se tomó el poder y abusó de él practicando la violencia. Si la violencia es abuso de poder, lo que hizo el FPMR, el MIR o el Lautaro fue enfrentar el abuso y yo no llamaría a eso violencia porque no tenían poder.

Ahora bien, más allá de la teoría, entendí lo que era realmente la violencia cuando me detuvieron. Cuando una siente que ya cagó, dice ¡esto es violencia! Cuando mi casa se llenó de agentes de la CNI pude constatarla y recién dimensionar qué significaba, cómo la iba a vivir y cuánto aguantaba, porque la reacción que cada una tiene frente a ella es muy particular. Me acuerdo que cuando estaba en el local de la CNI, mirando los rayados de quienes habían estado ahí, me dio una rabia tan grande que los habría matado, y me dije que eso no podía seguir pasando. Ese recuerdo de violencia no se me ha salido más de la cabeza. Es un recuerdo que me llenaba de adrenalina odiosa y que me hacía salirme de mí misma. Después me fui a la casa sintiendo que había que seguir defendiéndose, porque era defensa.

Cuando a uno/a le da rabia con alguien puede patearle, puede pegarle combos, rasguñarle, tratar de sacarle los ojos, pero la violencia y tortura sistematizada que ejercían los milicos era estudiada y aprendida. Frente a esa violencia nuestra respuesta era absolutamente válida. El Estado es violento porque tiene el poder, porque tiene la plata y nosotros/as respondemos a eso. No es que nos organicemos para ser violentos y hacernos del poder. Hay teorías que dicen eso pero yo no lo he vivido así, sino como respuesta a la violencia institucionalizada. Esa violencia se sigue manteniendo hasta el día de hoy, a lo mejor no con el agravante de las torturas y todo lo demás, pero los pacos, aunque salgan con órdenes de no maltratar estudiantes, están enseñados para ver al civil que grita, que alza una mano, que lleva una pancarta, como su enemigo/a. Y esa es una cuestión de Estado. Somos una cultura violenta, lo que se nota por ejemplo en la gran discriminación. Nuestro gobierno democrático es violento con los/as trabajadores/as, con los/as estudiantes, con los pueblos originarios, con las dueñas de casa, etc. Creo que hay una violencia que es anterior a la dictadura, pues como

nación tenemos un origen en la violencia y el despojo a los pueblos originarios. Mientras la violencia del Estado siga existiendo, la que venga desde grupos organizados es una reacción.

Yo creo que sí existieron grupos, movimientos, partidos políticos que hacen de la violencia organizada una herramienta de lucha para acceder al poder. El MIR nace en una época en la que la Revolución Cubana, hecha por la vía armada, había sido un éxito. Es una lucha por el poder y se reconoce que existen distintas formas de acceder a él. No es que se opte por la violencia, sino que se opta por todas las formas de lucha. No lo hicimos para satisfacer una cosa personal, ni por el placer de las armas, sino porque creíamos en un proyecto de sociedad que requería que actuáramos. Cada uno/a se ubicó en el espacio que le hacía más sentido por su historia personal. La opción armada no es sinónimo de la opción por la violencia.

En el MIR hubo un fuerte debate –que llevó incluso a su división– respecto del uso de la violencia como una herramienta concreta. Lo que se debatía era su eficacia, pero no su pertinencia. Yo creo que, más allá de la opinión que uno/a tenga sobre el ejercicio de la violencia, de formas armadas o militares, inmediatamente después del golpe se produjo un efecto en aquellos pequeños círculos donde se conocía esta acción. A pesar de la censura en la prensa, la gente se enteraba de los bombazos, de las tomas de radio, de agencias de noticias, de las pequeñas acciones que fueron además vinculándose con las primeras huelgas obreras. Más adelante, con la crisis económica y con la certeza de que el régimen se quería eternizar a través de su constitución del 80, se vincula de manera más abierta con la protesta popular, que comienza en el año 83. Antes de eso el MIR ya había hecho la experiencia de la guerrilla en Neltume, así como el desarrollo de milicia y fuerza militar en Santiago, Concepción, Valparaíso y Chillán. O sea que era una fuerza que estaba todo el tiempo operando, y con esa misma velocidad fue cayendo hasta que fue destruida. Todo eso pasa entre el año 79 y el 81, 82, así como estirándolo mucho. Después ya viene la protesta y el MIR ya estaba desarticulado. Yo seguí trabajando en el MIR básicamente en organizaciones sociales. Habían espacios que se mantenían activos, como federaciones estudiantiles y territorios, pero su fuerza orgánica, militar estaba destruida. La pregunta que me hago es cuánto de eso contribuyó a la expresión social y popular de las protestas, y si actuó como una forma de resguardo y defensa frente a la represión. En el año 84 ya habían protestas populares, pero la falta de sincronía política y social, hizo que el movimiento social se desplegara sin contar con la fuerza auxiliar, con la fuerza militar general del propio movimiento popular. Estaba muy debilitada o derrotada definitivamente en el caso del MIR, y naciente y creciente en el caso del Frente Patriótico.

Sin embargo el Frente cero comienza antes. En el año 83 y comienzos del 84 ya hay protestas masivas, o sea mucha gente en la calle y altos niveles de violencia represiva. En las noches había un gran nivel de organización territorial que buscaba repeler la violencia que se dejaba caer sobre la periferia. Y ahí había organización, no era espontáneo. Había organizaciones territoriales, comités de autodefensa de masas, se estaban organizando las milicias, habían coordinaciones entre las distintas juventudes. El trabajo del movimiento estudiantil salía de las universidades a la calle y era esa coordinación lo que permitía un cierto resguardo, aunque fuera mínimo, a la movilización. Generaba confianza, la mínima

necesaria para atreverte y sentir que no salías para dirigirte al matadero. Empezaron a operar organizaciones pequeñas de rescate de las personas detenidas, y al quitarle un/a detenido/a a los pacos,⁴ algo cambiaba en la sensación de la gente. Después del 84 viene una estructuración más grande de esta resistencia que, sin embargo, dura muy poquito, hasta fines del 86 cuando se produce un abandono tremendo.

Ahora bien, no siempre la violencia de Estado desata la otra violencia, tiene que llegar a un cierto nivel para hacerlo. El historiador Gabriel Salazar sacó la cuenta de que en Chile ha habido 22 masacres en el siglo XX, y no todas generaron reacciones violentas por parte de lo/as masacrado/as.

Hasta los años sesenta, el uso de la violencia como lucha social se desarrolló en Chile en núcleos dispersos, como por ejemplo la “Revolución de las chauchas” frente a la subida del precio de la micro,⁵ u otras formas de acción ciudadana tales como tomas de calles o quemas de micros. Pero no fue una violencia organizada, sino que se seguía el ejemplo de la experiencia de desarrollo social de la Unión Soviética posterior a la Segunda Guerra Mundial. Esto se rompe con la Revolución Cubana, que ejerce una fuerte influencia en la definición teórica y política que hace la izquierda. En ese contexto, el Congreso del Partido Socialista de los años sesenta decide que es posible ganar el gobierno a través de la opción armada. Lo mismo sucede en el congreso fundacional del MIR, que plantea que todas las formas de lucha son una estrategia válida para la toma del poder. Esto es, por una parte, influencia de la Revolución Cubana, y por otra de las luchas sociales de finales de los 50 y de personas como Clotario Blest y el viejo Sepúlveda.⁶ Desde el principio, el MIR generó una política militar, definiendo una estrategia que primero fue insurreccionalista y luego fue una propuesta de guerra popular prolongada, es decir, de construcción de fuerza militar en el tiempo. Hizo unas pocas acciones armadas antes del triunfo de Allende, fundamentalmente asaltos de banco para financiación, así como propaganda armada para apoyar algunas tomas de fundos en el sur y algunas tomas de fábricas. En el 70, aunque interrumpe esas acciones, sigue desarrollando su teoría de cómo tenía que resolverse el tema del poder. Su apuesta principal no era generar fuerza militar propia sino una división en las Fuerzas Armadas, y parte de su trabajo político va orientado a reclutar miembros de las Fuerzas Armadas para que esa división se produzca. Pocos meses antes del golpe se discute –a propuesta de Fidel Castro– el traslado de toda la fuerza militar del MIR al sur para esperar allá el golpe militar. Esto debido a que, por una parte, el “Tanquetazo”⁷ de junio del 73 dejó en evidencia que no era posible enfrentar a los milicos en Santiago y, por otra parte, que cuando los industriales se tomaron las fábricas se constató que no había forma de defenderlas. Después del golpe el MIR profundiza su definición de lucha armada. El uso de la violencia por parte de la izquierda busca la liberación y la toma del poder con el fin de redistribuir la riqueza y construir un orden social más justo. El golpe de Estado no fue una respuesta a la violencia

4 Policía.

5 Transporte público.

6 Clotario Blest fue dirigente sindical y fundador de varias organizaciones en defensa de los trabajadores.

7 Sublevación militar contra Salvador Allende, ocurrida el 29 de junio de 1973 y liderada por el coronel del Ejército Roberto Souper.

de la izquierda (esa fue una exageración de la derecha), sino a las transformaciones sociales del gobierno de Allende. En el período de Allende no hubo violencia directa ni accionar armado, sólo tomas de fundos, la Reforma Agraria y la toma de fábricas.

También se puede pensar que la violencia del lado de acá de la vereda, es en respuesta a la violencia de Estado. En los años sesenta no estaban los milicos, pero los gobiernos democráticos eran asquerosamente represores. Eso significa que el MIR nació como un movimiento armado en respuesta a una violencia institucionalizada. Es lo mismo que sucede en el plano familiar. La mamá es la responsable, y si actúa en forma irracional y violenta el o la hijo/a va a reaccionar. En este caso es el Estado, el gobierno, el que es el papá y siempre ha sido violento, al menos antes del gobierno de Allende. La democracia de hoy también es asquerosamente violenta. Es violento ser sordo, es violento no mirar qué pasa con los mapuche y la violencia que se ejerce contra ellos.

La violencia del Estado es también una reacción ante el avance de los movimientos sociales, pero finalmente la violencia ejercida por los movimientos sociales también responde a un proyecto político, no es solamente un golpear de vuelta. Hay un proyecto político que puede ser tan grandilocuente como la toma del poder o sencillamente el pegarle patadas en las canillas.

Eso es lo que siento que hacen los/as cabros/as hoy: pegarle patadas en las canillas, ir a joder, no quedarse tranquilo y no tenerle miedo a los pacos. Los/as cabros/as no están peleando. Sí se enfrentan con los pacos, pero a diferencia de nosotros/as en los 80 no están peleando con ellos/as sino con Eyzaguirre.⁸ Los pacos salen a la calle a pegarles y los/as cabros/as se defienden o corren, o les tiran molotov o piedras, o lloran. Pero en realidad están peleando con un Estado que es sordo, ciego y mudo.

Creo que para la mayor parte de nuestra generación, la de los 80, la perspectiva de la lucha violenta no era la toma del poder, sino la de hacerle daño a la dictadura. Se trataba de desgastarla y yo creo que fue efectivo. No cambió radicalmente nada, pero fue efectivo en debilitarla y en generar una perspectiva según la cual, sí se sumaba más gente a esa lucha violenta, si crecían las organizaciones que ejercían una violencia más efectiva, entonces algo iba a terminar pasando. Alguien llegó a ponerle paños fríos a esta cuestión para no sacrificar el esfuerzo que les había significado hacerse ellos/as con el poder de forma tan violenta. Se trataba de estar permanentemente golpeando los cimientos, las bases del temor, y nosotros/as peleamos contra el miedo generalizado y demostramos que era posible vencerlo, salir a golpear, que este gigante egoísta o este Goliat tenía talón de Aquiles. Mostramos que se le podía golpear, que había que vencer ese miedo, que había que organizarse, que no había que estar todo el rato agachando el moño y permitiendo que te sacaran la cresta, que esta idea de la eternización de la dictadura era un cuento chino y que había que golpear para que no fuera así. Pero no buscábamos tomarnos el poder, y esa es una diferencia con las organizaciones que surgen en los 60 y 70, y con los/as militantes que venían de esa expe-

8 Ministro de Educación en el momento de realización de esta narrativa.

riencia. Los que nos formamos en los 80 buscábamos hacerle daño a la dictadura y vencer el miedo de tu compañero/a, de tu vecino/a, romper esa cáscara de miedo.

Esa postura respecto del poder genera dos problemas. Uno de ellos es que cuando no se plantea el poder como un objetivo son otro/as los que lo hacen, como sucedió con las negociaciones del poder que no fueron hechas por quienes estaban en la calle. En segundo lugar hace que la lucha militar, la lucha violenta, la lucha armada se transforme en un fetiche. Deja de ser una herramienta para conseguir algo, y pasa a ser una práctica en sí misma. Esto hace que se continúe durante largo tiempo con acciones violentas que en la práctica no tienen objetivos políticos, como ocurre con los asaltos a los bancos que se hacían hasta hace poco. La lucha armada es una herramienta no necesariamente revolucionaria y en la historia de América Latina hay grupos de derecha que también la han usado. Cuando no se busca el poder la lucha se despolitiza, y eso genera grupos residuales que mantienen formas de lucha que, por el sólo hecho de ser armadas, se suponen revolucionarias pero no necesariamente lo son.

Estoy hablando de emociones. Cuando tú estabas en la calle en los años 80, 83, 84, 85, lo hacías a sabiendas que no estabas marchando a La Moneda a tomártela por asalto y echar la bandera abajo. En ese momento ese no era el norte, como sí lo era el día a día, lo cotidiano, sobrevivir y hacerlo emocional y éticamente, que no te pasaran por encima. Es decir, una cosa era lograr que no te mataran y otra cosa era sobrevivir con cierta dignidad, y eso te lo daba el hacerle daño a quienes nos dañaban como individuos, como sociedad y como pueblo. También es cierto que se podía plantear desde una perspectiva a largo plazo, ideológica. Pero en ese momento uno tenía la confianza que esa idea la estaban pensando otros/as, que había un Comité Central que estaba diseñando la estrategia, y uno sabía que te estaban utilizando un poquito, pero seguíamos adelante pues era lo que nos tocaba hacer.

Los Ochenta

Si tenías algo de conciencia no tenías otra opción más que tratar de hacer algo para que se terminara ese gobierno maldito. Todo/as sabíamos de las atrocidades que ocurrían, conocíamos los robos, sabíamos cómo estaban destrozando esta sociedad, o sea, las leyes laborales, la Constitución, etc. Entonces no había otra posibilidad que tomar partido. En algunos medios habían dos grandes grupos: los pinochetistas, los no-pinochetistas. En otros había un tercer grupo en el que estaban quienes no querían saber ni meterse en política.

El Pedagógico era muy radical. Por un lado estaban los grupos anti Pinochet en los que había gente de las izquierdas, la Democracia Cristiana y la Izquierda Cristiana. Por otro lado estaba el Movimiento Blanco, en el que habían unos tipos grandes que usaban linchacos. Eran como Patria y Libertad, grupos armados de derecha. En la USACH⁹ habían otras personas que, aunque estaban en la universidad, no sabían nada. Hoy día esas

9 Universidad de Santiago de Chile, ex Universidad Técnica del Estado.

mujeres me dicen “que terrible lo que te pasó, un día me tienes que contar”, y siguen sin saber qué pasa en el mundo.

Yo salí de la cárcel en el 83 y poco después fue la primera protesta. Fue maravillosa la sensación de espíritu colectivo. Llegaron los pacos, quedó la cagá, pero yo sentí de repente que me tomaron dos brazos me sacaron, preocupados de que me fueran a tomar porque yo había estado presa. Ese día, ingenuamente, pensamos que se terminaba la dictadura y en la noche estábamos eufóricas. Al día siguiente la gente se miraba tratando de cacharse y adivinar si el otro o la otra había participado. Se hacían preguntas como ¿por tu barrio se cortó la luz? y ahí empezaban a contarse cosas. La protesta era un desahogo colectivo de gritos.

También estaba la preparación previa. Había que llegar a la universidad temprano, había que cortar calles, preparar los miguelitos, hacer las barricadas, decidir cómo íbamos a llegar y por dónde íbamos a arrancar, preparar las molotov. Después, por la tarde, había que ir a las poblaciones para que la gente saliera. Había una solidaridad que era impresionante, porque no nos conocían, pero cuando llegaban los milicos en la noche, la gente nos guardaba en sus casas. Me acuerdo de haber ido corriendo por Callejón Lo Ovalle en medio de la oscuridad, porque cortaban la luz. Estaba arrancando y no conocía el lugar, pero de repente digo en una casa “por favor” y responden “sí, acá”, y nos guardaron adentro. Nunca más he vivido esa solidaridad de reconocerte en los ojos de otro/a, de saber que ese/a otro/a también estuvo. Aunque he visto que lo/as cabro/as hoy también la tienen, saben quiénes son, quiénes están y qué es lo que tienen que hacer.

Yo estudiaba en La Serena en los 80. Militaba en la Jota¹⁰ y era el número cuatro de mi base, que era el o la milico/a. En la orgánica interna de la Jota el número cuatro era quien bajaba a las bases las instrucciones militares desde el regional o desde el Comité Central. Había uno/a que viajaba para el norte y otro/a que viajaba al sur llevando la información. La llevaba en unos papelitos como panfletos que se enrollaban y se los metían en cualquier parte. A veces incluso te tenías que comer los informes. Mi pareja de esa época era uno de los que iba por todo el norte llevando la línea del partido.

En cada nivel, en el Central, en los Regionales y etcétera, existía también, el uno, el dos, el tres y el cuatro y el cinco. El cinco era de la Ramona Parra, lo/as que hacían la propaganda. Yo también estuve ahí un tiempo y era el más entretenido. También estuve en las milicias, y ahí nos hacían instrucción militar. Aprendíamos a disparar.

Supongo que yo era cuatro porque tenía coraje. Teníamos que organizar las cosas, ver cómo llevábamos los neumáticos y las hojas de las palmeras para las barricadas, dónde los escondíamos. Lo hacíamos con harta astucia y con hartito miedo. Me pasó tantas veces que me salvaron. Había un profesor de la universidad al que yo consideraba como un ángel. Una vez me enterré una espina de una palmera en el nervio, lo que lo deja inhabilitado y no te deja caminar. Quedé con la pierna tiesa y venía el guanaco, entonces él me sacó en

10 Juventudes Comunistas.

brazos. Cuando llegaba la hora en que había que ir a hacer la barricada salíamos corriendo de clases, todos/as muy ordenado/as, muy cuadrado/as, íbamos y hacíamos la barricada, tirábamos los panfletos, gritábamos, nos poníamos pasamontañas del Frente, sin haber sido del Frente. Una vez, cuando estábamos sacando los neumáticos de un lugar donde los teníamos escondidos, levanté la cabeza y estábamos rodeados de pacos y de CNI. He soñado varias veces con el paco que me estaba apuntando. Yo sentí que me miró con cara de pena y no me saqué esa cara por mucho tiempo. Pensaba que él me quería decir “pucha, cabra huevona, cómo se te ocurre estar haciendo esto y yo tengo que estar aquí apuntándote”. Sentí como una solidaridad, pero al mismo tiempo ¡era el paco!, y estaba lleno de CNI. Empecé a correr y ellos disparaban. Yo corría sintiendo las balas en la espalda hasta que entré a la hemeroteca de la universidad. Se llevaron presas a dos chicas que andaban con nosotros, y estuvieron tres días desaparecidas mientras las torturaron en la CNI.

La Serena era un pueblo chico en el que todo el mundo se conocía. Estábamos identificado/as y era evidente que tenían todas las fichas de quienes éramos de la Jota. Lo/as político/as de la universidad éramos muy poco/as. Había también un grupo más reducido de pinchetistas y la gran masa era gente que no estaba en nada. Habían alguno/as que tenían consciencia pero les daba miedo hacer cosas, y la mayoría no participaba o sólo miraba cuando hacíamos las barricadas y las protestas, y después arrancaba antes que nosotros/as.

Mi experiencia en los ochenta fue de hacer barricadas, llamar a la consciencia nacional, tirar panfletos, trabajar todas las noches haciendo los panfletos con stencil, todo era a mano. El trabajo en la Jota era un sistema muy militar. Me acuerdo que me gustaba ver una teleserie, Matrimonio de Papel, pero llegó una orden que decía que no se podían ver teleseries. Llegaban los compañeros en la tarde a verme a la pensión y tenía que apagar la tele y ponerme a trabajar. Yo estaba bien adoctrinada y tenía harta consciencia de que lo que hacíamos era la única manera de salir de la dictadura. Estaba absolutamente convencida y creía totalmente en el “hombre nuevo”, y peleaba por eso. También fui muy sectaria. Por ejemplo, a los/as cabros/as de la DC¹¹ no les hablábamos. Fue un tiempo de mucha acción y de sometimiento a las instrucciones o a las órdenes del partido, y de harto trabajo. Los estudios no eran la prioridad, pues el objetivo central era esa revolución que estábamos haciendo. Yo me lo viví intensamente muy adoctrinada y cuadrada. Cuando me acuerdo me dan escalofríos. Andaba con unas mochilas cargadas de molotov mientras los CNI estaban ahí. Me daba mucho miedo.

Lo/as de la Jota éramos muy obedientes y ceremonioso/as. Íbamos a las actividades del partido con la camisa amaranto y nos cuadrábamos como milico/as. Cantábamos La Internacional con una mano en el corazón. Ahora uno puede reírse pero lo hacíamos con mucha mística. O sea yo me lo creí y me la jugué. Lo/as cabro/as de la Jota de ahora son iguales. Van con su camisa amaranto, sus banderas y se cuadran.

Yo estaba en una estructura del MIR y funcionaba muy compartimentalizado. Bueno, eso pensábamos en esa época aunque después hemos sabido que sólo lo era en algunas cosas.

11 Democracia Cristiana.

Por ejemplo yo hasta el día de hoy no sé los nombres de algunas personas. En los dos mil los miristas hicieron una fiesta y me acuerdo que conocíamos a la gente pero no nos sabíamos los nombres. Tampoco puedes llamar a una persona por el nombre que te acuerdas, porque puede haber sido el nombre que usaba en un determinado nivel. Por ejemplo yo tenía un nombre en la base y otro en las milicias. Si te encontrabas con alguien en la calle o en otra situación no lo podías llamar por el nombre que conocías. Hasta el día de hoy no sé los nombres de algunas personas con las que estuve en algún momento.

Todos/as esperábamos las indicaciones de la estructura de más arriba. Al principio mi trabajo era clandestino, en la fuerza. Después de que estuve presa pasé a la vida pública trabajando en el Frente Público de Derechos Humanos, donde también se mantenía la estructura del partido. Por eso me sorprendí cuando uno/a de nosotros/as decía que en los ochenta el MIR ya estaba derrotado, porque mucho/as entramos en esa época, en la que se supone que ya no existía. Sabíamos que habían dos posturas distintas al interior del partido, la militar y la política, y llegó un momento en que se separaron y uno/a tenía que escoger en cuál quedarse, sin estar necesariamente informado/as. También para mucho/as fue muy doloroso, porque habíamos construido lazos y estábamos comprometido/as con el mismo proyecto que nuestros compañeros/as. Me molesta cuando escucho a miristas que participaron desde los orígenes del partido, o desde los 70 y hablan como si fueran sus propietario/as, y consideran miristas solo a quienes entraron antes del 73.

Quizás en los ochenta ya no existía como partido orgánico, con estructura, pero sí existía trabajo del MIR en los espacios locales, y nuestra experiencia es que sí existía. Si no fuera así no habrían matado a Jécar en el 89.¹² Es como si a una le dijeron que se sacó la chucha y que estuvo presa por algo que no existía.

En el año 85, en el acto inaugural del MDP,¹³ aparecen lo/as lauchas (MAPU-Lautaro). Se suben al escenario y hacen su primera aparición pública como organización. Los y las veíamos como chico/as a quienes había que cuidar (aunque en realidad no fueran tan chicos/as) y todo el mundo lo/as quería. Eran mucho/a más abierto/as con los pitos y la sexualidad. Iban al choque y tenían una actitud desafiante al conservadurismo de los partidos de izquierda.

Nos decían que éramos machistas y tenían razón. Hace poco una amiga me decía que en una reunión le dijeron a su pareja que la controlara porque tenía una postura distinta. En la Jota nos prohibían usar short y eso que vivíamos en la playa.

Mi pareja de ese tiempo era del Comité Central. Una vez el se fue a hacer un curso de cuadros y no me dejó plata. Me dejó sola con el niño chico así que yo lo acusé al partido y lo llamaron a Control de cuadros. En la Jota, allá en La Serena, teníamos un compañero gay y eso no se podía saber. Y las mujeres de la Jota teníamos que usar bluejeans y bototos, no podíamos usar falda. Éramos una juventud cuadrada y sometida, lo que era peor en un

12 Jécar Neghme, fue un militante del MIR asesinado por la CNI.

13 Movimiento Democrático Popular.

pueblo chico. En cambio yo vivía en Santiago y nunca me prohibieron vestirme de determinada manera, aunque una vez sí me retaron por ir a una acción de la Ramona Parra con jeans blancos, una polera morada y un bolso chilote que me llegaba como a las rodillas. Me tocaba filetear y eso es súper lento. Me retaron por haber ido vestida así porque era muy visible. Lo primero que yo dije fue “¡yo me visto como quiero!”, pero cuando me dieron el motivo de que me veía a dos kilómetros con esa ropa, entendí.

El miedo

Cuando pensamos en los ochenta y en la violencia política, algunas de nosotras nos acordamos del miedo, que era horroroso. Viví con miedo muchos años de una manera que no he vuelto a sentir. Miedo a que me mataran, miedo a que me allanaran miedo a que me pillaran, miedo... Sin embargo en ese tiempo era bien atrevida e hice cosas arriesgadas, que ahora por supuesto no haría porque me siento súper vieja, y no me voy a arriesgar así. Me acuerdo del impacto que sentía cuando escuchaba las noticias y del miedo que sentía constantemente. Yo creo que todo/as teníamos miedo. Es algo inherente al ser humano y no sería normal no haberlo sentido. En la casa donde estuviéramos pasando la noche nos despertaba, a la hora que fuera, un vehículo que se detenía afuera. Y despertábamos con miedo porque pensábamos que nos venían a buscar. Creo que siempre tuvimos miedo, y estábamos nerviosito/as antes de.... era algo que nos pasaba a todo/as.

La violencia hizo aparecer el miedo. El dolor físico da miedo. Una no quiere que le peguen, no quiere volver a vivir ciertas cosas. Y el silencio alimentó los miedos colectivos. Antes de ser detenida una tenía la imagen de el o la militante como un héroe, que no era como una que se moría de susto. Pero después empecé a sentir que si una había sido capaz de aguantar entonces cualquiera podría, que no había que ser nada especial, que reconocer el miedo no te hacía ni mejor ni peor, ni más ni menos comprometida. Cuando salí de la cárcel me dio mucho miedo, la primera noche dormí en la casa de mis papás porque sentía que la mía era insegura, me sentía expuesta. Era raro pero hasta la cárcel me parecía más segura que mi casa, porque ahí estaba con mis compañeras y nos cuidábamos. El miedo a que volviera a pasar me acompañó durante mucho tiempo y reaccioné también de distintas formas. Una vez pasé casualmente por una casa en la que había un allanamiento. Iba pasando y cuando me di cuenta que había algo raro ya no podía hacer nada más que apretar los dientes y seguir caminando. Un tipo me paró y yo me hice pipí en ese instante, y me dije a mí misma que había cagado, porque si él se daba cuenta que me hacía pipí eso significaba que yo también me dirigía al lugar. Fue como reconocirme en el miedo y saber que no sacaba nada con negarlo. La experiencia de estar detenida y también los talleres del CODEPU me sirvieron para eso.¹⁴

Recuerdo el día 11 de septiembre. Ese día yo iba al colegio a la fiesta de celebración del día del profesor, y de repente pasó alguien corriendo y nos dijo “¡no vayan, devuélvanse,

14 Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo.

porque están bombardeando la Moneda!”. Yo no entendí, ¿cómo?, ¿qué?, ¿cómo van a estar bombardeando la Moneda?. Del colegio nos mandaron de vuelta. Después de correr, ya en la casa, en la tarde, durante el toque de queda, empecé a sentir un olor que era extraño y nuevo. Después lo relacioné y le puse nombre: era el miedo de los adultos. Por primera vez en mi vida sentía que lo/as adulto/as que me protegían tenían miedo. Y el olor que había en el aire ese día no era de los milicos que habían salido a la calle, era un olor que después identifiqué como el de lo/as adulto/as que tienen miedo. Lo pude oler ese día y lo he oído después muchas veces en mi vida. Lo reconozco y sé que es el olor del miedo. Por eso digo que todo/as hemos tenido miedo, pero si nos pusieran en una situación límite volveríamos a hacer las cosas que decimos que hoy no haríamos por sentirnos viejas. Tuvimos ese impulso, en ese momento sentimos que lo teníamos que hacer, y lo haríamos de nuevo. En ese tiempo tuvimos miedo y hoy también lo tenemos, pero las situaciones de vida nos impulsan a hacer cosas, y con ellas logramos meterle miedo a los milicos. Hoy día también, si nuestras ocupaciones nos lo permiten, vamos a la marcha y estamos ahí. No nos quedamos mirando la marcha por la tele en la casa. Estamos en el continuo de la violencia. No estamos conformes con lo que es el Chile de hoy

A pesar del miedo había que estar ahí, en las acciones. Yo era bien responsable y acataba todas las órdenes. No discutíamos las indicaciones que nos llegaran sino que empezábamos inmediatamente a organizar lo que había que hacer, pero lo hacíamos siempre con miedo.

La manera como se le llama a ciertas sensaciones y las reacciones que se tiene dependen de cada persona. No hay generalidades. No todos los miedos paralizan, ni todos los miedos movilizan. Tiene que ver con los contextos, con las edades y otras cosas. Yo he sentido un miedo que tiene que ver con las hijas, pues no me gustaría que ellas tuvieran que vivir esa experiencia de represión y de violencia física.

El miedo tenía entonces otros nombres. Se hablaba de susto o bien quedaba como una sensación. Las situaciones de clandestinidad, o cuando uno sabía que le estaban pisando la cola y que estaban cerca, provocaban precaución, adrenalina. La adrenalina es lo que permite estar con las antenas paradas. Por supuesto que uno se preocupa y no quiere que lo pillen desprevenido, que te despierten en la noche con una metralleta en la cabeza. Pero para eso uno se cuida y tiene la agilidad de saber reaccionar. Además uno sabe que sus compañeros le van a proteger. Ese concepto del miedo viene después, por ejemplo yo sí siento un poco más de miedo ahora con lo que les pueda pasar a mis hijos. Ahí reconocería que la palabra puede ser miedo. Sin embargo los aliento a que salgan y lo hago con ellos, aunque hay algo que yo podría reconocer como miedo. Pero en aquel entonces – y a lo mejor no entiendo la definición de miedo- no era miedo lo que sentía sino precaución, atención y nerviosismo. Esa cosa que se te aprieta la guata, pero, más que nada era atención. A diferencia de eso, el miedo paraliza.

Esas sensaciones son las que otras llamamos miedo, y no creemos que paralice. Todo lo contrario, el miedo en esa época nos impulsaba. Y hoy día, aunque nos dé miedo, seguimos mandando a nuestros hijos/as para allá. Yo de repente veo a mi hijo acostado y le digo “qué

estai haciendo aquí si tus compañeros/as están en toma, te levantas y te vas para allá”. Yo sí tuve miedo, pero a pesar de eso nunca dejé de hacer algo por eso. Tenía un miedo súper grande y nunca se lo dije a nadie, y era miedo de que me torturaran. Yo sabía que el día que me detuvieran me iban a hacer determinada tortura. Ese miedo lo he tenido siempre y nunca se lo he dicho a nadie.

La muerte y la represión estaban ahí, por lo tanto había que estar alerta y cuidarse, uno mismo y a las personas cercanas. Eso implicaba vivir reprimiendo ciertas emociones, y creo que las fui echando al espacio corporal, a mi espalda por ejemplo. Yo creo que sí se hablaba de miedo, pero uno no se iba a detener a hacer el ejercicio de sentirlo. Eran los ochenta y ya sabíamos cómo era la violencia, tanto así que recuerdo que en el CODEPU se hacían talleres para manejar el miedo, para reconocerlo y para no invalidarse. Se le ponía otro nombre, se llamaban DIT-T –Detención, Interrogatorio y Tortura– pero se hablaba de cómo enfrentarlo, incluso colectivamente y en relación a temas de seguridad.

Los talleres trabajaban fundamentalmente con comunidades en las que habían problemas, pues a nivel social era más complicado y efectivamente se paralizaba la acción. Las personas buscan individualmente la mejor manera de enfrentarlo, pero a nivel social se producen parálisis que son más complejas, es decir, comunidades completas aterrorizadas no funcionan. Por eso es que golpean a nivel de las comunidades y muestran los crímenes, para generar miedo y romper los lazos.

Yo conocí los talleres del CODEPU a finales de los ochenta. Fui a uno en La Granja y me pareció extraño, porque en el MIR no recuerdo que eso del temor, miedo o como se llame, haya sido tema de debate o parte de las conversaciones. Sí recuerdo, por ejemplo, cuando te pasaban un pasaporte, la plata y te decían “ándate para dentro”, y te daban normas de seguridad y precaución. Yo recuerdo que me dolía la guata y me transpiraban las manos cuando cruzaba la frontera. Me pasaban varias cosas pero era un trámite rápido y no era paralizante.

La forma en que las personas enfrentaban las situaciones de riesgo eran distintas, por ejemplo compañeros/as que por primera vez pasaban a la clandestinidad y no encontraban que eso fuera tan tremendo. Yo creo que era distinto para quienes veníamos saliendo de la represión anterior y teníamos conciencia de lo que podía pasar si nos agarraban. No era un dato, lo habíamos vivenciado.

El ejercicio de la violencia, el uso de formas violentas de lucha, tampoco es algo fácil de asumir, sobre todo cuando uno tiene otra formación. Mi padre era profesor y la violencia no era algo que me hubieran enseñado en mi familia, por eso la primera vez es raro. No es miedo pero sí una cosa muy rara que no sabría definir. Es mucha adrenalina y todo ese tipo de cosas, y después las reflexiones posteriores, porque cuando pasa la adrenalina viene el bajón, los tiritones, se siente algo en la guata por dentro. Es raro, viene eso de revisarse.

La película Tony Manero refleja súper bien lo que pasaba el año 78-79. La oscuridad completa, la amenaza de guerra con Argentina, el momento previo al plebiscito del 80, cuando

estaba todo tan oscuro y los grupos CNI y DINA¹⁵ circulaban y hacían lo que querían. En ese momento la sociedad era lo que venía resultando del período de acción de la DINA, cuando se inoculara en la sociedad el terror, el miedo, y eso produce un rompimiento de los lazos. El miedo se usa como una herramienta de control. Por eso elegían la eliminación a través de hacer explotar a alguien, mostrando con brutalidad lo que le podía pasar a quienes se metieran en eso. No te pegaban un tiro, sino que te degollaban o te tiraban de un helicóptero.

Una cosa era lo que nos pasaba a nosotros/as, que habíamos optado por estar ahí y sabíamos lo que nos podía ocurrir, pero otra cosa es lo que generaba en los y las otros/as. Yo recuerdo la angustia y la desesperación de mis papás y los veo instalados/as en una emoción que dificultaba la vida cotidiana. Ahí se produjo lo que después el PNUD, en los noventa, llama la desconfianza en el otro.

En esos períodos el miedo, la desconfianza y sus efectos en la sociedad, hicieron que la construcción de clandestinidad fuera complicadísima. Después del golpe me ocurrió que personas que supuestamente me iban a cuidar, me avisaron a última hora que no iban a poder recibirme en su casa, lo que me dejó al borde del toque de queda sin un lugar para quedarme. Pero es una cosa que entiendo y no tengo problemas con eso. Después, en la segunda clandestinidad que es en período de los 80, hay mucha gente clandestina del PS, del PC, del MIR, qué se yo. Esa desconfianza y la destrucción de lazos a partir del miedo obligó a generar clandestinidades muy débiles que son las que se forman a partir del dinero. En vez de recurrir a la casa de el o la compañero/a que te da refugio, vas con plata y arriendas un departamento y ahí llegan a vivir cinco clandestinos/as más, lo que hace que termine siendo una ratonera.

El miedo se percibía también en las marchas o en las poblaciones. Su inoculación fue bastante selectiva y brutal, y generó una paralización desmovilizadora. Pero al mismo tiempo, cuando se ejecutaban las acciones operativas o de masas de las organizaciones populares, uno/a sentía que ese miedo se disipaba. Se generaba una sensación de que había una mínima seguridad que permitía hacer algo. Me acuerdo que cuando entrábamos a La Legua a hacer acciones de propaganda armada se podía sentir el miedo, se cortaba con tijera. Avanzábamos por la calle haciendo una acción de propaganda y cuando anunciábamos que esa noche iba a haber un apagón generalizado en Santiago la gente nos quedaban mirando. Pero luego venía el apagón y al día siguiente la sensación era otra, el miedo empezaba a disiparse y había un clima como de “chuta, se puede, se puede”. Yo creo que era súper importante. Pero también habían otras dos experiencias vinculadas con la misma acción, la de quien se desplazaba por la calle con el riesgo de caer en cualquier parte y en cualquier momento, y la de quien volaba la torre. Las sensaciones de quienes estaban operando eran muy complejas. Pero lo más importante de todo era cómo contribuías a disipar el miedo para generar nuevamente organización y voluntad de salir.

La acción colectiva servía para enfrentar el miedo, y no se trataba de una plática o una prédica de paz y de amor, sino de una prédica de violencia contra la dictadura. Eso generaba una

15 Dirección de Inteligencia Nacional.

reacción de confianza en la organización popular, o en la organización barrial, en el partido, o lo que fuera. Generaba esa confianza que ayudaba a disipar el miedo y era motivadora. Yo recuerdo que era emocionante y la gente se emocionaba en los apagones. Era el momento álgido en el que uno sabía que le estaba produciendo miedo a los otro/as. Tener la capacidad de volar las torres del sistema interconectado central que te permitieran hacer un apagón de Puerto Montt a Iquique, indicaba que había alguna posibilidad de pelear. Eso generaba cierta confianza en que sí se podía, aunque eso se mezclaba con el miedo obviamente.

La generación angustiada y el presente

Nosotros/as actuábamos mientras un Comité Central estaba diseñando las estrategias. El problema fue cuando se firmaron los acuerdos y nos dejaron botado/as. De ahí viene esta generación angustiada, que es la generación de los ochenta, y que además de una angustia espantosa, tiene un sentimiento de rabia, de impotencia y de frustración. El término de la política de rebelión popular nos dejó huérfano/as y para quienes estábamos en esa orgánica la orfandad fue tremenda.

Lo que hacíamos era obedecer y obedecer. Sabíamos que en un lugar había gente “muy inteligente” que sabía “exactamente” lo que había que hacer, y uno/a tenía que seguir esa línea porque éramos una estructura viva, un organismo. Al rato nos dimos cuenta de que no era así. Entonces vino la rabia y también los cuestionamientos, acompañados de la expulsión masiva de los militantes que se enrabiaron. También empezaron a llegar los carcamanes desmovilizadores y la gente que estaba afuera y que contribuyó a desarmar. Ahí no había miedo sino desencanto y orfandad. En ese momento (86-87) uno/a tenía la alternativa de seguir cuadrado/a en esta cuestión agachando el moño y protegiéndose, se retiraba absolutamente de todo, o renunciaba a esa estructura y se iba a otro lado como hicieron los lauchas. Ellos y ellas mismos/as dicen ahora que fueron muy porfiados/as pero que “no eran nada”. Cuando hoy en día se conversa con compañero/as que fueron del Lautaro hablan de la precariedad de sus acciones y de las críticas internas.

Para mí la frustración principal fue sentir que la gente de mi partido me abandonó o más que eso, que me despidió cuando empezamos a cuestionar algunas cosas de ese informe que bajaba y que todos/as escuchábamos. Cuando empezamos a cuestionar la cosa se empezó a poner difícil. Ahí yo anduve rebotando en algunos grupos. Estuve en la AGECH,¹⁶ en Poblacional y después ya fuera de todo. Me sigue dando pena la actitud del partido, cómo se zafaron de nosotros/as, cómo se deshicieron de nosotros/as, de los grupos armados de ese momento. Se deshicieron de nosotros/as, especialmente de las juventudes porque estábamos cuestionando el llamado a inscribirse en los registros electorales.

La generación de los ochenta habla de esos años y de las protestas como anécdota. En cumpleaños, asados o paseos de fin de año siempre se llega al mismo tema, y se cuentan entre risas

16 Asociación Gremial de Educadores de Chile.

las cosas más espantosas, como “te acordai cuando fulano tiró la molotov y le cayó en la pata al otro”. Esto tiene que ver con la poca participación que en ese momento uno/a tenía dentro de esa orgánica. Uno/a no tenía ningún peso y por eso lo que hoy recuerda son las cosas que hizo sin contextualizarlas en el proceso histórico del que uno/a no participó, porque alguien más tomaba las decisiones. Entonces nos quedamos en la anécdota porque todo eso nos genera –a nuestra generación– mucha angustia. El chiste y la risa en este anecdotario del asado, del cumpleaños, es una forma de pelear contra la angustia. Después del cumpleaños la gente se va angustiada y, aunque se rían de lo que fueron en los ochenta, mucho/as están con pastillas.

La angustia tiene que ver con la sensación de haber perdido la juventud por nada, con la sensación de traición, de haber sido utilizado/a. Sobre todo en la gente que tiene un pasado de militancia en la Jota y en el PC, prima una sensación de traición muy fuerte, que se intensificó en los últimos años luego del abandono de la política de rebelión popular y con el llamado obligatorio que el PC hizo a inscribirse en los registros electorales, a votar en el plebiscito, a desmovilizarse y a participar en el gobierno. O sea, todas esas cosas han ido generando una sensación de traición histórica muy fuerte y produce mucha angustia. Además no se habla del miedo y de sus razones, no se verbaliza, no se teoriza y queda todo como anécdota.

Aunque desde ninguna instancia oficial se ha reconocido lo que fue e implicó la lucha popular, la violencia popular contra la dictadura, la presión ejercida por los movimientos sociales en los ochenta es lo que explica el término formal de la dictadura. Todo ese proceso de construcción de organización popular, de manifestaciones y de capacidad organizativa para ir repeliendo o contrastando la violencia del Estado, sin duda que tuvo efectos sobre las posteriores movilizaciones populares. Fue la acumulación de resistencia popular y no el dedo de Lagos o el lápiz en el plebiscito lo que acabó con la dictadura. Se generaron acuerdos porque la cuestión estaba tensa, porque iba hacia un derrotero que no le convenía a mucha gente. De esta manera el uso de la violencia sirvió para recuperar la democracia. Sin ella no hubiera habido la necesidad de buscar esa salida en la convivencia.

Para alguno/as de nosotros/as la frustración de nuestra generación tiene que ver con la falta de reconocimiento respecto del sacrificio que se hizo como juventud, o sea el dejarlo todo en la calle. Cuánta gente que no pudo estudiar, que perdió a sus amigos/as, que fue torturada, encarcelada, golpeada, apaleada, y luego al final traicionada y frustrada. Aunque esa frustración existe y es generalizada, se va desarmando en la medida que entendemos la historia. Es el momento de que haya un reconocimiento y una valoración de ese sacrificio y de esa manera se podría ir diluyendo esa frustración. Por eso es que hay una tremenda simpatía de la generación de los ochenta sobre lo que están haciendo los y las cabros/as hoy. De una forma u otra nos vemos reflejados en ellos y ellas. Con la generación de los noventa es diferente pues en esa época no pasó nada. Para algunas de nosotras, sin embargo, la frustración es más bien respecto de los gobiernos que vinieron, de no sentirse representadas y de sentir que las promesas no fueron cumplidas. Yo no necesito que me reparen porque hice una opción, y eso fue precisamente lo que nos distinguía de quienes, por la plata, dejan y aceptan o prefieren no saber para poder dormir un poquito más tranquilos. Lo que nos salva es precisamente la ética. No quiero reconocimiento, sino respeto. Yo no hice un sacrificio, hice lo que tenía que hacer.

La angustia ha marcado a un segmento identificable de la generación de los ochenta que está bajoneada y con rabia, porque quien estaba junto a él o ella ahora es ministro/a, subsecretario/a, agente de servicio, o sea está metido en el sistema. Entre la gente del MIR hay rabia, hay bronca, hay un no entender mucho lo que pasó cuando el MIR se dividió. Hubo demasiada confusión y la gente no entendió por qué se terminó, y en qué momento se apagó la luz. Esta generación es la que no logra insertarse cómodamente en la transición y lo hace desde la rabia o la marginalidad. Pero después hay transformaciones y el movimiento social de finales de los noventa e inicio de los dos mil empieza a generar una nueva camada, nuevas ideas, nuevas propuestas que se alejan y toman distancia de esa generación. No me resulta extraño que en las movilizaciones sociales del dos mil en adelante la generación que en los ochenta estaba en la pelea no sea protagónica, y más bien sea desplazada por nuevos liderazgos, nuevas formas de hacer política y nuevas metodologías. De los partidos de la izquierda de los ochenta y noventa, que son piramidales, poco reflexivos y pobres en el debate de ideas, se pasa a movimientos con relaciones más horizontales, donde las ideas se discuten abiertamente, donde puedes convivir pese a discrepar, donde hay acción común entre anarcos, autonomistas, etcétera. Eso genera otro ambiente, y quienes se movilizan dicen “esto se hace sin miedo”. No hay miedo por una parte porque no conocieron la represión, y por otra porque piensan que es posible hacer transformaciones sin meterse en los caminos de insurgencia en que se metió la izquierda de los años 80.

Aunque no hay una conexión intergeneracional entre los y las cabro/as de ahora y la generación angustiada de los ochenta (y mucho menos con la de los noventa), la que tampoco está tratando ni de aconsejar ni de participar, sí he notado últimamente que por parte de esta nueva generación hay un gran interés de observar hacia atrás y ver lo que pasó, y esto se está dando a partir de una ruptura entre el movimiento actual en que la juventudes políticas empiezan a ser desplazadas del movimiento social. La Jota es la desmovilizadora del movimiento estudiantil, y lo/a cabro/as que están en las tomas hoy empiezan a invitar a la gente de la generación de los ochenta, a quienes fueron dirigentes públicos, a quienes fueron peleadore/as de calle. Nos están llamando y se empieza a tejer una red. Yo participo en un colectivo de comunicación, y nos llaman todos los días para que llevemos documentales, para que llevemos a lo/as autore/as, para que vayamos a hablar desde la perspectiva de lo que fue la historia. Algunos libros que hemos hecho en la editorial, como “El despertar de los cuervos” de Javier Rebolledo, han sido devorados por lo/as cabro/as de esta generación.

La conjunción que se está dando es súper interesante, porque tiene que ver con las emociones y los sentimientos. Te empiezan a preguntar ¿qué sentías tú? Les interesa saber cómo enfrentábamos la violencia, porque hay una continuidad que se está reflejando ahora. El no escuchar, el no recibir y el no discutir por parte del Estado es una forma de violencia que luego se apoya con la violencia policial en la calle. Hay un nivel de violencia enorme, una violencia por palo, por guanaco o por balín, y otra por descrédito, por no escucharte. La gente se siente violentada, menospreciada en sus opiniones y lo/as cabro/as quieren saber cómo hacíamos nosotros/as en una dictadura que se supone que es peor que lo que estamos viviendo ahora. Quieren saber cómo reaccionábamos, cómo nos organizábamos, cómo salíamos a la calle, de qué forma. Y a mí me gusta muchísimo lo que está pasando con lo/as cabro/as más jóvenes,

los secundarios de la ACES,¹⁷ por ejemplo. La Eloísa¹⁸ dice que el territorio de batalla de los secundarios es su cuerpo y nada más, porque no tienen una universidad que los respalde o los ampare, no pueden arrancar al interior del campus y sólo tienen sus cuerpos. Eso se parece a la sensación que teníamos en las protestas de los ochenta. Era lo mismo. Éramos una suma de cuerpos que se convertía en un gran cuerpo, y cuando llegaban los gurkas¹⁹ a sacarnos la cresta, cuando le pegaban un “linchaco” a el o la compañero/a de al lado, tú sentías el golpe y te ibas encima, era como una cosa muy rara, así como de un tejido de cuerpos.

Mis hijas dicen que la represión aún existe, que aunque existen distintas expresiones y otros dispositivos, vivimos en una sociedad represiva. La menor me ha preguntado qué hacía cuando era militante y me preguntó “¿y miedo?, ¿sentías miedo?”, yo le dije que era el mismo miedo que sentiría ella si va a hacer algo sabiendo que se va a encontrar con oposición, como tomarse una casa cuando los van a desalojar los pacos. Y le digo que siempre se cuida, que siempre mire para los lados y para atrás. Ella me dice “tan de vieja, mamá, esas cosas, tan rara”. Lo mismo me dijo un compañero de trabajo jovencito cuando estaban fumando un pito y llegaron los pacos. Las adultas que estábamos ahí quisimos irnos pero él dijo “para qué, si no pasa nada, ese es el problema con ustedes, la generación de ustedes vivió la repre y tienen miedo, viene un paco culiao y les da miedo”. Quizás es porque no tienen relatos, porque en sus casas no se ha escuchado nada sobre lo que pasó. Hay muchas casas en las que no se habla, incluso en gente que fue militante y nunca más habló del tema. O mucho/as de lo/as que estuvieron detenido/as y nunca le contaron a la familia.

Recordar

A mí no me queda el miedo sino la rabia de pensar que este país no aprende, que a pesar de tantos muerto/as y desaparecido/as, no se aprendió. Pero ya no siento ese miedo que en esos tiempos a veces me invalidaba y me paralizaba. Voy a contar algo que es anecdótico, pero las anécdotas son importantes porque hablan de la emoción de las personas. Antes de venir a la primera de estas reuniones soñé que arrancaba y arrancaba, igual que arrancaba en aquellos tiempos, que saltaba unos muros y que abría unas puertas a patadas. Es un sueño que no tenía hace cuarenta años y seguramente lo tuve porque íbamos a hablar de los ochenta.

Da la impresión de que las mujeres de este grupo hemos hablado desde las emociones mientras los hombres han hecho un análisis de la situación. Nosotras hablamos de nuestros sueños y cómo en ellos aparecen miedos y tristezas, mientras ellos dicen que no tenían miedo y lo miran desde un prisma político. Para una de nosotras, sin embargo, esta diferencia no es tan marcada, pues las mujeres se han mostrado analíticas y emotivas al mismo tiempo.

17 Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios.

18 Eloísa González, ex dirigente de la ACES.

19 Grupos de choque de aparatos represivos del Estado.

Es difícil hablar de estos recuerdos. Yo he tratado de borrar muchas cosas y alejarme de quienes eran de mi entorno porque casi todos/as se quedaron pegado/as, sufriendo y con resentimientos. Yo también sufro, y tengo pica y resentimiento con la gente que vino a gobernar después. Pero no tengo interés en estos recuerdos porque son dolorosos, porque nos pasaron hartas cosas fomes, porque perdimos parte de nuestras vidas. Yo no tengo los recuerdos ordenados o lineales, y creo que es una forma de defenderme. En algún momento nos obligamos a olvidarnos de situaciones, a olvidarnos de nombres y direcciones, o tratar de no mirar a alguien a quien reconocías cuando te lo encontrabas porque en la mirada se te podía notar algo. Podía ser que a ese alguien lo estuvieran trayendo para que reconociera gente y no podías poner cara de que lo conocías. Por eso yo he bloqueado cosas.

Los recuerdos están ahí. Hasta hoy reacciono con ciertos tonos de voz. Las voces altas e imperantes me recuerdan situaciones violentas y me generan un apretón de guata. Hay olores que me persiguen hasta hoy y que me evocan horrores que, aunque he tratado de borrar, siguen ahí. Mientras estamos construyendo esta narrativa he soñado que arranco y me persiguen. Es un sueño que está ahí y vuelve de vez en cuando. Me puedo conmovir con otro/as que vivieron la violencia represiva, pero cuando se trata de mi experiencia la minimizo y me digo que hay gente que lo pasó peor. Pero tengo que asumir que fue una tragedia para mi vida, que me pasaron cosas que siguen presentes aunque hayan pasado muchos años. Aunque no nos gusta revolver los recuerdos tampoco queremos olvidar. Sabemos que es importante hablar de esto aunque duela, y poder conversarlo con nuestro/as hijo/as.

Cuando hablamos de estas cosas surgen recuerdos dolorosos. Creo que somos una generación que no se va a sanar. Cada uno/a se defiende a su manera, por ejemplo minimizando el propio dolor y la tragedia que a una le pasó. Es una manera de cuidarse de no sentir, de no irse al suelo por algo que fue terrible. El tema es doloroso y no es bonito, aunque también hay cosas de las que puedo hablar con cariño, como de lo/as compañero/as y de la solidaridad que había. Eso es bonito, nunca más lo volví a sentir. Entre lo/as compañero/as se creaba una energía que se echa de menos. Daba lo mismo de qué organización éramos, nos juntábamos para armar la protesta o la marcha y nos cuidábamos por ejemplo de los gurkas.

Hablar de esto nos angustia. Yo he seguido trabajando en el tema, escuchando testimonios de personas que estuvieron detenidas, que fueron torturadas, que tienen familiares desaparecido/as. Por mi trabajo estoy en el tema, pero como profesional para otro/as. Venir a hablar de mi experiencia me removi6. Al recordar mi propia experiencia lo primero que se me apareci6, que siempre se me aparece, es el miedo. He andado con miedo de mirarme en ese tiempo. O sea, no es el miedo de ese tiempo porque entonces la adrenalina lo ocultaba. Pero ahora me da miedo verme tan joven y tan audaz, haciendo esas cosas.

Yo siento que no me ganaron porque sigo acá y voy a seguir, aún con esa experiencia oscura, yo no podría sentarme y no hacer algo. Si alguien me dice que se están organizando cosas con las poblaciones yo por supuesto que iría, porque sigo creyendo. No me siento una víctima. Fui protagonista en una etapa de la historia de este país, una protagonista piola, anónima, como mucho/as y viví muchas cosas.

Epílogo

Cuando leemos el texto que surgió de aquello que hemos dicho surgen ciertas reflexiones e incluso sensaciones de incomodidad con cosas que nosotros/as mismos dijimos o con posturas que alguno/as de nosotros/as sostuvimos. Optamos por no corregir lo dicho porque también forma parte de nuestras memorias, y de incluir en este epílogo las reflexiones que leernos a nosotros/as mismos/as nos suscitó:

Cuando nuestra generación habla de su pasado se suelen hacer tres cosas: trivializar lo que se hizo, victimizarse o bien atribuir las opciones a un error y botar al tacho de la basura lo hecho. Nosotros/as no queremos hacer ninguna de las tres cosas, y nos incomodaría mucho que los recuerdos que narramos aquí produjeran alguno de esos efectos. En nuestra generación aparece a veces una suerte de confesión, de relato sobre el sufrimiento que victimiza. Hablar del sufrimiento alivia mucho, pero también es importante pensar en cómo actuamos en esa época sin trivializar, sin victimizarse y sin descartar lo que hicimos como sino hubiese sido más que un error.

Recordamos que no éramos quienes estábamos tomando las decisiones, que confiábamos en un ente superior que en realidad no era tal, que las decisiones políticas se tomaban en otro lado y nosotros/as acatábamos. Pero es importante destacar que eso no significa que nosotros/as nos limitáramos a obedecer órdenes. Sí, éramos jóvenes y no éramos quienes impartían las líneas políticas, pero no éramos ingenuo/as. Decir simplemente que recibimos órdenes y obedecemos hasta el día en que nos dimos cuenta de que nos habían engañado, es falso.

Aunque habían directrices estratégicas cada uno/a de nosotros/as, en nuestras militancias cotidianas, en el trabajo diario en un territorio, construíamos nuestra política. Hacíamos alianzas con personas y liderábamos nuestros territorios de distintas formas, ya fueran centros de alumno/as, federaciones o el barrio. Éramos sujetos activos que tomábamos nuestras propias decisiones. No se podía estar consultando arriba qué cosas hacer o no en tu centro de salud, en tu junta de vecinos o en tu escuela. El trabajo político se hacía por voluntad y decisiones propias que cada uno/a de nosotros/as tomaba en conjunto con la gente de su territorio. Uno/a pensaba que había una mirada que abarcaba a todos los territorios y que, desde la altura, desarrollaba una estrategia que vinculaba cada una de estas acciones, y eso era la que estaba fuera de nuestro alcance. Pero lo que hacíamos en nuestros espacios de participación política, independiente del tipo de acciones que lleváramos a cabo, escapaba completamente al poder de decisión de un comité central.

Yo quise enfatizar eso cuando dije que me había sorprendido cuando uno de nosotros dijo que el MIR ya no existía en un momento en que a mi me estaban sacando la chucha. Habían discusiones, fracciones y divisiones pero una sentía que había un ente con el cual se podía discrepar. O sea que si la dirección había declarado que el negocio se cerraba, eso no se correspondía con la vivencia que nosotros/as teníamos. Cuando se dice que el MIR se acabó se refiere a su orgánica, a su estructura. Pero aquello que funda las bases políticas, filosóficas de un movimiento o de un partido no se acaba porque la dirección cierre la puerta.

Hasta hoy, los rojos y negro aparecen independientemente de que exista o no la estructura. Sin ir más lejos una de las listas de candidatura a la FECH²⁰ era el MIR.

El caso del FPMR es distinto pues era un aparato. Cuando no nos sentimos identificados con la estructura donde se desarrollaban las políticas estratégicas intentamos construir una orgánica política a partir de ese aparato, pero no funcionó. Lo que queda del Frente es una rebeldía que está en el aire, en el entramado del pueblo chileno, pero poco más que eso. Sin haber sido militante del MIR percibo que tiene un componente que trasciende completamente su orgánica.

Lo que relatamos no es pasado sino algo plenamente vigente hasta el día de hoy. El tema de la violencia, de la represión, de la tortura, de la construcción de fuerza política - sea esta armada o no - son temas que van a seguir y siguen siendo motivos de discusión. Seguimos viviendo una violencia que a veces es represiva, directa, física, y también está esa otra tremenda violencia cotidiana que tiene que ver con el modelo en el que estamos insertos.

No somos víctimas. Tampoco héroes, ni caudillo/as, ni loco/as. Tampoco arrepentido/as. Las razones por las que luchamos todavía existen y no podemos irnos a la casa a dormir tranquilo/as. Nuestra lucha está vigente, nosotros estamos vigentes. La tarea está inconclusa y cuando uno abjura de la base de esa tarea es cuando se pierde la idea y todo lo que conlleva. Lo peor que nos puede pasar es sentirnos derrotado/as o plantearnos colectivamente la derrota.

El trabajo que se hizo en los territorios está plenamente vigente hoy. Existe una acumulación de experiencia que sirve hasta el día de hoy y uno/a puede reconocer. Es algo que tiene sentido para grupos y movimientos sociales que se acercan a nosotros/as y nos preguntan cómo lo hacíamos, nos piden materiales, boletines, etc. El que exista un traspaso generacional del concepto de territorio y de su liberación es una victoria. Las luchas actuales en territorios pequeños tienen un correlato con otras luchas, no solamente las de la dictadura, sino por ejemplo la los obreros estibadores en Valparaíso y San Antonio en el año veinte. De las peleas de esos pequeños territorios surgieron grandes movimientos de masas y partidos políticos con una vocación más grande. La idea de que siempre se parte de algún punto se traspasa a lo largo de la historia. Yo veo a mis hijos súper concentrados, por ejemplo en pelear por mantener un huerto autogestionado orgánico en una comuna que sólo quiere un mall, y me parece que es una pelea super importante.

Eso que está pasando ahora responde a una acumulación de experiencias, y nosotros/as aportamos a eso, en un contexto más agudo que fue el de la dictadura. Desechar esa experiencia o decir que nos ganaron, que nos sacaron la cresta y que nada de lo que hicimos sirvió, no sólo es un error sino que es una traición a todo un proceso acumulativo de luchas.

20 Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

NINGUNA CALLE LLEVARÁ TU NOMBRE

Presentación

El texto que se ofrece a continuación ha sido elaborado a partir de conversaciones grupales sostenidas durante el segundo semestre del año 2015. Quienes concurrieron a la conversación son cinco personas (tres mujeres y dos hombres) que participaron en distintos tipos de movilizaciones o activismo social y político durante la década de los ochenta, principalmente en el ámbito cultural, estudiantil universitario, los derechos humanos y la solidaridad de los chilenos y chilenas desde el exilio. Para el momento en que fue realizada la presente narrativa, ninguno y ninguna ella/os militaba en un partido político, aunque algunos/as si lo habían hecho durante la década de los 80.

El relato se organiza en siete partes que recogen diversos temas abordados en la conversación, algunos de éstos han sido propuestos por el facilitador del grupo y miembro del equipo de investigación, y otros fueron emergiendo y desarrollándose como parte de lo que el grupo también consideró importante abordar. En este sentido, la narración no tiene un desarrollo cronológico, ni responde necesariamente al orden en el cual los temas fueron abordados en cada sesión.

Lxs autorxs de esta narrativa son:

- Rosa María Olave
- Mijal Fliman
- Antonieta González
- Raúl Fernández
- Eduardo Bahamondes
- Mauricio Sepúlveda

Parte I: Somos mucho más que dos

No corrían los años. Pasaban lentamente, arrastrándose como un cien pies herido y moribundo. Así se sucedían los años en los ochenta. Y aunque lento venía el futuro, venía, y nosotros descruzábamos los brazos y trabajábamos por ello. Y como si se tratase de un juego perverso de suma cero, lo peor era quedarse inactivos pues de ese modo le dábamos todo el poder a la dictadura. Cualquier escenario, cualquier cosa era mejor que la persecución y muerte.

Con la convicción de que nada sería espontáneo, de que el futuro poco a poco había que gestarlo, comenzamos a organizarnos. Al principio en pequeños grupos, en las universidades, las iglesias, las poblaciones, las organizaciones culturales. Dentro o fuera del país, había que movilizarse. Ciertamente el miedo no nos paralizaría. E independientemente de si éramos

o no conscientes de los riesgos que corríamos, igual había que seguir para adelante. Seguir, como si tuviésemos una tarea que cumplir.

Al inicio nos movía el solo hecho de querer estar junto a otros, saber qué había pasado con él, con ellos, con nosotros. A partir de ahí, de ese reconocimiento mutuo, colectivo, pensar hacia el futuro. Y en ese horizonte el mundo de la cultura sería clave. En la zona oriente, Santa Marta, en la zona poniente, Puelche, entre otras organizaciones. Trabajando con muchísima gente maravillosa que quedará permanentemente en el recuerdo, fuimos generando espacios, reconstruyendo el tejido social. Por aquel entonces el hecho de participar, no solo ya era blanco de sospecha, sino también una práctica de riesgo. Aun así, abrimos espacios. Y no solo eso, sino que los hicimos nuestros.

Cantábamos en peñas, hacíamos teatro, salimos a las calles, incluso teníamos la capacidad de intervenir al mismo tiempo en varios sectores del Gran Santiago. Recuerdo que hicimos al menos tres o cuatro semanas por la cultura y la paz. Nos tomamos el cerro San Cristóbal, las calles. Por eso es que hay que valorar estas cuestiones no solamente en el sentido artístico, sino en el sentido político, social y cultural. Luego vinieron las actividades masivas en los teatros Caupolicán, el Cariola, o frente a la Biblioteca Nacional. Formamos la primera estructura unitaria, la llamada Unión Nacional por la Cultura UNAC. En definitiva, se trataba de construir una cultura de la vida. Porque todas estas acciones de los artistas democráticos van marcando una pauta en la sociedad, porque detrás de la peña de Doña Javiera que existía en ese minuto, que íbamos todos escondidos, ahí se creaba un clima donde había una transmisión de afectos, de complicidades pues había un factor ideológico presente. Pese al temor que experimentábamos, pues afuera estaban siempre los CNI esperándote,¹ salíamos con la esperanza de que éramos más, que cada vez éramos más. Que nuestros artistas democráticos estaban poniendo temas de reflexión a través de sus canciones, de sus textos. Es una tremenda historia. Sin duda el ejercicio de la cultura era un signo de resistencia contra la cultura de la muerte de la dictadura. Y como no recordar los “camiones de la cultura”, que hacia fines de la dictadura recorrieron el país entero.

Otro actor clave sería la Iglesia. Esta sería protagónica en la reconstrucción del tejido social ofreciendo espacios para la reflexión y la formación de jóvenes. Espacios que por cierto serían tomados por nosotros. Desde las comunidades cristianas de base, pasando por las parroquias universitarias, o la inolvidable Punta de Tralca con sus encuentros allí organizados. Todos y cada una de estas instancias fueron abriendo el camino hacia la democracia. Pero no solo eso. La Iglesia también en la década de los ochenta es sinónimo de solidaridad. Una iglesia volcada a la defensa de derechos humanos. Una iglesia a la cual quizás no le quedó otra que ser solidaria con lo humano, con lo que estaba ocurriendo. De hecho así se llamó: Vicaría de la Solidaridad.

Y por otro lado está esta Iglesia del buen samaritano, la Iglesia solidaria. No solo porque va en ayuda de las víctimas de persecución política y de vulneración de sus derechos fun-

1 Central Nacional de Informaciones.

damentales, sino porque también de algún modo se hace cargo de la ausencia del Estado. En efecto, esa solidaridad significaría hacerse cargo –en parte- de la salud, la educación, el empleo, porque lisa y llanamente, el Estado estaba ausente.

Así fue. Partimos silenciosamente en pequeños grupos. Yendo de menos a más, poco a poco fuimos haciéndonos visibles en el espacio público. Recuerdo que en la Universidad de Concepción, a veces circulaba la información de que había un día y una hora específica donde había que ir a sentarse al foro, y allí estuvimos. Se trataba de ocupar cualquier espacio y aprovecharlo para manifestarse.

En otra ocasión fuimos al Estadio Nacional, un día que jugaba la selección chilena. Nos instalamos en la galería sin importarnos mayormente contra quien jugaba, pues no era lo relevante. Es cierto, lo que importaba era la oportunidad: cuando saliera la selección a la cancha y todo el mundo se parara, nosotros aprovecharíamos el momento y lanzaríamos los panfletos. Después tocaba hacerse el loco, huir a como dé lugar de la mirada inquisitiva policiaca de turno.

Siendo militantes se nos encomendó la recomposición del tejido social, francamente fracturado después de años de represión, miedo y desconfianza. Y es que mirado desde la distancia, puede parecernos hoy algo nimio, parecernos poco o nada, pero en esa época era mucho. Pues entonces había que cumplir un rol social, ser dirigente social, el que daba la cara. Por lo tanto tuvimos que tener una vida doble: vida de militante y vida social.

La doble vida de nosotros. Sin duda será un costo. El tener que esconder y ocultarse por cuestiones de seguridad. Y sí. Hace unos días me entrevistaron por una investigación sobre la infancia en dictadura. La entrevista era a propósito de un dibujo bien complicado que yo hice a los seis años: un carabinero con sangre en los colmillos. Y me preguntaron durante la entrevista ¿cuáles fueron los costos de este dibujo? Lo que sé es que después de ese dibujo a mi mamá la mandaron a llamar y yo nunca más fui a ese colegio. El costo fue que a mí me sacaron del colegio porque era un peligro para mi propia familia, para el entorno próximo de mis papas. Ahora me pregunto ¿Cómo un niño de seis años puede transformarse en un peligro?

La doble vida de nosotras. Yo por ejemplo, recién ahora me atrevo a decir que fui exiliada. No me daba cuenta en todo caso que yo lo omitía. Estaba tan incorporado, ¿qué fuerte no?. Ahora lo digo, lo digo en todas partes y si les gusta, les gusta, si no, no pues.

Entonces esta doble vida que tuvimos todas, porque todas trabajaron y se escondieron, todos, nadie tenía que saber. Cuesta ahora mismo imaginar la cotidianidad de la doble vida. Día y noche. Para adultos y niños. Durante el día éramos funcionarios, yo era profesor, y funcionaba como profesor, y después tenía una militancia en la que tenía que cumplir roles políticos. Si tú analizas la vida de cada uno de nosotros, verás que uno participaba en cumpleaños con colegas de trabajo, amigos que no tenían idea de esa vida otra. Yo por ejemplo, tengo compañeros que hasta que salí del colegio nunca supieron que mis papás eran comunistas.

Es terrible. Uno como niño tiene recuerdos y después los extrapola. Por ejemplo a mí me da terror el sonido de la radio Moscú por ejemplo. A mí hasta el día de hoy me da miedo porque al lado de mi casa mi vecino era milico. Entonces siempre me dio susto que el milico escuchara que mi papá escuchaba Escucha Chile. Era un sonido así “shiiiiii”. Era a una cierta a una hora de la noche. Esas cosas tienen que pasar como mil años para que cuántos niños como yo dejen de recordarlo y sentir el miedo que siento.

El costo es grande. El costo de una persona que tiene hijos de cinco años y que está en la resistencia es bien distinto a la persona que no los tiene. Imagínate tener un grupo familiar completo en la clandestinidad. Porque la clandestinidad no es sólo cambiarte el nombre. Pienso que nosotros, como generación, todos fuimos clandestinos, y eso es muy complejo. Es muy distinto vivir la clandestinidad cuando tú eres adulto y la asumes como una responsabilidad tuya, en tanto es una decisión propia, que cuando tú eres niño y tienes que asumir la clandestinidad porque tus padres te llevaron a eso. Y eso tiene que ver con la doble vida de nosotros. No solamente la gente que estuvo presa fue clandestina, todos de algún modo los fuimos. Todos fuimos clandestinos en alguna parte. Eso es parte de la doble vida de nosotros.

También vivimos el exilio. Y como si respirásemos el mismo aire, tuviésemos el mismo pulso, si pasaba algo en el “interior”, es decir en Chile, nosotros reaccionábamos inmediatamente en el exterior. Y es que nuestra vida en el exilio está marcada por la protesta. Un día decíamos hay que hacer un acto, una huelga de hambre u otra cosa. Cualquiera cosa menos de brazos cruzados. Recuerdo que una de las primeras protestas que hicimos antes de los 80 fue cuando llegaron los Huasos Quincheros a Frankfurt. Compramos todas las entradas y en medio de una de las canciones de ellos nos subimos al escenario todos, con la ayuda de muchos alemanes que nos apoyaban, y literalmente les sacamos la cresta. Ahí nosotros dijimos “no po, esto no lo vamos a permitir”. También nos tomamos el consulado de Chile en Frankfurt. Y formamos un conjunto folklórico que se llamó Víctor Jara. A puro pulso. Cada uno sabía un paso de cueca, o de sirilla o qué sé yo, una canción y éramos como veinte y viajamos por toda Alemania haciendo cosas. Por ejemplo realizamos algunas acciones con el Inti Illimani en expresión de protesta. Ahora mismo no sé cuántos miles, miles de kilos de pino para empanadas tuvimos que hacer para venderlas en los actos y juntar dinero para mandar a Chile. Es que el movimiento de solidaridad era muy grande.

Así íbamos caminando el calendario por los ochenta. Volvíamos a juntarnos. A estar en la Plaza de Armas los primeros de mayo, aplaudiendo esos cinco minutos de rabia y descontento. Estuvimos en el Teatro Cariola, también lo hicimos en las primeras acciones del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo. En las parroquias de base forjamos complicidades y por primera vez le gritamos a Pinochet en público ¡ASESINO!

Y así fuimos avanzando lentamente, poco a poco, de menos a más, hasta que llegaron las protestas nacionales. En mayo del 83 se iniciaron, en ascenso fueron sucediéndose hasta el año 86, el año decisivo. Por esa misma época había comenzado a volver la gente del exilio, y muchos de nosotros albergábamos la esperanza de un cambio. Después de tantos años de vivir bajo dictadura como que habíamos comenzado a olvidar que nuestras vidas estaban

en riesgo permanente y que aún se torturaba día tras día. Una ilusión. O quizás estábamos viviendo un periodo de letargo.

Precisamente fue ahí cuando las cosas, no solo no cambiaron, sino que empeoraron. En efecto, como una bestia siniestra y mal herida, la dictadura respondía a la protesta social con una represión cruenta. Otra vez el horror y la muerte signando nuestros recuerdos. Una vez más la repre rayando lo abominable: Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas de Negri serían quemados vivos.

Recuerdo que iba en micro camino al trabajo cuando escucho la noticia por radio. Tuve una reacción corporal muy fuerte, porque no lo podía creer, es verdad, no lo podía creer. Pensaba que me iba a desmayar, que iba a vomitar. No dejaba de preguntarme a donde estaba viviendo, a dónde había vuelto tras mis años de exilio. Recuerdo que no pude trabajar ese día. Por suerte estaba una persona que me había llevado a ese trabajo. Ella había estado en el Estadio Nacional y nosotros la habíamos acogido cuando la soltaron los primeros días tras el golpe. Y fue ella la que me contuvo. Fue terrible.

Había retornado el año 86 a Chile. Me había integrado a lucha contra la dictadura jugando –al parecer- un rol bastante pasivo -entre comillas-. Pero la verdad es que no fue para nada “pasivo”, porque mi labor fue esconder gente todo el tiempo. Gente que estaba siendo buscada, que tenía que esconderse y quería salir al exilio. Entonces escondí cabros que no querían estar ahí, que desertaron de la escuela militar ponte tú, entre otros compañeros. Y el momento como más culmine de mi experiencia de protesta fue cuando le di asilo en mi casa a Karin Eitel. Bueno, quedó la cagada. Nos allanaron, hicieron una ratonera como veinticuatro horas. Lamentablemente estaba ahí mi hermano viviendo conmigo y se lo llevaron porque pensaron que era el más importante de la vida. Nos cargaron por todas partes, llegaron como cien CNI a mi casa ese día. Pillaron a la Karin, y yo no pude seguir viviendo en Chile porque me perseguían al trabajo, me iban a buscar, tenía que ir a declarar cada tres días allá a Zenteno. ¡Terrible!. Finalmente me volví a ir el año 87.

Aun así creo que tuve mucha suerte, porque uno de ellos, que fue muy famoso, que interrogaba y mandó a torturar a muchos, se estaba casando por esos días. Entonces yo me salvé de él. Recuerdo que había un interrogador que era más joven que yo. Tú entrabas a Zenteno y tenía música de Silvio Rodríguez. Francamente siniestro.

Parte II: La violencia política

Para eso años se había vuelto parte de la vida cotidiana el vivir bajo un mundo del horror en el que la violencia política y todo lo que ésta implicaba dominaba el pasar de los días. Esta no solo afectaba a los que compartíamos una ideología política contraria al régimen dictatorial, sino a todos los ciudadanos, gentes de derechas como de izquierdas. Hoy podemos mirar atrás y decir, que toda una generación vivió durante prácticamente 17 años reprimida. Toda una generación, creció bajo la violencia política de Estado.

En cierto, nos criamos bajo un régimen que nos violentó sistemáticamente. Que gobernó y controló nuestros cuerpos bajo la ley del terror, de la prohibición, en el que luego de poner un pie fuera de casa era imposible tener la certeza de si por la tarde, o por la noche, volveríamos a encontrarnos con los nuestros.

Pero la represión no siempre se manifestaba de forma explícita, es decir, no siempre se trataba de que un paco te pegara en la cabeza, o te dieran un disparo. A veces adquiría otra forma, otra naturaleza, como por ejemplo penetrando organizaciones, infiltrándolas, quebrándolas a través de la desconfianza.

No me cabe la menor duda que era una estrategia de la represión intentar penetrar las organizaciones sociales, dividir las y quebrarlas. A nosotros mismos nos tocó vivir situaciones de este tipo. Recuerdo que teníamos un grupo folklórico maravilloso de 30 o 40 personas con el que fuimos a todas las actividades de solidaridad que te puedes imaginar. Era un grupo abierto. Nosotros no decíamos “tú entras porque eres militante”, cualquiera podía entrar. En una ocasión estábamos ensayando, estábamos haciendo ejercicio y de repente un tipo que había entrado hace un movimiento brusco y se le cae un par de esposas. Pero mira, por esas cosas de la vida, no hubo una reacción violenta por parte nuestra. Lo abordamos creativamente. Al final lo humillamos, lo agarramos pal hueveo, “oye, pero puta huevón, ubícate pues hombre”. El tipo desapareció.

En otra ocasión, habíamos formado una segunda generación del grupo folklórico y empezamos a notar que había una diferencia y un enfrentamiento de liderazgos, una situación que nos complicaba. Y de repente nos llegó una información: “en el grupo juvenil está determinado personaje, ojo porque la información es que es un detective que está precisamente cumpliendo ese tipo de labores”. Y también fueron muy creativas las formas de enfrentarlo. Un día terminamos el ensayo, nos fuimos a un restorán de la esquina y empezamos a hablar de tonterías, y de repente le dijimos “oye, tú, qué estás haciendo?, viejito si sabemos que tú eres detective”, y él “no, pero mira, pero yo soy” cualquier huevón, “yo soy estafeta de investigaciones”. Obviamente nunca más apareció. Son otras formas de violencia, de represión.

La verdad es que ahora mismo, no sabría decir a ciencia cierta, cuál de sus formas era, o es, más terrible.

A veces me pregunto de qué manera se podría hacer una demanda constitucional como generación, como víctimas de la represión, siempre bajo la violencia política. Otras veces me pregunto ¿cuántos años tendrán que pasar para que sanemos de esta enfermedad social que nos legó la dictadura? Quizás tengan que pasar 50 años, pasar generaciones enteras, hasta que se hayan muerto los que vivieron y/o vivimos esa experiencia, quizás solo ahí podamos sanarnos como sociedad hasta ahora enferma.

Como hemos dicho, frente a esos hechos no nos quedamos inmóviles. No fuimos simples marionetas perdidas en una suerte de cementerio de juguetes. Llegó un momento límite, un momento en el que la situación se volvió insostenible y comenzamos a reaccionar frente

a la violencia política de la cual éramos sus víctimas. Frente a la represión, solidaridad fue nuestra respuesta. Solidaridad que nos llevaría a agruparnos, no necesariamente en función de una determinada idea política, sino en función del daño que estábamos viviendo. Una situación de opresión por todas compartida y que nos inscribía en un horizonte común.

De hecho, creo que la gente que participó en los movimientos de protesta no necesariamente tenía una total claridad política que lo llevara a adscribir a un determinado proyecto. Creo que más bien se movilizaba por la sencilla razón de que ya era una situación insostenible. Y es que a partir del 78, después del plebiscito en el que le cortaban las esquinas a los carnets de identidad, la sociedad empieza a sentir esa necesaria solidaridad con sus pares, con sus conciudadanos y actuará en consecuencia.

Dentro de esta ilusión, muchas veces perdíamos la proporción de nuestros actos y no medíamos los riesgos que corríamos en la lucha. Es que no nos cuestionábamos si nuestra manera de dar la pelea era violenta y hasta qué punto éstas se ajustaban o concordaban con nuestra posición ética. Eso no importaba. O mejor dicho, eso no era lo más importante. Lo relevante era lograr de cualquier modo nuestro objetivo: terminar con la dictadura.

Perdíamos un poco la noción del peligro a causa de la rabia entrecruzada con el dolor, y de la adrenalina fluyendo de su encuentro. Nos creíamos fuertes, invencibles hasta la muerte. Lo que no significa que fuésemos inconscientes del peligro que corríamos al enfrentarlos. Sabíamos muy bien con qué podíamos encontrarnos en ese camino. Desde luego no estábamos ciegos y veíamos el horror permanentemente, pero definitivamente valía la pena correr el riesgo. Habíamos perdido a muchos de los nuestros, y eso nos hacía ser bastante rigurosos. Teníamos muchas estrategias para contrarrestar la represión, y por lo mismo nos veíamos obligados a optar por métodos flexibles, en los que pudiéramos a último momento cambiar de estrategias, ya que el futuro próximo era impredecible.

Ciertamente, había que ir pensando la salida. Los más jóvenes empezamos a enfrentarnos con los miembros más viejos del partido, poniendo en discusión las estrategias y de ese modo construir otras salidas posibles. Por aquel entonces, algunos viejos cuadros ya pensaban y sostenían que era necesario desmarcarse –deshacerse– de algunas estructuras o grupos juveniles más radicalizados, como por aquel entonces lo era el Movimiento Juvenil Lautaro. Sin embargo, no sería tarea fácil pues nosotros mismos respondíamos preguntando ¿por qué?, ¿es que acaso la vía armada no era una estrategia válida?

No fue fácil la respuesta. Aún hoy cuesta encontrar la palabra precisa, el matiz, elegir el color exacto de los vocablos. Recuerdo que en ese minuto, algunas mirábamos con cierto agrado lo que estaba pasando con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), independientemente de las reflexiones ideológicas y partidarias en las cuales una participara. Y es que en la práctica estábamos abiertos a las múltiples estrategias de lucha que por aquel entonces se experimentaban. Y si bien una podía tener una procesión por dentro respecto a tu opción de lucha, fuese armada o no armada, lo cierto es que la validez última de ésta pasaba por otro lado: en concreto, pasaba por la legítima defensa.

En ese sentido la opción tomada por los compañeros del FPMR en su lucha contra la dictadura, por más que se tratase de una respuesta armada, no era en esencia una respuesta violenta. Lo que quiero decir, es que no necesariamente la significábamos como VIOLENCIA, y menos aún como violencia política. Una vez más lo afirmo: se trataba de una legítima defensa.

La mayoría de nosotros, la gente del PC, PS, el MIR, el MAPU,² etc., de alguna forma u otras, habíamos participado en las primeras escuelas de formación política en las que también se nos instruía en el manejo de armas. En cierto modo, podríamos decir que estábamos sensibilizados. Sin embargo, no puedo negar que al menos para mí, para algunos de nosotros, nos parecía una lucha francamente desproporcionada, hasta cierto punto tan sacrificial como irresponsable. Piedra contra aviones; piedra contra tanques; pecho contra bala. Y resultaba que el cuerpo, la sangre lo ponían nuestros cabros.

Por cierto, cada uno tenía, a parte de la militancia política, otros espacios donde expresar este tipo de dudas, reflexiones o consideraciones éticas. Y creo que ese punto de comunión nos unió como una generación mucho más tolerante con las opciones diferentes a las tomadas por nosotros mismos. Una generación transversal a los movimientos. Una generación a caballo de los ochenta. Gracias a ello, nos fuimos encontrando en esa suerte de compañeros de lucha. Después de todo, se trataba de una respuesta tan razonable como necesaria. No podíamos soportar más vivir día tras día como víctimas de la violencia política desplegada por la dictadura de Pinochet sobre nosotras, sobre nuestros cuerpos.

Pero déjenme insistir y recordarles una vez más, que por aquel entonces no teníamos grandes discusiones sobre si el uso de la violencia era o no el camino para enfrentar la dictadura. O si era una o no una respuesta legítima. Tampoco si ésta se sostenía y al mismo tiempo expresaba un espíritu per sé violento asociado a la filosofía del mundo de los implicados en ella. La discusión era más bien si era una respuesta estratégicamente viable para derrotar a la dictadura.

Había un espectro de grupos entre comillas menos violentos, y otros más violentos. Pero mirándolo con la perspectiva del tiempo, sin lugar a dudas la violencia que en Chile había por aquel entonces era la violencia del Estado. Lo otro, lo nuestro, era una respuesta frente a esa violencia, y no violencia a secas. Era violencia en respuesta a la violencia de Estado.

Sabíamos que veníamos de donde mismo, amigos del barrio, compañeros tras la barricada y estábamos seguros de que la bota policial no haría diferencia entre nosotros. Es así como en lo más profundo de un país fracturado en mil pedazos, fuimos reconstruyendo el tejido social sin preocuparnos de las diferencias. Dejamos de lado lo que creíamos que era la manera ÚNICA indicada, el cuestionamiento de si ésta debía ser pacífica o a través de las armas, para unirnos en función de un sufrimiento común. Muchos no tenían una claridad

2 Partido Comunista, Partido Socialista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Movimiento de Acción Popular Unitaria.

política que los dirigiera, porque el compromiso con un partido en específico ya no era lo relevante, sino que el foco estaba puesto en enfrentar como un todo cohesionado el abuso que estábamos experimentando a nivel físico, psicológico, social y cultural. No tenía sentido alguno mantener a la gente dividida, eso hubiese sido como entregarles en bandeja nuestra derrota. Por el contrario, nos convertimos en una generación mucho más tolerante, más transversal, que se fue encontrando permanentemente en la lucha y que fue dejando de lado sus diferencias por un fin colectivo.

Y como hemos dicho, comenzamos a organizarnos para enfrentar dicha situación, estudiando minuciosamente los caminos más viables para derrotar a la dictadura. Y cuando decimos derrotarla, no nos referimos única y exclusivamente a su derrocamiento, sino también nos referimos a la concreción de su muerte. O al menos así lo creíamos en ese entonces. Muchas y muchos pensábamos que era posible cambiar el rumbo de la historia asesinando al tirano.

No exagero si digo que la muerte del tirano era algo por todas y todos deseado. Sin embargo, al mismo tiempo muchos de nosotros dudábamos de la pertinencia y oportunidad del atentado. De hecho recuerdo que hubo una gran discusión a propósito de esa posibilidad entre los teólogos, de cómo argumentar a partir de las viejas teorías del tiranicidio o de la doctrina tomista, de por qué era legítimo asesinar al dictador. Y estoy hablando de la doctrina. Es por ello que creí que había que terminar con el dictador. Que sea como fuere había que detenerlo. Y si después de haber hecho todos los esfuerzos, no quedaba otra opción que el asesinato, estábamos de acuerdo.

Ciertamente, temíamos a la brutalidad –perfectamente imaginable- de su represalia. La represión post. Temíamos también que se interrumpiera el proceso lento pero ascendente de las luchas sociales. Después de todo era el 86 y estábamos a dos años del plebiscito. Y algunos francamente no creíamos que estratégicamente fuese el camino. Creíamos, en términos pragmáticos y estratégicos, que existían más caminos posibles de transformación en este lado (una resistencia más pacífica). Entonces tampoco era que estábamos del todo filosóficamente convencidos. Otros, no pocos por cierto, francamente no creíamos que fuese posible. Y ahí está la prueba de la historia. Se produjo en atentado, y aunque cuesta creerlo, fue fallido. Pinochet siguió vivo.

Parte III: El miedo

“Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser un esclavo.” Blade Runner

A veces minucioso, casi imperceptible, el miedo habitaba nuestra vida cotidiana. Vecinos que te miraban sospechosamente porque habías tocado la olla. O porque fuiste a la esquina, o no fuiste. O dentro de las mismas familias, cuando a veces se celebraba algún cumpleaños no podías decir ciertas cosas porque ahí estaba, el familiar milico. Es complejo vivir siempre con miedo. Sentirlo en todas las actuaciones. Pero la gente de familia de izquierda vivió toda

su vida y su cotidianeidad con miedo. Los cumpleaños, los asados familiares, todo podía eventualmente ser de riesgo. Pero el miedo, no pudo doblegarlos.

No cabe duda: la sociedad estaba fuertemente fracturada. Y el miedo atravesaba fronteras, llegando al Chile del exilio. Allí también operaba el miedo. Teníamos miedo a que hubiese algún infiltrado entre nosotros, en el consulado o la embajada. Y teníamos un poco de paranoia también. Y claro, no nos sacábamos fotos, en fin, hacíamos cosas de ese tipo.

En esa fractura, el miedo habitaba, y al mismo tiempo la ahondaba. Otras veces la gramática del miedo era lo siniestro. Lo visible, lo evidente, al punto de lo obscuro. Como hilvanada en torno a hitos del horror. Y esos hitos tenían nombre: Tatiana Fariña, Ronald Wood, entre tanto otros.

Me emociono. Al hablar de los hitos se empiezan a remover cosas. Me acuerdo perfectamente de esos días en que Sebastián Acevedo se inmoló. El clima, la sensación de lo que eso era en su minuto. Yo ingresé al grupo cuando se creó en Concepción: el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo. Todo lo que significó conocer a personas clave como José Aldunate, a los padres de los hermanos Vergara Toledo, que fueron muy activos en la creación del mismo Movimiento. La misma familia del propio Sebastián Acevedo, la señora, sus hijos, fueron clave. Y no puedo de dejar de pensar ahora mismo en el compromiso. Pero ¿por qué ahora, cuando estamos hablando del miedo pienso en el compromiso? La verdad es que creo que éste expresa una posición ética que de alguna forma nos permitió enfrentar el miedo. De no caer doblegados frente a él. De responder y estar “ahí”. Y es que no siempre siendo muy conscientes, o no teniendo mucha conciencia del riesgo, la verdad es que cuando llegas a un nivel de compromiso, no te doblegas a la primera. Yo me acuerdo del trabajo, sobre todo en la primera etapa del Sebastián Acevedo, era de un rigor impresionante. Eso de llegar a las 12 y empezar a leer la letanía con un rigor impresionante. Eso era fruto de nuestro compromiso.

Un compromiso forjado, no a espaldas al miedo, sino de cara al mismo, mirándolo de frente. Mirarlo a los ojos. Ciertamente vivíamos en un ambiente de violencia, de violencia política muy fuerte. En ese contexto, forjamos nuestros compromisos. Recuerdo que por esa época ya estaban Eduardo Vergara y su hermano en el MIR. Entonces bromeábamos mucho en ese minuto sobre las estrategias de acción. Yo le decía “vas a terminar muerto huevón cabeza de pistola”. Y si bien a punta de bromabas tratábamos de exorcizar la muerte de nuestras vidas, lo cierto es que ésta siempre rondaba nuestro presente.

Un compromiso forjado también al calor de la convicción de que estábamos exigiendo el respeto de nuestros derechos. De hecho, a mí jamás me cupo en la cabeza dudar de hacer una protesta, llevar documentos, panfletos, o llevar a casa a alguien que lo necesitaba. Yo vivía en Las Condes en una casa que se podía ocupar como casa de seguridad. Y lo digo claramente: no me cabía la menor duda en que yo lo tenía que hacer. Porque habían usurpado, habían cometido un crimen con el golpe militar, lo que era inaguanable. No era una discusión para mí, no tenía ninguna duda en hacerlo. Nunca sentí ese

miedo, ni siquiera cuando estuvo toda la CNI en mi casa, durante 24 horas. Y aunque no me torturaron físicamente, no me permitieron dormir en 24 horas, periodo en que me interrogaron constantemente. Tengo que tomar agua. Se me seca la boca. La verdad es que fue espantoso, y lo que más me impresiona, es como que en ese momento no había otra cosa que hacer.

Yo le he pedido perdón a mis hijos, porque eran chicos, tres hijos, yo me vine sola con ellos a Chile. Y volví, decidí volver. Los puse en peligro, de vida o muerte. Pero mi hijo mayor por suerte me dice “mamá, si no lo hacías tú, ¿quién lo iba a hacer?”. Por eso hablamos de la convicción, de la dignidad, del honor, de la injusticia, y desde ahí uno enfrenta el miedo. El miedo no nos paralizó.

También creo que tanto la propia historia familiar en el sentido de su cultura política, así como el ejercicio de la propia militancia, ayudan a que uno o una pueda enfrentar de forma activa el miedo. En mi caso, si bien mis padres tuvieron la suerte de mantenerse acá y nosotros estudiamos en un contexto bastante protegido, siempre estuvieron vinculados al Partido Comunista, siendo militantes activos en la clandestinidad. Entonces mi historia es quizás un poco distinta. ¿Por qué es distinta? porque en mi casa la represión era como latente desde chica y nosotros siempre supimos qué cosas había que hacer, qué cosas no había que hacer. De hecho cuando mi hermana tenía apenas 3 o 4 años, mi papá escondió a un compañero en nuestra casa. Entonces tuvimos “un tío” viviendo en uno de los baños de mi casa como 6 meses. Sin embargo, mi hermana teniendo a panas 3 o 4 años fue *super madura* y nunca nadie supo que en mi casa había alguien escondido.

A partir de eso para adelante, nosotros vivimos como familia muchas historias. Entonces mi vinculación con el Movimiento, o sea con la protesta, era algo natural, como lo que pasaba en mi entorno. Para mí fue como súper natural. Incluso el miedo a la represión, tampoco lo tenía muy tangible, yo creo que era como parte de mi familia no más. Mi mamá hacía rayados, pues entonces salíamos a hacer rayados en las noches. O sea, como normal. Y es que pienso que la represión se vuelve como una cosa cotidiana que va formando parte de tu aprendizaje como una miembro más de la familia.

Es cierto. Como que uno desde chica aprendió las cosas que había que hacer, las cosas que no había que hacer, las cosas que eran peligrosas, las cosas que no eran peligrosas. Entonces cuando tú vas tomando ese camino y vives en un contexto que es represivo, igual aprendes a desenvolverte con libertad, alegría y todo. Eso no quiere decir que a mí alrededor no pasaron cosas bastante terribles.

En el caso de la militancia creo que una estaba más consciente de lo que te podía pasar, a lo que estabas expuesto. En ese horizonte ibas incorporando una serie de estrategias y de técnicas de autocuidado y cuidados colectivos como el ejemplo el pre-chequeo, el contra-chequeo, al punto que tenías que darte una vuelta a la manzana antes de entrar a un lugar o juntarte con alguien. En la militancia uno aquilatando un saber, aprendiendo cosas muy importantes, tanto para la seguridad propia como para seguridad del otro. En definitiva,

una cultura del cuidado, de entender lo que implica el que te lleven preso, que te saquen la cresta, que te podían torturar.

La militancia, la tuya, las de los demás, pese a sus diferencias, funcionaba como una red, donde existían códigos comunes que se respetaban para seguridad de todos. El aprender a olvidar los nombres, a sustituirlos por la chapa. En definitiva una red, si se quiere simbólica, de seguridad, que te permitía sentir que no estabas solo. También es cierto que habían distintos niveles de participación, estaba el que era público, el que era interno. Y claramente, eso te exponía a situaciones distintas y al mismo tiempo implicaba movilizar saberes distintos para el cuidado y la seguridad propia y de los demás.

Ahora bien, también es cierto que la represión, y con ella el miedo, tenía un impacto distinto en los diferentes grupos de personas. Dicha diferencia delinearía una ecuación simple en que se advierte que a mayor distancia de la acción política, mayor será el efecto de miedo experimentado. E inversamente, a menor distancia, menor es el miedo experimentado. Así por ejemplo muchos jóvenes universitarios, distantes del movimiento más activo, tenían un pavor inmenso a ser objeto de la represión. Recuerdo haber tenido compañeros que me decían “oye si este profe me ve contigo..., yo prefiero que no me vea contigo, porque no sé lo que pueda pasar”.

Y es que ese joven que estaba muchos más distante del compromiso político, de la acción política, vivía con terror cualquier eventualidad de riesgo asociada al contexto político de aquella época. Porque la represión, el control ejercido mediante el miedo, se ejercía sobre los jóvenes aun cuando éstos no estaban involucrados. El miedo operaba allí cuando uno decía “yo aquí tengo que estudiar, aquí hay un esfuerzo de mi familia”. Y entonces pensaba, “yo tengo que estudiar, tengo que terminar esto”, “aquí está en juego mi futuro”. Por el contrario, en aquellos más involucrados había una convicción muy profunda de que esto era algo muy importante en lo cual uno estaba implicado. Entonces había algo también en el colectivo que uno decía “bueno, aquí tengo cierta protección”, como que hay riesgo pero al mismo tiempo hay una protección. Esos que estaban más lejos lo vivían con más susto, con más pánico, mientras quienes estábamos más cerca, teníamos la sensación de tener mayor control sobre el miedo, sobre sus efectos. De hecho, no nos doblegó.

Parte IV: La herencia

Nos habían cambiado el país. Y con ello, nuestra esperanza, nuestro horizonte utópico se había diluido. Y porque no decirlo: nos habían vencido. No solo habíamos experimentado una dictadura, sino una revolución en toda regla. Pinochet y su gente lo habían logrado. Durante la década de los 80 habían podido consolidar su modelo completamente. Infiltraron la sociedad y la transformaron estructuralmente, con leyes de tal magnitud y perfil como para permitir que sea el descarnado país que hoy tenemos. Trastocaron totalmente los valores, en donde la mayoría de las personas lo único que quiere es dinero, tener más dinero.

Duele constatarlo. Duele constatar su legado, su rastro infame. Y esa constatación, viene del 86. Esa constatación tan dura de que por lo menos nuestros viejos habían construido la Unidad Popular y nosotros a lo sumo, para usar un lenguaje de aquel tiempo, apenas queríamos recuperar la democracia burguesa. Y después de eso no había nada más, porque estos milicos nos habían cambiado Chile. Esa era la desesperanza a finales de la década de los ochenta: no importa que logremos ganar el plebiscito, que retomemos la democracia, este no ya no es el mismo Chile.

En mi caso, cuando volví de nuevo a Chile, dije “¿qué país es este?, ¿de qué desarrollo me hablan?”. A mi realmente me pasa mucho, me da mucha indignación cuando se habla de desarrollo, porque siento que infiltraron todos los estamentos del país para hacer de este un país completamente distinto. Saben a lo que me refiero. Esa austeridad, esos valores de aprender, de educarnos, todo eso está totalmente hecho pedazos. Francamente, destrozaron este país. Desde el punto de vista de la urbanidad, la ciudad está hecha mierda. Aprovecharon de hacer todas las erradicaciones, formándose los campamentos que luego dieron origen a poblaciones como La Pintana, entre otras. Inventaron la segregación urbana y por lo tanto inventaron, o por lo menos consolidaron, esto de la desigualdad, como si se tratase de algo natural, que la gente que es pobre lo es pobre porque son ignorantes. Que están en la situación de pobreza por razones divinas, o porque toman. No cabe duda, ellos de forma planificada y sistemática fueron generando este país y hoy en día la gente cree que este modelo es el modelo adecuado.

Sin lugar a dudas hemos heredado muchas cosas de la dictadura. Como el sistema económico, con todo el tema de la modernidad y modernización del país y de la sociedad chilena, y todo lo que ello significa. Y nos fuimos comprando el cuento, aprendiendo a olvidar ese otro mundo al que aspirábamos. Y no queda otra, hemos tenido que ir cambiando necesariamente. O sea lo que era para nosotros la solidaridad, preocuparnos del tipo del lado, jugarlos por ellos, de repente hoy día ya apenas existe, pues lo que heredamos fue el individualismo, la competencia a secas.

A veces basta con escuchar las canciones de Víctor Jara para darte cuenta que son tan actuales, absolutamente tan vigentes. Te juro, he dejado de militar hace muchos años. Aún así, tengo un sentimiento que puede parecer ingenuo, pero me pasa que aún me remonto al discurso de Allende en la Plaza de la Constitución cuando él habla del hombre nuevo. Y me digo a misma: ¿es que nadie entendió esa cuestión, nadie entendió? El hombre nuevo para mí tiene que ver con un proceso interno de valores, de solidaridad, de colaboración, de no discriminación al que piense distinto o el que tiene un color de cara distinto. Nadie entendió a Allende.

Parte V: Lo residual

La lengua del trauma es elusiva. Se nos escapa y al mismo tiempo nos habita. Presente como un latido a veces imperceptible, nos observa. A veces borda la letra de nuestra habla

pasada presente. Otras se descuelga y recorre lentamente esa suerte de profundidad traumática. Esa suerte de horror del que nosotros no damos cuenta fácilmente pues empezamos a contar anécdota tras anécdota. Hablar de que uno hacía ejercicio de la cultura, etc., etc. Quizás porque no queremos aparecer como víctimas.

No vivir como víctima. Eso para mí es importante. Una vez hice una terapia con una terapeuta judía que había vivido el holocausto y su hermano había muerto en este. Ella me dijo algo así: “pero es que tú fuiste víctima. Una cosa es vivir como víctima, quejándose y otra cosa es haber sido víctima y no reconocerlo”. Entonces agregó “y eso tienes que reconocerlo”. Para mí fueron muy importantes sus palabras.

Hablar de ello este tiempo me ha llevado a una reflexión. Después de muchos años que poco a poco he ido retomando mi historia, que se han ido abriendo espacios para ello, pienso en mi hermano que fue detenido por la dictadura. El ahora tiene más de cuarenta años, y a estas alturas él no les ha dado oportunidad a sus hijas, que ya son universitarias, de saber más de aquella historia, saber más de su pasado. Él me dice “ya lo voy a hacer, ya lo voy a hacer” y lo va postergando, lo va postergando. No ha sido capaz de decir todo lo que sucedió en la cárcel con él.

Y me quedo pensando ahora en el costo para la generación más joven. Por ejemplo para mis hijos. Yo nunca en realidad he conversado mucho de esto con ellos. Entonces creo que lo tengo que hacer. Sí, porque es como una parte velada. Pensé que así, con ese silencio, de algún modo los protegía. ¿Me entiendes?

Seguramente cada familia tomó estrategias distintas. Yo le bajé el perfil y no hablé claramente con mis hijos. Entonces me pregunto cómo será para ellos. Ahora mismo me acabo de preguntar eso. Como será para ellos esa cosa media nebulosa, media extraña que de repente llegan y se llevan a mi hermano, se llevan a la Karin y se quedan 24 horas en la casa.

Hace medio año fui a Alemania a visitar a mis hijos, con mi hijo mayor nos peleamos. Yo le dije “hablemos” y me dijo “ya, po” me dijo pero en un tono desafiante. “Hablemos me dijo”, “ya” dije yo. Me hubiera gustado haberlo grabado. Realmente fue como escribir un ensayo sociológico o sociopolítico. El echándome ¡una bronca!, que yo intuitivamente decía “aquí lo único que tengo que hacer es escuchar no más”, “sólo tengo que escuchar”. Fue muy duro. Habló 40 minutos. Yo tenía un reloj así frente a mi cara, por eso lo sé con exactitud. ¡Habló 40 minutos!. Era un ensayo genial. Me dijo “Pero hasta el nombre que me pusiste!”, “¡Nos dejaron la cagá!, ¡nos dejaron la cagada!, ¿qué se creían ustedes?, ¿qué estaban haciendo?, ¡qué irresponsables!”. Al pobre le puse Pavel Igor. Era mi héroe en esa época.

Parte VI: La traición

Un arcoíris de acuarela apenas estampado en el tiempo, y la lluvia cayendo incesantemente sobre este. Así se vino el futuro y con él, nuestro presente. Lo digo claramente: No bastó

con recuperar la democracia, después de todo, la democracia burguesa. No nos bastó con eso, acaso ¿es este el mundo que esperábamos?. Y es que tampoco esperábamos un mundo postrevolucionario. Tan solo esperábamos un mundo de inclusión, de igualdad, un mundo de libertades. Y a decir verdad, poco o nada de ese mundo tuvimos. Entonces como un arcoíris de acuarela bajo de lluvia, la promesa que un día nos hicimos, se fue diluyendo con el paso del tiempo. Y como si nos hubiésemos consagrado apostólicamente a esta promesa, nos sentimos como en pecado. Estamos en falta.

No me es fácil decirlo. Permitirme una caricatura para ilustrar esta sensación de falta: Digamos que si la Iglesia era mi madre, y el partido era mi padre, entonces siento que ambos me traicionaron. Cuando vemos hoy que lo que necesitamos para hacer la reforma educacional es solamente dinero, y al mismo tiempo sabemos que los fondos reservados del cobre entregados a las Fuerzas Armadas cubrirían precisamente ese dinero necesario para la reforma, y te das cuenta que ellos –nuestros padres- están ahí administrando esa política pública, y no lo hacen. Entonces te sientes traicionado.

Seamos claros. Yo no estoy pidiendo que digan “oye, señores vamos a hacer la revolución y vamos a sacar las arcas y repartirlas al pueblo”, ¡No! yo lo que espero es ¿sabes qué?, lo mínimo: esto no es ético, y punto.

También hemos recibido portazos en la cara. Lo lógico es que uno espere que haya cierta institucionalidad capaz de expresar los mismos valores por los cuales luchamos, los mismos por los cuales estábamos dispuestos a entregar la vida. Eso uno espera. Pero no, claramente no ha sido así. Sin ir más lejos, si quieres abordar el tema mismo de la memoria política, te dicen no, ahora no es el momento.

Es que parece que no hubiera una convicción de hacer las cosas como corresponde hacerlas y esos espacios, esa dudas, son espacios que son aprovechados por la derecha, por los medios de comunicación, para instalar de nuevo el miedo. El miedo de la vuelta al pasado.

Una promesa dibujada en el horizonte de nuestra utopía, ahora difuminada en el tiempo. Es cierto, a parte de querer recuperar la democracia construimos una utopía, y cómo no, creímos fuertemente en ella. Esto implicaba que para nosotros la democracia era un instrumento que nos permitiría alcanzar ese mundo utópico. Pero la verdad es que ni siquiera perfeccionamos el instrumento, y menos aún nos acercamos a ese horizonte utópico.

No sé si a ustedes les pasa, pero a mi me suele pasar que a veces me sorprende a mí misma preguntándome ¿para dónde va todo esto?, ¿a dónde?, ¿a dónde?, Porque de alguna manera cada una de nosotras trata de canalizar un poco esas traiciones vividas, y al menos una trata de vivir con cierta coherencia el quehacer de su trabajo, de su vida cotidiana, para que tenga sentido. Pero confieso que no es tarea fácil. Hoy parece que todo apunta a algo muy distinto, que a diferencia de lo que vivimos en la década de los ochenta, que era algo profundamente compartido, profundamente colectivo, vivir en torno a un sueño, es decir a una utopía, hoy es prácticamente imposible. Ciertamente, hoy se vive de manera mucho más

fragmentada. Claro que existen una serie de espacios donde uno también puede participar. Sin embargo siento que es algo muy circunstancial, muy puntual. Quizás tiene que ver mucho con el tipo de vínculos que hoy día se construyen. No lo sé. De verdad que no lo sé. Me pregunto ¿hacia dónde va todo esto?

Parte VII: La rabia

El encapuchado representa la frustración de lo incumplido. Su ADN lleva la marca de la dictadura. La rabia acumulada a lo largo de varias generaciones excluidas del sistema. Allí se expresa. Y es que para mí, la capucha oculta y al mismo tiempo expresa mucho. Sin duda, nos quiere decir algo. Y ese algo parece que nos interpela.

Quizás por eso es que no me sorprende cuando escucho a aquellos, a los mismos que lucharon contra la dictadura, criticar fuertemente este tipo de expresiones. ¿Acaso no son expresiones de descontento, del malestar de los jóvenes? Pues entonces lo que veo es que hay una tendencia a que ojalá nada se mueva mucho, que todo esté muy ordenado. De hecho, hablan insistentemente del orden público, y lo repiten como el mantra de las democracias.

Pues entonces pareciera que el encapuchado necesariamente tiene que aparecer, irrumpir, diciéndonos que algo no está bien, que algo fallaba ayer y hoy sigue fallando. En ese horizonte, cuando hay acciones que parecen ser más violentas que las esperadas, lo que esas acciones nos están planteando es que hay algo que no está bien. Insisto. Dice, nos dice que algo no funciona. Y alguien nos lo está expresando. Y por eso mismo se hace necesario ¿no les parece? Pos eso no lo condeno.

Es más, confieso que no solo no lo demonizo, sino que hasta cierto punto me parece atractivo y sano. De guata puedo tener muchas objeciones, pero antes que nada me es una figura atractiva en tanto representa, o si quiere expresa, al ciudadano. En este caso ellos van ahí a la calle a manifestarse, irrumpen, se toman todo y además andan encapuchados. Y sí, ese encapuchado representa la frustración de lo incumplido. Y ante ello se rebela. Ahí lo atractivo. Pero también es sano que en una “sociedad sana”, como debiera ser la chilena, puedas salir y dejar la cagada, porque eso sería una expresión normal producto de la frustración, la rabia, el odio y todo lo heredado. Y en la práctica, la mayoría no lo hacemos. Entonces eso habla de nuestra “insanidad”. Sin embargo, esos jóvenes lo hacen. Es por eso que en las condiciones actuales andar encapuchado, puede ser que a mí no me guste, que tenga objeciones, pero me quedo más con eso que representa el encapuchado: la rebeldía.

Reconozco la herencia de la dictadura en el encapuchado de hoy y su lucha callejera. A veces me pregunto por su diferencia ¿cuál es la distancia entre ese encapuchado de ayer, el de la dictadura y el de hoy, el de la democracia? Reconozco que uno tiene la tendencia a equilibrar o comparar las cosas. Lo cierto es que creo que había una necesidad más real, más concreta del encapuchado que luchaba en dictadura, que el encapuchado que hoy sale a la calle. No tengo una explicación racional de por qué sale el encapuchado hoy día a la

calle, pero entiendo que para la etapa de la dictadura el encapuchado calzaba más, o uno lo entendía, pues había razones claras que lo explicaban. Ahora, al menos a mí, me cuesta analizar y entender totalmente por qué es necesario hoy el encapuchado, aunque entiendo que hay mucha frustración y resentimiento. Que hay cosas incumplidas, las hay, y por montones. Pero yo no sé si aquello sea razón suficiente. Ahí me pierdo, sinceramente me pierdo. Pero no sé si uno podría decir si hoy están dadas las condiciones para que salga la gente todavía encapuchada. No miento. A veces me pregunto hasta qué punto es una suerte de herencia ciega del tiempo de la dictadura.

Hablo de los ochenta. Si pensamos hoy esa parte del ayer, entendemos que el uso de la capucha obedecía a una cuestión práctica, pues aparecían encapuchados por un tema real y concreto no ser identificado. No podemos olvidar que por aquel entonces uno vivía con el temor de las fotos, o del CNI que estaba metido en la manifestación, y que el día de mañana te podía significar lo peor. Entonces también había un elemento distinto. ¿Pero qué tan distinto realmente? Depende a quién y dónde hacemos la pregunta. Si le preguntas a los mapuche, digamos que si no te encapuchas no te salvas, pues todos los que luchan están presos y tratados de terroristas. Y es que ahí hay un foco muy similar a lo que vivimos en los ochenta, espantosamente similar. Seguro que están todos fichados.

Aquí y ahora, la capucha habla de otra expresión. Estamos pensando en la capucha que es una expresión que quizás tiene que ver con lo asistémico y todo el cuento, y que por tanto también hay quienes usan la capucha y dicen “voy a ser en definitiva terrorista”, y también lo hacen. Pero cuidado, si miras los informes de Derechos Humanos, los de la Universidad Diego Portales por ejemplo, o los que hace el Instituto Nacional de Derechos Humanos, al contrario de lo que uno se podría esperar, es decir que en democracia no se tortura, al contrario, se tortura.

No podemos olvidar que nosotros hicimos una opción, una opción pacífica de derrocar a la dictadura con movilizaciones, generando organizaciones, posibilitando que se recompusiera el tejido social, los partidos políticos y poniendo nuestras organizaciones al servicio de estas organizaciones políticas para rearmarlos, etc. En este sentido éramos los otros, los que dábamos testimonio visible a rostro descubierto, porque también nuestra provocación era esa. Si te aparecías frente al cuartel de la CNI, que fue la primera acción del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, les apuntábamos con el dedo y decíamos “Aquí se tortura”. Y te mostrabas a rostro descubierto. Después te arrodillabas y rezabas. Era hacer testimonio, ser testigo.

Parte VIII: El presente

Entre el ayer y el hoy, no sólo media la distancia de los años, sino también la diferencia, el contraste del contexto político. Y aunque a la luz de los hechos parezca absurdo, uno espera con cierta racionalidad que los milicos no les vayan a disparar a los cabros cuando estos salen a la calle y marchan por sus demandas educativas y sociales. En nuestra época

nos disparaban, ahora no, y por lo tanto yo ahora tengo mucha más disponibilidad que un cabro vaya a una manifestación pública. Porque sé que va a primar cierta sensatez, o aquí ahora hay ciertas reglas, cierta normalidad.

De hecho, mis hijas, las dos mayores que estudian en la universidad, dicen ellas mismas que esto no tiene punto de comparación entre lo que nosotros como madres y padres nos toco vivir y ellos ahora viven. Es que ellos mismos reconocen que esto no tiene nada que ver. Ahora parece más predecible, menos incierto, como que hay un grado de control mayor. Y es que pese a lo que le pasó al estudiante de Literatura, Rodrigo Avilés, que fue algo terrible, no deja de ser un tanto extraño.³ En cambio a nosotros, en nuestro contexto histórico, no sabías lo que te iba a ocurrir y eso era muy complicado. No cabe duda. Es otra historia

Ahora bien, también no deja de ser cierto que nosotros mismos como que hemos naturalizado ciertas prácticas de control y violencia. Sin ir más lejos, desde hace más de tres meses en el paseo Ahumada hay una micro de pacos y una comisaría y estamos en democracia. Entonces a los transeúntes, al santiaguino se le ha hecho parte del paisaje el guanaco, el zorrillo.

Por eso, ahora cuando converso, recojo y entiendo al mismo tiempo la necesidad imperiosa de hablar, de hablar y de hablar de nuestra historia. Porque cada uno tiene su rollo, cada uno tiene su experiencia y todas sus rabias, y etcétera, etcétera. Yo creo que hay una cosa que no hemos sabido todavía enfrentar como sociedad: nuestra memoria. Hay esta Carmen Gloria con su cuerpo hecho memoria. Con la cicatriz del pasado pidiendo justicia. Ahí está mirando de frente y nosotros dando la espalda. Y para qué digo enfrentarlo desde los partidos políticos, obviamente le hacen el quite. Más grave aún, francamente nunca ha sido un tema. Creo que ello tiene que ver con el miedo. Es por ello que valoro profundamente contar nuestra historia tal como ahora lo estamos haciendo. Uno siempre cuando se refiere a estos temas lo hace desde el intelecto. La diferencia es que ahora, lo hemos hecho desde la experiencia, desde el sentimiento, desde la memoria emotiva.

³ En el marco de manifestaciones desarrolladas en las inmediaciones del Congreso Nacional el 21 de mayo de 2015, el estudiante Rodrigo Avilés, alumno de Letras de la Universidad Católica de Santiago, resultó gravemente herido tras ser alcanzado por un chorro proveniente de un carro lanza agua de Carabineros.

LOS AÑOS NOVENTA

Presentación

Hemos configurado un grupo de trabajo para la elaboración de una Producción Narrativa relativa a nuestras experiencias y puntos de vista sobre la violencia política. El punto de partida de nuestro trabajo es la detención de Augusto Pinochet en Londres el año 1998,¹ en la medida que este hecho suele considerarse como un hito a partir del cual se reinstala en la sociedad chilena el tema de las violaciones a los Derechos Humanos y, en un sentido más general, se abre el debate sobre las características de la transición a la democracia.

En tanto ejercicio de memoria sobre nuestras propias experiencias relativas al tema, particularmente las situadas en torno a los años noventa, pretendemos contribuir a la comprensión de este periodo de nuestra historia, mostrando de qué formas fuimos protagonistas y así poder hacer un legado escrito que quede para el futuro, que otros/as puedan leer y conocer. Existen muchas prácticas de memorias de las cuales participamos con los/as amigos/as, con la familia, pero éstas suelen situarse en la oralidad, por lo que los recuerdos no quedan inscritos en un soporte que pueda ser consultado y revisado. De ahí la importancia de este texto. Como señala uno de nosotros/as respecto de su nieto: “espero que él lo pueda leer, para que sepa la historia, no a través de los libros sino que a través de un trabajo de investigación donde están los protagonistas. Aquí hubo gente que hizo cosas no menores, en diferentes escalas, pero las hizo. Y estuvo ahí en los escenarios, en la calle, en la universidad, en la cárcel, en centros culturales. Son los protagonistas, la gente de base, la gente de tierra, la gente de pueblo. Entonces para mí es muy importante este texto, dejárselo como una herencia a mi nieto”.

Otro elemento importante a considerar es que este texto recoge experiencias diversas, las cuales se plasman en el relato de modo de ofrecer diferentes puntos de vista. Como señala una de nosotros/as, “no es lo mismo que hable una persona que vivió la cárcel a una persona que resistió en la calle o en la clandestinidad, son distintos lugares y eso enriquece el contexto de este documento”. Nuestras experiencias durante los noventa son diversas. Una de nosotros militó en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez FPMR. Dos lo hicieron el Movimiento Juvenil Lautaro MJL, Doris Ojeda y Rosa Vargas, y una como militante de derechos humanos, mientras que dos de nosotros, Antonio Cadima y Roberto Carrera, desarrollaron su participación en el ámbito del arte y la cultura popular. Varios de nosotros/as, durante muchos años tuvimos que esconder nuestra historia, ya sea por razones de seguridad, laborales y otras, pero consideramos que ya es tiempo de mostrar esta historia. Como plantea una de nosotros/as: “he andado como tratando de ocultar esto durante muchos años, pero hoy día ya no me interesa seguir ocultándolo”.

1 Siendo senador vitalicio, Pinochet fue detenido en Londres entre 10 de octubre de 1998 y el 2 de marzo de 2000 en el marco de una investigación por genocidio a cargo del juez español Baltasar Garzón.

El texto se compone de dos partes. La primera es una aproximación general a los años noventa a partir de la detención de Augusto Pinochet en Londres, las características de la represión durante la década y sus vínculos con la década anterior y la posterior. En la segunda parte abordamos el concepto de violencia, identificando algunas de sus características relevantes, tanto pasadas como presentes, considerando especialmente los años ochenta y noventa. Cabe destacar que la distinción analítica entre los años ochenta y noventa permite una aproximación al tema de la violencia política, distinguiendo semejanzas y diferencias entre los años de la dictadura y la primera década del regreso a la democracia. Sin embargo, para nosotros/as como sujetos que no se identificaron con la forma en que se pactó la transición a la democracia, para entender lo que fuimos y lo que somos, no se pueden separar ambas décadas. Como señala uno de nosotros/as: “cuando se habla de los ‘90 se habla como si en los ‘90 hubiese salido así de repente el calendario y todo se instala ahí. Y en realidad son una consecución de los ‘80. Y evidentemente lo que pasa en los ‘80 es producto de los ‘70 y así para atrás, que es una cuestión que venimos discutiendo en varios lugares”.

La detención de Pinochet en Londres: entre la alegría y el escepticismo

Desde los distintos lugares donde nos encontrábamos, la militancia de base, los esfuerzos por trabajar políticamente desde la cultura, el extranjero y la prisión política o habiendo salido de ella recientemente, la detención de Pinochet en Londres nos sorprende. La noticia de que el dictador ha sido detenido en Londres nos generó sorpresa y escepticismo. A nuestro alrededor vimos que había alegría, entusiasmo, emoción y esperanzas de que se hiciera justicia, estados que hasta cierto punto compartíamos pero que se acompañaban con nuestra desconfianza hacia las instituciones del Estado y los juegos de poder. Asimismo, la alegría también se mezclaba con una sensación de injusticia que generaba sentimientos fuertemente contradictorios, en la medida que la detención ocurrió en el extranjero, sin que hayamos sido capaces de que pasara en nuestro país, ni de generar condiciones reales que hubieran podido permitirlo.

Así, para nosotros/as, la alegría se mezclaba con el asombro, generando una sensación de perplejidad y desconfianza que luego dio paso a la confirmación de que las expectativas se verían frustradas. Si bien éstas no eran demasiado altas respecto de lo que pudiera pasar con Pinochet, su regreso al país, y particularmente su imagen levantándose de su silla de ruedas,² confirmaron lo que ya veníamos constatando, que la transición pactada a la democracia se circunscribió en los límites de “la medida de lo posible” establecidos en el Gobierno de Aylwin.³ Sin quedar especialmente sorprendidos con esta confirmación, la forma en que defendió a Pinochet resulta vergonzosa pero sirve para evidenciar el carácter

2 Al regresar a Chile, Pinochet llega en silla de ruedas, y al ser recibido por familiares y autoridades del Ejército, se pone de pie y levanta los brazos, en un gesto que hace evidente que sus condiciones de salud eran mucho mejores que las esgrimidas por su defensa para evitar que fuera enjuiciado.

3 Al referirse a las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, Aylwin sostiene que se hará justicia “en la medida de lo posible”, frase que luego es utilizada para ilustrar cómo la transición a la democracia fue desarrollándose ajustándose a las limitaciones impuestas por los militares al dejar el poder.

de la democracia que los gobiernos de la Concertación estaban llevando adelante. Como recuerda una de nosotros/as, tanto el hecho como la actitud del Gobierno y del embajador chileno de ese entonces generaron un impacto negativo muy importante en la comunidad internacional. Se trastocó la idea que había fuera de Chile “de creer que la democracia ya había solucionado todo, y que por lo tanto en democracia no podía haber presos políticos, no podía haber tortura, no podía haber violencia”.

Cabe destacar que más allá del importante impacto social y político de la detención de Pinochet en Londres, algunos/as recordamos que en los sectores populares donde desarrollábamos una labor no solamente política sino también artística y cultural, este hecho era percibido como relativamente intrascendente, particularmente entre los más jóvenes, para quienes incluso Pinochet era una figura desconocida y que no afectaba mayormente las necesidades de trabajo y mantención de las familias y de sus hijos. En este sentido, dicha situación implicaba también hacerse cargo de intentar explicar no solamente quien era este personaje sino también cuales eran sus implicancias históricas para la sociedad chilena y sus propias condiciones de vida.

Pese a que la liberación de Pinochet defraudó las expectativas de justicia que se habían abierto con su detención, el proceso tuvo algunos efectos positivos. En primer lugar, a nivel internacional se visibilizó la problemática de los presos políticos de una forma que no había ocurrido hasta entonces. Por el contrario, hasta ese momento los presos políticos no eran considerados como tal y se les calificaba con diferentes nombres como “subversivos”, “terroristas”, “anarco-marxistas” y “antisociales”. Esta visibilización permitió salir de la soledad en que se encontraban los presos en términos de apoyo social y hacer evidente que muchas de las condiciones propias de la dictadura en términos de la prisión política seguían existiendo. Aún durante el Gobierno de Aylwin existieron casos de presas políticas que fueron violadas por funcionarios del Estado, y cómo detallaremos más adelante, muchas prácticas de tortura, físicas y sobre todo psicológicas, se aplicaban sistemáticamente.

En relación a este tema, en términos de los recuerdos que nos traen la detención de Pinochet en Londres, aparece con fuerza, y de hecho con mucho más relevancia para nosotros, la tortura masiva y brutal que sufrieron los presos políticos en la cárcel de Alta Seguridad, al ser trasladados a Colina II. En nuestra memoria no hay recuerdos muy claros de cuál fue el detonante de este hecho. A diferencia de ocasiones anteriores, la violencia hacia los/as presos/as políticos/as se daba en relación a situaciones claramente identificables, como la fuga en helicóptero que protagonizaron cuatro presos políticos a fines de 1996.⁴ El asunto es que los gendarmes comenzaron a hacer allanamientos de las celdas y procediendo a sacar a los presos y a golpearlos con inusitada violencia. Debido a los golpes recibidos, varios quedaron inconscientes e incluso uno de ellos perdió un ojo. En relación a la magnitud de la golpiza, varios de los presos comentaron posteriormente que pensaron que los iban a matar, a diferencia de otras ocasiones en que los gendarmes se conformaban con no dejar

4 El 30 de noviembre 1996 cuatro miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez se fugaron de la cárcel de Alta Seguridad en una canasta sostenida por un helicóptero.

huellas visibles de los golpes a los que sometían a los presos. Después de estos hechos, los presos fueron trasladados a Colina II, sin que se supiera nada de su estado por dos días. Como recuerda una de nosotros/as, “nadie sabía dónde estaban, si estaban muertos, si estaban vivos, tampoco la familia”. Con posterioridad, los presos trasladados hicieron una huelga de hambre, la que fue secundada por las presas políticas, y que se recuerda como una de las más largas y duras.

La detención de Pinochet y la reinstalación del miedo

Una de las situaciones que generó la detención de Pinochet en Londres es la reaparición del miedo. Considerando que muchos de los aparatos represivos de la dictadura seguían funcionando, aparece la expectativa de que el hecho pueda tener como consecuencia el ejercicio de la violencia sobre militantes de izquierda, tal como había sucedido en múltiples ocasiones anteriores. Una de nosotros/as recuerda que incluso se registraron ingresos a domicilios de militantes y robos de objetos personales, lo cual se interpretó como un mensaje de amenaza relativo a las posibles consecuencias de lo que estaba ocurriendo. Rememorar esos momentos se cruza con otros recuerdos sobre el miedo a las consecuencias violentas que surgió ante acciones como el “ejercicio de alistamiento y enlace” del Ejército.⁵ En esa ocasión no fueron pocos los que botaron o incluso quemaron revistas de izquierda, frente a la expectativa de que se pudieran repetir hechos como los allanamientos propios de la dictadura militar, donde la tenencia de ese tipo de publicaciones podía implicar ser detenido o violentado.

Sin embargo, como precisa uno de nosotros/as, el miedo entre la gente de izquierda durante este periodo no se puede generalizar. “En los ‘90 en mí no está instalado el miedo, ni en mi círculo inmediato. Hay otras cosas instaladas, pero el miedo es parte de los ‘80 y finales de los ‘70”. En este sentido, el miedo durante este periodo aparece como un elemento complejo que debe ser evaluado en términos de sus expresiones en un momento dado, pero también en relación a cómo esas expresiones remiten a otros momentos. Al respecto no cabe duda que la evaluación y valoración del miedo en los ‘90 tiene como parámetro fundamental el miedo propio del periodo de la dictadura, el cual es diferente para las personas y grupos que fueron objeto de violencia política directa, respecto de otros que no fueron directamente afectados. Para amplios sectores de la sociedad, más que miedo parece primar una distancia y un desapego con las problemáticas políticas. “En el grueso de la población hay una especie de indiferencia más que miedo. Yo creo que el miedo está instalado en algunos de nosotros, en algunos de los grupos que están de una u otra manera intentando intervenir en este proceso, pero en la ciudadanía desde finales de los ‘80 ya está instalada cierta indiferencia y pasividad en relación a la política, como que la política es mala. A eso yo le llamo una instalación cultural, que se promueve a través de todos los medios posibles, sobre todo a través de los medios de comunicación”.

5 El 19 de noviembre de 1990 el Ejército realizó un despliegue de tropas como forma de ejercer presión para detener la investigación por fraude económico que se realizaba sobre el hijo de Pinochet.

Uno de los elementos que permite entender esta indiferencia y desapego dice relación con el miedo del periodo anterior, el miedo de la dictadura, donde las personas aprendieron a que el involucramiento político puede tener efectos negativos sobre sus vidas. “Yo creo que esta cuestión pasa porque precisamente la gente ya tiene instalado que, como los animales, toca un botón y sale comida, y si toca el otro botón da la corriente. Ya nos pasó en los ‘80 y los ‘90, entonces ahora sabemos que si tocamos el botón de la presión social nos da la corriente. Y creo que es eso lo que provoca esa pasividad o eso de aceptar cualquier cosa. No porque seamos realmente, culturalmente aceptadores de todo, sino porque yo creo que ya sabemos lo que se nos viene”.

El miedo que para algunos de nosotros/as resurge en torno a la detención de Pinochet, es similar al miedo que producían, y siguen produciendo, sonidos de aviones o helicópteros, asumiendo que es una sensación que está instalada en nuestros cuerpos. Esa sensación se reactiva cada vez que se generan situaciones donde la izquierda se reorganiza y golpea, como en el caso de los atentados con bombas de los últimos años,⁶ frente a lo cual surge la sensación física de “chucha, ¿qué nos van a hacer?”. En este sentido, la detención de Pinochet en Londres es una de tantas ocasiones en que el miedo resurge y la expectativa de ser objeto de violencia por parte de los aparatos represivos del Estado vuelve a aparecer. Otro momento significativo en este sentido fue la detención de los inculcados en el llamado Caso Bombas,⁷ donde la cercanía personal con algunos de ellos llevó a varios de nosotros a pensar que era probable ser detenidos también. Si bien esto no sucedió, la expectativa siempre está ahí, inscrita en el cuerpo. “Efectivamente yo creo que el miedo y que la sensación de inseguridad es algo que a uno se le instala en el cuerpo”. Para algunos de nosotros/as, ese miedo se enfrenta y se controla porque hay un objetivo político desde el cual se puede abordar, más allá de la sensación de vulnerabilidad que genera.

El miedo y las formas de enfrentarlo

El tema del miedo es complejo ya que de partida la forma de abordarlo es relativa. “Cada uno vive el miedo como puede”. En esta misma línea, “yo creo que el miedo se supera, no sé si se controla, y tal vez cuando estás cagado de miedo te importa bien poco la consigna y el objetivo político, sino que, bueno, lo importante es sobrevivir”. Desde esta perspectiva, afrontar el miedo se relaciona con las convicciones políticas e ideológicas y también con elementos más básicos como la necesidad de sobrellevar las circunstancias de violencia. Asimismo, consideramos que otro elemento clave en el enfrentamiento del miedo es la rabia. En relación a la experiencia de prisión política en los noventa, “yo creo que para nosotros los presos políticos la principal motivación que teníamos es la rabia. La rabia es un elemento que te fortalece”. Otra de nosotros complementa que “puedes resistir al miedo porque

6 Desde el año 2006 en adelante se han producido varias decenas de atentados con bombas, que las investigaciones vinculan a grupos anarquistas, okupas y ex presos políticos.

7 El “caso bombas” refiere a la detención en agosto del 2010 de una decena de personas inculcadas por los atentados del 2006 a la fecha. En esta ocasión fueron detenidos varios ex presos políticos vinculados a la lucha armada de fines de los ochenta y comienzos de los noventa.

tienes tanta rabia que no vas a tolerar más eso”. Lo importante es destacar que existen matices respecto del miedo y cómo afrontarlo, ya que este no se supera, pero se enfrenta y se controla. “Yo creo que cada ser humano frente al miedo, al terror, al dolor, tiene su tipo de reacción. A mí lo que me hace actuar es la rabia. Hay otra gente que a lo mejor es su ideal político; lo importante es no generalizar, como si por el hecho de tener un ideal político fuéramos a resistir a todo. Yo creo que no es tan simple”. También es importante destacar que enfrentarse a la violencia política, ya sea en situaciones de represión o de prisión política, supone una fortaleza importante, y en ese sentido es importante que valoramos habernos enfrentado a la violencia por nuestras convicciones políticas.

Otro elemento que cabe destacar en relación al miedo y a las formas de enfrentarlo, es la importancia del carácter colectivo de la acción política y cómo este carácter colectivo opera como soporte en diferentes situaciones como la clandestinidad, la represión y la prisión política, todas situaciones violentas en la medida que alteran el estado normal de los seres humanos que las viven. De este modo, los compañeros y compañeras de militancia fueron un soporte fundamental en el abordaje de estas diferentes situaciones. “Para mí la experiencia tanto en la clandestinidad como en la cárcel, con los y las compañeras, en el caso de la cárcel con las compañeras, fue siempre de sentirme protegida. Lo que tenía que enfrentar tanto en la calle como en la cárcel lo enfrentaba con ellos y sabía que se iban a jugar el pellejo por mí y que yo me lo iba a jugar por ellos. Y me cagaba de miedo pero estaba con ellos y eso me daba un sentido de protección. Emocionalmente, psicológicamente, yo me sentía apañada, protegida”. En ese mismo sentido, otra de nosotros/as recuerda la confianza que sentía con los compañeros de militancia a la hora de realizar acciones clandestinas: “yo no sabía ni de dónde eran mis compañeros, ni cómo se llamaban, nada. Lo único que tenía claro es que eran mis compañeros, que íbamos a operar juntos y que llegado el momento yo sentía la plena confianza de que ellos iban a cubrir mi espalda tanto como yo la de ellos”.

Otro ejemplo de esta confianza se relata en relación con la experiencia de prisión política, situación en la cual el miedo en ciertos periodos no permitía dormir, frente a lo cual se buscaba apoyo en otras presas políticas. “Yo no podía dormir sola. Y dormía todas las noches con una compañera. Me acuerdo que iba a dormir a la celda de una, al otro día dormía con otra, otro día dormía con otra más, porque no podía dormir sola. Hubo un tiempo largo, no sé cuánto fue, un mes, no sé, que yo no podía dormir sola, porque sentía que necesitaba que alguien me protegiera en la noche cuando yo durmiera”. Algo parecido sucedió cuando nació su hijo y fue trasladada al Hospital Penitenciario, donde había una compañera que, pese a ser de otra organización y no tener mayores vínculos con ella, le ayudó a poder descansar. “Cuando parí estuve muchas horas despierta. Yo no dormí, no sé, doce, dieciocho, no sé cuántas horas y recién parida. Luego me sacaron al Hospital Penitenciario y ahí estaba una compañera que entonces vivía en el hospital por su salud. No éramos amigas ni nada. Ella además era del Frente, no teníamos tanto vínculo, pero era una compañera. Y ahí dormí. Porque ahí sentí que podía estar segura. Adentro de la cárcel nunca estás segura, pero emocionalmente sentí que podía descansar porque alguien iba a cuidar de mi hijo mientras yo dormía, que por último me iba a despertar y decir ‘vienen los pacos’ y ya, por último me despertaba y yo volvía a pelear”.

La crisis de los Noventa: la instalación de la desmovilización, la desconfianza y la búsqueda de referentes

En varios sentidos, los noventa implican un quiebre. Por una parte se produce un desencantamiento colectivo que viene acompañado de un desmembramiento del movimiento social, particularmente de los sectores populares y los de los sectores más comprometidos con la lucha social, dentro de los cuales algunos abandonan su militancia y otros pasan a ser parte del gobierno, ya sea orgánica o ideológicamente.

Como señala una de nosotras/as, lo que se pone en juego en este periodo es la valoración de la democracia. En sus propias palabras, “nosotras/as tratábamos de convencer a la gente que no estábamos en democracia y la gente trata de convencernos que sí. Hasta que llegamos en la cárcel a un consenso. Efectivamente no estábamos en democracia y nosotros dijimos efectivamente la gente está en otra”. Lo que permite explicar este hecho es el desencanto y la desesperanza vinculados al sentimiento de derrota, lo que genera una decepción muy importante. Uno de los efectos que produce esta suerte de desamparo es la búsqueda de algunos sectores de referentes políticos, específicamente entre los presos políticos. En este sentido la fragmentación política de los noventa implica la búsqueda de referentes ideológicos por parte de sectores combativos, principalmente jóvenes. Este proceso se inscribe en lo que uno de nosotros llama “doble orfandad”, en la medida que con el Golpe de Estado muchos militantes quedan huérfanos de partidos políticos, lo que vuelve a suceder durante los gobiernos de la Concertación. “Yo conozco a varios que no han hecho de su vida nada, siento que hay una generación que quedó como huérfana de todo, cuando quiso hacer algo ya no había nada”.

Sin embargo, esta soledad se aborda de un modo constructivo y combatiente y va generando nuevos lazos. Uno de los vínculos relevantes que se elaboran en ese periodo es la relación de militantes de los ochenta con grupos punks y posteriormente anarquistas, los cuales vendrían a ocupar un lugar importante dentro del vacío político señalado. Cabe destacar que esta búsqueda de referentes y el consiguiente diálogo y cercanía con los presos políticos se basaba en parte en que éstos mantuvieron su acción dentro de la cárcel, bajo el concepto de “Prisión Combatiente”. A través de diferentes acciones como huelgas de hambre, se decidió mantener la lucha que se había levantado en otros contextos. Si bien las huelgas de hambre eran una herramienta de lucha fundamental, no siempre había acuerdo en llevarlas a cabo y algunas presas políticas no participaban de ellas. “Se quedaban afuera porque, por ejemplo, algunas tenían hijas y no eran capaces porque te castigaban cuando hacías huelga de hambre, tenías todos los castigos. Entonces ellas no eran capaces de no ver a sus hijas y bueno, si no las podíamos convencer no hacían la huelga de hambre no más y nos ayudaban a nosotras llevándonos tecito, llevándonos agüita caliente, cuestiones así”.

Por otra parte, se instala la problemática de la desconfianza, principalmente vinculada a la delación, mecanismo utilizado por la Oficina⁸ para combatir a los sectores que continúan

8 Entre 1991 y 1993 opera el Consejo Coordinador de Seguridad Pública, conocido como “la Oficina”, que fue la entidad

en lucha después de 1990. A diferencia del periodo de la dictadura, la figura del “sapo” o delator estaba bastante circunscrita y era manejable por las organizaciones. Pero en los noventa se generalizó la desconfianza debido a que la Oficina recurre a militantes de izquierda para la vigilancia y la persecución. Uno de los efectos que generó esta desconfianza es la tendencia de las organizaciones y sus militantes a encerrarse en sus propios círculos, perdiendo de esta manera importantes grados de vinculación con el mundo social y político. Una de nosotros/as recuerda haber escuchado decir a una dirigente de la población La Victoria que “el mayor logro de la Oficina había sido crear el bicho de la desconfianza y que eso había desarticulado las organizaciones sociales en las poblaciones, porque todos desconfiaban de todos”.

La represión de los noventa como un proceso de continuidad y experimentación

Los años noventa y el fin de la dictadura implican una serie de transformaciones socio-políticas, entre las cuales destaca una fractura en las formas de entender la lucha revolucionaria. Ya no es solamente el Estado el que va a combatir este tipo de lucha sino que desde la propia izquierda va a haber un proceso de deslegitimación. “Entre la misma ‘izquierda’ y entre tus mismos ex compañeros que lucharon en dictadura, ahora te dicen subversivo, terrorista, anarco-marxista y no validan tu lucha porque están en democracia”. En este sentido también se produce un giro en las estrategias represivas, las cuales se focalizan en los grupos más radicalizados. “Yo creo que la represión tiene etapas históricas, sabemos de las detenciones masivas, las desapariciones y los asesinatos en dictadura, pero luego en los ‘90 la lógica de la violencia política del Estado, como continuidad de la violencia política, se focaliza en el levantamiento armado minúsculo que había, por lo que la focalización de la represión se orienta hacia el MAPU-Lautaro –fundamentalmente- y hacia los grupos más extremos, el Ejército Guerrillero del Pueblo, el Destacamento Raúl Pellegrin y el Destacamento Pueblo en Armas del MIR”.

Siguiendo este argumento, cabe destacar que la violencia se orientó tanto hacia la aniquilación de las organizaciones revolucionarias como a su derrota simbólica a través de lo podríamos llamar “castigos ejemplificadores”, como fueron el asesinato de Norma Vergara⁹ y la masacre de Apoquindo.¹⁰ También tuvieron este carácter ejemplificador el asesinato de dos frentistas en la comuna de Ñuñoa, quienes habían realizado una recuperación en el Campus San Joaquín de la Universidad Católica y la fuga de presos políticos de la Penitenciaría que termina con varios de fugados muertos por la policía.¹¹ Un elemento común

encarga de la persecución a los grupos armados que mantuvieron sus acciones desde del regreso a la democracia el año 1990.

9 El 26 de marzo de 1996 es asesinada la militante del Mapu-Lautaro Norma Vergara en el centro de la ciudad de Santiago, bajo una amplia cobertura mediática.

10 El 21 de octubre de 1993, durante la persecución a militantes del Mapu-Lautaro que habían asaltado una entidad bancaria en el barrio alto de la ciudad, son asesinadas 6 personas en un bus de la locomoción colectiva al que se habían subido los asaltantes, en una acción policial indiscriminada y sumamente violenta (el bus recibió entre 150 y 300 impactos de bala).

11 El 10 de octubre de 1992 son asesinados tres miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez durante un intento de fuga de la cárcel donde se encontraban detenidos.

a estas acciones, además de la violencia letal con que se ejecutan, es que fueron acciones acompañadas de una cobertura mediática importante que dio cuenta de los hechos prácticamente en tiempo real pero sin ningún juicio crítico respecto de la actuación policial. En todos estos casos, el mensaje era claro: cualquier acción con motivaciones revolucionarias terminaría con sus protagonistas brutalmente asesinados.

“La matanza de los compañeros del Frente en la recuperación del Campus San Joaquín, ese reality del asesinato de los compañeros por televisión no es casual. Es una forma de producir miedo en el inconsciente colectivo. Bajo el argumento de que llegó la democracia y “estos hueones siguen armados”, se les construye como monstruos y eso legitima matarlos. Es decir que primero construyes el monstruo y después de unas horas por televisión llega el asesinato, entonces se justifica la matanza. Es lo mismo que pasa con la masacre de Apoquindo y con Norma Vergara. En Apoquindo a los pacos se les va de las manos la situación, porque es una matanza que no está focalizada, matan a toda la gente porque creen que todos son lautaristas. Pero yo creo que lo que generan ahí es nuevamente una cosa mediática de que tú te alzas, tú te rebelas, entonces el mensaje es ‘te mueres, te matamos, eres un perro y te tiramos en la calle’. Y con Norma Vergara yo creo que pasa lo mismo -pueden haber muchos más casos, pero yo los tengo esos en la retina-, porque le dan con bombos y platillos antes y la buscan y la buscan, la mujer metralleta y la malvada, la no sé qué y la no sé cuánto. Y es porque es mujer, se rebela y usa armas. Y después hay prensa in situ esperando que la maten y le sacan la foto justo en el momento en que la mujer está desmayándose, desangrándose, o sea así de maquiavélica es la huevía. Entonces todas esas imágenes son para producir miedo en el inconsciente colectivo, para mí es eso. Es una forma de producción del miedo. Yo creo que siempre ha existido, a veces en forma más bruta, a veces en forma más sofisticada”.

La instalación de las cárceles de Alta Seguridad también se puede considerar como una señal simbólica de la represión a los sectores revolucionarios. Como se comentó anteriormente, uno de los elementos claves de los años noventa fue la violencia en el contexto de la prisión política, donde la tortura resulta una práctica fundamental y característica de ese periodo. Junto con la tortura física, para la cual quienes estuvimos presos nos sentíamos preparados, se desarrolla una tortura psicológica, mucho más difícil de sobrellevar. “Estar sometido como a la tortura psicológica yo creo que fue un elemento de quiebre para muchos de mis compañeros”. Cabe destacar que esta tortura psicológica se sustenta a un conocimiento profesional que se expresa no solamente en los saberes de la represión provenientes de la dictadura sino también en la presencia de profesionales como psiquiatras, que participan directamente de esta forma de tortura. Junto a esto, ocurre la naturalización de la tortura por parte de quienes la sufrieron, tanto por la legitimidad con que operaba, como porque la información existente sobre la tortura durante la dictadura dificultaba valorar adecuadamente la violencia a la que fueron sometidos los presos políticos durante los noventas.

Otra de las características de esta violencia política es el manto de legalidad bajo la cual opera, por ejemplo, a través de aislamientos sostenidos jurídicamente en la firma quincenal de jueces, lo que llevó a que prisioneros políticos estuvieran incomunicados hasta un mes y medio de manera legal. También a través de someter a los detenidos a dobles procesos (en

la justicia militar y en la justicia civil), aplicar penas de 150 años de prisión o varias penas de muerte y mantener procesos judiciales abiertos durante más de diez años, de modo que sabías que en cualquier momento podías volver a la cárcel porque se agregaban años de condena, lo cual llevaba a vivir en una permanente incertidumbre y vulnerabilidad. Todas estas estrategias se fueron sofisticando con los años y luego se aplicaron a otras luchas como a las del pueblo mapuche y a los anarquistas, lo que en definitiva implicó que “haya habido un modelo de continuidad y de perfeccionamiento de la violencia política que se encubrió en la legalidad y en un montón de otras prácticas que hasta hoy día siguen operando”.

Desde esta perspectiva, consideramos que lo que se configura en los ‘90 es un Estado policial, en el que se presentan formas de violencia estatal que son particulares y propias de este periodo, aun cuando se mantengan prácticas represivas propias de la dictadura. “A través del aparataje legal se justifica el aislamiento y el secuestro. Pero son traslados, no son secuestros; no es aislamiento, es incomunicación que se extiende por un mes, por un mes y medio. Entonces ahí se genera un concubinato entre el Estado y el Derecho para avalar la represión, sumado al uso de la fuerza: el trío con las fuerzas policiales es del terror. Una gran mierda y muy bien armada, se le debe reconocer su gran mérito”.

Una característica de la forma de represión que se configura en este periodo es el de la legitimidad de la violencia contra las organizaciones revolucionarias. Así, bajo el argumento de defender la incipiente democracia, toda forma de acción represiva se legitima y termina reproduciendo varios mecanismos propios de la dictadura. “En los ‘90, con este discurso de la democracia, todo lo que hicieran, por aberrante que fuera, era justificado. De esta forma aparece como necesario que a estos tipos los exterminen porque el objetivo es mantener la democracia. Incluso la gente hablaba de que no había que poner en peligro la democracia porque era muy frágil”.

Pero este Estado no solamente se configura como un Estado Policial sino también como un Estado Burocrático, el que se caracteriza por someter a la gente a otro tipo de violencia. Esta violencia tiene que ver con una serie de atropellos donde las personas son objeto de abusos respecto de los cuales no tienen mecanismos de protesta ni de resistencia, en buena medida porque el sistema se sostiene en dinámicas burocráticas difíciles de superar. Como señala uno de nosotros/as: “no solamente es el Estado Policial sino que es un Estado Burocrático. Es un tremendo mazo violento contra la gente. De los ‘90 en adelante hay una especie de mansedumbre con respecto a esa cuestión: sabemos que tenemos que hacer cola, sabemos que hay que hacer papeles, papeles y más papeles. A mí me parece interesante la idea del Estado Burocrático, porque cuando el poder es más abstracto es más difícil combatirlo. Cuando te cobran gastos excesivos de agua, de luz, de teléfono, no tienes al huevón a quien reclamarle, porque tienes que ir a la Superintendencia que es una entelequia respecto de la cual uno dice ‘¿dónde chucha queda eso?’ Esa hueá es violenta. Estás atrapado en esta sociedad burocrática del consumo y no tienes cómo patear”.

Ante lo abstracto de este tipo de violencia, las personas se quedan sin posibilidad de manifestar su descontento ni resistirse a estos mecanismos burocráticos, frente a lo cual

muchas veces ese malestar termina expresándose como violencia hacia otros que se encuentran en las mismas circunstancias. “La violencia en ese sentido no aparece desde el individuo o la individuo receptor de la violencia contra el Estado, contra el aparato que le está instalando la violencia, sino que aparece una violencia contra sus iguales”. Esto se ejemplifica cuando las personas discuten entre sí en las filas de las instituciones que abusan de ellos sin expresar su molestia hacia la propia institución, o cuando los artistas deben competir por fondos del Estado (específicamente en el marco del Fondart), sin ninguna solidaridad entre ellos ni cuestionamientos a un sistema que los pone unos contra otros.”

Las luchas durante los Noventa

Para nosotros/as es fundamental recordar que tal como hay procesos de continuidad y ruptura en relación a la violencia de Estado, también existen diversas expresiones de resistencia que permiten comprender no solamente este periodo sino también los años posteriores y el momento actual. En términos de nuestro ejercicio de memoria, destacamos cuatro luchas como las más importantes: el proceso de recuperación de tierras por parte del pueblo mapuche, las movilizaciones contra la construcción de represas en el Alto Bío Bío, la toma de terrenos en Peñalolén y la lucha de los mineros de Lota y específicamente sus movilizaciones en Santiago. “Yo creo que en los ‘80 claramente la lucha es contra la dictadura, pero en los ‘90 aparece la resistencia política, la lucha armada sigue y hay resistencia desde estas organizaciones que nosotros hemos hablado, pero también hay resistencia desde el pueblo mapuche. Y yo creo que como aparecen los nuevos movimientos sociales y aparece el tema indígena”.

Sobre el conflicto mapuche, tanto en lo que refiere a la recuperación de tierras como a las luchas contra la construcción de represas en territorio mapuche en el Alto Bío Bío, lo relevante es cómo se hacen evidentes y salen a la luz pública problemáticas que estaban bastante poco visibilizadas, generando un impacto importante no solamente en Chile sino también a nivel internacional. En el caso particular de la lucha contra la construcción de las represas, se genera todo un proceso de desplazamiento de comunidades de sus tierras que genera un tremendo impacto social y cultural. “Había toda una estrategia de Endesa, que era algo así como ‘esto va a traer trabajo, luz en la comunidad donde no hay luz’, etc. Y efectivamente había muchas comunidades en ese tiempo que no tenían luz pero tampoco la querían. Yo conversé con un lonko que me dijo ‘el día que llegue la televisión a la comunidad, se muere el pueblo mapuche’. Entonces había todo este discurso de ‘eso va a traer la modernidad, ¿y qué va a destruir?, tres árboles, dos viejas casas y nada más, y además a los mapuches los vamos a reubicar’, lo que hicieron en territorios donde es imposible cultivar, y que en definitiva no son sus territorios. Era como decir ‘esto es la lucha de los viejos que están en contra del progreso, los idiotas que se quedan así en el pasado’.”

El conflicto mapuche se hace visible en relación a una represión muy importante que no solamente implica una violencia política hacia los mapuche, sino también una violencia

económica y cultural en la medida que apunta a sus modos de vida y al entorno geográfico. Como recuerda una de nosotros/as respecto de la situación en el Alto Bío Bío: “Era muy fuerte, era una represión directa como la que conocemos, golpes, detención, pero también era una represión intelectual. Es decir que toda la gente que tenía una parcela, un terreno, un pedazo de tierra, recibía cartas incomprensibles diciéndole que había que firmar esto, que había que ir a tal tribunal, que tenía que tomar una decisión en eso y esto otro. Cosas que casi nadie manejaba, excepto un abogado. Y no habían abogados para ayudarlos a tomar esas decisiones”. Debido al desplazamiento de maquinaria para la construcción de las represas y los atentados de los cuales va siendo objeto esa maquinaria de modo de impedir el progreso de las obras, se realiza un despliegue masivo de fuerzas policiales que convierten al territorio prácticamente en una zona de guerra.

En los ‘90, otro espacio de resistencia es el tema de la toma de Peñalolén. “Yo trabajé después que salí de la cárcel en la toma de Peñalolén un par de años. Creo que de la dictadura en adelante es la toma más grande que se ha realizado, más de mil familias viviendo en la toma de Peñalolén”. En esta toma se reproducen prácticas propias de la dictadura, marcándose una continuidad bastante evidente con ese periodo. “En Peñalolén los reprimen fuertemente con la policía y la brutalidad de los gases y los palos, pero también como es típico e histórico en las tomas, se les reprime sitiándolos y privándolos del agua, dejándolos sin suministros vitales para que la gente se agote y dejen las luchas, lo cual es una vieja táctica”.

Sobre la violencia y la resistencia

La naturalización de la violencia y su vigencia en el presente

La violencia política de los noventa presenta ciertas continuidades y rupturas con la década de los ochenta, y al mismo tiempo va a configurar la violencia política de los años posteriores. Sin embargo, es importante situar el tema de la violencia política en sus condiciones y características tanto pasadas como presentes. En este sentido, consideramos que hay una expansión y una naturalización de la violencia, la cual se expresa en distintos ámbitos de la vida cotidiana y que siempre proviene del territorio de lo político. Así, vemos que la violencia hacia los niños, hacia las mujeres y en definitiva hacia los que están al lado nuestro, no solamente se ha generalizado sino que se ha instalado como un hecho natural, tanto en lo cotidiano como en el ámbito de las luchas sociales. Como señala una de nosotros/as: “yo creo que en Chile hay una banalización de la violencia política y de la violencia en general. Y yo diría que no es únicamente en los años ‘90”. Un ejemplo de estos es la permanente y sostenida presencia policial el sector universitario de Macul con Grecia, donde en varias ocasiones estudiantes han sido agredidos e incluso torturados por efectivos de carabineros. Otro ejemplo, es que frente a la sugerencia hecha por una de nosotros de hacer una denuncia por tortura, un estudiante contesta que no, “¿para qué?”, dando cuenta de cómo se asume que “así son las cosas” y que no hay nada que hacer al respecto.

Hace poco, en estos mismos días, se produjo un violento y masivo ingreso Carabineros al Ex Pedagógico,¹² y que terminó con cerca de treinta estudiantes detenidos, quedando nueve de ellos inculcados de diversos delitos. Estos hechos se desencadenaron durante un acto pacífico de homenaje a un militante anarquista fallecido el año 2013, ocasión en que los estudiantes detectaron la presencia de un carabinero infiltrado, el cual fue golpeado por algunos participantes en el acto. Un profesor puso a resguardo en una sala al carabinero acción de carabineros y una violenta e indiscriminada represión. Frente a este tipo de hechos, no dejamos de constatar que la violencia política sigue operando, muchas veces con la aceptación o resignación de la mayor parte de la gente. “A mí lo que me pasa es veo que se reproduce la misma cuestión pero el problema es que la gente naturaliza que sea así, que se llevan a los cabros, que haya maltrato, que haya abuso, todo eso se considera normal. Eso no deja asombrarme”.

La violencia “desde arriba” y la violencia “entre nosotros”

Consideramos que hay una violencia “desde arriba” y una violencia “entre nosotros/as”. La violencia “desde arriba” sería la violencia ejercida y promovida desde el Estado, mientras que la violencia “entre nosotros/as” sería la que se ejerce en diferentes ámbitos de la vida cotidiana como resultado de la violencia “desde arriba”. En ese sentido la violencia “entre nosotros/as”: “es una cosa dirigida y son los resultados los que nosotros vemos y que intentamos explicarnos. Pero viene de arriba, porque ¿a quién le interesa que nosotros peleemos, a quién le interesa que nosotros nos matemos?”. En este sentido, el ejercicio de la violencia y su instalación en la vida cotidiana también tiene que ver con tener poder y a diferencia del periodo de la dictadura, cuando el poder venía exclusivamente “desde arriba”, hoy en día el poder se expresa en otros ámbitos y de otras formas.

Como señala uno de nosotros/as “en el ámbito de la violencia, nosotros en dictadura la veíamos provenir desde el aparato estatal, así como desde arriba. Actualmente, obviamente que viene de arriba porque es una política del Estado, pero hoy día se ve focalizada y muy manifiestamente en la comisaría, en la municipalidad, en los guardias de seguridad del banco, es decir, es una violencia que está instalada en todos lados mientras se tenga algún poder. Hasta el portero tiene un poder en el sentido de que no te deja pasar si no quiere no más, o el tipo que está manejando, ahí se instaló una cuestión de violencia”.

Desde esta perspectiva, la violencia se vincula con las formas que tenemos de relacionarnos con los otros, aunque particularmente con los que aparecen como diferentes, frente a los cuales nos aislamos y los discriminamos. Una de nosotros/as recuerda cómo al salir de la cárcel durante los noventa se encontró con la noticia de que una persona había apuñalado a otra por no darle un cigarro. También recuerda cómo en poblaciones con mucho narcotráfico los consumidores de pasta base son tremendamente rechazados, lo cual resulta paradójico en contextos sociales donde viven personas que también se encuentran en situa-

12 Ex Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, actual Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, con marcada presencia de activismo de izquierda.

ciones socio-económicas desfavorecidas. Desde este punto vista, consideramos que una de las herencias de la dictadura es justamente la pérdida del valor de la vida, el temor al otro y el aislamiento que eso genera. Asimismo, el valor de la vida pareciera diferenciarse según el tipo de sujetos. El asesinato de mapuches no genera tanto revuelo social como la muerte de un carabinero, donde se destaca que tenía familia y lo terrible del hecho, situación que no ocurre en otros casos.

La forma de enfrentar el temor al otro y el aislamiento es justamente a través del vínculo social. “En términos de sociedad, de sujeto, si estás solo jodiste en función de lo que el Estado quiere y el sistema quiere que tú estés solo para combatirte mejor y combatir a tus iguales. ¿Cómo se combate la violencia?, de una u otra manera tienes que hacer grupo, tienes que sumarte. Sumar y sumarte. Y entender que si visualizamos que la violencia tiene un inicio, un huerto en donde está germinando, creo que hay una posibilidad de detenerla. Porque evidentemente, cuando nosotros pensamos en construir una sociedad mejor, esa sociedad diferente tiene que contener los elementos para que de una u otra manera se inhiba la violencia entre nosotras y nosotros”.

Cabe destacar que el mecanismo de la discriminación, relativo a la violencia y su ejercicio, no solamente opera en la vida cotidiana sino que incluso permea las propias prácticas de lucha política. Varios de nosotros/as recuerdan que los militantes del MAPU-Lautaro y del Frente Patriótico Manuel Rodríguez eran objeto de cierto grado de discriminación en la cárcel por parte de otras organizaciones políticas. De hecho, tanto el MAPU-Lautaro como el Frente Patriótico Manuel Rodríguez no eran considerados partidos políticos sino aparatos militares, lo cual les restaba la posibilidad de participar de las decisiones políticas que se tomaban en la cárcel. Con el regreso a la democracia, esta situación se radicaliza ya que los militantes detenidos con posterioridad a marzo del 1990 dejan de ser considerados presos políticos, lo cual genera una división entre los presos detenidos antes y después de esta fecha. Esto produce un quiebre entre los presos, ya que los que habían sido detenidos en dictadura entraban dentro de lo que se llamó las Leyes Cumplido,¹³ mientras que los que pertenecían a organizaciones que continuaban con la lucha armada no era considerados dentro de este marco legal.

En esta situación también se cruza la visión que muchos sectores de la izquierda tenían de otras organizaciones, y específicamente del MAPU-Lautaro. Como recuerdan algunos de nosotros/as existía una visión negativa sobre los lautaristas, ya que eran considerados desordenados, violentos, drogadictos e irresponsables. “Había una jerarquización de los buenos presos políticos y los de después. Bueno, no son malos, pero hay cosas más urgentes, hay cosas más importantes. Yo creo que la discriminación al interior de las organizaciones políticas, comillas, de izquierda y revolucionarias, existió. Yo creo que el Lautaro siempre tuvo el estigma de ser el hermano pobre y picante”. Sin embargo, estas visiones respondían a que efectivamente los lautaristas provenían de estratos bajos. “Éramos populares. Éramos

13 Leyes que favorecieron la excarcelación de presos políticos a comienzos de los noventa, y que habían sido detenidos durante la dictadura.

de poblaciones, no veníamos de clases altas, no había ningún hueón así con lucas”. Asimismo, los lautaristas efectivamente tenían posturas rupturistas para esa época, por ejemplo, en relación a la sexualidad (lo que se expresaba en acciones donde se repartían condones), al consumo de marihuana (“si a la hierba, no a la pasta base” era la consigna), al apoyo al divorcio y el aborto. De este modo, los lautaristas tenían una postura que cuestionaba las miradas conservadoras y tradicionales arraigadas en un parte importante de la izquierda, miradas que en cierta medida se mantienen hasta el día de hoy. Era como una postura desenfadada en la cárcel durante los noventa, “nosotros rompíamos con todo eso y éramos abiertos al romper con eso. Entonces, aparte de ser pobres y de venir de sectores populares, éramos locos, ya que no nos levantábamos temprano a hacer ejercicios, dormíamos hasta tarde y fumábamos marihuana”.

Tanto a nivel de organizaciones específicamente políticas como de organizaciones culturales y poblacionales, la discriminación prevaleció durante mucho tiempo, ya sea por las líneas y preferencias políticas, como por el tipo de actividad político-cultural y político-social. “En todos lados te cerraban las puertas, y ahora uno entiende, era por la desconfianza ya que no tenías militancia o porque tu línea política iba por otro lado”. Estas prácticas de exclusión se mantuvieron en algunos casos, mientras que en otros, debido al trabajo de reconstruir los vínculos y las confianzas, se pudieron rearticular ciertos trabajos conjuntos. “Hay una experiencia muy fuerte, nos costó mucho, pero muchísimo, establecer un diálogo fraterno y horizontal con personas que ya teníamos a nivel personal relaciones en las poblaciones. Porque en las poblaciones se nos decía que ellos eran los que iban a hacer la revolución. Nadie más. En la población era muy jodido porque no podíamos esgrimir discursos revolucionarios o de cambio social porque eso no nos pertenecía, les pertenecía a ellos en la pobla. Pero eso al final se horizontalizó, pero fue un trabajo enorme”.

Violencia positiva y resistencia

Cuando hablamos de violencia política, solemos hablar de la violencia de la represión. Pero también existe una violencia positiva, que es cuando la gente dice “ya, basta, no me van a pisar más”. Consideramos que la violencia para enfrentar la represión es positiva, porque cuando tienes que luchar debes ser violento, lo que implica decir: “no pues, eso no lo voy a aceptar, así de simple”. Sin embargo, asumimos que distinguir entre una violencia negativa y una positiva resulta muy binario y tiende a simplificar una problemática que es compleja. En este sentido, pensamos que la noción de resistencia puede resultar más precisa que la de violencia positiva, asumiendo que hay violencias que se pueden ejercer de modo legítimo más allá de la violencia resistente. “Cuando hablábamos de violencia, hablábamos de la violencia ejercida sobre nosotros, y no la violencia que nosotros podíamos ejercer. Y que no necesariamente se llama resistencia. Resistencia a veces es parar el golpe. En general para mí la resistencia es enfrentar, digamos, el golpe y ojalá dar uno y dos más”.

Desde esta perspectiva, podemos distinguir entonces a la violencia de la cual somos objeto, que en términos generales denominamos como Violencia de Estado, y la violencia que ejercemos, ya sea como forma de resistirnos a la violencia de Estado, ya sea como una forma

de generar transformaciones sociales, lo que podríamos llamar Violencia Revolucionaria. Cabe precisar que la violencia resistente y la revolucionaria no son incompatibles entre sí. “Yo creo que el tema de la resistencia tiene que ver con cómo te paras. Yo creo que nosotros éramos resistentes, somos resistentes y por eso nos volvimos combatientes revolucionarios o revolucionarios combatientes. Tiene que ver con el tema de cuando te invaden tu espacio más íntimo, tu espacio más mínimo para poder ser tú persona, tú ser humano, tú indígena, tú mujer o lo que sea, o trabajador. La historia de la humanidad sigue siendo la lucha de clases, creo yo, y lamentablemente nosotros estamos en el lado de los que nos patean, pero yo creo que el tema es levantarse”.

En este sentido, valoramos a la violencia política desarrollada en la lucha contra la dictadura como una violencia justa, a la que incluso podría haberse recurrido más. Como señala una de nosotros/as: “yo creo que podríamos haber respondido mucho más a la violencia con violencia y hacer el trabajo con las organizaciones sociales y los dirigentes de que se entendiera esa violencia, quizás”. En este sentido también se plantea que la izquierda, además de abordar el tema de la violencia desde una lógica fragmentaria que no permitió la unión de las fuerzas revolucionarias, tampoco actuó con la contundencia que pudo haberlo hecho. “Yo creo que la izquierda ha sido permanentemente pacata. Que la izquierda no ha actuado de la manera contundente que debía. Yo creo que podíamos más y le fuimos dejando demasiado espacio al enemigo”. Asimismo, esta falta de contundencia se articula con la falta de unidad de la izquierda y con la falta de un objetivo político más allá de la derrota de la dictadura militar. “No fuimos capaces de hacer lo que hicieron los nicaragüenses, lo que hicieron los salvadoreños, que fue unir todas las organizaciones de izquierda en una sola. Yo no digo que tuvieran la razón en todo, pero al menos tuvieron súper claro cuál era el objetivo fundamental. Ahora, quizás porque para nosotros el objetivo fundamentalmente fue Pinochet, la dictadura, entonces era más fuerte eso, era un objetivo muy táctico, más que las transformaciones profundas del país, y si bien estaban dentro de nuestro proyecto obviamente, no tuvimos tan clara la cuestión”.

Frente a la tendencia de situar a quienes fueron presos políticos desde la lógica de la victimización, resulta necesario aclarar que nunca nos consideramos como víctimas sino como sujetos de la resistencia, mujeres y hombres ubicados desde diferentes luchas, más culturales o más políticas, desde las cuales nos enfrentamos al poder y asumimos las consecuencias de ese posicionamiento. “Como organización y yo personalmente, cosa que comparto harto con mis compañeras y compañeros, nunca nos situamos desde el lugar de la victimización. Nosotros somos y fuimos revolucionarios y revolucionarias, y claro, estuvimos presos, nos pasó esto, nos pasó esto otro, pero asumimos eso y no somos pobrecitos que les hicieron esto, o sea, qué penca que eso ocurra, pero era un costo asumido, creo que esa es la definición”.

Sin embargo, esta definición no implica dejar de revisar críticamente lo que hizo y asumir los errores tácticos y estratégicos, además de las divisiones señaladas anteriormente. Uno de los elementos que se analizan críticamente es la desvinculación de la lucha revolucionaria con la base social. “En la práctica terminamos siendo una guerra de aparatos, porque eso terminó siendo para mí el Lautaro, porque justamente nos separamos de las bases, porque

la gente entró en otra y nosotros seguimos como caballos porfiados. Entonces perdimos las bases, perdimos la vinculación y terminamos haciendo operaciones con los símbolos del poder y eso es una guerra de aparatos, no es una revolución, no es una guerra de guerrillas en términos concretos”.

Los cuerpos en la calle como forma de resistencia

Si bien nuestra experiencia política durante los noventa está fuertemente marcada por la violencia, esta década también representa un periodo de reorganización de las luchas y de aparición de nuevas formas de acción política, particularmente en la calle. Asumiendo que la gente no estaba apoyando la lucha armada, para muchos de nosotros/as que participamos en ella o la apoyamos, nos vamos encontrando con nuevas expresiones, entre las que destacan los bailes en las marchas. Desde fines de los años ochenta que en las manifestaciones políticas, principalmente las que se realizaban en poblaciones, había grupos que danzaban como una forma de expresión política. Luego, durante los noventa esta práctica comienza a desarrollarse en todo tipo de manifestaciones políticas y ya no solamente en las poblaciones, hasta consolidarse en una práctica legitimada y reconocida.

Los primeros grupos de danza en marchas estaban vinculados a las culturas mapuche y andina, así como a otras expresiones artísticas como las batucadas y las murgas. Luego, el Tinku¹⁴ va cobrando cada vez más fuerza, constituyéndose actualmente en un referente político-cultural de la mayor parte de las manifestaciones políticas.

En el caso particular del Tinku, en tanto danza guerrera, ha resultado ser en una forma de resistencia en las manifestaciones. “El Tinku era una forma de resistir, porque así lo definíamos, era una forma de resistir con tu cuerpo y perder el miedo a las marchas. Entonces les gustaba mucho a los cabros y a estos grupos andinos también les gustaba esa como descarga corporal de sacar justamente la rabia, el miedo, la incertidumbre y decir ‘ya, por último, una vez en el día puedo desquitarme o una vez al año puedo decir ya, sabes qué, es octubre, hagámoslo, vamos a pelear’.”.

El vínculo de algunos de nosotros/as con esta forma de expresión artística y política tiene distintos orígenes. En algunos casos, remite al trabajo desarrollado durante los ochenta y noventa en el ámbito del trabajo en poblaciones y organizaciones andinas, mientras que en otros casos viene del aprendizaje de danzas andinas en la cárcel y posteriormente a la vinculación con grupos de danzas fuertemente politizados y comprometidos con diversas luchas relativas al pueblo mapuche, a los presos políticos, a la ecología y los derechos sociales, entre otras. “Para mí es un aprendizaje de comprender que hay otras expresiones hoy que a la gente y a los jóvenes les gatilla cosas. Para mí es un espacio de aprendizaje y para reinventarme, porque si bien sigo pensando exactamente lo mismo que antes respecto de este sistema, yo creo que las tácticas y las estrategias para transformarlo son donde nosotros

14 Danza de origen andina con un fuerte componente guerrero que ha sido adoptado y resignificado en contextos urbanos.

nos caímos, en una cosa táctica y estratégica. Más allá que tuviéramos razón, que tuviéramos los corazones y la voluntad, hay que saber leer las claves de la sociedad para poder empatar entre tus ideas, tu voluntad y el conjunto de lo que llamamos pueblo para hacer procesos revolucionarios, si no, estás puro hueveando. Entonces en ese sentido yo creo en el tema de la cultura y la política y de la irrupción en la calle. Yo desde ahí hago política hoy día. No sólo desde ahí, pero sí es donde pongo mucha energía”.

Sin embargo, el aporte de las danzas como forma de expresión artística y política se inscribe en un realidad actual respecto de las manifestaciones que resulta problemático en varios aspectos, y en este punto cabe señalar que existen diferentes posturas entre nosotros. Para algunos, la danza en las marchas ha tendido a despolitizarlas, entre otras cosas porque la cobertura de prensa de estas manifestaciones suele centrarse en la danza y en la música, muchas veces dejando de lado los contenidos asociados a cada manifestación. Asumiendo que hay que abordar la relación entre el arte y la política, algunos de nosotros/as creemos que hay que revisar dicha relación. “Una marcha tiene que instar, más allá del baile, a ser una representación en la calle del descontento o de las propuestas que contiene una marcha”. Aunque otros/as pensamos que la danza y el arte en general contribuyen a la expresión política durante las manifestaciones en las calles, estamos todos/as de acuerdo en que las manifestaciones actuales son bastante poco confrontacionales, y que muchas veces su contenido político queda desperfilado. “Efectivamente no hay consigna, la gente de repente aplaude y van caminando y van conversando, porque no hay un ritmo, no está esa confrontación. O de repente pasa un lote, después hay un espacio vacío, después viene otro lote, y todo como fragmentado. Y eso para mí siempre es como gráficamente un tema de falta de cohesión, de falta de proyecto, de alguna idea común que hile el sentido. Entonces las marchas para mí reflejan la fragmentación”.

Por otro lado, para quienes sí consideramos a la danza en las marchas como una forma de acción política, los argumentos apuntan a cómo la danza se constituye en las manifestaciones como una forma de resistencia simbólica. “Yo siento que ahí hay una energía de lucha y que esa bronca que no aparece en la procesión donde todos caminan tranquilitos con los pacos al lado, yo creo que aparece como energía en la instalación performática de la danza”.

Respecto de la problemática de la confrontación en las marchas, varios de nosotros/as se consideran decepcionados por la poca capacidad de la gente de enfrentarse a la represión cuando ésta surge. “A mí me complican las marchas, porque me carga cuando la gente arranca. Porque siempre pienso que somos tantos y que si somos tantos/as no debería ser así”. Además, no solamente la represión policial opera como un límite a la expresión política, sino que ciertos sectores políticos de la propia izquierda también limitan dicha expresión. Como recuerda una de nosotros/as, “una vez dije ni cagando vuelvo a marchar. Para mí si dicen que es una marcha, para mí las marchas son por la calle. Y una gente que andaba con una cuestión roja o algo así, no sé si eran socialistas o comunistas, me pedían que me subiera a la vereda. Ahí dije no, estoy puro hueveando, yo no vengo nunca más a puro huevear. O peleamos o no peleamos”. Durante las manifestaciones estudiantiles de los años recientes, la situación fue diferente ya que los estudiantes sí se enfrentaban con las fuerzas policiales.

“Ahí en realidad fuimos a todas y con mis compañeros peleamos, o sea le tiramos piedras a los pacos, a los guanacos, a todos les tirábamos piedras. Entonces nos quedábamos ahí y seguíamos peleando, y a mí me enorgullecía la valentía de los cabros, o sea los cabros tienen una valentía que es impresionante”.

Igualmente reconocemos que existe cierto miedo a la represión en las marchas, particularmente porque los despliegues policiales son más importantes que en dictadura. Sin embargo, pensamos que hay que sobreponerse al miedo y mantener la confrontación en las marchas, de modo que no se transformen en meras procesiones. “Yo digo que de verdad que uno se tiene que quedar, aunque eso signifique lo que signifique, pero te tienes que quedar, porque es la forma para que nosotros avancemos, porque si al final siempre les tenemos miedo yo siento que no tiene sentido salir a pelear si no te vas a quedar, aunque sea haciendo nada. Es decir no necesariamente tirando piedras o con armas, no, yo no digo eso, pero con la convicción de que estamos aquí y de aquí no nos mueven. Me gustaría un día ver una marcha donde la gente sintiera tal nivel de rabia que se quedara, que se quedara y se mantuviera ahí”.

Un nuevo escenario

En nuestras reflexiones sobre violencia y resistencia, en relación tanto al pasado como al presente, hemos ido viendo que se ha configurado un nuevo escenario, donde las condiciones de opresión y violencia se reconfiguran en el marco del sistema neoliberal, pero también se reconfiguran las resistencias y las luchas. “Yo lo veo como la misma obra de teatro, el mismo guión que le han cambiado algunas cositas, pero fundamentalmente ha cambiado el escenario. El teatro a veces es más pequeño, a veces es un coliseo. Y obviamente ha cambiado el público, los actores y las actrices. Pero la historia es prácticamente la misma que se repite, y se repite y se repite”.

El primer elemento que nos permite hablar de un nuevo escenario dice relación con las condiciones de la violencia política abordadas en nuestro análisis. “Hemos hablado mucho del contexto en relación a la violencia política, en los ‘90, en relación al tema de la transición, pero también está el tema del proceso de instalación neoliberal”. Es decir que la discusión sobre violencia política y resistencia no puede dejar de lado que la violencia de los últimos años no solamente se orienta a sectores sociales específicos, sino que se inscribe en una realidad más global de instalación y consolidación del neoliberalismo. Asumiendo que no podemos abordar aquí toda la complejidad de esta instalación y sus consecuencias, consideramos importante destacar que una de las características centrales de este sistema es que apunta cada vez más a alterar las condiciones de vida de las personas y de los pueblos, llegando incluso a poner en cuestión su sobrevivencia.

Visto en retrospectiva, muchos de los conflictos de los noventa tuvieron ese carácter, sin que necesariamente resultara lo suficientemente visible en esos años. Pero desde el presente aparece con claridad la dimensión destructiva del capitalismo contemporáneo. Por ejemplo, en el caso de las luchas contra las represas en territorio mapuche “nosotros nos opusimos a

estas centrales porque en realidad lo que estaban atacando era el espacio de existencia en términos materiales, en términos del territorio, de la cosmovisión, de la religiosidad, todo en conjunto. Hay un nuevo escenario, pero yo creo que ahí enfrentamos una situación que nosotros políticamente a lo mejor no dimensionamos en esa época. Yo pienso que con los mineros de Lota pasó exactamente lo mismo. Ahí la violencia es brutal y nos muestra que la violencia política también es económica. Lota es el más claro ejemplo. Termina una forma de explotación que ya colapsó por las irracionalidades del asunto económico (la minería del carbón) y al final a lo que lleva a los seres humanos habitantes de ese territorio es a cambiarles la vida toda. Yo me acuerdo del concepto de reconversión laboral de los '90, ¿o sea qué chucha hace un minero cuando la oferta de reconversión es que sean todos peluqueros?, ¿para qué chucha quieren cien peluqueros en Lota?”.

Si bien en este nuevo escenario existen una serie de problemáticas de alta relevancia, los conflictos medioambientales aparecen como los más trascendentes, porque afectan los modos de vida de personas y comunidades en un nivel que incluso llega a poner en cuestión su sobrevivencia. Sin embargo, tal como se han agudizado dichos conflictos, también ha aumentado la conciencia y la acción. “Si uno vuelve a lo que hablábamos de Ralco,¹⁵ de cómo la gente lo vivió, fue muy lejano. No era lejano solamente por una cuestión física, había menos conciencia de los temas medioambientales. Hoy hay muchas más personas que plantean que uno de los puntos fundamentales es el tema medioambiental, porque eso no tiene solución. Hoy en día, a diferencia de ese momento de Ralco, yo creo que igual hay una mayor conciencia porque se ha ido agudizando. Los problemas medioambientales hoy en día no son cosas tan lejanas, está pasando súper cerca. Yo siento que de alguna forma estos temas se han ido aclarando en la cabeza de más gente, que ya no es tanto un tema tan de nosotros no más”.

En este contexto de centralidad de los conflictos ambientales, para varios de nosotros/as las luchas por el agua se han ido constituyendo en una lucha fundamental que además tiende a articular otras como la de los pueblos originarios desde una perspectiva más global de cuestionamiento al capitalismo. “Yo pienso que la lucha que nos va a unir, si nos une algo más adelante en términos de coordinaciones de muchos más grupos, es el agua, que es una lucha por la vida. Yo creo que nos van a unir elementos vitales y por eso yo creo que es tan fuerte hoy día también para nosotros, que tenemos esa sensibilidad y que nos hemos acercado de alguna manera a los temas de las luchas de los pueblos originarios, porque ellos luchan por una cosa que para ellos es vital. El capitalismo es salvaje, pero es tan salvaje que nos va a dejar un día sin agua, sin aire, sin oxígeno, sin tierra, sin comida. Como Monsanto y los transgénicos que nos van a enfermar y en definitiva nos van a matar. Para mí la lucha por el agua, por la tierra, por el territorio, es una lucha fundamental y nos cruza a todos. En algún momento nos vamos a pegar el alcachofazo que hay ejes centrales y que cuando hablábamos del capitalismo, hoy día estamos yendo hacia un punto de inflexión donde la cuestión va a ser realmente de vida o muerte para los seres humanos. Así de terrible”.

15 Ralco fue la segunda central hidroeléctrica construida por ENDESA en el alto Bío Bío en 1994, que supuso la inundación de tierras ancestrales de comunidades pehuenche de la zona.

En el marco de este nuevo escenario, consideramos que es posible seguir resistiendo, pero eso implica asumir las derrotas del pasado reciente. “Yo creo que es necesario que asumamos la derrota también, para poder construirlo todo de nuevo”. Una de nosotros/as propone en este sentido que “una lectura podría ser que, nos ganaron, estamos derrotados y nos vamos para la casa. Y la otra: nos ganaron, nos derrotaron, pero seguimos tratando, seguimos intentando. Entonces yo creo que estamos en eso, asumiendo que nos derrotaron pero seguimos intentando. O sea no siempre nos van a ganar”. En esta misma línea, otra de nosotros sostiene que “hace rato que asumo que hemos sido derrotados políticamente y militarmente. No tengo problemas con situarme desde ahí. Creo que el tema es reinventarse y construir una forma de vivir de otra manera, y también creo en lo colectivo. Creo que el individualismo es lo que nos han metido en el cuerpo y en el coco, y que eso lo único que hace es dividirnos, cagarnos y destruirnos. Debilitarnos como sociedad”.

Al preguntarnos por lo que nos llevan a mantener la lucha, vemos que hay al menos tres elementos fundamentales. En primer lugar, la experiencia personal de cada uno/a y el compromiso con la acción. En segundo lugar, la articulación con otros/as en redes. Como señala uno de nosotros/as, “si estás solo o si estás en un gueto, jodiste. Puedes estar construyendo autonomía, que es un gran tema también la autonomía y la autogestión, pero hoy día la autonomía y la autogestión vale callampa si estás solo o si sigues insistiendo en estar en un gueto”. En tercer lugar, la posibilidad de abrirse a nuevos proyectos. Como plantea una de nosotros/as: “yo creo que hay energías, cuando dicen ‘ah, no hay nada, no pasa nada, no hay ninguna esperanza, estamos cagados’, yo creo que no. Yo que me he paseado muchos años, tengo amigos por todos lados y de todos los colores y no milito hace muchos años en ningún partido. Pero eso me permite darme cuenta que hay mucha construcción, aunque haya fragmentación. Pero hay mucha construcción, hay mucha resistencia desde espacios locales, fragmentados, incipientes, algunos más avanzados. Como digo el pueblo mapuche hoy día, si bien tienen una tremenda lucha y tienen una tremenda represión encima, también al interior están fragmentados, o sea no hay un proyecto. Yo creo que no hay un proyecto ni dentro del mundo mapuche, que son los que hoy día son el ejemplo más claro de lucha, diría yo, en este país. Y no hay un proyecto de una nueva izquierda o un anarquismo latinoamericano, o un no sé qué o un no sé cuánto. Creo que estamos en construcción y a mí eso me da energía”.

La apertura a nuevos proyectos y articulaciones con diferentes actores sociales también implica un diálogo entre distintas generaciones. “Yo pienso que hay que reinventarse permanentemente y que sin duda van a venir nuevas generaciones, y de hecho ya hay nuevas expresiones, por ejemplo en el arte y en la música. Los mapuches cantando hip-hop, por ejemplo, en el 12 de octubre hace años atrás es algo nuevo y está bien. El tema feminista que ha aparecido, el tema de la lucha por la no a la violencia contra las mujeres, hay un montón de luchas que dar hoy día. Ojalá pudiéramos tener la práctica de conversar con otras generaciones, porque si bien la experiencia no es transferible, yo creo que siempre es bueno conversar sobre experiencias para que a alguien alguna vez le haga un tilín y se manden menos cagadas, o lo hagan mejor que nosotros, esa es la idea”.

Respecto de estos procesos de diálogo, organización y articulación vemos que uno de los grandes problemas es el de la fragmentación. Como señala uno de nosotros/as: “lo que me llama la atención era la dificultad de reorganización en términos de hacer nexos entre distintas luchas. En el sur de Santiago hay varios colectivos que hacen música y miles de otras iniciativas y pasando de uno a otro te das cuenta que tienen muchos puntos en común, pero para juntarlos es súper difícil. Entonces hay como una sectarización. Como que cada uno está en su mundo, diciendo “ya, yo vivo en mi mundo, con mi amigo estamos haciendo esto, bacán, el vecino hace lo mismo, pero da lo mismo”.

Esta fragmentación también se ve reflejada a la pérdida de una mirada internacionalista respecto de las luchas. “Me llama la atención que se pierde la dimensión internacionalista de la lucha. Ahora cada uno está peleando por su territorio. Obvio que apoyo a los mapuche, pero al mismo tiempo por mi historia y mi trayectoria, me gustaría que se libere Chile y no únicamente el territorio mapuche”. En este sentido, vemos que el internacionalismo, que fue muy fuerte en generaciones anteriores, se ha ido perdiendo, lo cual además resulta paradójal en un contexto de mayor globalización de la información. Como señala una de nosotros: “todo lo que era el ideal del Che Guevara, toda esta cuestión de ‘cualquier ser humano que está oprimido, voy a luchar con él para que se libere’, no lo veo, o lo veo muy poco. Me da pena, porque yo creo que la fuerza de la generación del ‘68 fue eso, fue expandir la lucha diciendo ‘lo que pasa en África, lo que pasa en Vietnam, lo que pasa en América Latina, también es mi lucha’, y eso hoy no lo escucho mucho. Entonces eso me preocupa, porque yo creo que mientras más se globaliza la información, más se fracciona la lucha”.

Para nosotros/as la fragmentación de las luchas tiene que ver en parte con el sectarismo que siempre ha existido. El sectarismo, entendido como la discriminación hacia otros sectores políticos, no solamente es una práctica del presente sino también se dio en los noventa. “Hay tanta carga de sectarismo dentro de nosotros. Yo me acuerdo cuando salí de la cárcel para un día del Día del Joven Combatiente a fines de los noventa, donde todos se descalificaban con todos. Y yo creo que esa práctica nos caga a nosotros mismos no más. Entonces ‘no, que este grupo no porque es así, que este grupo no, que es así’. Yo creo que es cierto que hay que estar en lo local para tener identidad, redes, construir en un espacio concreto, pero yo siento que ese pensamiento local, comunitario, no se puede escindir de una mirada global o latinoamericanista que nosotros afortunadamente hemos conocido”.

Otra de nosotros/as plantea en este sentido que, más allá de las críticas que se le pueda hacer a los partidos políticos, una de las fortalezas que tienen este tipo de organizaciones es justamente una mirada más global. “Yo creo que una de las pocas cosas buenas que uno podría encontrarle a proyectos políticos como más organizados, es que sí tienen como una visión más internacional, más latinoamericanista, más de mundo, de lo que le pasa al otro. Yo creo que lo único malo del discurso anti partido es que ha provocado esa fragmentación gigantesca y no hemos logrado romperla. O sea no necesitamos un partido político para tener un discurso internacionalista, ni entender que lo que nos pasa a nosotros le afecta al de al lado”.

LOS 90: ROMPER CON LA MEDIDA DE LO POSIBLE

Presentación

El texto que se ofrece a continuación ha sido elaborado a partir de conversaciones grupales sostenidas durante el segundo semestre del año 2015, entre personas convocadas con el propósito de compartir sus recuerdos y reflexiones en torno a la violencia política ocurrida en el pasado reciente de Chile, especialmente en la década de los 90.

Quienes concurrieron a la conversación son seis personas que participaron en distintos tipos de movilizaciones o activismo social y político durante la década de los noventa, sobre todo en el ámbito universitario y de derechos humanos. Para ese momento, ninguno y ninguna de ellos/as militaba en un partido político, aunque algunos/as si lo habían hecho durante la década de los 80.

El relato se organiza según grandes temas que fueron abordados en la conversación, algunos de ellos propuestos por la investigación, como es el acontecimiento de la detención de Pinochet en Londres el año 1998, y otros que emergieron y se desarrollaron como parte de lo que el grupo consideró también importante compartir y discutir. En este sentido, la narración no tiene un desarrollo cronológico, ni responde necesariamente al orden en el cual los temas fueron abordados en cada sesión.

I. Pinochet detenido en Londres: de la expectación a la decepción

Incredulidad, confusión, incertidumbre, expectación. ¿Puede ser cierto?, ¿acaso es verdad que Pinochet está detenido en Londres?. Recordar la detención de Pinochet es acordarse de esas primeras sensaciones que se desataron y los pensamientos que se nos vinieron a la cabeza al conocer la noticia. Más allá de cómo se desarrollarían los acontecimientos posteriormente, parecía que algo podía cambiar en el panorama de la transición. Esa transición conducida por gobiernos que hubiesen preferido evitarle un mal rato al dictador, para así proteger la estabilidad y el orden.

La información tarda, no llega, ¿qué pasa?, ¿acaso alguien está tratando de que esto no sea verdad?. Porque en cuanto recibimos la noticia, incluso antes de que salga en los medios, comenzamos a buscar la información, la confirmación, y no aparece, no sale nada. Yo estaba en mi casa, y de repente me llama una amiga de Alemania, y me dice “tomaron preso a Pinochet” y yo digo “no puede ser, no”, y entonces empiezo a buscar en todas partes, radio, televisión, y no hay noticia. Y llamaba a gente conocida, amigos, y les decía “oye, está Pinochet preso en Inglaterra”, y todo el mundo me decía “no”. Pasaron como cuarenta minutos hasta que se supo algo, y mientras, uno decía “ojalá fuera cierto”.

La claridad y la precisión vinieron luego de un par de horas, porque incluso en esa época quienes trabajábamos en prensa no teníamos información clara al respecto, todo era un poco confuso, llegaban cables que decían que había detención, desde ahí se trataba de hacer el vínculo con la orden de detención del Juez Garzón.

Y cuando la noticia se confirma, cuando logramos salir de la incertidumbre y la confusión, cuando el “ojalá fuera cierto” resulta serlo, algunos nos descuadramos, abrimos las ventanas y ponemos a Víctor Jara a todo chanco. Cierto, hubo jolgorio, fiesta, saltos y cantos en la Plaza Italia, pero también hubo manifestaciones en Las Condes, orquestadas por la derecha que protestaba contra la detención de Pinochet, frente a las embajadas de España e Inglaterra. A esa sensación de celebración se le une un cierto nerviosismo, un ánimo expectante con el que nos juntábamos para ver la tele y seguir el juicio, y que también descomprime algo que ha estado en espera por largo tiempo, “bien, por fin algo”.

Algo, algo podía hacerse, algo podía pasar, un poquito de justicia y así achicar la sensación de injusticia. Nos agarramos de eso, de esa esperanza, para romper la costra de impunidad, para buscar la verdad, lo intentamos. Y presionamos. Parecía que era una posibilidad efectiva de derrumbar esos cimientos que había dejado instalados la dictadura y que la Concertación había perpetuado.

Podrían haber pasado tantas cosas, podrían haber pasado. Cuando al final, en la práctica, nada pasó, y en cuarenta años no ha pasado. Todo se truncó, y el viejo volvió, y se paró de la silla, levantó el bastón con cierta burla, y nos rompió las bolas. Esa imagen es casi más potente incluso que la detención misma. ¡Qué desazón!, ¡qué desilusión! Es que es imposible que pensemos en la detención de Pinochet sin pensar en su desenlace. Otra vez los pactos, otra vez la salida negociada, ¡si fue el mismo gobierno que lo trajo de vuelta!, detrás estuvo la mano de Insulza.¹ Y eso que había sido tan potente, se diluye, se desvanece, se aleja...

Pero el tirano había estado detenido, eso era algo muy fuerte. Para una de nosotras es un remezón emocional al punto de que su historia personal en el exilio está cruzada por la figura definitoria del dictador: “Si Pinochet no hubiese estado en el gobierno, mi vida hubiese sido totalmente otra”. Estando fuera de Chile la presencia del Pinochet era palpable, incluso en los proyectos infantiles que tramábamos con los compañeros del jardín infantil, desarraigados también por otras dictaduras, con quienes jugaba a construir un barco con el cual cruzaríamos el Atlántico para venir a América Latina a derrocar a los dictadores que nos habían exiliado.

De esta manera el impacto de la detención de Pinochet se traduce en su importancia simbólica, más que en las consecuencias concretas del acontecimiento, o en los resultados obtenidos. Más aún porque no éramos nosotros/as, los/as y las chilenos/as, quienes lo habíamos logrado, no había sido el gobierno de “la alegría ya viene” y de quienes votaron

1 José Miguel Insulza, Ministro de Relaciones Exteriores durante el segundo gobierno de la Concertación, presidido por Eduardo Frei Ruiz-Tagle entre los años 1994 y 2000.

por él, no. Sino que todo se había gestado en España, y luego fue detenido en Inglaterra. Entonces, era una bofetada también para nuestra clase política, para la dirigencia en Chile, que no había sido capaz de cumplir con las expectativas de justicia que teníamos. Y la falta de justicia es vivida como una derrota.

Como sabemos que nada realmente ocurrió, y que Pinochet murió tranquilamente en su casa, tal como pasó con el Mamo Contreras que,² aunque habiendo estado preso, no pasó muchas pellejerías que digamos, pensamos en otros acontecimientos que podrían ser significativos también, tal vez más importantes, como el asesinato de Jaime Guzmán³ al principio de los noventa, porque una cosa era imaginarse la transición sin Guzmán, el cerebro de la institucionalidad de la dictadura, y otra era vivirla, entonces no la tuvimos que imaginar, la vivimos. Y luego, la misma muerte de Pinochet, que provocó celebraciones espontáneas e incontenibles, tanto así que uno de nosotros venía de un funeral y al enterarse de la noticia se unió inmediatamente a las celebraciones en la calle “porque ya no había nada más”. El tremendo carnaval sirvió también para mostrar el descontento y de alguna forma tuvo un cierto efecto reparador a pesar de los sentimientos encontrados, porque a Pinochet la muerte le llega estando libre, en su casa, en su cama. Otra vez la desazón.

La detención de Pinochet y su muerte en libertad, reafirman que los noventa parecen ser una época en que se busca imponer las renunciaciones, consolidar una forma de poder basada en el silencio, en los acuerdos y la transacción que se hace al margen de nosotros/as. Recordamos también que es el momento en que caen los socialismos reales y para quienes militábamos en partidos de izquierda, como el PC, significa un momento de crisis y búsqueda, y para otro/as el momento de sumarse a nuevas acciones desde posiciones tal vez menos fundadas en principios ideológicos y más orientadas por una ética ciudadana, que se basa en establecer la diferencia entre lo justo y lo injusto. Pues al finalizar los noventa nadie militaba realmente en algún partido.

II. Viviendo en los 90: orfandad y despolitización

Para algunos/as, la llegada de los noventa es una época a la cual entramos completamente desmovilizados/as, sin referencia de ningún orden partidario. De hecho, en mi caso cuando nos formamos como cuadros políticos era para resistir la dictadura y para botar la dictadura, nunca nos formamos como cuadros políticos para sobrevivir en democracia. Para enfrentar esta cosa más tráfuga de la política, que se llama negociación, nosotros estábamos/as en una cuestión que era bien honesta, y nos enfrentamos a una cuestión que era súper deshonesto, y nunca tuvimos herramientas, ni propósitos, ni capacidad de responder frente a eso. Entonces creo que estábamos bien desarmados.

2 Manuel Contreras, coronel del Ejército a la cabeza de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA).

3 Colaborador de la dictadura, autor intelectual de la Constitución de 1980 y líder de la Unión Demócrata Independiente (UDI). En 1991 fue asesinado por un comando del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

Estábamos viviendo una suerte de orfandad, porque después del 11 los cuadros políticos que hacían la política, los partidos políticos con más base popular fueron diezmados, descabezados, nunca más estuvieron, de tal manera que tampoco pudieron hacer ninguna contribución más allá. Y cuando viene la democracia, yo creo que nosotros/as estábamos a poto pelado, no teníamos cómo enfrentar eso que ocurrió después y que fueron los noventa. Teníamos esa carencia, no estábamos preparados/as para esto que iba a ocurrir en democracia y que se resume en esa forma de hacer las cosas que impuso Patricio Aylwin, y que se llama “todo en la medida de lo posible”.

Y a nivel del resto de la sociedad, lo que ocurre es la despolitización de la sociedad, que ya se había instalado durante la dictadura, no sólo con el librito de Pinochet, políticos, politiquería y demagogia.⁴ Porque cuando tú dices “a Pizarro no lo bota nadie”,⁵ eso es apartarse absolutamente de la posibilidad de que la política cambie el estado de cosas. Cuando la sociedad toda y el ciudadano común y corriente ve que la política no cambia su estado de cosas evidentemente se despolitiza. El triunfo ideológico más de fondo de Guzmán no es sólo la Constitución e imponerla como aparato legal, sino cómo se convenció a la sociedad chilena de que la política no es posible y que además no va a cambiar nada, y que si te metes en política arriesgas perder, incluso, tu vida. Pero creo que a fines de los noventa empieza a cuestionarse ese paradigma.

Yo a veces siento que estamos hablando un grupo minoritario de la sociedad, hablamos como que fuéramos todos/as y en verdad creo que somos minoría quienes estamos pensando en estas cosas, y ahí veo este efecto de la despolitización. Pero no solamente como pérdida de credulidad, sino que efectivamente haberse convencido de que las cosas son de otra forma, de que esta pérdida de la importancia de la dignidad está okey, por ejemplo. Conversando con mujeres de mi misma edad, alrededor de los cuarenta, por ejemplo cuando aparece esta posibilidad de aumentar el posnatal, al momento de quedar embarazadas alguien me dijo “no, no, yo no voy a optar por esa alternativa”, ¡pero cómo no! para mí era evidente que había que optar por eso, y me da todo un argumento de que “bueno, es que en la empresa, la productividad... y en verdad las mujeres somos un cacho para este sistema, entonces en realidad yo considero que las mujeres nos estamos aprovechando...”. Y de eso hay muchísimo, se defiende ese discurso.

También tiene que ver con el individualismo, de “sálvate solo”, pérdida de fe en el tejido social, ¿qué es eso?, ¿para qué importa?, en el fondo aquí cada uno junta sus lucas, asegura su jubilación y el resto no importa. Parece que sólo hay bien individual, no existe el bien común. Y a la vez parece que las cosas no pudieran ser de otra manera.

Es como si la sociedad hubiese hecho carne el modelo. Me acuerdo que el año pasado vino la hija del Che,⁶ y en un entrevista televisiva ella parte pidiendo la palabra y dice “sabes

4 “Política, politiquería, demagogia”. Ed. Renacimiento, 1983.

5 Jorge Pizarro, actual presidente de la Democracia Cristiana, senador por la Región de Coquimbo.

6 Aleida Guevara, hija mayor de Ernesto “Che” Guevara.

qué, este es el único país que he visitado y que al tratar de informarme sobre lo que pasa aquí, me han dicho que durante el día los padres salen a marchar para que les cobren por la educación”, entonces Juan José Lavín, que no es un tipo muy clever pero es hábil en las salidas, dice “bueno, pero esa es la singularidad de Chile”, y ella le dice “por lo mismo te lo estoy señalando, este es tu país” le dice, “o sea, te lo estoy señalando para que partamos por ahí”.

III. Moverse, organizarse, recomponerse

A pesar de que en varios aspectos vivimos los noventa con una sensación de fraude o defraudación, de promesas incumplidas, incluso de derrota y orfandad, es innegable que nuestras experiencias no se agotan en lo que los gobiernos de la transición definieron como posible, adecuado o viable para “proteger la democracia”.

Hacía rato que algunos veníamos pensando cómo hacer para desenmascarar a los criminales por violaciones a los derechos humanos, entonces en el 98 inventamos la “Funa”,⁷ porque para ser franco uno decía “esta cuestión no la va a hacer nadie si no la hacemos nosotros”, y la hicimos. De alguna manera queríamos fracturar ese pacto de la Concertación, el pacto de silencio, de protección a los criminales, entonces decíamos “si no hay justicia, hay Funa”. Pero no era sólo hablarle al gobierno, por así decirlo, se trataba también de hablarle a la sociedad y decirle que los responsables de la impunidad no eran sólo las víctimas y los victimarios, sino que también eran los que cotidianamente convivían con el compadre del cuarto piso que le había puesto corriente a las mujeres o las había violado. Denunciar eso, era también una lucha por la memoria, y al hacerlo se rompía un poco la verdad oficial que amparaba la impunidad.

Era un trabajo de joyería y completamente incorruptible, bien planificado y estructurado, que en la práctica se traducía en una cosa tan simple como juntarse en un punto de la ciudad, y desde ahí ir hasta donde iba a ser la Funa propiamente tal, que era el lugar de trabajo o la casa del funado. Se le quitaba el manto de misterio, se develaba la existencia de esas personas en la sociedad. Pero ahí tuvimos uno de los primeros muertos, que es un

7 La “Funa” se inicia el año 1999, luego del regreso de Pinochet de su detención en Inglaterra. El regreso del dictador sin juicio ni castigo, desenmascara la impunidad que ha rodeado la transición, con la complicidad del ejecutivo como de militares en servicio activo, civiles que fueron parte de los grupos operativos de la DINA, la CNI y otras asociaciones ilícitas para cometer crímenes en dictadura, y encubridores de los criminales con poder político o “lobbistas de la impunidad”, como parlamentarios de la UDI y RN como también algunos medios de comunicación que participaron directamente en el encubrimiento de crímenes cometidos en dictadura. En América Latina y Europa, la agrupación HIJOS (Hijos por la Identidad, la Justicia, contra el Olvido y el Silencio) habían inaugurado una serie de acciones de denuncia contra criminales impunes, conocidos como “escrache” en Argentina. En Chile estas mismas acciones de denuncia se conocen como “funa”, cuyo propósito es develar la falta de sanción a los criminales que no han sido enjuiciados y que viven en la más absoluta impunidad, sin que haya habido juicio y castigo en relación a los crímenes contra la humanidad y el genocidio del que fueron parte. También tiene como propósito trasladar la responsabilidad del silencio y el olvido a la sociedad civil en el sentido de tomar posición frente a los criminales y a la impunidad que los rodea, buscando con ello una suerte de “justicia social” que repare el nombre de las víctimas y sitúe en un lugar específico de la memoria a los/as criminales y el genocidio.

tipo que se suicida, y aparecen todas esas voces de la Moneda que sindicaban a esto como una “persecución”.

En ese sentido ¿es la Funa un acto de violencia?, sin embargo en el contexto de impunidad por los crímenes de la dictadura que existe hasta el día de hoy en Chile, cómo sería posible hablar violencia cuando se trata de una acción legítima, dirigida a encarar a los victimarios y de visibilizar lo que pasaba en nuestro país.

Lo sorprendente de la Funa es que empezó con poca gente, hacíamos asambleas de veinte personas y luego ya tenías como ochenta personas participando, y claro, resultaba bien atractivo para algunos movimientos o partidos políticos que quisieron apropiarse del espacio y definir lo que se iba a hacer. Creo que eso marcó un cierto declive o el quiebre que se produjo.

Pero de alguna manera ese trabajo de la Funa, contra la impunidad, representa una forma de rearticularse a través de un horizonte donde aún existe cierta credibilidad, representada por el movimiento de derechos humanos, como un lugar fundamental en los noventa para crear un activismo político o mantenerlo.

Mientras, otras y otros nos involucrábamos en lo que estaba pasando con la universidad, porque había compañeros/as que derechamente no podían seguir estudiando porque no podían pagar. Esa era una realidad que para nosotros/as se vivía como una tremenda injusticia. A mí lo que me movía era decir que la salud es un derecho, la educación es un derecho, entonces, ¿por qué no todo el mundo tiene acceso? Tal vez puede parecer una lectura algo simplista, pero era lo que nos movía a salir a la calle, a organizarse, tal vez era una parada más ciudadana, por decirlo de alguna manera. Recuerdo que hablábamos básicamente de lo que era justo o injusto, eso lo hablamos miles de veces.

Ante esa situación no había mucho que darle vueltas, en realidad pensábamos que no se necesitaba una carga ideológica para entenderlo, o que no era necesario militar, de hecho no militábamos, actuábamos muy desde el “a mí nadie me dijo”, no había un mandato de un partido, de un colectivo, era una motivación personal. Es algo que a mí me inquietaba y que me conectó con lo político, a pesar de que regresando a Chile desde el exilio yo traía una parada muy apolítica, entonces empiezo a participar en la federación de estudiantes, en los centros de alumnos, en las asambleas, organizando los paros, las tomas, yendo a las marchas. Pensábamos que era imposible quedarse en la casa sin hacer nada, pero no era imposible, de hecho había gente que se quedaba en la casa. Era una opción, nosotros/as optábamos por no quedarnos en la casa, y hacer algo. En términos simples se defendía la alternativa de que no privatizaran la educación, de que no hubiera crédito, de que no hubiera todas las penurias que hubo con el Fondo Solidario.

Para otros/as era también una forma de hacer algo por cuestionar el modelo, porque en resumidas cuentas en los noventa podía llegar a ser aplastante esa sensación de derrota, de haber salido de la dictadura como se salió, con ese plebiscito de mierda, y de que ese mo-

delo te pasara la aplanadora. Actuar, sumarse, formar parte y organizarse, era una manera también de recomponerse, de restituir las confianzas, de salir del subterráneo y tratar de ponerle un atajo a toda esta cosa que se estaba consolidando.

Pero esa recomposición fue hasta donde se podía, hasta donde se pudo en las condiciones del momento, porque el tejido social era muy feble, entonces no siento que hayamos logrado traspasar más allá que eso, de lograr parase, porque no había ropa para poder hacer algo como lo que después prosperó el 2011. No había una conciencia social de aquello, no había una capacidad organizativa para poder levantar ese tipo de demandas a nivel nacional. Básicamente llegamos hasta ahí, hasta tratar que el sistema no te pasara por encima del todo. Hay que hacer un reconocimiento de modestia y humildad, no logramos avanzar más allá. Incluso habría que decir que también somos una generación que de alguna forma al entrar a los noventa, estábamos un poco desnudos, tanto porque se había desarmado todo ese tejido social y estaban cayendo las ideologías, pero también porque la democracia era algo desconocido para quienes crecimos en dictadura. Los noventa nos pone en la encrucijada de seguir avanzando, rearmarnos, rearticularnos o irnos para la casa, era el desafío de cómo era posible construir una política.

IV. La violencia política: un repertorio de violencias al servicio del modelo

Cuando pensamos en violencia política en los noventa, alguien se pregunta “¿hablar de violencia política en Chile es necesariamente hablar de la dictadura?”. Pareciera que todo pasa por allí, sobre todo si pensamos la violencia política como una confrontación directa entre las fuerzas represivas del Estado y quienes padecen la represión, o quienes hacen frente a esa represión a través del ejercicio también de la violencia. Entonces ¿es un capítulo cerrado?, ¿podemos pensar en la violencia política en los noventa? Podemos, y así vamos recordando situaciones y elaborando reflexiones que ya no sólo alcanzan a los noventa, sino que tratan de una realidad actual y vigente, que nos afecta diaria y cotidianamente.

Si se sigue la experiencia de los ochenta, en cuanto a lo vivido por parte de sectores que se oponen y resisten a la dictadura, que abiertamente la combaten y la confrontan por las armas, podemos decir que en los noventa hubo algunas de esas expresiones, quizás refriegas, como fue el asesinato de Jaime Guzmán. Pero en realidad lo más violento que puedo haber hecho yo en los noventa es haber tirado una molotov, más allá de eso...

También por parte del Estado nos enfrentamos a una continuidad en el uso de ciertos mecanismos y estrategias vinculadas a prácticas represivas propias de la dictadura. Los seguimientos y amenazas que recibimos quienes participábamos de la Funa eran descuadrados, era igual que en dictadura, estabas en un chat en tu computador, y de repente aparecía una ventana, y la ventana dice “ya sabemos dónde estay conche’ tu madre, y te vamos a ir a buscar a tu casa”. Se desplegaban esfuerzos para que este movimiento se acabara, persiguiendo e intimidando, y ya no se trata de los milicos, es el gobierno civil.

Claro que no sólo nos pasaba a nosotros en la Funa, hay que reconocer que el Estado le pasa la aplanadora a otros movimientos, incluso más recientes, como lo que ocurrió en Aysén, y les manda el aparato militar para asfixiarlos. O también a través de las muertes que se han producido en protestas y actos masivos, como pasaba en cada marcha al cementerio, o en ese acto del año 91 o el 92 cuando Gladys Marín estaba en el escenario y carabineros disparó y mató a un niño de 19 años, ahí uno se pregunta ¿esa policía respondía a la lógica del gobierno o seguía siendo un poder fáctico?, porque de verdad cuando yo los veía, no veía la diferencia entre lo que había pasado en dictadura y lo que estaba pasando en ese momento. O el caso de José Huenante,⁸ desaparecido durante el gobierno de Lagos, y lo que está pasando en las comunidades mapuche. O lo que acaba de pasar en Valparaíso, donde los pacos insisten en que no fueron, en que ellos no son responsables, y luego tienen que cambiar la versión porque apareció un video, y dicen que la cosa parece no ser como ellos la cuentan.⁹ O lo que acaba de pasar en el norte cuando los mineros se levantaron y cortaron el camino: un trabajador muerto.¹⁰

Entonces al ver la actuación de la policía en manifestaciones, uno no comprende cómo es que sigue operando una lógica represiva de esa naturaleza. Pero en la práctica tenemos que recordar que Carabineros siguen estando bajo la tutela de Ministerio de Defensa, de la Subsecretaría de carabineros, que aunque esté encabezada por un civil no tiene mucho impacto, pues siguen siendo una policía militarizada. Una policía que durante la dictadura tuvo una formación militar, que se formó para participar en la represión y prestarse para inteligencia, que son labores que Carabineros no cumplía hasta antes de la dictadura. Pero hoy día ya no estamos viendo un “rezago” de la dictadura, nuestra policía ES así.

Se vuelve a reinstalar el tema de la “detención por sospecha”, y es una medida que en los pacos opera como si aplicaran un manual. Es bien elocuente ese video que anda circulando por la red que hicieron unos cabros al ritmo de rap, donde aparece un paco entrevistado en la televisión describiendo cuáles son los sospechosos, y se repite “jeans y zapatillas, jeans y zapatillas”, y luego sale Burgos¹¹ en tenuta de domingo, con jeans y zapatillas, y otra autoridad más, también en jeans y zapatillas. A partir de esa descripción somera, el paco reconoce a quiénes son delincuentes o quiénes son las personas a las que hay que hacerles control de identidad, y aparece como esa instalación de esa fantasía de cuáles son los malos de la película.

8 José Gerardo Huenante Huenante, joven detenido por Carabineros el 3 de septiembre del 2005. Tenía 16 años, era oriundo de la X Región, donde vivió y desapareció. Lo último que de él se supo es que fue detenido esa madrugada por funcionarios de Carabineros en la Población Vicuña Mackenna, luego de un procedimiento policial que se desarrolló en el sector, según cuentan testigos. No se supo nunca más de él, por lo que su caso es también conocido como el del primer detenido desaparecido en democracia.

9 En el marco de manifestaciones desarrolladas en las inmediaciones del Congreso Nacional el 21 de mayo en Valparaíso, el estudiante Rodrigo Avilés, alumno de Letras de la Universidad Católica de Santiago, resultó gravemente herido tras ser alcanzado por un chorro proveniente de un carro lanza agua de Carabineros, durante varios días carabineros niega haber agredido al estudiante provocándole serias lesiones que lo tuvieron el riesgo vital durante casi un mes. El día que el general director de Carabineros realiza una declaración pública negando los hechos y responsabilizando al estudiante de la situación, salen a la luz pública dos videos que demuestra la participación del carro lanza aguas de la policía impactando directamente a Rodrigo Avilés provocándole una lesión cerebral que lo tuvo en coma.

10 Nelson Quichillao, trabajador contratista de Codelco asesinado de un disparo por Carabineros el 24 de julio de 2015, en El Salvador.

11 Jorge Burgos, Ministro del Interior al momento de realizarse esta narrativa, miembro de la Democracia Cristiana.

Luego, vemos las prácticas políticas instaladas por los gobiernos de la transición, un tipo de operación política llamada Concertación y ahora Nueva Mayoría, donde la violencia ya no es la agresión directa necesariamente, o la confrontación de posiciones políticas antagónicas, sino una forma infame de burlar a la ciudadanía al tomar decisiones a espaldas de ella, a puerta cerrada, vía acuerdo, poniendo distancia. Por ejemplo, en Recoleta pregunté el otro día “¿cómo van a hacer con el tema del candidato acá en Recoleta?”, y me dijeron “no po’, va a ser Jadue”, y digo “ah!, ¿y no va a haber primarias?”, y me dicen “no, no puede haber primarias porque la derecha está lista”. Pero eso es actuar violentamente con la ciudadanía, porque no la están dejando participar, entonces con independencia de quien gane, debiera haber participación, y así poder decir que se hizo democráticamente, participativamente. Por eso podría decirse que en el ámbito de las políticas públicas, éstas no son públicas, pues no se puede proponer, no se puede intervenir, y en más de 25 años que lleva la democracia, las políticas públicas nunca han sido públicas. Se trata de la tirantez de la democracia chilena, de los gobiernos de la transición que no quisieron apoyarse en la ciudadanía, en el movimiento que aún había en los noventa, que al principio de la década aún era grande.

Las marchas y concentraciones por el No el año ‘88 eran gigantes, yo participé en marchas, recuerdo una en que íbamos con mucha gente, y de repente ya no sabíamos para dónde marchar, de hecho una vez salimos del Estadio a marchar y de pronto ya estábamos en Vicuña Mackenna, todo iba bien, “avancemos, venceremos” y toda lo demás, y seguimos por la Alameda, bajando, bajando y estábamos llegando a la Estación Central, “¿para dónde íbamos?, o sea ¿para dónde nos vamos ahora?” y llegó un momento, como que dijimos “ya, hasta aquí no más, ya vencimos, vámonos”, como que no existía esa dirección de para dónde nos vamos, ya no sabíamos para dónde ir, llegamos como a una plaza y de ahí “¿para dónde seguimos, para allá, sigamos para allá?” y la gente seguía, para donde veía un grupo moviéndose la gente iba para allá, la gente quería cosas. Después uno se preguntaba dónde quedó esa gente, dónde quedó esa movilización, muchos también sintieron que llegó la democracia y ya estamos bien.

Una vez que asumió Aylwin¹² toda esta sociedad civil quedó abajo, “por favor no hagamos nada, no trabajemos más con los colegios profesionales, porque vamos a tener problemas”. La transición tiene que ser en calma. Entonces la comunidad no siguió participando. Las instituciones bajaron su nivel de participación, el mandato presidencial era que la sociedad civil bajara.

Más aún, en las dinámicas internas de los partidos políticos quienes aún militábamos vivimos la violencia de la exclusión si no estás de acuerdo, entonces te dicen “o estás con el partido, o estás fuera, o estás muerto”. Y a la larga parece que a quienes han llegado al parlamento, lo que más les importa es quedarse y escalar, escalar en su posición.

Esa forma de ejercer el poder es violenta además pues ha operado para mantener y perpetuar un modelo social, económico y cultural, instalado durante la dictadura, que en sí

12 Patricio Aylwin, miembro de la Democracia Cristiana, primer presidente electo tras el fin de la dictadura.

mismo somete a la población a un cambio profundo y radical de paradigma y de forma de vida. Para eso el Estado puede usar la fuerza, pero a la vez se calla la violencia, no solamente la física, también la violencia psicológica y cultural.

¿Qué es ese modelo que ha producido un cambio tan profundo, tan en sí mismo, violento? Me acuerdo de la huelga de los mineros en Lota,¹³ entonces como CONFECH¹⁴ decidimos ir a apoyar a quienes estaban en huelga de hambre, pero pasa que los propios mineros, la mayoría estaba afiliado o cercano al PC, te planteaban “hueón, lo único que nosotros queremos es que nos jubilen y que busquemos una salida negociada en esta hueá. No se metan en esta hueá. Nosotros no queremos que se ensanche esta hueá. O sea, solidaricen con nosotros, metan bulla, el CONFECH que saque un voto político, si quieren van a las marchas y todo, pero ¿sabes qué? nosotros no... queremos que esto se termine acá, que recibamos una buena jubilación, y estate.” Y uno pensaba “chucha estos tipos están movilizados, metidos en el pique y ¡están diciendo eso!”, los que estaban movilizados ya estaban frenados, de alguna manera entregados. El modelo había calado tan profundamente que hasta en los sectores más avanzados que estaban demandando una vida más digna, como en el caso de los mineros con el cierre de las minas de carbón, no pedían cambiar el modelo. Lo que el minero estaba tratando de hacer era jubilarse de la mejor forma posible, y que ante el cierre de las minas se instaurara una alternativa económica, que la Concertación llamó “reconversión”.

Tal vez esto no tiene que ver con las concepciones tradicionales de la violencia, pero vemos que comienza a armarse programáticamente en la dictadura desde la Constitución en adelante, con las AFP,¹⁵ las Isapres,¹⁶ el Código laboral, un sistema de sometimiento y de aplastamiento, que de los noventa en adelante se va acomodando, algunos dirían “suavizando”. Claro, ya no teníamos a los milicos al frente, sino a los civiles, pero en lo sustancial todas las facetas de la vida ya estaban afectadas por las leyes de la dictadura, que en lo medular no permiten su ablandamiento. No es que en los noventa no haya pasado nada, ¡pasó de todo!, de hecho se consolidó el modelo, y en democracia te terminaron de poner el pie encima.

Para quienes veníamos de otra realidad, como había sido el exilio en un país europeo, todo esto que se vive resulta violento, la obligación de competir por un crédito para poder ir a la universidad, pagar por cosas que según mi experiencia estaban garantizadas. Para mí todo el rato este modelo me violenta, lo noto cuando me suena el despertador: las horas de trabajo que tengo que hacer para ganarme la vida, ni siquiera para tener plata para ahorrar, en las Isapres, la educación de mi hija, cuando me enfermo ¿a dónde voy?, ¿voy a un hospital o voy a una clínica? Incluso es violento desde un concepto más amplio de un abuso de poder que se infiltra en lo cotidiano.

13 Se inicia el año 1996 cuando el gobierno anuncia el cierre de la mina.

14 Confederación de Estudiantes de Chile.

15 Administradoras de Fondos de Pensiones, creadas durante la dictadura, reemplazaron a las cajas previsionales basadas en el reparto, instalando un sistema de capitalización individual.

16 Instituciones de Salud Previsional, creadas durante la dictadura, operan como un sistema de seguro de salud ofrecido por empresas privadas.

Entonces hay un repertorio de violencias que se dirige siempre a la imposición y consagración del modelo, que en sí mismo violenta, a través de las formas de hacer política, del uso de la fuerza por parte del Estado, discrecionalmente tal vez, pero la usa, o las limitaciones diarias que al final mantienen a las personas preocupadas de su sobrevivencia, de darle de comer a los cabros chicos, de pensar cómo mandar a los hijos a la universidad. Pero no es que el sistema no le afecte a las personas, sino que bajo todas esas condiciones resulta difícil ponerse a pensar en el asunto, se mantienen ignorantes sobre lo que este modelo significa en sus vidas.

Al mirar hacia atrás es importante traspasar la esfera de la dictadura y reconocer que en los noventa hay una forma de violencia que es la consolidación del modelo pinochetista, y que la posibilidad de transformar el Estado se desecha para administrar el modelo, administrar lo que había dejado la dictadura. Y lo que termina ocurriendo es que en el fondo el modelo se mantiene casi intacto por lo menos durante la década del noventa, casi inalterable e intocable, más aún donde no había esta fuerza social que hoy existe, para hacerle frente.

V. Miedo: advertencias y experiencias

En los noventa no sólo se vive la consolidación del modelo heredado por la dictadura, junto a las distintas formas de violencia que le son funcionales, sino también una experiencia que perdura en el tiempo y se reedita a partir de distintas situaciones que al contestar al orden te podían poner en riesgo. Es el miedo, que se activa y también se promueve, y que puesto en relación con el modelo que rige la vida de lo/as chileno/as pone en marcha actitudes dirigidas a resguardar la seguridad.

Cuidado, cuidado, hasta ahí no más

Era un miedo que podía surgir espontáneamente frente a determinados eventos, como participar de una protesta y enfrentarse con los pacos, o en momentos que son álgidos, como fue la detención de Pinochet también. Pero también era un miedo promovido. ¿Se acuerdan de ese coro que se nos cantaba a principio de los noventa?, tanto los dirigentes estudiantiles como los viejos de la Concertación, decían “no agudicen las contradicciones, porque van a volver los milicos”. Así todo el tiempo, y eso se traducía en que en las marchas no le sacáramos fotos a los pacos, porque era peligroso, que no estiráramos el elástico, porque era peligroso, porque el elástico se corta y cuando se corta... Todo el día con lo mismo “no hagan esto, no haga esto otro, cuidado, mira esto”, y obvio que uno se asusta, ¿no? Era como una “violencia simbólica”, reafirmada por cosas que sí habían pasado, como el “ejercicio de alistamiento y enlace” y el “Boinazo” porque se investigaban los “pinocheques”,¹⁷ que confirmaban que efectivamente algo podía pasar.

17 El “ejercicio de alistamiento y enlace”, se refiere al acuartelamiento de tropas ordenadas por Pinochet el año 1990 como forma de presionar y amenazar al gobierno frente a la apertura de la investigación por casos de corrupción lla-

Todo el tiempo era como “cállate, no levantes la voz porque vas a despertar al al que siempre fue la amenaza”. Había que tratar de no despertar a los militares, que se fueran a los cuarteles y que no volvieran a ser protagonistas de la vida política. Esa es la amenaza constante con la que se vivió gran parte de los noventa, incluso hasta bien avanzados los noventa. Y fue constante, cambiaban los personajes y el discurso era el mismo.

Esa violencia simbólica es más profunda y permanente porque te deja en un estado de alerta, de advertencia continua, que, además, permite la manipulación constante. Pero es de una parte no más, porque, por ejemplo, respecto del cierre de Punta Peuco¹⁸ se dice “¡no!, ¿cómo vamos a cerrar Punta Peuco?, ¿qué van a hacer los milicos?”, y llegó Piñera¹⁹ y cerró el Penal Cordillera, y se acabó la hueá. Es más, Piñera hizo el proyecto de la Subsecretaría de Derechos Humanos para darle continuidad a las obligaciones chilenas en cuestiones internacionales.

¿Por qué?, ¿cómo es posible?, porque el miedo ha servido para legitimar la administración del modelo, con la excusa de no poner en riesgo la democracia. Ese era el argumento para aplastar toda la prensa divergente que había a principio de los noventa, y contrariamente producir la concentración de los medios. Representantes de la Concertación viajaron por Europa y le dijeron a los financistas históricos que durante diecisiete años habían financiado a la oposición en Chile, que si seguían financiando a los medios, en el fondo era un atentado a la democracia. Y es el mismo argumento que se nos echaba en cara cuando analizábamos las progresivas transformaciones del sistema de financiamiento de la educación superior. Porque ¿qué pasaba?, pasaba que el sistema que había dejado la dictadura, comparativamente, era mejor que los que habían impuesto los gobiernos de la Concertación. Entonces los dirigentes de la Concertación, entre ellos los juveniles y que hoy día son protagonistas, como Rossi que hoy es senador y era presidente de la FEUC²⁰ en ese tiempo, Elizalde era el presidente de la FECH²¹ y hasta hace poco fue ministro Secretario General de Gobierno, este tipo García, también socialista y que era el vicepresidente de la FECH, lo que te decían era “¿qué quieren, que vuelvan los milicos?”, cuando tú les decías “pero hueón, ¿cómo?, si con los milicos tenías ese modelo y ahora tienes este otro que es peor, y el sujeto es el mismo y más empobrecido todavía”.

Porque por ejemplo si pensamos en cómo ha ido evolucionando el sistema de financiamiento de la educación superior, se tiene que durante la dictadura se armó lo del Crédito

mado “pinocheques” que involucraba a su hijo mayor. El “boinazo” se refiere al episodio en el cual en 1993 comandos o boinas negras del Ejército conducidos por Pinochet se reunieron en las cercanías del Palacio de La Moneda, para presionar ante la reapertura del caso “pinocheques”. Ante esta situación, el gobierno de Aylwin cede y posteriormente durante el gobierno de Frei el caso es cerrado definitivamente.

18 Centro de Detención Preventiva y Cumplimiento Penitenciario Especial Punta Peuco, creado durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-1998), destinado a la reclusión de militares y agentes del Estado procesados por casos de violaciones a los derechos humanos.

19 Sebastián Piñera, presidente de Chile entre 2010 y 2014 representando la Alianza por el Cambio, conglomerado de derecha.

20 Fulvio Rossi, senador por el Partido Socialista, fue presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica en 1993.

21 Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

Fiscal, donde te endeudabas con el Estado. Luego, Crédito Universitario en él te endeudabas con la universidad, y terminamos con el Fondo Solidario. Con el Crédito Fiscal podías esperar dos años desde que finalizabas las carreras para comenzar a pagar con un tope de diez años, y considerando el 1% de tu sueldo. Con el Crédito Universitario se mantienen esas condiciones, pero ya no te endeudas con el Estado sino con la universidad, todavía hay una tutela con la universidad. Pero con Aylwin, pasa a ser Fondo solidario del 1% de tu sueldo aumenta a 2%, y de doce años a quince, y además le permitieron a las universidades vender su cartera de deudas a la banca privada. Y para rematar, los créditos CORFO²² suben del 2% al 5,8%.

Entonces frente a esta evidencia los tipos te decían “¿qué?, ¿acaso tú quieres que vengan los milicos, hueón? Volvamos a los milicos, si quieres eso le estás haciendo el juego a la derecha”, y te trataban de “irresponsable”.

El miedo con minúscula

Pero tenemos quienes no crecimos con la experiencia amenazante de la dictadura, o directamente no tenemos un recuerdo de la represión, que no crecimos con el ADN del miedo. Que nos sorprendíamos cuando conversando con alguien que sí había temido durante la dictadura, y sí había tenido que aplicar cantidad de estrategias de protección en el cotidiano, se preocupaba si tomabas muchas notas en una reunión, “¿quamos asumir posiciones de vanguardiaacos, reconocidos como fuentes de agresiurrirgolpese protesta ciertos protocolos, pero entoné estay anotando?”, o si sacabas fotos en las que ellos podían aparecer, “no me tomís fotos, ¿ya?”. Había todo un rollo persecutorio. Entonces ¿podemos hablar de una experiencia del miedo?, y si es así ¿por dónde viene el miedo que también reconocemos como parte de la experiencia de los noventa? Viene de las experiencias directas de confrontación con los pacos en las tomas universitarias, en las movilizaciones y protestas. Salir a marchar y ver a estos pacos enteros armados, con las tanquetas, con los guanacos, haber arrancado de los pacos, el no poder respirar con la bomba lacrimógena, me generaba una angustia corporal, que en ese momento no era pensada, pero la reconozco como miedo. Para mí ver un tipo armado hasta las pelotas, cuando yo lo único que estoy haciendo es caminar y a lo más gritar un par de cosas, me parece súper violento. Incluso el miedo que puede reeditarse al contacto con el uniformado en otras situaciones que no sean de protesta.

Reconocemos que ese miedo no es necesariamente miedo a que te maten, puede ser un miedo a las patadas, a los golpes, a que te agarren y te peguen, al abuso policial principalmente. ¿Un miedo ciudadano?, ¿un miedo republicano? Porque el otro, el miedo a que te puedan matar, que te puedan matar un hijo, que te puedan torturar, ese es miedo con mayúscula, eso es terror. Sin embargo, la angustia corporal que produce la escena de agresión en una protesta desata la incertidumbre sobre lo que puede efectivamente ocurrir, entonces el miedo no siempre va acompañado de una elaboración racional sobre las posibilidades.

22 Corporación de Fomento de la Producción.

Que en los noventa nos encontráramos en protestas y movilizaciones, tanto quienes teníamos la experiencia de represión y confrontación en dictadura, como quienes no la habíamos vivido, hacía que frente a la presencia de los pacos, reconocidos como fuentes de agresión directa, los otrora “guerrilleros” debíamos asumir posiciones de vanguardia en las marchas y en la propia negociación con los pacos en las tomas. Te decían “vo’ soy guerrillero, ¿no te creí Che Guevara?, vo’ no podís ir atrás po’ hueón”. Claro, nosotros le habíamos peleado a la CNI,²³ a los milicos, eso había sido terrible, terrorismo de Estado, una estructura criminal que te ponía una pata dura encima, entonces ¿cómo no le vamos a pelear a estos hueones? Era un tema distinto en el sentido de que el paco que está delante es otra escala, te va a sacar la chucha, no es la CNI ni los milicos, pero en otro sentido representa lo mismo que la dictadura. Y en dictadura era legítimo defenderse de la violencia del Estado, por lo tanto en los noventa es también legítimo defenderse, por más que sean civiles los que están en el gobierno.

Pero también íbamos adelante porque cuando ya todo ha caído, los socialismos reales, se desarticulaban los movimientos, se vive una derrota, la responsabilidad que te cabe es ante tu conglomerado inmediato que son tus compañeros, tu centro de alumnos, tu federación de estudiantes o las organizaciones estudiantiles que no necesariamente eran centros de alumnos o federación de estudiantes. Aunque te cagaras de miedo, no podías ir atrás.

En contrapunto con la violencia vivida en dictadura, la reacción ante el ingreso de Fuerzas Especiales a una toma o ante la agresión de los pacos en una protesta, parece un cuadro surrealista. En 1996 cuando estábamos en toma en la USACH,²⁴ yo fui a hablar con los pacos y le dije “mira, esta hueá la hacemos por la buena, o por la mala va a quedar la cagá”, entraban los pacos, nos desalojaban, y nos volvíamos a tomar la universidad, y así sucesivamente. De hecho en un momento habían unos cabros jugando a la pelota, y la pelota salió lejos, y cuando se agachan a recogerla ven venir a los pacos, pero no uno, había una fila de micros de fuerzas especiales afuera de la Universidad, los GI Joe les decíamos.

Podría decirse que los pacos estaban más controlados tal vez. A las cinco de la mañana estábamos durmiendo en la toma y nos fueron a despertar, y un paco preguntó “¿quién es la presidenta de esta hueá del centro de alumnos?”, “yo” dije, y el paco dice “sabe qué?, con usted me voy a ir a tomar un tecito al cuartel”, “ya po’”, le dije yo. Total el paco me iba a llevar y me podía tener seis horas ahí adentro, hueviarme pero no hacerme daño, entonces le dije “vamos a tomar tecito”, pero no me llevó, no me dio el tecito, y todavía estoy esperando.

¿Y no será que haber vivido la violencia constante durante la dictadura, corriendo el riesgo de la muerte, haya provocado una naturalización de la violencia?, porque a mí, si me daban miedo, y me siguen dando miedo los pacos en las protestas, eso parece nada en comparación con lo que cuentan de los ochenta. Si alguien ha corrido peligro, si su vida ha corrido peligro, esto de temerle a los pacos en la protesta, es una huevada.

23 Central Nacional de Informaciones, organismo represivo de la dictadura que sucede a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA).

24 Universidad de Santiago de Chile.

Lo que nos pasa es que si durante la dictadura estabas en contra –en mi caso, en mi cabeza, en mi mentalidad, en mi familia, en mi historia de vida, no había otra posibilidad–, había que sobreponerse al terror para poder hacer las cosas que había que hacer, no más. Estábamos llenos de casos de lo que te podía pasar, los cabros que desaparecieron el ‘85, la Carmen Gloria quemada, los cabros que torturaban. No teníamos muchas posibilidades, el miedo no podía convertirse en algo central para nosotros, porque entonces dejábamos de luchar. No es que no estuviera presente, sino que había que obviarlo porque si no tú te paralizabas y cagabas, a mí me tocó ser vocero un montón de veces en los ochenta, me acuerdo de mis primeras vocerías eran así con el papel tiritando en las manos, y entonces ¡era mejor sacar el papel! Quizás sí, naturalizamos la violencia para poder seguir luchando.

Pero hoy día el uso de la violencia por parte del Estado, en las marchas y las protestas, el uso de la represión derechamente, como cuando ha habido muertos o con el mismo Rodrigo Avilés, o en otro contexto con José Huenante, bastan para hacer operar el miedo en la gente, es como tirar una piedra a un lago y vas viendo cómo las ondas se replican. De alguna manera comunicacionalmente hablando pareciera que “un muerto sirve”, dicho así fríamente.

Claro que si recordamos las manifestaciones multitudinarias del 2011, la repre funciona hasta cierto punto, y de hecho a los cabros no los disuade, pues consideran que es parte del cuento. Me acuerdo cuando en una marcha en la mañana hubo harta repre, entonces la Camila Vallejo²⁵ puso en su Facebook “cacerolazo a las ocho”. Y a las nueve, diez de la noche Santiago estaba paralizado, no había nadie que no estuviera tocando la cacerola. Habían despachos del caceroleo en Vitacura, en Las Condes, por la repre contra los cabros. O cuando Hinzpeter²⁶ prohibió una marcha de los secundarios en la mañana, y en la tarde era la de la CONFECH, y la represión fue descomunal. Fue un autogol, porque finalmente la manifestación fue en todo Santiago y quedó la cagá por todos lados. Me acuerdo de las barricadas, casi más que en dictadura, había una afuera de la Posta, pero era una cuestión impresionante, desde que Pinochet fue nominado como candidato que yo no veía tanta gente en la calle apropiándose de los espacios.

El traslado del miedo: de perder la vida a perder la seguridad

Más allá de la amenaza a la integridad física, a perder la vida, como podía ocurrir en la dictadura, se trataba entonces de cambiar ese sistema que era de muerte, ese miedo era un miedo más primario. Pero ese miedo se traslada a otro miedo, que es un miedo súper distinto, es un miedo a perder, ya no la vida, sino una cierta seguridad, una posibilidad de vivir de cierta manera, de estar integrado en este sistema.

Por ejemplo, yo tenía otra pareja, que no es mi actual pareja, y que tenía un alto cargo en una empresa aseguradora, y ella por nada del mundo se quería embarazar, porque

25 Presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile durante los años 2010 y 2011.

26 Rodrigo Hinzpeter, militante de Renovación Nacional, durante el gobierno de Sebastián Piñera fue Ministro del Interior entre los años 2010 y 2012, posteriormente fue designado Ministro de Defensa, cargo que ejerció hasta el final del gobierno el 11 de marzo de 2014.

sabía que si se embarazaba perdía absolutamente toda posibilidad de “competitividad”, le llaman.

Eso es una realidad, porque hay situaciones similares que nos producen temor. Si yo pienso qué me da miedo a mí, puedo contar que la semana pasada tuve una situación muy injusta en mi trabajo y me di mil excusas a mi misma para no ir a hablar con mi jefe. Finalmente no fui a hablar con mi jefe, y quedé súper choreada por la injusticia, y después yo decía “¿por qué nunca fui a hablar?”, y es el miedo a aparecer conflictiva, a defender mis derechos laborales, y que el día de mañana puedan optar por otra persona y yo me quedo sin pega. Ese es el miedo que hay detrás de esa inactividad, esos son los miedos que yo huelo, intuyo. Mejor me quedo callada, porque tiene que ver con sobrevivencia, porque finalmente si me quitan esa pega está súper difícil encontrar pega... la competencia, el mercado.

Es un miedo relacionado con el sistema de seguridades individuales. Es el fantasma que se te viene encima, que tiene que ver con pagar tus cuentas, si tienes a los cabros estudiando, que puedan seguir estudiando, poder comer. Es el miedo a perder la pega, a la desprotección social. Entonces aunque yo tenga que trasladarme dos horas desde no sé dónde hasta no sé dónde, apretado, manoseado en el metro, para ganarme el sueldo básico, el sueldo mínimo en la mayor parte de los casos, lo hago para sobrevivir.

Pero siendo honestos, parece que nosotros/as navegamos muy bien este sistema, tenemos celulares, internet. Entonces no siempre es sobrevivencia propiamente tal, sino exclusión, o más bien algo que podríamos llamar sobrevivencia en un plano más simbólico.

Por supuesto para otros ya no es el miedo paralizante frente al antiguo fantasma de la estatización, a que el país se transforme hacia un proyecto socialista. Y en este escenario los noticiarios de la televisión contribuyen a la producción del miedo dedicando varios minutos, casi veinte, a los “portonazos”,²⁷ que son asaltos bien fuertes. Pero para quince millones de personas que hay en el país, el portonazo adquiere una importancia desmesurada en los medios, que instala una suerte de fatalidad y de miedo en la gente respecto de su seguridad personal y sus bienes.

VI. ¿Un ánimo de época?

Pensamos, ¿todo esto no será muy pesimista?, nos lleva a un diagnóstico que parece no tener salida, hay una sensación de pesimismo en que te quieres tirar al metro.

Pero también hay una recomposición, hay voluntad, hay mucha más politización de muchos sectores. Y eso da la esperanza de que efectivamente algo se puede, y eso va sumado a la derrota de la clase política, que es un autogol, este descrédito en el que cayeron por su propia mano.

27 Robos de autos y asaltos a personas cuando van saliendo en su vehículo desde su hogar o cuando van llegando.

Claro que este malestar puede ir más allá de nuestras fronteras, entonces ¿no será algo que trasciende también las herencias de la dictadura?. Sin embargo, es importante hacer notar que a diferencia de lo que viene ocurriendo en Europa por ejemplo, allá las personas se muestran sorprendidas por este proceso de pérdida de seguridades sociales, de un cierto bienestar social que habían tenido garantizado, y que está siendo reemplazado por una sensación de que hay que salvarse solo.

Hay que recordar que en paralelo a las movilizaciones del 2011 en Chile, se levantó el movimiento de indignados en Europa, pero en Chile no tenía el carácter de indignado, acá tenía el carácter de cambiar el modelo. No era como en Europa, aquí no pasamos del Estado de bienestar a un Estado neoliberal, acá no era indignarte, sino cambiar el neoliberalismo. Gran parte de los dirigentes estudiantiles fueron a Europa, los invitaron a foros en la Sorbona, que es el emblema del movimiento estudiantil mundial, y ellos hacían esa diferencia: “nosotros no somos indignados, nosotros queremos cambiar este mundo, no estamos indignados por el cambio de cosas, sino porque nosotros queremos cambiar el estado de cosas”.

En este sentido debe ser súper ingrato para los que están en el gobierno hoy día, gobernar con un programa que no es tuyo, o sea un programa que surgió con la movilización social. De hecho es un programa que es totalmente contrario a lo que durante veinte años hizo la Concertación. En términos simples, es corregir lo que hizo la Concertación. El 2011 entonces marcó una pauta.

Y también hay menos paradigmas dogmáticos, menos paradigmas organizativos y hay una sociedad que se moviliza por sus intereses en función de temas, incluso distintos a la agenda que era la tradicional: se mueve por el medioambiente, se mueve por la defensa de sus derechos, del consumidor, reproductivos. En este sentido hay más interés por participar, ya no sólo por entrar en la lógica de la “negociación”, sino en la de la participación.

Si hay un dejo de pesimismo, es cuando lo decimos nosotros, nuestra generación, los que estamos acá, los universitarios de antes, pero seguramente los universitarios de ahora tienen otra visión.

VIOLENCIAS POLÍTICAS EN LOS AÑOS 2000

Presentación

A continuación se presenta un texto elaborado a partir de conversaciones individuales y grupales sostenidas entre los años 2015 y 2016 con personas convocadas por el proyecto de investigación Fondecyt Regular “Memorias de la violencia política en Chile, narrativas generacionales del periodo 1973-2013”. El propósito de esta convocatoria fue compartir recuerdos y reflexiones en torno a la violencia política ocurrida en el pasado reciente de Chile, especialmente en los últimos quince años. El punto de partida de este trabajo son las movilizaciones sociales de los años 2006 y 2011, considerando que constituyen hitos de actividad política de las últimas décadas.

En este proceso han participado cinco activistas de disidencia sexual de diversas organizaciones y colectivos, así como militantes de partidos y organizaciones de izquierda. Todos han sido políticamente activos durante la última década y reflexionan en esta Producción Narrativa a partir de sus experiencias. Debido a que los relatos refieren a hechos recientes, por seguridad se han resguardado nombres de personas, organizaciones u otros contenidos. Además, los capítulos han sido firmados como anónimos.

La narración comienza con relatos de experiencias de cada participante en relación a la violencia política. Estos se presentan en los cuatro primeros capítulos: en el Capítulo I, titulado “Desde la juventud popular a la lucha popular”, se relata el proceso de politización de un hinchista de un equipo de fútbol que luego comenzó a militar en una organización de izquierda revolucionaria. Reflexiona en torno a la represión, las luchas sociales y la necesidad de potenciar la organización y formación de los sectores populares. En el Capítulo II (sin título)¹ dos activistas de grupos de disidencia sexual se refieren a las violencias políticas desde sus experiencias en colectivos dentro y fuera del liceo y la universidad. Debaten sobre las violencias políticas dentro de estas instituciones educacionales, en las manifestaciones en el espacio público y también entre los distintos grupos que luchan. En el Capítulo III, titulado “Con las masas todo, sin las masas nada”, un militante comunista relata su experiencia de participación en protestas sociales y estudiantiles conducidas por la juventud del partido, a inicios de la década del 2000, en una época en que la violencia callejera como “herramienta de lucha” era mucho más utilizada. Destaca la importancia de usar la violencia como auto-defensa, con un carácter de masas y con un objetivo político claro. En el Capítulo IV (sin título)² un activista de disidencia sexual analiza el contexto actual en que se despliegan las violencias políticas. Luego distingue a partir de su experiencia entre diferentes niveles de violencias políticas actuales, abarcando la represión policial, persecución y amedrentamiento institucional y violencias cotidianas. Finalmente, en el Capítulo V se presenta un diálogo

1 Los participantes para este capítulo de la narrativa decidieron no redactar un título para ella.

2 Los participantes para este capítulo de la narrativa decidieron no redactar un título para ella.

entre las perspectivas antes expuestas, donde se reflexiona sobre el uso de la violencia como forma de lucha y el impacto de las movilizaciones sociales de 2006 y 2011. A continuación se comentan distintas perspectivas sobre las relaciones entre violencia política y las organizaciones indígenas, las huelgas actuales, el género y la discriminación. El capítulo termina con algunos elementos sobre el presente y futuro de la protesta social, enfatizando la necesidad de que se abran debates en torno a la violencia ejercida y recibida por movimientos sociales, además de promover una actitud crítica con respecto a las luchadoras y luchadores que nos preceden.

Con la finalidad de contextualizar al lector o lectora, hemos incorporado al final de la narrativa una descripción breve de los casos de personas afectadas por violencia política estatal mencionados en el texto. De esta manera, cuando en la narrativa se menciona uno de los casos descritos al final de este documento se indicará por medio de un asterisco, por ejemplo: María Rodríguez (*).

CAPÍTULO I: DESDE LA JUVENTUD POPULAR A LA LUCHA POPULAR

Construirme políticamente en la barra de Los de Abajo y la Izquierda Revolucionaria

Por los años noventa empecé a construirme en las barras de fútbol, yo soy hincha de la Universidad de Chile, y en esos años de mi adolescencia, antes de que cambiaran las dinámicas de las hinchadas hacia un matarse entre pobres por camisetas de diferentes colores, era de Los de Abajo. Me tocó vivir el otro Chile, el de la represión constante cuando probablemente muchas personas decían “no, la dictadura ya pasó o antes era peor, te mataban”. Pero ibas al estadio el domingo y te trataban igual que en dictadura: te ponían contra el muro, te revisaban y te hacían sacarte los zapatos. Yo tenía 12 años y la policía me trataba así, sin tomar en cuenta que aún era un niño. Entonces empecé a darme cuenta que la democracia que regresó en los años noventa y que nos habían pintado era sólo para unos pocos, los empresarios, y no para la mayoría, los/as trabajadores/as y sus familias, el pueblo. En el fondo, en esos años todo aquel que anduviera con el pelo largo o vestido de punky o lo que fuera que no estuviera aceptado por la normativa democrática del modelo en ese momento, era reprimido y oprimido constantemente. En ese contexto, a través del fútbol conocí compañeros más grandes, que en los años ochenta tenían 15 o 16 años. Ellos contaban que hacían barricadas los días de protesta porque creían en el socialismo y la transformación, no sólo porque quisieran echar a Pinochet como cuenta la historia oficial. Creían en el proyecto socialista, unos de la Unidad Popular y otros más ligados al MIR,³ pero en el fondo se trataba de transformar completamente la sociedad. Así empecé a militar en una organización de izquierda revolucionaria desde los 14 años y por ende me tocó vivir todo el proceso de reorganización social bastante desde adentro, con bastante protagonismo.

3 Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Me tocó ser de la generación en la que no había nada. Cuando estábamos en la enseñanza media en los años 1999-2000 prácticamente no había organización social, y esta era mucho más disminuida a nivel de estudiantes secundarios. Yo estudiaba en un colegio de los tradicionales del centro, donde supuestamente la gente está más preparada, o se tiende a pensar que porque tienen mejores notas son más inteligentes que el resto, pero tampoco pasaba mucho. Había organizaciones políticas –cosa que no sucedía en los otros colegios– de todo el espectro: desde ultra derecha, anarquistas, a la izquierda revolucionaria partida por cuatro o cinco microorganizaciones. Los centros de alumnos no servían para hacernos tomar conciencia política de nuestro rol social como estudiantes hijos de trabajadores y trabajadoras que éramos. Su máximo referente o aspiración era hacer una buena fiesta de aniversario, y hasta ahí.

En las universidades sí se veía algo de movilización pero sólo como reacción a la falta de créditos para estudiar. En el fondo unas demandas muy economicistas, aunque no por eso menos justas, carentes de cuestionar el fondo de la educación mercantilizada que hay hasta el día de hoy en nuestro país. Cuando estaba en el colegio me tocó ser parte del Centro de Estudiantes y también de la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (FESES), que en el fondo era una mala copia de la FESES de la Unidad Popular y de los años ochenta gestada en la lucha contra la dictadura. En los noventa no fue más que una invención de los partidos más tradicionales y conservadores, las Juventudes Comunista (“la Jota”), las Juventud Socialista (JS) y la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), para justificar una existencia política a nivel secundario, pero no social. Los y las que éramos de izquierda revolucionaria tratábamos de darle un vuelco hacia una mirada popular de estos espacios, desde la lectura que la democracia neoliberal no sólo había cercenado nuestros sueños transformadores como clase social, nuestros derechos sociales, sino también los espacios comunitarios y de organización social, básicos para defender esos derechos y para construir un proyecto transformador de nuestro país al servicio de las mayorías. Participamos de muchas movilizaciones por temas como el alza del precio del pasaje escolar y por otras demandas que ni siquiera eran propias, apoyando a los estudiantes universitarios, a los mineros. Recuerdo con nostalgia cuando, estando yo como en primero medio, cerraron la mina de Lota.⁴ Fue una movilización bien potente para lo que sucedía en esos años cuando el país estaba muy adormecido y no pasaba prácticamente nada.

Fue en esa época cuando a partir de la violencia política que ejerce el Estado constantemente empezó a surgir la idea de que teníamos derecho a la autodefensa, ya sea en los espacios de movilización social como en los que en esa época no lo eran, como ver partidos de fútbol o un recital. Es decir, si la policía te reprimía tenías todo el derecho de defenderte. Entonces empezó a generarse una tendencia dentro del movimiento estudiantil, que aún era precario en esos años, donde también cuestionábamos a las organizaciones ya existentes como la FESES, que no eran instrumentos de organización ni de lucha sino de consenso. Esta organización no agrupaba centros de alumnos, porque no funcionaban, sino que reunía a

4 Cierre de mina en Lota, año 1997, los mineros marcharon hasta Santiago y fueron cruentamente reprimidos frente a La Moneda.

gente con diversas ideas de izquierda. Estaba la Surda⁵ bien fuerte en esos años, la Jota como gran exponente de la izquierda tradicional y algunos sectores anarquistas que eran bien dispersos. Yo me representaba con los sectores de la Izquierda Revolucionaria provenientes de la historia del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el MIR y Lautaro. Cuestionábamos la necesidad de hacer una federación de algo inexistente, como una CONFECH⁶ de ahora pero sin federaciones que agrupar. Propusimos construir un espacio útil para el movimiento social, que fuera dinámico, y así nacieron los primeros años de la ACES.⁷ Fue en la misma época del famoso “raspe pase”⁸ y con las primeras movilizaciones la ACES demostró que el movimiento secundario si se organizaba podía poner en cuestión la educación de mercado. Fue al principio una coordinadora de estudiantes de izquierda, con una mayor o menor representatividad dentro de los centros de estudiantes, donde por fin se logró empezar a levantar demandas propias de las y los secundarios. También luego de un arduo trabajo donde se pasó colegio por colegio explicando la necesidad de articular a los colectivos y centros de estudiantes se consiguió poner a la ACES como un referente estudiantil secundario, pero esa parte me tocó verla desde la universidad.

Los sectores de izquierda revolucionaria a inicios de los 2000

En esos años se fue dando un proceso interesante de articulación de los sectores de izquierda revolucionarios o más ligados a las “organizaciones madres” que nacieron en dictadura o antes de la Unidad Popular. La tendencia general en esos años era simplemente tratar de lograr más democracia, tener un poco más de espacios, pero nosotros estábamos convencidos de continuar las luchas que habían iniciado nuestros padres y abuelos/as en los años cincuenta y sesenta. Aún creo que este sistema sigue siendo muy injusto. Quiero destacar que no es la forma de lucha la que determina si eres más revolucionario o no, pero en esos años había que subsistir porque se habían caído los socialismos. No había referentes: Cuba estaba que moría con la grave crisis económica que tuvo. Entonces nuestros actos de violencia política implicaban decir que no nos estamos rindiendo, que seguimos creyendo en una sociedad diferente y que no confiamos en los mismos que explotan a nuestro pueblo, que nos tienen endeudados y nos hacen pagar por estudiar. En el fondo eran actos más bien simbólicos y yo creo que la mayoría de los que participábamos en esos años lo hacíamos de forma consciente. Si hubiéramos sido pragmáticos probablemente hubiéramos dicho que eso no servía de mucho para intentar instalar un proceso revolucionario, pero ese acto simbólico permitía que los de nuestra edad que no se cuestionaban nada pudiesen llegar a preguntarse “¿por qué salen los/as cabros/as a dejar la embarrá?” “¿Por qué pelean con la

5 Surda, organización de la que son herederos sus ideas la actual Izquierda Autónoma.

6 Confederación de Estudiantes de Chile.

7 Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios.

8 Conflicto por el pase escolar del año 2001, con numerosas protestas estudiantiles. La demanda principal era revertir el alza del precio de la tarjeta, que había sido justificada por la incorporación de un chip en su interior para pago electrónico. Pero también se denunció el incumplimiento en la entrega de pases escolares del año anterior y el reciclaje de tarjetas. Esto último se descubrió al notar que bajo la capa externa de algunos pases escolares había otra capa con la identificación de otro estudiante de algún año anterior, lo que se revelaba al raspar la superficie. De ahí proviene el nombre del conflicto como raspe-pase.

policía?” En esos tiempos en que la tendencia era acomodarse o simplemente aceptar lo que te estaban dando, porque no había otra posibilidad de país, nosotros teníamos perspectivas de futuro: que ojalá dejáramos de ser cincuenta y pasáramos a ser cinco mil.

Los que veníamos de otras historias personales y familiares tuvimos que lidiar en esos años con la izquierda más tradicional, electoralista. Costaba evitar la diferenciación entre el “revolucionario”, que sale a pelear, que se defiende de la policía, y el “amarillo”, que no lo hacía. Era una división súper infantil en algunos casos, probablemente es la edad. Lo peligroso es si después de los treinta años sigues pensando así porque significa que no te has cuestionado ni autocrítico mucho. Era una discusión casi ficticia, porque finalmente la mayoría de quienes estábamos metidos en esos años entendíamos que lo primero era conseguir que los sectores populares se juntaran, organizaran y se articularan. Esa era la primera tesis: unimos para organizar, organizamos para luchar. Y en ciertas fechas clásicas, cuando parecía que Chile se incendiaba –los 29 de marzo, los 11 de septiembre– cada uno realizaba acciones en el territorio en que vivía o en la universidad, pero en lo cotidiano estábamos haciendo diferentes acciones en pos de que en algún momento pudiéramos llevar este carácter más radicalizado de las luchas hacia una masividad que permitiera transformar las cosas. Entendiendo que los cambios que necesitamos en este país no los van a hacer unos pocos, la reflexión giraba constantemente en torno a la pregunta “¿cómo conseguimos sumar más gente, no sólo en términos de número, sino también de calidad?” Así, llegábamos a hacer acciones bien espectaculares que no eran de violencia, sino de propaganda. Recuerdo por ejemplo colgarse de un edificio y dejar caer un lienzo gigante para el 1° de mayo o para la marcha del 11 de septiembre. Pero en el fondo seguíamos hablándole a los mismos pocos en el mundo político de izquierda, pero no al pueblo.

Éramos un grupo organizado que estaba en todo un proceso de hacer cosas, no era un activismo entendiéndolo como acción. No era sólo usar la violencia política, sino que era un todo: ser parte de espacios populares en los que intentábamos (y todavía intentamos) ir vivenciando formas de organización, una especie de ensayo de la sociedad que queremos construir, por ejemplo en espacios juveniles, populares, centros culturales, etc. Se trataba de ir haciendo un paralelo entre la manera en que el sistema visualiza esto y cómo lo haríamos nosotros en una sociedad distinta. Entonces nunca fue activismo, es decir, en general eran espacios donde hacías activismo pero en lo constante hablábamos de “izquierda revolucionaria constructora”. Claro, Izquierda Revolucionaria era muy grandilocuente, pero en el fondo el rol que nos dábamos en ese momento y que creo que nos seguimos dando es el de ser constructores sociales, constructores populares. Se trataba de ir armando espacios, aunque al principio cometíamos el error de tratar de multiplicarlos casi como una mitosis y en realidad después nos dábamos cuenta de que eran realidades muy diferentes en cada lugar. Por ejemplo, a alguien le resultaba una pega en una población, entonces queríamos replicarlo en todas las otras donde teníamos presencia y a veces no resultaba. Eso lo aprendimos en la práctica, probablemente en la teoría nos parecía que estaba súper bien pero la sensibilidad y las subjetividades de cada barrio son muy diferentes. En esos años había mucha presencia en las poblaciones más combativas como Villa Francia, La Victoria, Lo Hermida, La Pincoya, pero eran espacios casi falseados de la realidad: si entrabas a ser parte de una

protesta la gente te cuidaba, porque venían de una tradición de lucha. Si intentabas hacer lo mismo en otros barrios la gente te quería entregar a la policía, entonces fuimos aprendiendo con el tiempo y con pegarse contra el muro algunas veces. Por eso creo que no era activismo, sino un proceso de reflexión constante, de cuestionamientos, crítica y autocrítica, de praxis revolucionaria, bastante. Visto desde hoy, cuando uno ya no realiza tanto ese tipo de acciones, lo reconozco como un proceso de aprendizaje acumulado y experiencia sumamente interesante.

Periodo 2006-2011: De la ingenuidad a la reorganización social

Justo en el periodo en que se terminó la FESES⁹ y se inició la ACES entré a la universidad. Ahí me tocó vivir otro aspecto de la movilización, quizá mucho más formalizado en términos de organización pero también con otro accionar de la policía, porque siendo adolescente no te daban tan fuerte como cuando ya eras universitario. En el marco de las movilizaciones de esa época un día nos tomamos la facultad, hubo destrozos que no hicimos nosotros y después de eso nos sumariaron a tres estudiantes. Aunque no habían pruebas fuimos obligados a renunciar, porque de lo contrario nos expulsaban y en ese caso no habríamos podido estudiar en ninguna universidad tradicional creo que en cinco años. El sumario duró casi tres años, así que cuando tuve que renunciar ya iba en cuarto año. Fue muy injusto. Así fue como viví todos esos procesos siendo bien protagonista y sufriendo sus consecuencias en la propia vida. Nunca implicó una renuncia, por eso después de la universidad me dediqué a trabajar en mi población donde hasta el día de hoy sigo haciendo cosas. Creo que hemos aprendido a lo largo de estos años y de la historia pasada del país que siempre hay que tratar de mantener algún tipo de resguardo, porque tarde o temprano va a haber una nueva ofensiva del Estado hacia las diferentes personas que organizan, que luchan, y hay que tratar de no darles tantas facilidades para que te inculpen.

Luego de esa experiencia, el año 2006 estaba re-entrando a una carrera justo cuando fueron las movilizaciones de estudiantes secundarios. Estaba en primer año en otra universidad, pero ya traía la experiencia de la anterior y eso me permitió re-entender cómo se dan los procesos de movilización en Chile, viendo lo que pasó en la época desde que salí del colegio hasta el 2006. Ya no era la lógica que nos habían contado los más viejos sobre los años ochenta, sino que había casi una mirada de que el modelo te convocaba a dejar las movilizaciones a cambio de las mesas de diálogo o incluso de cambios de leyes, como pasó con la Ley General de Educación (LGE) el 2007. En el fondo daban a entender que sí había cambiado algo, pero en realidad quedaba lo mismo o incluso peor. Viví todo eso hasta terminar la universidad el 2011 por lo tanto igual alcancé a estar en la gran revuelta estudiantil de ese año. Fue un proceso desde ser ingenuos a dejar de serlo un poco, a no creer tanto en esas estrategias, que eran las únicas que tenían los gobiernos de turno para detener las movilizaciones sociales.

9 Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago.

El 2011 fue un hito muy bonito, no solamente porque dejamos de ser cincuenta y pasamos a ser miles resistiendo en las calles, sino sobre todo en términos de la organización social que se empezó a gestar, cómo creció en muchos sectores. Se reforzó la necesidad de juntarse desde diferentes perspectivas, se notaba en nuestros barrios, y surgieron un montón de colectivos, algunos horizontales, otros jerarquizados, pero diferentes formas que tal vez no eran las más tradicionales de organización política y social en Chile. El proceso de alguna manera nos va enseñando cómo actuar. De todas maneras, esto no siempre ocurría de la mejor manera que uno esperaba, por ejemplo empezaron a aumentar las juntas de vecinos, que dejaron de ser un instrumento de lucha en el momento en que las legalizaron. Son súper dóciles para el sistema y tienen que moverse bajo la lógica de la Municipalidad. Es un debate sobre cómo lo hacemos, que es legítimo en todos los sectores de nuestro pueblo, pero en el fondo lo importante es que la gente sintió la necesidad de luchar por ciertas cosas y al menos fue bonito notar ese cambio, ese ascenso. Era la aspiración que teníamos cuando partimos a fines de los noventa, entonces fue interesante cómo se repolitizó un sector de la juventud, siendo capaces de ir más allá a pesar de que en muchos casos podíamos decir “ya nos derrotaron de nuevo, no es la gratuidad por la que se peleaba”.

Eso fue lo interesante del periodo 2006-2011, porque si bien puede que hayan significado derrotas políticas en términos de no conseguir las demandas, sí implicó un ascenso en la organización del pueblo y se diversificaron las formas de lucha. Antes era la marcha clásica, pero en este periodo apareció una diversidad total, por ejemplo los que bailaban como Michael Jackson, que probablemente en nuestra época era como “¿a quién se le ocurre hacer eso?” Hasta te atrevías a tratarlos, no sé, de reformista amarillo, pero eran cosas que en el fondo aportaban y te daban pie a jugar con esa opción.

Me acuerdo que el 2011 se hacían barricadas en las que se juntaba todo el barrio, con la familia, abuelitos, abuelitas tocando la cacerola. Varios lucharon en los años ochenta, o los/as más viejitos/as en los gobiernos demócrata cristianos de los sesenta, y contaban historias de diversas cosas que habían pasado en este país. Estando ellos y ellas en la calle llegaba la policía a tirar gases lacrimógenos sin justificación. Entonces claro, genera miedo. Mucha de esa gente hoy probablemente no se metería de nuevo en una barricada, pero en esos años tuvo la valentía de volver a hacerlo. Eso era interesante porque las mismas acciones que antes hacíamos para nosotros/as o hablándole a los/as políticamente activos/as, lograron ampliarse a otra gente. Esto fue posible porque había personas que sabían hacerlo, que intentaron mantener lo que aprendieron hace tiempo para no empezar de cero cada vez. Es una de las grandes tesis: la continuidad de las luchas revolucionarias.

Represión policial, represión judicial y deslegitimación de las luchas

Así como hay continuidad en las luchas revolucionarias, el Estado también va perfeccionando sus elementos de violencia política. En la actualidad estos elementos incluyen muy en lo concreto la represión policial, pero también todo un aparato judicial que hay detrás, que ha ido limitando de a poco las posibilidades de movilización. Ahora hay cámaras, policías

infiltrados, otros haciendo seguimiento, grupos especializados. Ha pasado muchas veces que a las y los chiquillos se los llevan por las zapatillas que usan y los meten presos. Antes las personas que caían estaban una semana, lo pasaban mal y todo, pero no eran imputadas por Ley Antiterrorista ni por uso de armas. La represión ha ido en aumento en ese sentido, tanto a nivel judicial como en perfeccionar el seguimiento de quienes realizan ese tipo de acciones. Al mismo tiempo que las luchas sociales han ascendido, las leyes se han puesto más duras en ese aspecto. En un tiempo más, una acción como cortar una calle principal como Las Rejas con la Alameda en la mañana probablemente va a tener consecuencias graves. La tendencia va hacia allá. Es complejo, porque antes lo más radical era si había una molotov o cosas así, pero hoy incluso la movilización social de personas sin la cara tapada es sumamente criminalizada, tanto por las leyes como por los medios de comunicación.

Este escenario limita la acción política, porque siempre encuentran justificaciones para reprimir. Puede ser la marcha más pacífica del mundo, pero tratarán de criminalizar cualquier forma de lucha a través de algo mínimo que suceda. Por ejemplo en mayo de 2015 permitieron una marcha de noche en el centro de Santiago. Era una manifestación sumamente sentida en la que estuvimos muy metidos por mi trabajo, e incluía profesores y estudiantes. En esa ocasión la policía no actuó cuando salían cinco o seis locos a tirar piedras a un banco o cosas así y al día siguiente usaron eso para deslegitimarnos diciendo “aunque los dejemos marchar y no esté la policía, igual queda la escoba”. Es un juego desde los poderosos que logran manipular a nivel informativo en contra de las luchas sociales en general. Al final ni siquiera deslegitiman a los/as cabros/as que estaban quemando o rompiendo los bancos, sino a la marcha en general. O sea, cada vez que la gente se mueve colectivamente en masa dicen que no se puede hacer, que no pueden dar permiso porque se convertirá en cumpleaños de mono. Y es interesante que a nivel de violencia, más que la represión en sí misma es la prensa la que hace juego de deslegitimación: cómo te convocan a no movilizarte, a no juntarte con otros. Porque finalmente la crisis popular que tuvo Chile no sólo tenía que ver con la falta de un proyecto transformador en los últimos años, sino con que la gente no se juntaba porque no había espacios donde hacerlo, y los que había estaban muy deslegitimados.

La legitimidad de la violencia política desde los sectores populares

Contra lo que intentan los poderosos, sostengo que la violencia política desde los sectores populares es legítima en todo sentido. No creo que su uso sea una cuestión de generación, como se tiende a pensar, es decir que tenga que ver con ser joven o incluso “ser revolucionario mientras dure”. Hay que desmitificar eso, porque el uso de la violencia tiene que ver con procesos de la historia y aunque hay gente que después se acomoda, al mirarlo desde una perspectiva política necesariamente el pueblo es el que manda. Por eso uno va tratando de hacer más consciente la acción para que dejen de deslegitimarla, si en el fondo se usa para el cambio social, que es el objetivo estratégico de esto, no para el fetiche de la audacia o la capucha. Yo creo que una de las grandes certezas que conseguimos en esos años es que la violencia política es legítima contra un sistema como el que vivimos en Chile; está completamente validada. Lo importante no es qué, sino cuándo usarla y contra quién. Ahí es donde los

poderosos nos enseñan, porque son los menos ortodoxos en este tema. Por ejemplo, en los últimos años han muerto un montón de luchadores y luchadoras sociales, personas que no lo merecían, pero en ese momento la represión no escatimó ningún recurso en asesinarlos/as para meter miedo, para reprimir o para bajar las movilizaciones. La búsqueda constante del modelo es el inmovilismo, el individualismo, y de alguna manera la violencia política ejercida desde el pueblo es parte de espacios de organización superiores a cualquier tipo de organización social. No por el hecho de dedicarse a hacer estas acciones, sino porque requiere un nivel de compromiso y de responsabilidad política sumamente grande.

Esto lo ha podido ver la gente movilizada en los últimos años. Recuerdo las movilizaciones de Freirina, de la Patagonia, Puerto Natales, la única manera que tuvieron de sentarse a negociar fue utilizando formas más radicales de lucha porque en realidad mientras te ven ahí muy institucional, sentándose y mandando cartas, no te hacen caso, no toman en cuenta las diversas demandas. Nunca me he olvidado del 4 de agosto del 2011, cuando se quemó La Polar de San Diego con Tarapacá, lo que fue visto como un acto noble de justicia popular, luego de saber que la multitienda estafaba a sus clientes. Ahí entiendes que la violencia finalmente la valida tu pueblo, dependiendo de las perspectivas desde donde se utilice o cuándo se utilice, y da lo mismo lo que diga La Tercera o El Mercurio. Es interesante ese juego, que siempre ha sido un tema, tanto de usar la violencia para la lucha como de recibirla como parte de la represión.

En esta sociedad donde la violencia es constante en todos los aspectos –en la calle entre ciclistas y automovilistas, peleas en el metro, en el trabajo, etc.–, los mismos poderosos la utilizan sin escatimar en cuestionamientos éticos ni morales de ningún tipo. Han matado trabajadores y hasta celebran cuando muere un chico delincuente, como el que hace poco mataron en el asalto a una joyería en el mall Alto Las Condes. Ahí vemos la hipocresía del poder y nosotros hemos tratado de tomar esa lección. Cuando uno cree en un proyecto revolucionario distinto, sabe que al final tarde o temprano la cosa va a ser a los combos, no a los votos. Allende pudo ser un avanzado para su época en términos de ideas, éticamente un tipo muy correcto, pero quizá pecó de ingenuidad al creer que no iba a ser tan brutal la represión. Y claro, fue tan brutal que dejó en shock a nuestro pueblo, lo dejó en el suelo tantos años. Si no es por la crisis económica de los años ochenta probablemente Pinochet quizá cuántos años más hubiera estado. Uno también mira la historia de otros pueblos, mira a Franco a propósito de que ahora hubo elecciones en España y piensa que él estuvo tantos años en el poder, siendo uno de los más brutales. Quién se iba a levantar, si ya estaban muertos, desaparecidos o exiliados. Y aquí en Chile pasó algo similar.

Es por esto que desde la perspectiva revolucionaria entendemos la violencia política como autodefensa, porque eso es lo que permite que el pueblo la valide y tenga sentido. Al comienzo de los 2000 nuestras acciones tenían un sentido testimonial y probablemente lo eran mucho más al principio de los noventa. En nuestro caso, cuando empezamos era algo más vanguardista, actuábamos mucho más solos, en pequeños grupos bien especializados. En lo cotidiano íbamos aprendiendo y queriendo saber un poco más, tratando de darle un sentido de continuidad a la lucha revolucionaria en el país, contra la visión de que después

de 1990 se terminó todo y no había nada por qué pelear. En realidad, había muchas razones por las cuales seguir luchando. Por esto, en esa época había todavía un asunto de aprender cosas, por ejemplo el tema de las molotov, alguien te tenía que enseñar y hacer cursos medio clandestinos. Era para darle una especie de mística al tema, porque en esos años yo creo que no era necesario, no le importabas a nadie, no eras peligroso, seguíamos siendo marginales políticamente. Aunque hubo quienes nos enseñaban cosas, al final pasó que la mayoría de los compañeros que eran viejos se fueron para la casa, es decir los que eran jóvenes en los ochenta. Se acomodaron o estaban muertos o eran los presos políticos de los años noventa, entonces había que autoaprender ese tipo de cosas que querías utilizar.

Recuerdo que en esos años, siendo secundarios, había una típica protesta que se hacía para el cumpleaños de Pinochet y que quedaba la escoba porque la policía no dejaba bajar a la calle. En la misma marcha del 11 de septiembre, cuando se hacía el mismo día 11, llegabas al cementerio y te disparaban desde el Cerro Blanco o te agarraban por esas calles chicas de Avenida La Paz, entonces eran dos opciones: arrancar o pelear. Por eso había que empezar a prepararse y fue un proceso súper interesante de recabar información, leer mucho, porque no era sólo el accionar sino que era hacer una violencia consciente que tuviera sentido y objetivo político. Leíamos a Clausewitz, que es uno de los principales teóricos de la guerra, al mismo Sun Tzu, Mao, Lenin, el Che, para educarnos y tratar de ir entendiendo cómo se podía validar lo que hacíamos. Seguía habiendo algunas y algunos dispuestos a seguir luchando, incluso a dar su vida o caer en la cárcel por las demandas de nuestro pueblo y tratábamos de poner en el tapete que había derechos sociales en el país aunque la gente no lo creía en esos años. Se normalizaba que las AFP te robaran,¹⁰ que hubiese que pagar y endeudarse por la educación o hasta por morirte. En el fondo no nos dedicábamos a usar la violencia sino que al mismo tiempo estábamos haciendo preuniversitarios populares en las poblaciones en las que vivíamos, organizando el centro de estudiantes, participando en algún club deportivo y otras diversas acciones. Eso mismo de las hinchadas era para construir socialmente con miras a que en algún momento, si había que tomar la decisión de usar la violencia, fuera masiva y sobre todo consciente.

La lucha callejera antes y ahora

Uno siempre dice que fue mejor el pasado que ahora. Yo creo que como a principios de los 2000 éramos pocos, era más fácil ponerse de acuerdo y organizarse. Hoy han surgido otras tendencias que en esos años no existían, como los anarquistas, los que había eran mucho más teóricos a la usanza del viejo anarcosindicalista que hace reuniones de poesía. No existían estos grupos medio insurreccionalistas que hay ahora. Para nosotros siempre la violencia tenía un sentido político de tratar de sumar y no sólo reivindicar la acción por la acción. Recuerdo que en la universidad o en la población salía el grupo de encapuchados y daba un discurso para sumar gente. Iban con algún tipo de brazaletes para reconocerse, con funciones establecidas, es decir un nivel de organización interesante. Se lograba además

10 Administradoras de Fondos de Pensiones.

coordinar acciones a nivel de universidades, porque en esos años todavía perduraban grupos políticos más transversales, algunos sectores del MIR, del Frente, del Lautaro y de otros colectivos derivados de esas organizaciones. Entonces había protestas donde todos salían el mismo día a la misma hora entonces tenía cierta espectacularidad, en especial para los universitarios y pobladores. Siempre estuvo más dejado el tema de la lucha de los trabajadores, que ahora está incipiente, pero eso tenía que ver con el momento social que se vivía con mil trabas que había para organizarse. Era interesante practicar estas acciones como una forma de entrenamiento para lo que aspirábamos que sucediera y que en el fondo se dio el 2011.

Al inicio de la década del 2000 las condiciones de lucha eran mucho más violentas. La policía estaba menos preparada y se daba mucho enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Como no había leyes como las de ahora, si te llegaban a pillar te sacaban la cresta, te dejaban en el suelo. Podías tener diez molotov encima pero no le importaba a la policía, le interesaba pegarte para que aprendieras, ni siquiera te llevaban preso. Son historias que pasaron harto en esos años y en este país hipócrita no le importaba a nadie si a un compañero le llegaba una lacrimógena en la cabeza. Hubo varios casos donde les pegaron en el hueso frontal y quedaban con algún tipo de secuela pero, como estaba completamente deslegitimada la protesta social, eso no se tomaba en cuenta.

Fue un proceso donde lo interesante, más que el momento, era vivenciar una especie de futuro al que aspirábamos. Se legitimaba en términos de la lucha social que se podía estar dando, aunque finalmente era casi como un ensayo y error constante donde a través de las vivencias aprendíamos cosas que después podríamos traspasar a los que venían entrando a la universidad o a los más jóvenes en la población. Era cierta épica y espectacularidad, pero encontrándonos con contradicciones constantes, lo que nos llevaba a reflexionar sobre la ética que tiene que tener toda violencia y que hoy no se visualiza mucho. Es decir, en esos años recuerdo que jamás se tocaba una micro o un auto, en cambio hoy queman uno y probablemente nadie se lo cuestiona o incluso hay gente que lo justifica. O romper un quiosco, cuando en esos años decíamos “no, el quiosquero es de mi clase, puede ser mi vecino”. Quizá en esos años había mayor cuestionamiento de lo que hacíamos. No podría juzgar porque no conozco lo que pasa por la cabeza de los/as cabros/as de ahora, pero creo que también es parte del individualismo que se vive en esta sociedad. Ninguno de nosotros, por mucho que intente cambiar la sociedad, es inmune a la penetración que hace el sistema en uno. Entonces cuando ya te importa poco el resto empiezas a no tomarlos en cuenta. En cambio, para nosotros la idea era que no se automatizara el acto sino que tenía que ser un proceso constante, decidido y también democrático. Reflexionábamos que los ejércitos profesionales son jerárquicos, pero si uno aspira a una sociedad diferente también las acciones violentas que hagas tienen que tratar de ser participativas, democráticas, conscientes, porque eso es lo que va a lograr que sean validadas en el proceso de lucha.

Era importante que se entendieran las acciones, por ejemplo, en esa época todavía estaba el tema de la memoria muy presente y nos preguntábamos “¿cómo reivindicamos a los compañeros que murieron, que a lo mejor pudieron haber sido como nosotros a la edad que tenían?” La respuesta era sumando gente, logrando que entendieran que fueron

asesinados porque creían en un proyecto de sociedad diferente y no sólo porque militaban en un partido político. Se hacían actos previos a cualquier salida a la calle tratando de concientizar o dar a conocer por qué se salía. En cambio en el segundo proceso universitario que tuve, me pasaba que a veces salían otros compas y, siendo yo un tipo muy político, no sabía por qué. Después iba leyendo y era porque había un preso anarquista en Italia, por ejemplo. La solidaridad y el internacionalismo son sumamente válidos, pero cómo le explicas a los cabros, en el caso de la universidad, por qué estás usando su campus para salir a la calle. Llegó un momento en que se empezó a sobreutilizar las salidas a la calle, como un ritual, y perdió un poco el sentido político de la acción. Son reflexiones que tal vez siguen siendo muy vanguardistas de parte de las y los compañeros que salían en los últimos años y yo sentía esas diferencias. Antes te la jugabas más por tratar de validarlo y entender que no era sólo el acto en la calle el importante, sino todo el contexto que rodeaba a ese tipo de acciones.

Responder al proceso constante de violencia política del Estado con más organización y formación

Es complejo analizar todo esto, porque finalmente la violencia política no es un concepto frío sino que va variando. Por ejemplo, en algún momento los canales de televisión decían que todos los que estaban participando en los ochenta eran terroristas, pero ahora los muestran como héroes en programas de televisión como “Los 80”¹¹ o en la entrevista que hace poco hicieron a gente del Frente.¹² Últimamente se han hecho muchos documentales e historias con respecto a lo que pasaba en esa época, quizá uno lo escuchó de sus papás o de algún familiar cercano que fue partícipe y es casi como que se habla de la épica del tema. Entonces va variando, porque en la medida en que esta violencia o los grupos que la ejercían ya dejó de ser peligrosa para el sistema, pierde sentido.

Considerando que la violencia política va variando, es importante entenderla como parte de un proceso constante. Recuerdo que en algún momento cuando fuimos secundarios hicimos trabajos voluntarios en Lebu, que está en la zona de Arauco, donde está más grave el conflicto mapuche. Ya en esos años, alrededor de 1999, se reprimía a los mapuche que se movilizaban y no se publicaba en ninguna parte. Nosotros lo sabíamos porque al estar ahí vimos cómo llegaron los pacos a la comunidad y les pegaron a los mapuche. En esos años no había cámaras, celulares, ni nada para registrar, la prensa no iba y ni siquiera existían estas páginas web de medios de comunicación populares, entonces no había otra forma más que contarle a otro lo que había sucedido. Es entonces un proceso constante que va variando, es decir, si yo soy capaz de saber lo que sucedía en esos años en las comunidades mapuche, puedo entender el uso de la violencia como forma de lucha para recuperar sus tierras. Es súper fácil decir que por quemar camiones

11 “Los 80” fue una serie televisiva de 8 temporadas sobre la vida de una familia de clase media en la década de los 80 en Chile.

12 “Guerrilleros” es una serie documental sobre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, emitida por la televisión abierta.

son terroristas o todo ese juego que hace la prensa, pero en realidad no es así, es un proceso histórico que viene de mucho más atrás, de un cansancio, de un agotamiento, de un descrédito hacia un estado que consideras a los pueblos indígenas como objetos de museo o turismo y no de derechos.

En este marco de variaciones de la violencia política, creo que a pesar de que actualmente las consecuencias de movilizarse son peores, se ha perdido el miedo. Uno puede organizarse y mandar dos mil cartas para alguna enmienda social específica, pero llega el momento en que te tienes que tomar la calle. Ahí es cuando llega la prensa y el político de turno va a tratar contigo, porque antes de la calle no te hacen caso. Entonces como las huelgas se vuelven peligrosas para el sistema porque realmente generan efectos, las consecuencias van aumentando y se comienza a poner el acento en su ilegalidad. Aumentan las penas en términos de justicia y yo creo que ahí puede estar el miedo. Sin embargo, cuando tienes la convicción de que lo que estás haciendo es lo que se debe hacer en ese momento, en el fondo lo haces igual y siempre habrá compañeros y compañeras dispuestas. El miedo no nos vence, porque siempre lo vas a tener; en una época te mataban y la gente salía igual, te dejaban pa' la historia pero salías igual, porque estabas convencido. No es salir a jugar: lo haces con un objetivo, lo haces por una necesidad.

En los años cuando yo participaba, la violencia policial nos ponía desafíos constantes y se enfrentaba con más organización. Había una gran especialización: estaba el experto en molotov, el que tiraba la honda, los que traían las piedras, los que se sumaban a la masa, los que hacían retaguardia en caso de que entrara la policía a la población o universidad y los enfermeros o enfermeras, que sabían primeros auxilios, porque no podías ir a un hospital y decir "estaba haciendo tal cosa", si te pasaba algo. Siempre había alguien que te podía dar una mano de diferentes formas, entonces sí había un resguardo. Hoy los resguardos son quizá tener en cuenta las leyes, saber qué hacer. Son cosas que en realidad siempre hay que saber, si hoy también matan para evitar movilizaciones, como pasó hace poco en el norte con Nelson Quichillao (*), trabajador minero. Requiere entonces un estado superior de organización social. Incluso siendo ejercida desde las organizaciones sociales, la violencia política tiene que ver con mayor necesidad de organización. Ahí está lo interesante y desafiante. Finalmente, que la violencia del Estado se haya especializado también a través de las penas y el seguimiento no quita que aún existan personas dispuestas a entregar la vida por un proceso revolucionario de búsqueda de la justicia social y la igualdad en este país.

Estas son cosas con las que a veces uno se queda adentro y con este relato no busco dar recetas, sino contar experiencias para que no se cometan los mismos errores y se repitan las cosas buenas que se hicieron en esos años.

CAPÍTULO II: (SIN TÍTULO)

Los inicios de nuestra participación política

Nuestra participación política comenzó alrededor de los años 2011-2012, al involucrarnos en movimientos LGTBI, feministas y de disidencia sexual en el colegio y la universidad. Desde esos espacios de participación nos involucramos también en las movilizaciones estudiantiles.

Comenzamos organizándonos en nuestros respectivos lugares de estudio, a través de una secretaría de género en la universidad y de un colectivo de disidencia sexual en el colegio. La secretaría comenzó como un grupo pequeño y luego se fueron sumando más estudiantes. Hacíamos conversatorios, foros-debate, presentación de películas y documentales, invitábamos gente para que hablara de temas de interés o hiciera sus performances. La creamos como secretaría para poder acceder a que la Federación de Estudiantes pudiera darnos algo de dinero para financiar algunas actividades o para que nos prestaran los parlantes, cosas pequeñas.

Por su parte, el colectivo del colegio donde participó uno de nosotros era de disidencia sexual. Todavía me gusta cómo suena. La disidencia es la oveja negra del rebaño de la diversidad, es más, muchas veces es un lobo. Es la hija que la diversidad metería en un convento para que deje de avergonzarla frente a la tolerancia. La diversidad es la gran familia del MOVILH,¹³ del MUMS y de Iguales, un conglomerado de ONGs que se esfuerzan por representar y homogeneizar una masa sectorizada por diferentes siglas que varían según el país y sólo a medida que la academia las incluye –LGTTTBI por ejemplo– apelando a la existencia de una “comunidad” –o peor, a un “movimiento social”– inofensiva y respetuosa incluso con quienes no la respetan. A este movimiento social –que existe en tanto existan demandas democráticas, pero a la vez despolitizadas pues no conflictúan el contenido ideológico del contenido de los derechos que exigen– la disidencia le propone un discurso político contestatario a la comprensión de las identidades sexo genéricas lesbiana, homosexual, transexual, etcétera que se instala bajo el paradigma heterosexual. Esto último significa que las identidades no-heterosexuales se enmarcan en un mundo hecho por y para heterosexuales, por lo que la lucha como movimiento se ve limitada a emular una vida heterosexual con sus instituciones y formas de vivir. Es por eso, por ejemplo, que la disidencia y los feminismos critican la dócil adaptación al mercado de la supuesta comunidad y el hecho de que algunas y algunos aún quieran contraer matrimonio. En definitiva, se oponen a la idea de una Roja de Todos versión gay.

Ese fue el primer colectivo de homosexuales que hubo en el colegio, hubo un discurso de presentación en una de las reuniones del Centro de Alumnos donde todos quedaron descolocados... Porque... O SEA... Jamás habían visto un hombre con peluca rubia que se viera TAN mal. El colectivo se encargó de llevar a cabo ciertas medidas de protección a los alumnos y de funas a las y los profesores, aunque siempre coartados por el miedo que existía a la institución, porque si te expulsaban “se acababa el sueño y la alegría nunca iba a llegar”.

13 Movimiento de Integración y Liberación Homosexual.

Finalmente y sí, de forma lamentable, las movilizaciones más grandes se comieron a este colectivo, porque sus integrantes comenzaron a participar activamente en la toma y ahí se transformaban en uno más. Similar a lo ocurrido en los años previos a la dictadura: Había muchas voces con distintos mensajes, distintas tareas y distintos objetivos que luego tuvieron que unirse por un bien mayor, sacar a la dictadura. Es evidente que en la intimidad de las discusiones las diferencias seguían existiendo, pero de la puerta del tugurio clandestino hacia afuera, todos eran los mejores amigos, o la cosa no iba a resultar. Por un momento dejaron de existir las mujeres, los mapuche, los homosexuales y los proletarios, todos eran PPD, el movimiento Por un Pinochet Defenestrado. Durante las tomas los colectivos se iban “con licencia” por motivos de fuerza mayor.

El movimiento estudiantil secundario desde un liceo emblemático

Al pensar en las movilizaciones estudiantiles de la última década, uno de nosotros recuerda cómo vivió esa época estando en un liceo de los llamados “emblemáticos”: En las movilizaciones de estudiantes secundarios/as del 2006 estaba en sexto básico y no participé de las protestas. ¡Qué iba a saber del mundo yo, cuando todavía pensaba que en él solamente había hombres y mujeres, y ni una hue’á más! Ese año estaba en el festival de pruebas de postulación a liceos emblemáticos, donde los padres apuestan por sus cabros/as chicos/as en distintos colegios como si fueran fichas de juegos de azar. Parece que el duende de las bendiciones me bendijo y me hizo entrar “al mejor colegio del mundo”, el Instituto Nacional, precisamente cuando empezaron las movilizaciones y se levantó como un colegio donde había protestas de la movilización pingüina y por ende era un lugar “terrible”. En ese tiempo a Bachelet todavía le quedaban unos meses de popularidad. Estaba la idea de que porque es mujer era como la segunda llegada de Jesucristo al mundo y que los cambios que iba a hacer serían la tercera o la quinta llegada de la democracia. Recuerdo que en las marchas gritábamos “Michelle no erí’ ná’ socialista, tabajai’ para el capital, no te hagai’ la hueona”, algo así. Fue en ese tiempo cuando la LOCE¹⁴ cambió por la LGE, o dicho de otro modo, cuando los “peros” de la LOCE, se cambiaron por “sin embargo” y por “no obstante”. Después de eso el Instituto Nacional quedó estigmatizado como colegio donde no se hacían clases la mitad del año, pero la gente siguió postulando a sus hijos para ingresar, como fue mi caso.

Durante unos años estuvo tranquilo, no sabía de tomas, hasta que llegó el 2011 y se borró la tradición de tener clases, yo creo que hasta ahora. La movilización duró el año entero y a partir de ese momento hay paros o tomas todos los años. Siempre hay un motivo aunque ya no sea de fuerza mayor y a veces se contradiga con el de años anteriores. El 2012, por ejemplo, hubo una toma de dos meses a propósito de la calidad de la educación, de segregación y desmunicipalización; pero luego, el 2014, cuando se impulsó la medida del ranking y del fin a la selección, las movilizaciones se centraron en salvaguardar el honor de los liceos emblemáticos. El ranking y el fin a la selección acabaron de lleno con el romanticismo de la educación pública, cercenaron esos procesos de micro-ilustración que habían llenado de

14 Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza.

sueños de libertad las cabezas de los jóvenes. El 2011 y el 2012 todos iban a ser profesores de historia y asistentes sociales, todos querían cambiar el mundo. Pero el 2014 la idea del ranking y del fin a la selección despabiló el clasismo y aparecieron los ingenieros, los abogados y los médicos defendiendo los privilegios y blanqueando la discriminación de su liceo, con la ridícula excusa de que lo crucial no era quién ni por qué quedaba fuera si no quién y por qué quedaba dentro. Estaba claro que los colegios emblemáticos se consideraban jefes y no líderes del movimiento estudiantil. En el Instituto Nacional las movilizaciones se empezaron a centrar en oponerse al ranking, porque decían “nos vamos a llenar de rotos, negros y gays, el colegio va a decaer por los pésimos alumnos que van a entrar y se van a apoderar de él”. Es claro que una de las cosas fundamentales que uno aprende en ese colegio es a discriminar. Como ex alumno da una pena tremenda saber en lo que se habían convertido estos pobres chicos, porque era una vuelta de tuerca impresionante. Ya no se trataba del cambio de las estructuras, los dogmas, la cuestión burocrática, hacer que el colegio fuera mixto, no: con el ranking y la selección salió a la luz la verdadera naturaleza de los privilegiados. No sé cómo está el movimiento estudiantil secundario ahora, debe ser muy pobre. Las antiguas figuras con peso ideológico, los colectivos que se crearon en el periodo 2011-2013 egresaron y ahora están conformando sus grupos en las universidades.

Diría que el 2013 fue el último año del movimiento estudiantil secundario. De todas maneras, creo que ninguna de las movilizaciones después del 2011 ha valido la pena, son puros fracasos, porque se ha institucionalizado la protesta sin llegar a ser nunca muy radical. La gente que participa no está muy comprometida, aunque en el ideario están ciertas figuras que se levantan, pero que suelen ser las o los presidentes de centros de alumnos/as en los colegios y que buscan hacerse un nombre en las federaciones universitarias. Esto porque para el resto los movimientos universitarios realmente importan, mientras que los secundarios no le importan a nadie. Los/as ven como cabros/as chicos/as que sólo les gusta hacer ruido, por eso siempre les mandan los pacos y nadie dice nada, son los que tienen menos cobertura de prensa, los más marginados y empobrecidos. Y si entre ellos los emblemáticos son los que importan, los colegios conocidos en el Instituto Nacional como “de esquina” cuyo nombre es un número, finalmente es como si no existieran, ahí no hay movilizaciones. Esos colegios que serían los “Nidos de Gorrión”, al revés del Nido de Águilas. En el Nacional a mí me enseñaron a discriminar a la gente así que tengo términos para discriminar a todo el mundo. Por ejemplo eso de “en la nariz y la frente se ve la gente”. Yo entonces no era gente en absoluto.

Violencias políticas al interior de las instituciones educacionales

Pienso en qué violencia he vivido y desde cuándo. Me considero nacido y criado por la violencia. Cuando hablamos de violencia política pensamos en que la política tiene que abarcar un poco más que lo partidario e incluso que lo ideológico, porque también tiene que ver con lo ético, la práctica. Entonces la violencia política en las instituciones educacionales debiese considerarse desde una perspectiva de lo que sucede, por ejemplo, en las clases. La institución siempre va a ser represiva y opresiva, porque para eso está, lo que vemos en

el liceo antes mencionado por ejemplo en la obligación de usar uniforme estandarizado, cómo, dónde y quién hacía las clases –en unos pupitres inamovibles pegados al piso, por unos profesores tan añejos que no eran ni pinochetistas, eran franquistas, unos verdaderos saurios–, los baños que al principio no tenían puertas para evitar que “entraran de a dos”, la discriminación, los discursos homofóbicos, fascistas y clasistas de ciertos profesores y profesoras. Por ejemplo, recuerdo sobre todo un episodio que me tocó vivir y que odio: tenía un profesor de educación física que le encantaba hacer la pregunta “¿quién es homosexual acá?”, y generalmente nadie levantaba la mano entonces yo creo que el caballero no tenía un discurso a seguir a continuación, nunca le había pasado. Se encontró conmigo y yo obviamente levanté la mano. El viejo quedó impactado y me respondió “ya”, pensó un rato y dijo “tú te tienes que cambiar afuera de los camarines porque vas a perturbar a tus compañeros”. Entonces si a uno se le ocurría denunciar ese tipo de cosas la institución siempre te respondía de la misma manera: “si no le gusta cómo funciona, la puerta es bien grande”.

Con respecto a quienes participan en colectivos y movilizaciones, se ejerce cierta violencia política que no viene sólo desde el Estado, sino que ocurre dentro de los espacios universitarios y escolares. Esta violencia es ejercida por la institución, pero entendiéndola como todos los que forman parte de ella, incluidos estudiantes. Se usan diversas formas de impedir u obstaculizar sistemáticamente las acciones políticas, por ejemplo una vez queríamos proyectar un documental sobre el aborto y nos cerraron salas. Otra vez invitamos a un activista travesti para que hiciera una performance y los mismos estudiantes la discriminaron por entrar al baño de mujeres, diciéndonos “bueno, cómo traen a este tipo de gente acá”. Tanto en el colegio como la universidad era imposible hacer propaganda de foros y eventos, porque arrancaban todos los carteles que pegáramos en las paredes, no sólo nosotros, sino cualquier colectivo, pero en especial aquellos que nos pronunciábamos por el aborto libre o que nos posicionamos desde los feminismos. Solamente en cierta época del año en la universidad permanecen los afiches de las listas que postulan para la Federación, pero los nuestros desaparecían al instante. En la universidad era difícil precisar quién sacaba los carteles, si eran guardias de seguridad o estudiantes, pero en el colegio la norma era que todas las murallas tenían que estar limpias –salvo en los periodos de toma–, así que las y los profesores e inspectores estaban encargados de buscar y sancionar a los responsables de pegar propaganda.

Otra forma de violencia interna se vio en la toma del colegio el 2012, donde el abastecimiento y la cocina de la JUNAEB¹⁵ estaban a cargo del colectivo de homosexuales y otros grupos que iban a ayudar. A pesar de la aparición de ese colectivo, al alumnado no le cambió el switch y a algunos, que no trabajaban activamente en la toma, no les gustaba que los homosexuales les dieran comida. En ese caso, bueno, no comían no más y se cagaban de hambre.

Una forma importante de violencia en el colegio y la universidad es lo que le llaman “represión académica”. Esta represión opera ante cualquier mención de hacer paro o toma, de varias maneras. En la universidad al iniciarse la posibilidad de un paro fijan muchas eva-

15 Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas.

luaciones y se recuerda constantemente que vienen las pruebas. Desde la dirección dan la orden de establecer ciertos plazos. Después, terminada la movilización, se cierra el semestre en un día. En el colegio la dirección ordenaba a los profesores y profesoras cerrar el año como dé lugar, sin letra chica, entonces aprovechaban este vacío legal y aplicando los únicos conocimientos de administración que tuvieron en sus estudios decían “ya, vamos a sumar el promedio de este año más una nota que voy a inventar, y eso lo promediamos, lo dividimos por tres, le sumamos cinco y esas son las notas que tienen todo el año”. Hubo un año en que tuve dos clases de matemáticas, una prueba anual y esa nota fue mi promedio del año completo, ¡ni siquiera supe qué fue, ni cuál, ni por qué fue así! Y tampoco sé qué le pasó al profe, parece que después lo echaron. Todo dependía netamente de las ganas que tuvieran las y los profesores de revisar pruebas.

Las referencias a que “la puerta es ancha” en el Instituto Nacional son, por supuesto, un mecanismo de acción y coerción que llama a asumir las consecuencias y el que no está dispuesto a asumirlas nunca va a adherir a ningún tipo de movilización, ni siquiera va a levantar mucho la voz en clases. Así, en las movilizaciones del año 2011 pasó algo muy curioso, al principio muchos chicos tenían la idea de democratizar los espacios y eso llevaba a otra idea, que era repetir de curso como una forma de atentado contra el Estado, contra la institución, el sistema, “el mal”. Nuestra postura era reventar al sistema repitiendo todos de curso, pero finalmente fuimos unos 120 alumnos –de una generación de 750– los que nos ganamos la “beca consecuencia”. Todo el resto pasó de curso y quedaron marcados como los traidores que merecen la muerte, mientras que los que repitieron son los elegidos del Señor. Nos decían “los anarquistas” y nos juntaron a todos en un curso S que agregaron al final, porque si el sistema se hubiese normalizado tendría que haber llegado hasta la R. ¡Éramos el S de socialistas sociópatas sinpatria! Al año siguiente hubo otra toma, pero estábamos todos amenazados de que si teníamos nuestras terribles ideas de reventar el sistema repitiendo nos iban a expulsar, pues “usted no puede repetir aquí más de dos veces, no puede, si no, fracasó como persona”.

Además está la violencia entre los mismos estudiantes, que impiden o dificultan las acciones colectivas. Aunque la gente votara paro, había estudiantes que para no perder clases o reprobar un ramo ingresaban y al haber asistencia la clase se realizaba, lo que perjudicaba a todos los demás. También había estudiantes que votaban a favor de la toma para quedarse en la casa viendo tele, pendejos de mierda, mientras que sus apoderados iban a gritar afuera del colegio “¡nuestros hijos quieren estudiar, no son como ustedes que son puros vándalos!”. Nosotros les tirábamos agua. Viejos desgraciados, eran los mismos que te cagaban los paros porque iban a dejar y a buscar a los hijos al colegio, para cerciorarse de que el cabro chico hubiese estado todo el día ahí estudiando. ¿Para qué?, si igual le iba como las hue’as en la PSU¹⁶ y quedaba en universidades de mierda. Es que de repente dan ganas de ser clasista y todas las mierdas, porque hay tantas cosas que dan rabia y uno siempre tiene que estar al tanto de todo, o sea, ser tolerante, ser consciente, nunca te puedes dar el lujo de tirar mierda porque sí, siempre tienes que estar al margen y “con altura de miras”, porque si tienes altura de miras puedes hacer todo en la vida, ¡y basta!.

16 Prueba de Selección Universitaria.

En ese colegio había cabros chicos que les gustaba que les laven el cerebro, les encanta, incluso saber que eso pasa les gusta todavía más. Al separarse en tres áreas en tercero medio los profesores dicen que los humanistas son los porros, lo que tiró la ola, mientras que los genios, los hombres, se van a las áreas importantes que son la científica y matemática. Entonces esos muchachos terminan convirtiéndose en una bancada opositora de un fascismo recalcitrante, en términos de ceñirse a lo que el colegio les ha metido en la cabeza: el uniforme, la insignia en la chaqueta, no usar polerón o jeans. Se genera una mala onda institucionalizada entre el alumnado y para las movilizaciones es evidente que los matemáticos jamás van a votar paro o toma, los científicos son más ambiguos y los humanistas van a favor de todo, ¡que venga el cambio, el acabose, toda la hue'á! Siempre hay algo por qué protestar.

También entre estudiantes había disputas por hegemonizar espacios, por ejemplo la secretaría de género donde participó uno de nosotros en la universidad. Previo a que se formara la secretaría las agrupaciones estudiantiles no tenían interés alguno por lo relativo al sexo, el género y el patriarcado. Les parecían problemáticas burguesas que se solucionarían cuando llegase el comunismo. Por esto, al comienzo no había mayor interés por los temas que estábamos trabajando desde ese grupo, sólo ciertos alineamientos esporádicos. Cuando nos consolidamos, estas agrupaciones se percataron del éxito y el interés que generaba en estudiantes y decidieron acercarse de manera populista, con el fin de hegemonizar espacios, captar militantes. Comenzaron a aparecer brazos de género en todos lados y las mujeres de los grupos políticos se involucraron en la secretaría para competir por la hegemonía del espacio. Llegaban con sus ideas a decir cómo hacer las cosas, tiraban un discurso político y el fondo era resaltar el nombre de su organización política estudiantil. Se discutía de género, diversidad sexual, disidencia sexual, feminismos, etc., pero disfrazaban una disputa ideológica porque en realidad querían el poder en la Federación. Eso no nos importaba, porque finalmente la secretaría la queríamos para tener un poco de dinero, aun cuando las actividades las podíamos hacer igual por fuera. Además se le había puesto de feminismo y disidencia sexual, no era de carácter de género, sino que tenía ya un sentido político. Lo peor es que uno sentía que se le utilizaba y nos preguntábamos cuál era la necesidad de ir a disputar, de ir a apoderarse de un espacio feminista, es como extraño: ¿qué feminista quiere hegemonizar a otra feminista?

Dividir para controlar tomas y paros

Sólo alcancé a conocer dos tomas en la Universidad Alberto Hurtado, una el año 2011 y otra el 2015. La primera fue muy breve, duró unos quince minutos y ni siquiera alcancé a llegar. Me avisaron que había toma, entonces comí un poco y busqué algo para llevar pero cuando iba en camino me dijeron que ya pasó: los pacos desalojaron, tiraron cabros/as por la escalera, encontraron gente con ataques de pánico, vi cabros/as moreteados, etc. Además de que era ilegal como toda toma, en esa universidad vivían los curas así que se podría interpretar como secuestro, era bien complicado. De manera similar, en el Instituto Nacional vivían los cuidadores, pero se resolvía tomando sólo una parte del edificio y cerrando la otra. En teoría la JUNAEB tampoco se podía tomar, pues no pertenece a la Municipalidad, pero

como había que comer la tomábamos igual. Las cocineras nos molestaban y decían que no podíamos hacer eso porque la cocina era suya.

La segunda toma de la Universidad en realidad fueron dos, porque desalojaron y hubo retoma. El desalojo fue sin violencia física, fue muy curioso porque la Federación había definido en asamblea que cuando llegaran los pacos iban a salir pacíficamente. No entendemos para qué se toman una cuestión si cuando los van a buscar se retiran pacíficamente, ¡es una huevá! En la retoma apareció el rector de la Universidad junto al presidente del sindicato de los trabajadores de seguridad, con carteles diciendo que no los dejaban trabajar, alineándose contra los estudiantes. Estaban afuera con los pacos y profesores/as solicitando el desalojo. Era bien fuerte, después los/as profesores/as comentaban “les hizo súper mal la toma a las niñas, estaban tan pálidas, estaban adelgazadas”, ¡fue un día de toma, por favor!

Esa forma de enfrentar a estudiantes con trabajadores es similar a lo que pasó durante el año 2015 con el paro del Registro Civil. Fue el acto más violento del año y dividió tremendamente a la sociedad, marcó mucho. Que Bachelet o uno de sus secuaces haya dicho que el paro del Registro Civil atenta contra la ciudadanía, o sea que sus trabajadores no son parte de la ciudadanía, sino que son el monstruo. Son divisiones tendenciosas para dejar que se hagan enemigos y luego ver si se la pueden los trabajadores y trabajadoras en paro. Menos mal que se la pudieron. Está también el discurso tendencioso y muy violento sobre la responsabilidad de quienes trabajan en el servicio público, porque pareciera que nunca tienen consecuencias. Son la albacea de la impunidad porque pueden movilizarse todo el año y no les pasa nada. No es culpa de quienes trabajan en el sector público que los del sector privado reciban consecuencias por hacer lo mismo, es culpa de las legislaciones laborales. Es tan ridículo como con el paro de profesores/as este año, cuando el gobierno quería que terminaran la movilización cerrando los ojos ante el hecho de que el mismo Estado les había quitado su sueldo. Les daba esas condiciones, que volvieran a trabajar sin sueldo, y tenían que aceptarla. Es ser inofensivo ante la institución y la burocracia, no puedes atacarla desde ningún flanco, es terrible, te llegas a sentir impotente.

El ingreso a la Catedral de Santiago

A propósito del sentirse impotente, recordamos el ingreso a la Catedral de Santiago el 25 de julio del año 2013 como un ejemplo de rebelión contra la institución, causado por una explosión de impotencia. Esto pasó cuando hicimos una marcha luego de que saliera a la luz el embarazo de Belén, una niña violada a la que se impidió abortar. No nos dieron permiso para marchar, tuvimos que hacer un montón de trámites y finalmente se hizo la actividad en la noche, como a las 20 hrs. Sin haber hecho ningún escándalo, una de las compañeras consiguió que los pacos nos permitieran avanzar por la Alameda. Éramos un montón de gente y estaba lleno de feministas radicales, lesbofeministas, anarquistas, trotskistas, travestis y queer. También mujeres de lo que llaman el feminismo histórico (¿por qué le llaman así?, si no han escrito una historia), que son viejas concertonas, sufragistas, de esas que iban a tirar piedras para usar pantalón.

Al llegar al Paseo Ahumada cortaron el paso y no nos dejaron seguir, entonces las viejas concertonas empezaron a tener problemas con carabineros hasta que una voz iluminada, omnipotente, gritó “¡vamos a la Catedraa!” . Todas se metieron al Paseo Ahumada, atormentando a los pobres pastores evangélicos que estaban gritando cosas en contra del mundo, hasta que llegamos a la Catedral y la cosa se desbandó. Nadie tenía claro qué se iba a hacer, ni quién, ni por qué. Fue una suma de acontecimientos y sólo después nos dimos cuenta de la magnitud de lo que hicimos. Pensábamos que era un día común y corriente donde unas pobres viejas van a rezar sus penurias, sin saber que se estaba llevando a cabo una homilía en que estaba el Arzobispo Metropolitano de Santiago, Ricardo Ezzati, y la alcaldesa Carolina Tohá. Entramos gritando a la Catedral y un grupo de los que entraron no tuvo una idea más genial que tirar al suelo uno de los confesionarios milenarios y saltar arriba. Luego de ese estruendo todo se desbandó. Fue súper extraño porque gritábamos “avanzar sin transar, a funar la Catedral” y el grito se transformó en quemar la Catedral, hueveando. La gente de la marcha perdió las riendas, empezó a sacar las sillas a la calle, a prenderles fuego, a pelear con la gente que estaba en la misa y alguien gritó “¡está Ezzati!” y a toda costa querían llegar al viejo y matarlo. Tal vez si lo hubieran tocado habría muerto despedazado ahí mismo, pero no pudieron llegar porque las viejas de la bancada de Ezzati se pusieron al frente cubriéndolo. Algunas se tiraban al suelo a rezar, preguntaban “¿por qué están haciendo esto!?” , mientras salían volando los santos para afuera y se hacían mierda en el suelo, 150 años a la basura, era “terrible”. La gente rayaba las tumbas de curas, el confesionario quedó totalmente destruido, pero tal vez el daño más terrible, irreparable, fue el que se hizo a los creyentes que estaban en misa. Pero por otra parte, cabe aclarar que no era una ceremonia cualquiera, no eran feligreses comunes y corrientes, era una ceremonia donde se reunían autoridades eclesiales y representantes de la ciudadanía y sus asistentes no eran cualquiera. En ese sentido, este hecho las feministas lo hemos pensado como un acontecimiento histórico, patrimonial de nuestra lucha, más valioso que cualquier jarrón roto.

Uno después se ponía en esta posición de que la Iglesia es un ente violento, que nos ha violentado durante tanto tiempo y lo seguirá haciendo porque es su labor en la vida, pero por otro lado uno tiene familia, se encontró con gente conocida adentro. Estaba la mamá de la pareja de un amigo y me abrazó diciendo “¿por qué haces esto?” y yo no entendía nada. Era impresionante ver la Catedral llena de banderas rojas y rojinegras mientras Ezzati gritaba “¡guerra santa!” Uno de nosotros recuerda que una monja media asiática le tiró una banca, y si no fuera porque había unos punkis adentro le hubiese llegado, pero ellos la recogieron y... ¡se la tiraron de vuelta! También era impresionante ver a las feministas de mayor data que nosotras con una bandera entrando en la Catedral, una de ellas decía “hueón, toda mi vida esperé esto”. Era como que habían cumplido un sueño, ¡este momento de venganza! También había grupos de feminismo lésbico, travestis, cabras chicas anarcas medias punkis, puros “demonios” con consignas blasfemas como “María quería abortar”. Finalmente llegaron los pacos súper tarde, tuvimos que salir y se llevaron a un solo detenido.

Al día siguiente El Mercurio puso una portada gigante de la iglesia poco menos que en llamas, diciendo que quienes la habían destruido es gente que se pone de acuerdo en internet para destruir cosas. ¡Eso éramos nosotras!: los/as agresores/as, “violentistas” (en ese tiempo

estaba de moda el término). La iglesia, por su parte, ¡quería recurrir a la ley antidiscriminación, la ley Zamudio!,¹⁷ lo que nos parece que, más que irónico, es violento al igual que la misma ley desde que está implantada. Debe haber sido usada por como dos homosexuales, mientras que todo el resto ha sido gente que sufrió discriminación y violencia sistemática no a causa de su orientación sexual, sino por ser ciegos, con Síndrome de Down o usar silla de ruedas. Además la Iglesia tiene leyes que la amparan desde antes de la creación de la ley Zamudio: no se puede interrumpir una misa, los curas no son juzgados por la justicia civil, no se puede agredir a un ministro eclesiástico, etc.

Después de eso la Catedral estuvo cerrada un tiempo, por herejía. La estaban restaurando por dentro. Ante lo sucedido ese día tenemos posiciones distintas: una de ellas es que es algo que se podría volver a hacer porque la Iglesia es violenta y a la violencia se le responde con violencia. Es una contraviolencia que se justifica y en ese sentido uno no podría considerarse “pacífico”. Pero desde la otra posición el evento aparece como algo bastante eufórico, como un “¡basta!” frente a que obligaran a la niña a dar a luz y mucha gente venía eufórica.

Violencia interna entre grupos de diversidad y disidencia sexual

Hay una violencia interna que ambos vivimos, mucho más triste, que pasó en una de las marchas del orgullo gay. La Coordinadora de Disidencia Sexual trató de manifestarse en una movilización de diversidad sexual y estábamos saltando arriba de un paradero e interpellando con megáfonos cuando Rolando Jiménez –presidente del MOVILH– dijo “bájense del paradero, malditas”. Como nos ofreció el micrófono nos bajamos, pero luego nos dijo “no perritos, yo no les voy a dar el micrófono”. Nos había dicho que bajáramos a hablar para que dejáramos de saltar en el paradero, porque si seguíamos iba a llegar la policía y no iba a resultar su show. Tratamos de levantar un cartel que parece que decía “hay mucha fiesta y poca protesta” y Jiménez dijo “¡Son de ultra derecha!” y las mismas travestis nos empezaron a tirar piedras, escupitajos y a insultarnos porque les habíamos ido a mancillar su cagá’ de movilización. Entonces se armó una pelea entre los/as asistentes de nuestra convocatoria y los/as que estaban viendo el espectáculo. Mientras, uno de nosotros estaba atrás del escenario discutiendo y Rolando Jiménez ¡le tiró un beso! ¡Tan desagradable como cuando los hue’ones te tiran un beso en la calle! Fue bien parecido a como lo hacen en los colegios o universidades, de manipular una cierta masa y ponerla en contra de otros/as, de los/as desertores/as.

Todo esto nos dice que no porque una persona sea homosexual es incriticable. Lo mismo que pasa con Evo Morales, o sea no porque el viejo sea indio uno no va a poder decir que es un viejo de mierda. Ninguna cuestión tan básica como la orientación sexual o la raza es un impedimento para recibir críticas. Junto a esto, no hay que creer que dentro de los movimientos de diversidad sexual son todos amigos y amigas. Eso es falso, el mismo hecho de que estas cúpulas grandes de poder se digan a sí mismas diversidad sexual y los grupos desertores se

17 Ley N° 20.609, conocida como Ley antidiscriminación o Ley Zamudio, ya que fue promovida luego de que en 2012 Daniel Zamudio, joven homosexual chileno, fuera asesinado por motivos homofóbicos.

digamos disidencia ya implica que hay una diferencia, y es grande. Pero estas diferencias debiesen ser difuminadas en el momento en el que tienen un enemigo común, lo que en general pasa. Por algo marchan siempre juntos salvo el caso de que gritan al final. No se tiene que mostrar mucho hacia afuera, porque el enemigo sabrá que puede dividir y cuando pueda dividir va a poder gobernar. Es una cuestión maquiavélica muy antigua, pero hasta el día de hoy sigue funcionando. Por eso las escisiones se tienen que discutir siempre de manera interna y hay que tratar de no mostrarlas mucho, porque si no la gente se confunde y empieza a malinterpretar todo, y hasta nos termina diciendo algo tan ridículo como “ultra derecha”.

Violencia política en las marchas

Nosotros sabemos en qué marchas hay pacos y en qué marchas no. O sea, en todas hay, pero en algunas están dispuestos a pegarte, llevan balines o perros. En la marcha por el aborto después de la vez en que entramos a la Catedral estaba lleno de pacos y nos llamaban desde la Intendencia diez mil veces para preguntarnos por la actividad: abogados, la alcaldesa, todos. Ahí tienes que ver quiénes son las compañeras que van a hacer eso, que sean relativamente más fuertes para soportar toda esa presión y el fichamiento. Iban por ejemplo dos compañeras y cuatro o cinco abogados, más cada representante de la Intendencia, Alcaldía, Superintendencia y Carabineros. Todos cuestionando por qué va a ser a esa hora, ese recorrido, esa fecha, lo que resultaba bastante estresante para las compañeras que estaban asistiendo, todas lo sabíamos, por eso nadie quería ir y enviamos a las que tenían más cuero de chanco para soportarlo. Se enfrentaban a un montón de hue’ones en una oficina preguntándoles miles de hue’ás, llamándolas con ciertas exigencias. Después en las marchas estábamos llenos de pacos que no nos pegaban, pero tapaban cualquier iglesia para que no pudiéramos acercarnos. Son absurdas estas movilizaciones con el permiso de la mamá, pero bueno, así funcionan los Estados. Además, finalmente nos quitaban el permiso muchas veces. La única vez que nos dejaron fue en el Parque Bustamante, pero cayó un día de mierda y era dentro de un parque. Fue bonito entre nosotras, porque estábamos todos, hicimos cuerpos pintados, pero mediática y políticamente no funcionó, murió.

El resto de las veces no nos permiten marchar y nos van desviando. Nunca nos han atacado directamente, generalmente lo logramos porque si no nos dan permiso nos ponemos detrás de las concertonas. Qué les van a tirar agua a las viejas, si se pitean a una están cagados. En algunas ocasiones los carabineros llevan pacas, bajo la lógica ridícula de que “como son mujeres, le pueden pegar a las mujeres, embarazadas y ancianas”. Pero por otro lado, las marchas siempre ponen adelante a su ejército de mujeres embarazadas que son “intocables”, ¡porque sería muy “terrible” que alguien le pegara una embarazada! Entonces esa es la parte buena que muestran, donde van mujeres con niños cantando canciones de cuna, pero atrás es donde queda la cagá’, donde van los bloques de gente más “mala”, más exaltada. Generalmente son la gente más joven, cabras chicas más anarcas que hacen hartito escándalo, incluso una vez tiraron una molotov a un acto de la CUT.¹⁸ Pensaron que fuimos

18 Central Unitaria de Trabajadores.

nosotros y nos preguntaron, pero no, fue otra agrupación. En otra ocasión organizamos una contramarcha con un sector de izquierda más radicalizado, contra el bloque hegemónico, e íbamos atrás gritando y cantando. Llevábamos un closet que quemamos frente a la Moneda, armamos una barricada y a cincuenta metros estaban los pacos mirándonos. No entendían nada, veían puras travestis y lesbianas bailando alrededor del fuego, como un aquelarre, incluso estaba Lemebel.

En todas las otras marchas que no son de diversidad sexual los pacos intervienen. En las estudiantiles pasa de todo, en las del 1° de mayo también, es terrible, las mapuche son brutales porque a los pacos los mandan a PEGAR. Pero con nosotros/as nunca hacen nada, nos subestiman: “para qué, son maricones”. Se puede llegar a pensar que les da lata pegarle a la gente porque ahora está más complicado para ellos tener que hacer ese papeleo, se arriesgan a salir publicados en todos lados por algo casi simbólico. En el fondo tienen armas que no pueden usar nunca, bajo ningún contexto, porque si las usan les dicen tiro ligero y los dan de baja. Más aún cuando le pegaron a este pobre chico, Rodrigo Avilés (*), en una protesta en Valparaíso, donde saltó el jefe defendiendo al paco y diciendo que esto empezó porque estaba robando y le pegó a un quiosco que estaba inventado, porque en realidad estaba dos cuadras más allá, una cosa así. Puras mentiras. Creemos que el factor más importante del caso de Rodrigo Avilés (*) es que nadie esperaba que los padres fueran tan cultos y que no fueran la típica persona indefensa que dice “es que le pegaron a mi hijo y ahora yo no sé qué hacer, y yo quiero que la presidenta Bachelet detenga la violencia”. No, eran viejos que se iban al choque directamente acusándolos, poco menos que demandándolos en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, nadie se lo esperaba. Es un punto de inflexión que marcó la diferencia de ese caso particular con muchos que ha habido, porque no es un caso aislado, eso pasa siempre: el chorro del guanaco es potente y si le llega a una persona la va a botar, para eso está, si no fuera así no cumpliría su misión de disuadir.

En contexto de protesta los pacos me han molestado varias veces, me ha llegado el guanacazo, me he irritado, me ha atacado el zorrillo, lo típico. Me acuerdo que una vez había una manifestación mapuche y yo estaba mirando. Fue disuadida inmediatamente y yo empecé a avanzar, pensando que ya había terminado, hasta que veo a una amiga que estaba peleando con los pacos y otra gente. Le estaban pegando y yo la fui a ayudar, les dije “¡noo, suéltenla!” pero me pegaron con el escudo y me metieron dentro de la cuca. Me llevaron a la comisaría con mi amiga y más gente, pero no nos hicieron nada, aunque hay gente a la que le pegan adentro. Fue vendida esa, porque normalmente cuando llegan los pacos salgo corriendo. Uno hace lo que puede con sus habilidades corporales: correr, tirar piedras, etc. No soy una persona muy ágil entonces trato de esconderme, de meterme entre rinconcitos. Hay gente que le encanta combatir y por mí está bien, así puedo pasar más rápido, mientras no me llegue un pedrazo en la cabeza. También alguna vez me metí, por ejemplo, a sacar los postes como hacen los cabros, pero no es fácil. He intentado ayudar en situaciones que parecieran ser como extremas, como de ayudar a alguien, pero me ha costado y no he podido solo, lo he tenido que sacar con otra persona. Entonces hay cosas que son difíciles, necesitas agilidad, fuerza, no es sólo decir “ya, yo soy choro”, tienes que pensar también para qué estás haciendo las cosas y yo no soy alguien que organiza barricadas y que le interesa.

Violencias con y sin sentido

Si uno quiere hacer una tortilla tiene que romper algunos huevos, es decir, hay que asumir que los pacos pegan y no por eso vas a dejar de pelear por las cosas que creas necesarias. De todas maneras, uno siempre tiene las de perder, no puedes usar ni un arma porque todo después será usado en tu contra. Entendiendo que los carabineros tienen que ejercer una violencia, estamos de acuerdo en que las violencias contra ellos son justificadas. Si te están ejerciendo violencia, es legítimo que la devuelvas. No creemos en esa táctica de poner flores en los hoyitos de las metralletas, ¿qué es esa hue'á?! Eso ya pasó, es de vieja concertona. Menos en esta generación que ha sido criada en medio de la violencia, por todos lados, en la tele, lo primero que aprende la gente es a ser violenta. El problema es la violencia en la tele, donde la muestran como si fuera algo feliz, como algo heroificable. No es la sangre, no son los golpes ni que muestren la muerte, sino que se muestre como algo deseable.

A los que les gusta estar en el combate de la marcha son héroes fabricados, nadie los manda a romper semáforos. Sobre este tema tenemos reflexiones diferentes. Desde una perspectiva, es distinto provocar la situación que verte envuelto por ella y buscar formas de salir: me escondo aquí atrás, agarro esta piedra para tirársela y salir por acá, etc. La violencia que ejercen no tiene sentido, no es por la causa, sino que más bien podría llamarse sublimadora. No avanza en el sentido de que, por ejemplo, después de matar a un paco los estudiantes de la movilización maten al escuadrón, corten la cabeza de no sé cuántos, hagan una revuelta en trece días y revolución. Pero desde otro punto de vista, esto es diferente al ingreso a la Catedral, porque aunque fue algo que nació en el momento, de alguna manera toda la gente que empezó a hacer destrozos tenía la idea concreta de rebelarse ese día en la marcha. Había algo a lo que responder y en ese lugar todo era simbólico, para la gente que empezó a romper cosas todo representaba violencia. Pero uno dice ¿el semáforo es violento?, ¿el paradero es violento? Es creíble que la figura del santo sí lo sea, ¡o el confesionario! Seguramente a ese mismo confesionario fueron estos milicos desgraciados que habían torturado gente durante la dictadura a confesárselo al cura y él se quedó callado el resto de la vida. Y seguramente Ezzati fue uno de esos curas. Entonces esos símbolos son mucho más claros e identificables como objetos violentos que el semáforo. Finalmente, estamos de acuerdo en que en el movimiento político, social, nos aparece un enemigo que en verdad no tiene un rostro, son puros símbolos, pero en ese minuto el enemigo nos apareció con caras concretas: Ezzati, Tohá, que era prácticamente la consumación de lo falso que es el Estado Laico.

Pero por otro lado, tenemos posiciones distintas sobre acciones en la protesta callejera como sacar semáforos o paraderos. Desde una perspectiva, esto responde más bien a una necesidad: necesitas hacer barricadas, impedir que pase el carro, el paco, hacer ciertas cosas, cierto tipo de estrategias. Sin embargo, desde la otra mirada esto es ponerse el parche antes de la herida porque ningún paco ha actuado antes de que quede la cagá'. Antes de que el semáforo se rompa ningún paco hace nada. Se ha convertido en una protesta institucionalizada, lo que lleva a rechazar a esos grupos, encontrándolos ridículos y cobardes, porque si tuvieran necesidad de atentar contra las figuras de la institución podrían hacerlo solos en otro momento, sin tener que meterse a la marcha para romper cosas. Si creen tanto en

que hay que acabar con el Estado y sus símbolos, con la represión, etc. ¿por qué no hacen algo solos y se juntan más, y en vez de romper un semáforo rompen 150? Por eso se trataría de algo netamente adrenalínico, muchas veces pendejo y de protesta institucionalizada. Pareciera que les gusta protestar porque sí y porque sienten que lo van a tener que hacer siempre, entonces nunca se va a acabar. En el fondo es como que dan su batalla por perdida, no piensan en que van a ganar en algún momento.

No estamos de acuerdo con que vayan a propósito a provocar y tensionar a los pacos, aunque sí entendemos y nos parece más coherente y legítimo el romper ciertas cosas o hacer barricadas para que no pasen los autos, como respuesta a los pacos, como defensa o como ataque si es contra un elemento claramente identificable como simbólico. De todas formas, podría acotarse que eso tendría más sentido si lo hicieran después de que los pacos empiecen y no antes. Sin embargo, puede argumentarse que los pacos no siempre reaccionan ante el ataque de los capuchas. Muchas veces reprimen antes. Reprimen el hecho mismo de marchar y eso provoca la reacción de muchas personas. No obstante concordamos en que hay una cuestión adrenalínica al combatir con los pacos, algo catártico en el desquitarte con las figuras que te han humillado miles de veces. Yo veo en ellos cada vez que me han pasado a llevar, cuando me han echado de lugares por considerar que soy prostituta y no soy digna de deambular en ese lugar o amenazarme con que en el calabozo abusarán de mí, ver a mis amigas heridas por ellos, etcétera. Hay un sentimiento de odio generalizado hacia la policía porque nos ataca cotidianamente y protege a quienes nos explotan sistemáticamente. Quienes no sienten ese odio realmente no han sufrido las vejaciones que significan pertenecer a un grupo que dicen proteger, no encarnan la lucha.

CAPÍTULO III. “CON LAS MASAS TODO, SIN LAS MASAS NADA”

Osman

Inicio en el PC al calor del paro de la CUT

Años antes de las movilizaciones de estudiantes secundarios del año 2006 ya se estaban tratando de generar las condiciones para romper la burbuja en que se encontraba Chile durante mucho tiempo después de la dictadura. En este sentido, la violencia política del periodo no comienza ese año en particular, sino que es parte de un proceso. Después de trece años de gobiernos de la Concertación, la CUT por primera vez convocó a un paro nacional en el año 2003 y el Partido Comunista (PC) puso toda la carne a la parrilla. En ese contexto ingresé a las Juventudes Comunistas y se inició mi vinculación con el uso de formas de violencia en la acción política. Yo no conocía mucho qué era el PC, su historia, sus formas de lucha ni la teoría, entré principalmente por el entusiasmo de estar en una organización para compartir y hacer cosas. Así, al calor del paro de la CUT me di cuenta de inmediato que una de las formas de lucha de este partido es también la violencia política. Al año siguiente entré a la Universidad de Playa Ancha (UPLA), en Valparaíso, que tenía

mucha presencia comunista e históricamente se caracterizaba por integrar la violencia callejera dentro de sus acciones políticas.

“Con las masas todo, sin las masas nada”

Estando en la Jota (Juventudes Comunistas) aprendí que para el PC la violencia política se entiende dentro de un marco teórico marxista, que dice que la violencia siempre es la última opción dentro de la lucha de clases. Es una herramienta que dependiendo del contexto es necesaria en mayor o menor medida.

El planteamiento principal es que el uso de la violencia siempre va acompañada de un carácter de masas, lo que tiene mucho que ver con la tradición del PC, de ser un partido de masas y hacer todo con ellas: en ese tiempo nos enseñaban mucho eso de “con las masas todo, sin las masas nada”. Por esto, cualquier acción que hiciéramos iba en directa relación con la fortaleza del movimiento estudiantil: si estaba debilitado había menores acciones de violencia, mientras que si estaba más fuerte había mayores niveles de violencia. No sé cómo será el día de hoy, pero así era en la época en que yo participaba en la Jota. Si bien no hacíamos una votación para definir el tipo de acción, especialmente cuando era violenta, ésta tenía que estar validada por las masas.

El concepto central que aplicábamos era la autodefensa de masas, es decir, marchábamos a la calle, llegaban los pacos, reprimían y nosotros/as defendíamos a los/as estudiantes. Para esto usábamos violencia de todo tipo: cortes de calle, bombas de pintura, piedras, barricadas y molotov. En los años ochenta se ocuparon otras herramientas, pero en los 2000 ya no existía la dictadura, así que estas eran las principales que se usaban.

Además de la autodefensa, al usar la violencia política siempre era importante definir el objetivo de la acción, pues tiene que ser con contenido: por ejemplo lograr becas y créditos para nuestros/as compañeros/as evitando que tuvieran que abandonar la universidad o incidir en la política nacional como cuando nos enfrentamos a las leyes de acreditación y de financiamiento. La acción sirve entonces no sólo para defendernos, sino también para visibilizar ciertos contenidos que tienen que estar definidos para que la acción tenga sentido. Creo que uno de los logros más grandes de esta forma de acción fue cuando hicimos en la UPLA la primera protesta en Chile contra Bush, cuando vino por la APEC¹⁹ en el año 2004. Fue una de las mayores protestas callejeras, había por lo menos unos mil encapuchados afuera de la universidad y salimos en CNN internacional, en todos lados. El sentido era manifestar descontento y habíamos generado tal nivel de conciencia entre el estudiantado, que hasta quienes no militaban en ninguna fuerza política decidieron acompañarnos cuando dijimos “aquí tenemos que salir a la calle porque viene Bush, el asesino más grande”. Salimos por una cuestión más política, no por algo que nos afectaba directamente los bolsillos, y creo que fue uno de los hitos más grandes de violencia callejera donde he estado. Los 21

19 Asia-Pacific Economic Cooperation, el año 2004 se realizó en Chile la decimosexta reunión anual de sus miembros.

de mayo²⁰ también eran jornada de protesta en ese tiempo de la Concertación, cuando los del PC éramos oposición y le dábamos duro. La orientación era dejar la cagá' en la calle y para eso nos preparábamos, hacíamos operativos, cortábamos las calles y cerros, hacíamos equipos y coordinábamos a la gente que venía de Santiago a Valparaíso, donde está la sede del Congreso.

Estos criterios los discutimos en ese tiempo y son los que teóricamente plantea el PC, que si indagas puedes leer en artículos, investigar en internet. Puede que ahora no haya ningún teórico del PC escribiendo sobre esto, pero en los años noventa y dos mil había mucho material en el programa del partido y documentos internos. Los análisis plantean esos criterios, que se nutren de experiencias internacionales: no sólo el Frente Patriótico Manuel Rodríguez en Chile, sino también de luchas anteriores como las de Vietnam, Nicaragua y El Salvador. En estos dos últimos hubo compañeros del PC que fueron a pelear el año '79 y después el '83, muchos cuadros se formaron ahí y son fuentes de las que se abastece el partido desde la práctica. Junto a eso, a nivel teórico las principales influencias provienen desde la Revolución Rusa, con algunos escritos que nos hacían leer de Engels y Marx sobre el régimen de la violencia, el origen de la violencia, y otros escritos elaborados por las FARC.²¹ A esto se agregaba lo que se podría llamar una épica singular que te motivaba, teníamos hartos de eso: nos contaban la historia de la Revolución Sandinista en Nicaragua o de repente estábamos toda una noche armando material o nos juntábamos a remover escombros cerca de la universidad para tenerlos cerca y sacarlos a la calle al día siguiente. Todas esas cosas van nutriendo la militancia, yo creo que ahora se ha perdido un poco a nivel de movimiento social.

Sitting

Nosotros/as organizábamos el descontento estudiantil y salíamos a la calle para presionar a las autoridades, entendiendo que a veces ocupar la UPLA era pegarle palos más bien a la misma universidad que al sistema educacional. Saliendo visibilizábamos la problemática, mostrábamos la Universidad y la fuerza que teníamos a los medios de comunicación locales y a los/as vecinos/as. Convocábamos desde la Federación de Estudiantes, que era de la Jota, a un “acto político cultural”, y sacábamos mil, dos mil estudiantes cortando la calle. A esto le llamábamos “sitting”, o más popularmente “rock and roll” o “mambo” y todos sabían lo que iba a pasar. Cuando llegaban los carabineros aparecían los encapuchados a defender a los/as estudiantes y muchos/as de ellos/as que no tenían ninguna militancia lo entendían, se encapuchaban y peleaban junto a nosotros/as. Es decir, era una acción esencialmente de masas, así entendíamos la violencia política. También había otras colectividades políticas que salían a la calle con nosotros y aplicábamos una política de alianzas: tal vez nos teníamos mala en la universidad, pero en la calle estábamos todos unidos contra los pacos, luchando

20 Fecha de la Cuenta Anual del/de la Presidente/a de la República de Chile, conocido como Discurso del 21 de mayo o Mensaje Presidencial.

21 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

por nuestros compañeros o contra alguna ley. Era súper bien valorado en esa época, cuando los cabros sacaban sillas y mesas, cortábamos la calle y se ponían a jugar a la pelota, todo tranquilo, tocaban guitarra, hablaba el presidente de la Federación y de repente llegaban los pacos e inmediatamente aparecían los encapuchados. Sacábamos aplausos. Nunca salíamos tres o cuatro o diez o veinte personas mientras toda la universidad estuviera mirando lo que hacíamos, nunca era así. La gente se sumaba porque entendían que el tema tenía que ver también con la autodefensa, defender a los/as estudiantes, ese era el concepto de la violencia y así se validaba la acción. Quizá no logramos triunfar, pero con el carácter de masa de las acciones yo creo que logramos que los/as estudiantes le perdieran un poco el miedo a salir a la calle.

Cuando tratamos de detener las leyes de Acreditación y Financiamiento ocupamos la herramienta de los sitting para tratar de incidir, entendiéndolo como una lucha nacional. A veces lográbamos generar una correlación de fuerza unitaria en el CONFECH que permitía convocar una protesta nacional donde todas las universidades salían a la calle el mismo día y al mismo tiempo, hacían barricadas, con molotov, etc. Aunque esas acciones tenían impacto nacional, lamentablemente no logramos triunfar en esa época, porque aprobaron las dos leyes a pesar de que algunas universidades se fueron a paro. Yo siento que quizá las herramientas no fueron las adecuadas, tal vez cometimos el error de reducir todo a la lucha violenta, callejera, y no logramos diversificar las formas de acción como ha hecho el movimiento estudiantil ahora, que ha tenido más éxito. Esto a pesar de que en esa época teníamos más fuerza y unidad, por ejemplo la Jota tenía hartas Federaciones, por lo tanto era mucho más fácil coordinar acciones a nivel nacional, instalarlas en el CONFECH y convocar a protestas. Creo que estábamos un poco pegados/as tratando de ocupar las mismas herramientas que usaron en los años noventa, cuando el año 1997 el movimiento estudiantil tuvo el importante triunfo de frenar la Ley Marco, que era un paquete de leyes, estando Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército. Entramos a la universidad con todo ese relato anterior de que lo habían logrado a punta de sitting en todo Chile: sitting, sitting, sitting. Cuando presentaron después las leyes por separado tratábamos de ocupar las mismas herramientas pero no lo logramos.

En esto recojo las discusiones de esa época a nivel interno de la Jota, donde se debatía el tema y el encargado militar y su equipo recibían muchas críticas, los trataban de fetichistas de la violencia. Algunos cabros empezaron a confundirse un poco, siendo mechones, más jóvenes, en tiempos donde muchos entraban a la Jota porque era la que la llevaba en la calle. Cometimos ese error de caer un poco en el fetichismo de la violencia política, porque teniendo el resguardo de la reja en tiempos en que la autonomía universitaria se respetaba y los carabineros no podían entrar a ese espacio, partíamos a las 13-14 hrs. y estábamos hasta las 19-20 hrs. peleando con ellos. Nosotros teníamos esa ventaja de la reja, aunque los pacos tenían muchas más con el guanaco, el zorrillo, las lacrimógenas, etc. Ahora es fácil decirlo con la distancia del tiempo, pero creo que al abusar los sitting el movimiento estudiantil se desgastó y ya la gente no quería salir, estábamos tan metidos en el tema que nos costaba sacar a los/as estudiantes a las marchas.

También en esa época pensábamos que parecía que nos estábamos dedicando a formar puros “rambos”, como la caricatura de Rambo, que es pura bala y súper tonto. Varios compañeros se fueron cuando dejamos de usar la violencia, eran quienes sabían más tirar una molotov que discutir en un Consejo de Presidentes o en una Asamblea de Carrera. Eran más buenos en la calle y eso no puede ser para nosotros/as, como Jota en esa época, eso era impensado. Nos preocupaba mucho que se pudiera repetir lo que le pasó al PC en los años ochenta: muchos narcos actuales fueron ex milicianos, ex rodriguistas y ahora están metidos en eso, porque tal vez el partido entabló demasiadas milicias rodriguistas por todos lados sin educación política. Por tratar de politizar al lumpen se termina por lumpenizar la política.

Ante esta lumpenización y el fetichismo de la violencia, creo que no logramos innovar en nuestras acciones y esa es una de las principales lecciones del 2011, o sea a nosotros nunca jamás se nos hubiese ocurrido hacer lo que hicieron lo/as y cabro/as con los flashmob o bailar thriller. Aun cuando tratábamos de aplicar todas las formas de lucha, estábamos muy pegados en la protesta callejera, enfrentamiento con los pacos, marchar hacia el Congreso, interrumpir sus sesiones, tomarnos la Intendencia o la Seremi de Educación y después todos detenidos a la comisaría. Recuerdo que hacíamos letanía, por ejemplo bajábamos todos al plan y, previa coordinación, llegábamos a un punto y cortábamos cuando estaba el semáforo en rojo, nos metíamos cien estudiantes a la calle y nos quedábamos ahí hasta que llegaban los pacos. Entonces nos dispersábamos e íbamos a otro punto que ya estaba planificado y así generábamos cortes en todo el plan. Hacíamos cosas de ese tipo, pero no lográbamos quizá innovar. Además, creo que deberíamos hacer la autocrítica de que caemos un poco en la calendarización de la política, es decir que funcionamos en base a un calendario. Sabíamos en qué fecha íbamos a hacer sitting: para el 21 de mayo, el 11 de septiembre, cuando había paro nacional convocado por la CUT, en marzo/abril era por becas y créditos, y en septiembre se acababa el calendario.

Puntos de inflexión

Dos hechos que provocaron un giro en el movimiento estudiantil de la UPLA en esa década fueron la incorporación de la molotov como arma de fuego en la Ley Antiterrorista (2005) y la primera vez que ingresaron los pacos a la universidad (2007). La molotov era una herramienta importante que se usaba en las movilizaciones estudiantiles, pues en el fondo era la única arma que teníamos que podía hacer daño o asustar a los pacos. Con la modificación de la ley, tirarle una molotov a un paco ya no equivalía a tirarle una piedra, sino que era lo mismo que dispararle con una pistola. Cambió el panorama, pasó a ser peligroso y eso influyó en los mecanismos de lucha.

El otro giro importante fue cuando entraron los pacos a la UPLA el 9 o 10 de mayo del 2007. No recuerdo la fecha, pero antes la tenía grabada en mi mente. Muchos contaban con pena que ni siquiera en dictadura pasó algo así. Recuerdo que habían matado a Rodrigo Cisternas (*) y salimos a la calle para protestar por eso. Nos organizamos bien

días antes, seguimos ocupando la molotov y de repente los pacos nos sorprendieron. Obviamente ya no eran miles de encapuchados, éramos doscientos o trescientos, y ellos entraron con todo, nos sacaron la chucha. Yo conocía muchos lugares ocultos de la universidad y alcancé a conducir a un grupo de compañeros a un lugar de ventilación en el techo donde nos escondimos. Otros se ocultaron en distintos lugares, pero los pacos subieron hasta el quinto piso y se llevaron a todos los que se habían escondido en las salas y en la sede de la Federación. Nosotros esperamos una media hora antes de bajar y ver como los restos de una guerra: los pacos destrozaron todo, rompieron puertas, vidrios de salas, la Federación, dejaron la cagá'. Era como si su sueño hubiese sido entrar a la UPLA a destruirla. Al salir, lo primero que hicimos fue ir a ver a los detenidos a la comisaría y esperamos hasta las 3 o 4 de la mañana, cuando nos dijeron que había algunos compañeros en el Regimiento Maipo (un regimiento militar cercano a la universidad) porque fueron pasados a Fiscalía Militar. A otros los iban a condenar por Ley Antiterrorista, otros estaban en la posta constatando lesiones, era un panorama desolador. Al día siguiente supimos que los de la Fiscalía y la posta estaban bien, pero había nueve procesados por la Ley Antiterrorista, todos estudiantes de la UPLA. El Intendente pedía prisión preventiva mientras duraba el juicio de tres meses, era terrible, los cabros estaban mal, lloraban y todo. Sin embargo, el juez rechazó la prisión preventiva argumentando que son estudiantes, tienen familia, son personas, no son un peligro para la sociedad y pueden perfectamente hacer lo que quieran mientras dure la investigación. De todas maneras estuvieron más de un año en juicio y pedían penas de 10 años y un día, aunque finalmente estuvieron un año con arraigo nacional. Fuimos a todas las audiencias y nos dimos cuenta que era un montaje, porque los compañeros que estaban ahí no eran parte de ningún equipo, sabemos que no manejaban el tema, no estaban de fusileros tirando molotov, los cagaron.

Eso nos marcó mucho a mí y a un montón de compañeros, comenzó a bajar el nivel de acción política violenta de ese tipo. Fue un mazazo duro para el movimiento estudiantil, paradójicamente en un momento en que ya estaba súper debilitado. Después hubo elecciones de Federación, no hubo quórum pero asumieron igual y comenzó a perderse la vinculación con los estudiantes, se desacreditó la política como está pasando ahora en el país. Ese hecho nos afectó mucho y yo, aunque seguí militando, me fui alejando de la política estudiantil universitaria para preocuparme de la tesis y todo eso.

Seguridad en la calle

Nunca caí preso en acciones de ese tipo, aunque sí me detuvieron dos veces en marchas pacíficas. Me sentía más seguro con capucha que sin ella porque la ocupábamos principalmente en la universidad o en grupos grandes de trescientos compañeros que estábamos peleando, entre mil que bajaban al plan a alguna protesta más compleja. Creo que de quienes conocíamos el tema, ninguno cayó nunca. En cambio, cuando eran marchas pacíficas no andábamos equipados para protestar y cuando llegaban los pacos tratábamos de arrancar, pero no lográbamos defendernos, no teníamos ningún

mecanismo de defensa. Con esa experiencia uno se cansa en las marchas pacíficas, como que las mira un poco en menos.

Por eso creo que las dos veces que me detuvieron fue de pavo, por andar descuidado. La primera vez era mechón y estaba recién entrando a la Jota, así que no estaba en los equipos que peleaban, sino que mi trabajo era seguridad de un dirigente, el presidente de la Federación. Cuando empezó el rock and roll me descuidé y perdí al dirigente y al anillo de seguridad que lo protegía. Me encontré con otro compañero y mientras buscábamos juntos al dirigente una micro de pacos dobló en la esquina. Pensamos “no creo que nos venga a buscar”, pero la micro se acercaba a nosotros así que comenzamos a correr por varias cuadras, incluso contra el tránsito, y nos seguía. De pronto aparecieron dos motos de pacos y nos cercaron, la micro era más lenta pero las motos nos alcanzaron. Típico de las marchas: nos capturaron, nos llevaron detenidos a la comisaría con otros treinta o cuarenta estudiantes más y nos tuvieron cuatro horas. En el fondo son controles que no te manchan los papeles ni te pasan multa, sólo te tienen ahí y después te sueltan. La segunda vez fue en una protesta por Hidroaysén en una plaza de Valparaíso, donde éramos pocos y alguien salió con la idea de marchar y tomarnos la calle. No alcanzamos ni a aplaudir y llegaron los pacos. También me atraparon de pavo, son cosas que se podrían haber evitado, porque en el fondo siento que si te detienen así es porque no aprendiste nada en todos esos años. Me agarraron súper fácilmente, bueno, igual ofrecí resistencia como nos enseñaban en esa época, estuve forcejeando hartito hasta que me atraparon entre varios.

Eso me recuerda que en la Jota nos enseñaban muchas cosas que todavía no he olvidado, lo único que nos faltó fue aprender a disparar. Influyó mucho que habían pasado sólo diez años desde el término de la dictadura y el PC venía con ese switch de trabajo clandestino, entonces los más viejos nos enseñaron esas cosas. Ellos eran de 30 a 50 años, fueron jóvenes o adolescentes en los ochenta, posiblemente miembros de las milicias rodriguistas o de otros aparatos propios del PC. Nosotros no andábamos con chapas ni cosas más complejas, pero sí tomábamos los resguardos necesarios y los viejos que manejaban el tema nos hacían escuelas. Yo fui a muchas, donde nos enseñaban desde la teoría, como todo esto de la violencia, hasta cosas más prácticas como poner inyecciones, suturar, autodefensa personal, por ejemplo cómo moverte si te atrapan, bajarles el escudo, etc. Había una buena instrucción en la Jota, por lo menos en esa época que veníamos con todo ese peso de la historia. El PC validaba hartito estos temas y por lo menos hasta los años 2000 nunca perdió el switch de cortar calles y dejar la cagá’.

Al menos esas experiencias de detención sirvieron para darme cuenta de que tenía que aplicar siempre lo que había aprendido y sentirme actualmente más seguro al salir a marchar. Sé manejarme en la calle, para dónde escapar, lo que hay que hacer y lo que no, me siento seguro incluso ahora en Santiago, donde la repre de los pacos es más grande y agresiva. Claro que esta seguridad es al marchar junto a los compañeros del partido, especialmente cuando éramos un equipo y sabía que si me pasaba algo me iban a defender. Nunca me sentí solo, tenía la tranquilidad de estar con los compañeros.

Protestas violentas hoy

Lo que perdimos en el movimiento estudiantil con la modificación de la ley en relación a las molotov, creo que se recuperó un poco con las luchas sindicales hasta la actualidad. Los/as subcontratistas del cobre, los/as trabajadores/as forestales –entre los que cayó Rodrigo Cisterna (4)–, los/as salmoneros/as, los/as temporeros/as, etc. tomaron esa batuta y están generando acciones violentas. Sin ir más lejos, este año murió Nelson Quichillao (*) en una movilización violenta. Están pasando cosas y me alegro bastante que estén peleando obreros como él, que no son militantes de ningún partido, son masa. No es menor que haya estado en la primera propuesta del gobierno para la reforma laboral el tema de las huelgas pacíficas, cuando ni siquiera el Código Laboral de José Piñera en los ochenta lo hacía. Este gobierno de la Nueva Mayoría se dice progresista porque reconoce que hay huelgas, pero implícitamente hay preocupación porque ha aumentado su nivel de conflictividad. Ni siquiera con Pinochet se hablaba de entorpecer las labores de producción y ahora se intenta prohibir la obstrucción de labores de la empresa o impedir el paso de trabajadores. Si lo plantean es por algo, porque ha aumentado la huelga que desde la Dirección del Trabajo consideran ilegal, la que está fuera de la negociación colectiva: piquetes de huelga, cortes de calle, tomas de empresas, interrumpir faenas, lockout.

En el caso de los universitarios, ahora hay mil colectivos distintos y cada uno tiene su forma de ver la violencia. Salen a la calle unos pocos militantes que perdieron la lógica, la reja se transformó en fetiche porque qué sentido tiene salir a la calle si estás protegido por ella, puedes estar cinco o seis horas peleando con los pacos. No sé si están discutiendo el carácter de la violencia, porque veo que salen y dejan la cagá', se echan a toda la gente encima y los pacos se llevan presos a locos/as que no están encapuchados/as. Nosotros lo que menos podíamos permitir es que se los/as llevaran presos, porque salíamos encapuchados precisamente para defender a esa gente, era algo impensado y ahora pasa frecuentemente.

Esto se relaciona con la estigmatización del movimiento estudiantil por la acción de los encapuchados, y es un tema que no se ha sabido resolver. Esto debiera generar una reflexión en los colectivos o grupos que preparan y validan estas formas de lucha. Creo que muchos usan el motivo político como una excusa y no piensan en las masas, sino en lo excitante que debe ser ponerse una capucha, salir, mojarse, pelear con los pacos, etc. No veo ningún logro, ni veo que sean acciones masivas. Al interior del PC esto siempre ha sido un tema de reflexión, sobre todo en los ochenta, porque la dictadura también se aprovechaba de la violencia en las protestas. La diferencia es que en esa época las acciones violentas estaban mucho más validadas por el pueblo, porque estaban combatiendo la dictadura, entonces eran sólo los mismos de siempre los que le compraban el cuento a los medios de comunicación y decían que eso era ser violentista. Actualmente, la gente es más propensa a condenar estas acciones porque ya no existe la dictadura y se considera menos legítima esta forma de protestar. Esto tiene que ver con la apatía general, porque incluso se desvalida no sólo el uso de la violencia, sino la protesta en general. Es como un switch que le enterraron a la gente a través de los medios, la economía, la política y todo, para dejar de luchar. De todas maneras, creo que esto ha cambiado después del año 2011, con el aumento de la conflictividad en las

huelgas. La gente va a perder el miedo a protestar y así, de a poco, irá perdiendo el miedo a generar acciones violentas, que pueden ser desde un corte de calle con basura hasta uno con neumáticos y fuego. En el fondo la diferencia entre las dos opciones es poca.

Tal vez sea una visión desde lejos, pero siento que los/as encapuchados/as están mucho menos validados/as hoy día. Los medios de comunicación buscan aprovecharse de la falta de carácter de masas de la acción violenta que generan las y los encapuchados para estigmatizar al movimiento estudiantil completo. Ocupan esto para desvirtuar las demandas y bajar el nivel de aprobación de la gente. El momento ideal para esto se dio el 2011 y contrasta con como era antes, cuando a pesar de que existían encapuchados, nunca se hablaba tanto del tema. Actualmente los medios tratan a los encapuchados como vándalos, lumpen, marginalidad, delincuencia. En el fondo, no ven qué hay detrás de ellos/as y los/as presentan como no-gente. Por ejemplo, recuerdo unos reportajes donde, era chistoso, mostraban a unos encapuchados súper violentos y la cámara los seguía por todos lados dejando la cagá'. Llegaban con él hasta el final con la cámara oculta y cuando el loco se sacaba la capucha era una mujer. Entonces los periodistas se sorprendían de que fuera una mujer, una estudiante cualquiera; no era una delincuente, lo más probable es que nunca en su vida ha estado presa, comparte con su familia, no tiene problemas psicológicos, nada. A mí me da risa. Tal vez uno tenía esa misma visión sin quererlo, porque recuerdo que en un sitting en la UPLA estaba en mi equipo un compañero que era candidato a alcalde. Él estaba ahí encapuchado tirando molotov a los pacos y yo pensaba “puta, después el loco se va a sacar la capucha y va a volver a hacer campaña”.

Aunque creo que un gran porcentaje de los encapuchados están ahí por un motivo político y son personas normales, comunes y corrientes, reconozco que hay otros que se aprovechan de la situación y son realmente delincuentes. Es algo que he visto más en Santiago que en Valparaíso, donde había control de la situación. En Santiago es la locura, he visto protestas increíbles donde el nivel de fuerza de los encapuchados es tal que hacen retroceder a los pacos en la calle, sin reja universitaria como la que nos protegía a nosotros. Ahora existen efectivamente infiltrados en las marchas, tanto desde el Estado –incluso han salido reportajes sobre pacos que lo hacen– como personas que sólo buscan encontrar la oportunidad para entrar a robar a algún lugar. Es muy parecido al tema de la violencia en los estadios, donde la prensa y las autoridades tratan a los barristas como vándalos, delincuentes, pero son personas comunes y corrientes que tienen su casa, su familia. Son de la barra brava de un equipo, van a descargar sus problemas al estadio el fin de semana y alientan, gritan, cantan, de repente puede que se alteren un poco y haya violencia, pero son personas normales, pueden ser profesionales, médicos, abogados, etc.

La importancia de la autodefensa del movimiento social

Si bien ya no voy a andar tirando piedras o molotov, ni armando barricadas, tengo actualmente la tranquilidad de salir a marchar. De todas maneras, si fuera necesaria una violencia más aguda yo lo volvería a hacer pero nunca solo, aunque hubiera una dictadura, sino como

parte de una definición política colectiva, si el partido llamara a la lucha armada. Y yo sé que si el día de mañana quedara la cagá' en Chile de nuevo, el PC no vacilaría en ocupar todas las formas de lucha, teniendo cuadros con experiencia en eso y que participaron en cosas más intensas que yo en los ochenta y principios de los noventa. Todas las herramientas de lucha son válidas, pero el tema es saber en qué contexto, el carácter, el contenido, el objetivo político, que sea de masas.

Me siento orgulloso de haber aprendido en el PC este elemento que es clave para obtener el triunfo del movimiento social, que es la autodefensa. Lo llamo así porque nosotros no conocimos lo que es la ofensiva en los 2000, no llegamos a que una poblada se tomara el congreso o hacer la revolución y ganar. Creo que la autodefensa de masas es algo que todas las organizaciones políticas que se dicen de izquierda, incluyendo el PC, no pueden dejar de lado. Ya tuvimos en 1973 la experiencia de una derrota, precisamente por no saber cómo o no discutir y desarrollar más el elemento militar, el tema del uso de la fuerza. Es una lección que tiene que estar súper clara, especialmente en la actualidad, porque no se puede negar el carácter esencialmente agresivo del imperialismo norteamericano. A pesar de los triunfos electorales en América Latina, como Argentina y Venezuela, yo creo que la derecha y el imperialismo no dudarían en ningún momento si tienen la oportunidad de ejercer la fuerza contra el movimiento social o los avances del pueblo. Y nosotros tampoco deberíamos dudar, por lo tanto, de prepararnos para eso. Por supuesto que hay prioridades en todo momento político, no digo que empecemos ahora así, pero nunca hay que dejarlo de lado y creo que lamentablemente eso ha sucedido. La represión aguda no es algo tan lejano, está pasando actualmente: el pueblo mapuche necesita defenderse porque ocupan tierras que les fueron usurpadas ilegalmente hace muchos años y la repre los castiga. Hay que aplicar estos aprendizajes históricos y no llegar y regalarse.

Por ejemplo, cuando cayó Rodrigo Avilés (*) para el 21 de mayo yo veía las fotos y decía “puta, los cabros están puro recibiendo”. Nada justifica la represión de los pacos, pero yo veía cuando el chorro apuntaba y todos estaban tapándose con un lienzo dejando que los mojaran. Hay que dejar de recibir, como una frase del PC de los años ochenta que nos enseñaban “o somos yunque o somos martillo”. Es decir, vas a la marcha, tiras bengalas, cantas, gritas, bailas con bombos y alegría y llegan los pacos y te mojan, te sacan la chucha y no haces nada. No creo que alguien que se ponga frente a un guanaco con las manos arriba tenga miedo, pero eso es desprolijidad si eres militante de izquierda, con visiones marxistas, es inconsecuente cubrirse o arrancar si saliste a la calle. Creo que las organizaciones de izquierda no están tomando eso en cuenta, ojalá que esto haga reflexionar a los de la Unión Nacional Estudiantil (UNE) porque no pueden estar en la calle y que los mojen, o les va a pasar lo de Rodrigo Avilés (*). Nosotros nunca estuvimos así cubiertos con un lienzo, estábamos escondidos tirando piedras o defendiendo, armando barricadas, pero nunca así tan a la defensiva. Por eso no creo en los pacifistas, como la Surda y la derecha con quienes teníamos diferencias en la UPLA. No estoy en absoluto de acuerdo porque experiencias como las del 2011, donde los pacos fueron mucho más violentos que en el 2006 y, sin ir más lejos, fue la muerte de Manuel Gutiérrez (*) en un paro de la CUT, tienen que hacernos reflexionar sobre el factor de la violencia.

Hay colectivos que veo más preparados, por ejemplo si das una vuelta de principio a fin en la marcha del 11 de septiembre te das cuenta inmediatamente de quiénes van a huevear y quiénes no. La columna de la Jota van con coligües, se nota que hay encargados de seguridad; por su parte los locos que van a huevear no aplican autodefensa, sino que van a atacar y eso se nota en que van encapuchados de negro y todo eso. Y por otro lado, también reconoces a los que andan pura batucada, fiesta, bandera, bombo, alegría, buena onda, y da la impresión de que si llegara la repre cagan todos o salen arrancando. No digo que unos u otros sean tontos, pero debiera haber una preparación mínima y no sólo con respecto a los pacos, sino también respecto a otros grupos. Recuerdo que en una marcha del 1º de mayo vi una pelea muy fuerte entre comunistas y anarquistas: era como la película de William Wallace, los anarquistas fueron a pegarle a los cabros de la Jota y ellos se defendieron con coligües, les empezaron a dar y los anarquistas, que eran encapuchados vestidos de negro, tiraron una molotov a los de la Jota. Me sentí contento por los cabros de la Jota, porque estaban preparados, no tuvieron miedo y pelearon para defenderse. Después para la marcha del 11 de septiembre ya había más preparación y los de la Jota formaron una columna cerrada con coligües horizontales, tan compacta que yo creo que nadie se hubiera atrevido a acercarse a huevearlos porque en el fondo demostraron fuerza. Yo marché dentro de la columna del PC y me sentía súper seguro, como “puta hueón, aquí me quedo, aquí no me va a pasar nada, va a estar tranquilo, los cabros están todos preparados”. Hace tiempo que no sentía algo así, esa sensación de que el PC es invulnerable y nunca vamos a abandonar a los compañeros y compañeras. Así creo que hay que estar siempre en las marchas, no en la forma exacta, pero sí en el fondo.

Esa seguridad que siento como militante del PC, también buscábamos que la sintiera la gente que participaba en las protestas que convocábamos. Aplicábamos la autodefensa de masas si venían los pacos, porque teníamos que hacernos cargo de la gente que convocamos, para que en una próxima oportunidad se sientan seguros de participar. Esa era la lógica y en la UPLA había gente que lo reconocía y nos decían que salían si convocaba la Jota, porque sabían que los íbamos a defender. No sé si esto pase ahora, me pregunto si alguien se sentiría seguro de ir a una protesta convocada por anarquistas, por ejemplo cuando convocan a un sitting en el Pedagógico, en Gómez Millas o en la USACH. Yo no iría ni cagando, aunque si sale la Jota a lo mejor sí. Creo que si están seguras las masas pierden el miedo, como he visto en un video muy famoso de una operación del Frente en los ochenta: asaltan un camión de pollos, lo llevan a una población y empiezan a repartirlos. La gente feliz sacando pollo, no tenían miedo de esos tipos encapuchados y armados con una pistola; se sentían más seguros ahí que con los pacos. Eso fue en contexto de dictadura, pero guardando las proporciones, es la misma idea. Para mí así tiene sentido la violencia política desde la visión marxista.

Estas son lecciones que hay que tomar en cuenta, tanto en lo micro como el ejemplo de Rodrigo Avilés (*), como en lo macro que tiene que ver con la posibilidad de defensa de un gobierno que lográramos conquistar, más de avanzada, con un programa más radical y de izquierda. Es momento de empezar a reflexionar sobre la defensa de lo conquistado y sobre recuperar lo que aún no recuperamos. Espero que esta acción de memoria sirva para el futuro, para aplicar lo que logramos recabar del pasado y abrir el debate al interior de la izquierda y los movimientos sociales.

CAPÍTULO IV : (SIN TÍTULO)

El estallido del año 2006

Guste o no, las movilizaciones estudiantiles desde el año 2006 son un hito político. Estar ahí era participar en un politizado desborde que era mucho más que efervescencia –que se eleva y luego se diluye rápidamente– porque todavía estamos viendo y viviendo los coletazos de eso hasta el día de hoy. No es casual que una década después se insista con ese hito y continuemos con las mismas demandas.

Fue un estallido procesual en el que me impliqué rápidamente. En ese momento era activista político con énfasis en derechos humanos en ONGs y estudiante de Filosofía en la Universidad de Chile. Justamente me encontraba participando en estos temas en Italia cuando estalló la movilización de secundarios en Chile. Había entrado a la universidad hace muy poco y aún me sentía muy del grupo de secundarios, tanto en términos etarios, como en las demandas políticas y de clase. Esto porque yo como huacho pobre me había criado en internados del SENAME²² y entrar a estudiar era una rebeldía y subversión política, antes que un favor que me hacía la sociedad. Así, cuando vi que la situación se estaba agitando arduamente dije “me devuelvo”. Mi facultad no estaba en paro y tenía que volver a Chile para agitar, para implicarme en ese desborde político. Me impacté cuando llegué y vi que la universidad estaba en clases, normalitos, pero como ahí todos andan de políticos por la vida, sociales, revolucionarios, fue fácil hacer un llamado de atención rápido, de dos segundos y decir “¿Qué está pasando? ¿Por qué no estamos? ¿Por qué no hacemos?”.

Todo el periodo ha sido un proceso de pensamiento, de implicarme, de ir teniendo intuiciones al respecto. No comencé a participar de la nada, yo ya era activista, hacía un par de años había estado en el colegio, estaba participando en la reflexión y en la acción. Por eso apenas pude volver al país ese año comencé a ir a las tomas, a llevar comida, a participar de las actividades, foros, conversatorios, marchas, redes sociales. Es decir, en los multipliegues del activismo, que puede ser en la calle, en la red social o en el lugar donde estés con el cuerpo, hay un sinfín de maneras. En ese momento se trataba reconocer quiénes surgen en esta galaxia de resistencia y articularnos entre los y las que estábamos haciendo algún tipo de agitación y poniendo el cuerpo.

En ese marco, veía que los/as universitarios/as no eran confiables, iban a transar rápidamente para tener comodidades (eso había sido la experiencia en la universidad), porque son personas mucho más achatadas políticamente, correctas, ordenadas, más allá de las tomas que hacen. En cambio veía en los/as secundarios/as una potencia políticamente generosa para todo el mundo, especialmente para quienes estaban pensándose y agitándose para dismantelar el modelo al tiempo de construirnos de otras maneras. Me parecen mucho más aguerridos, anarcos, complejos, implicados. Estaban dispuestos/as a perder el año y

22 Servicio Nacional de Menores.

esa radicalidad espantaba a los adultos, ya que no cedían frente a sus amenazas constantes de “si siguen en tomas, si siguen en paro, van a perder el año”. A lo que los secundarios respondían: “estamos dispuestos a perder el año si eso implica ganar otro tipo de vida”. Por eso me interesaba prestar ropa a esto que estaba pasando.

Hasta hoy me interesa más el movimiento secundario porque son cuerpos en una situación política de minoría de edad, es decir que se les niegan derechos ciudadanos, derechos fundamentales, derechos políticos, como el derecho al ejercicio sobre el propio cuerpo o a participar políticamente en sentido del voto o la articulación hacia el Estado. Los movimientos de mujeres han dado cuenta de esto que pasa con los cuerpos minoritarios, en situación de minoría de edad, considerando que hasta hace poco las mujeres también eran consideradas menores de edad. Se repiten los mismos argumentos para niños y jóvenes menores de 18 años: que se dice naturalmente todavía no están aptos para disponer libremente de sus cuerpos, que no están maduros para tomar buenas decisiones... En fin, una serie de naturalismos patriarcales que se asocian a una biología que no tiene nada que ver con lo social, una biología que tramposamente ponen antes de lo cultural. También se discutía desde la élite paternalista sobre esta participación política de los secundarios y secundarias, haciendo llamados a “no ensuciar” a estos “pobres jóvenes”, a dejar que se juntaran entre ellos solamente. Era como si los fuéramos a pervertir, como si fueran inválidos mentales rápidamente cooptables. Nuevamente la analogía con las mujeres, con metáforas similares. Ante esto, yo entendía que había que juntarnos y contaminarnos mutuamente, es decir, traficarnos información, relaciones, imaginarios. Especialmente nosotros/as, los/as no secundarios/as, teníamos que contaminarnos más, mirar a esa gente que está reciente en el mundo y tiene un profundo desacuerdo con esa realidad a la que nos hemos ido peligrosamente acostumbrando.

Por eso es interesante que los secundarios hicieran una participación política ya no únicamente dirigida al Estado, sino que articularan lo social, inventándose como movimiento, agitándose desde una posición bastante compleja. Hay que entender que actuaban políticamente sin permiso, porque normalmente tendrían que pasar por los padres, que son los “amos naturales” para esos cuerpos en todo sentido (a quienes deben someterse y amar). Hasta se les puede golpear todavía a los menores de edad y ese derecho de los padres está protegido legalmente, como antes lo estaba el golpear a las mujeres para educarlas. Ver esto nos permitió comprender aún más que hay cosas que debemos hacer políticamente sin permiso.

Hasta hoy la Concertación tiende a generar un efecto político para neutralizar los movimientos sociales, los desbordes políticos. No obstante, ahora la situación está más en pugna, con Bachelet que ya no puede sacar lustre al género –parafraseando a María Galindo, una feminista boliviana, “a ninguna mujer hay que aplaudirla por el sólo hecho de serlo”–. Además, con la caída moral que ha tenido su familia involucrada en escándalos de corrupción, como toda la élite. Esto eventualmente debiese ayudar a evitar esta neutralización de los movimientos sociales en la actualidad.

Nuestra política es en un contexto dictatorial

Al recordar las movilizaciones de la década de los dos mil es muy importante entender que estábamos en un contexto dictatorial y esto en general se pasa por alto. A raíz de las discusiones con activistas de los ochenta, ha costado entender en el activismo actual que la dictadura nunca se fue y que, por lo tanto, nuestra política se desarrolla en ese contexto. No es casual el discurso adultocéntrico terrible de “ustedes no estuvieron en la dictadura”, que viene de quienes hoy día son parásitos aburguesados que refuerzan el actual sistema y que sacan rédito de un pasado político y social de resistencia. Si les preguntamos en qué están actualmente responden “¿pero cómo me preguntas eso?, si yo viví una época...”. Puede ser, pero más bien deberían agitar para que sigan ocurriendo cosas en vez de simplemente decirnos que no estuvimos. Esto lo hace desde gente anónima de distintos sexos hasta otros como Lemebel y Pancho Casas, de las Yeguas del Apocalipsis, descalificando activistas locales porque no estuvieron en su época gloriosa, siempre como un mito propio, de nombre propio, como necesitando desplazar activistas colectivizadas para brillar solas.

Fue un proceso de entender con ellos/as que no es como lo plantean, la dictadura no se fue, aunque tramposamente se haya humanizado. Podemos responder que sí hemos estado en la dictadura. Seguramente hemos sufrido otro tipo de violencia, pero como señala el feminismo, todos hemos sido dañados, sobre todo si eres de una sexualidad dudosa, feminizada, pobre, huérfano, mapuche... No nos pueden desplazar como si tuviéramos una biografía limpia, sin daño ni heridas, sin errores, sin resistencias. Entender esto ha sido parte de un proceso colectivo de ir viendo que la dictadura no sólo era militar, sino también heterosexual. Esto lo hacemos a través de la revisión de nuestras vidas en el mundo e ir reconociendo, por ejemplo, cuántas de nosotras habíamos sido abortadas, no deseadas, abusadas... Al ir comprendiendo a esa mujer que me abortó, cómo es llegar al mundo a través de un aborto, cómo es validar a esa mujer que no quiso ser madre (nuestra madre), nos dábamos cuenta que la dictadura estaba en nuestra propia biografía. Entonces cuando nos decían “es que tú no estuviste en la dictadura”, uno le podía gritar con mucha tranquilidad la vida al otro (y a otras) y decir “no”. Porque también tienen esa cosa insolente del adulto de venir a desplazarnos e indicar quién es el que verdaderamente puede señalar ciertas cosas o hablar. De ahí que nos traten constantemente de descalificar infantilizándonos, ya que infancia significa justamente eso, sin derecho a voz pública. Pero somos feministas y el feminismo es lo contrario: toma de la palabra, como dice la filósofa feminista Alejandra Castillo de la Universidad de Chile.

Participar políticamente en los 2000 es un proceso muy complejo

Yo comencé con un énfasis activista en derechos humanos, pero ahora tengo un énfasis más posthumanista, ya no articulando mi activismo necesariamente a un énfasis de derechos humanos, sino buscando pensarlo sin esa forma humana clásica que es trancadora, nefasta y hoy más cooptada. Más bien abrir la forma humana. Recuerdo la incomodidad política de pasar por eso masculinista de la izquierda clásica que son las asambleas, con sus formas

jerárquicas de decidir que llevan a procesos muy lentos y paralizadores. Como feministas empezamos a darnos cuenta de que las asambleas nos estaban entorpeciendo antes que cualquier cosa y que implicaban una censura o negación a la creatividad política. Parecía como si hubiera formas precisas y claras de decir cosas en política, es decir formatos, maneras, modos, y cualquiera que se escapara podría ser considerada poco seria, poco viable.

Resistiendo a esto, muchos grupos que estábamos agitándonos en esa época transitábamos por distintos lugares sin pudor, muy promiscuas en ese sentido, sin entender que había UN espacio o UNA manera para hacer las cosas, sino que siendo más impúdicas en la acción política. Nos implicábamos en muchos espacios, desde universitarios académicos hasta espacios de calle, colegios o programas del Estado, incluso en la cama. Nos dábamos cuenta que el movimiento social, particularmente el estudiantil, seguía siendo preocupante y peligrosamente adultocéntrico y heterosexual. Esto en el sentido de un régimen político que denominamos dictadura heterosexual, que entiende la sexualidad de cierta manera (adultocéntrica y occidental), en ciertos lugares (en la familia) y para ciertas cosas (reproducción). Este régimen se expresa actualmente en las políticas gay, que cuadran la sexualidad con la reproducción, que entienden la familia como el lugar correcto y la pareja como la manera de entablarla. La política gay contemporánea es el actual paradigma de la heterosexualidad como dictadura natural y biológica.

En ese contexto fue electa Melissa Sepúlveda como presidenta de la FECH²³ el año 2014, siendo la primera mujer en ese cargo que se posicionó como feminista públicamente. Nos reunimos con ella y le planteamos que necesitábamos articularnos, viendo la oportunidad de contaminarnos y de contaminar el movimiento estudiantil y la sociedad con feminismos más críticos, disidentes, desheterossexualizantes, descolonizadores. Había ahí una pulsión de contaminar también con otras maneras de hacer política y fue un proceso muy rico e interesante. Pudimos articular secundarios, universitarios, feministas sueltas y organizadas, disidentes sexuales de diferente índole y naturaleza, sindicalistas, trabajadoras sexuales, travestis, que ocupábamos obviamente la FECH como sede para hacer un montón de actividades. Esto lo hacíamos siempre en un afán de deconstrucción y entendiendo que no tenemos un programa sobre lo que habría que hacer, sino que consideramos que hay que implicarse de manera más diagramática, de acuerdo a cómo el contexto va deviniendo, y por lo tanto ir modificándonos.

Fue muy interesante lo ocurrido en esa época cuando comenzamos a tomarnos la marcha del 8 de marzo, en una disputa con los grupos más concertacionistas. Históricamente esa marcha era organizada por la “Coordinadora 8 de marzo”, que sólo se activa para esa fecha y está tomada por personas de la Concertación, mujeres muy burguesas que no cuestionan sus privilegios, todas heterosexuales, mandonas, con prédicas súper patriarcales, insolentes desde su posición de clase y sexual privilegiada. Nosotras teníamos años de circo y sabíamos que con cierta gente ya lo intentaste y no hubo caso, así que nos unimos con personas que querían hacer cosas de otras maneras. Fue potente, trabajamos todo el verano articulán-

23 Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

donos grupos desde estudiantes secundarios/as, sindicalistas, activistas de distinta índole y se generó un piño denso, complejo, pliegoso, como una cabeza de Medusa. Se generaron problemas grandes con los grupos de la “Coordinadora 8 de marzo”, donde estaba la CUT y las Juventudes Comunistas, que eran parte del gobierno en ese momento. Nos querían boicotear, buscaban que no nos dieran el permiso si no marchábamos junto a ellos, querían subir al escenario que montaríamos nosotras y sacar réditos mezquinos de la actividad. Fuimos conociéndonos en esas lógicas, tocando esas maneras que uno tanto critica y que están ahí tan patentes. Tuvimos que enfrentar las tensiones de distinta naturaleza, como la posibilidad de salir dañadas como activistas al sentir que podríamos “entrar” en el gobierno y ser cooptadas. Sin embargo salimos bastante bien paradas, alegres, contentas, hicimos actividades durante todo el año, a pesar de que en estas cosas siempre se sale con algo de daño, así es el feminismo dicen.

Esto tenía como precedente la “Coordinadora por el Aborto libre, seguro y gratuito”, activa desde un año antes de la elección de Melissa Sepúlveda, donde participaban grupos feministas de distintas edades, sexos, géneros. Agitábamos a propósito del caso de Belén, la niña de 11 años que habían violado sistemáticamente, quedó embarazada y fue obligada a reproducirse. El presidente de derecha de esa época dijo “va a ser una buena madre y va a tener al hijo”, entonces se generó una articulación mucho más fuerte en torno al tema. El hito histórico para nosotras fue el 25 de julio, cuando hubo un desborde político impensado, no programado, que culminó con la toma de la Catedral Metropolitana. Fue algo muy interesante para nosotras mismas. Era el día del apóstol Santiago y la Iglesia Católica hace un acto republicano privado, donde acuden los tres poderes del Estado en silencio a escuchar lo que va a señalar el obispo Ezzati, muy medieval. Estaba entonces reunida en la Catedral la alta curia y varias autoridades, como la alcaldesa de Santiago. Sin permiso ni invitación entramos como movimiento social complejo, feminista, estudiantil, hasta con Roxana Miranda que era candidata presidencial. Ella llevaba su inmenso libro en proceso que era una performance política muy hermosa, de que cada uno pudiese escribir la Constitución. Era un libraco gigantesco que uno lo abría y podía participar en esa escritura con faltas de ortografía, con dibujos, como sea.

Cuando Melissa Sepúlveda salió electa como presidenta de la FECH, como Colectivo Universitario de Disidencia Sexual (CUDS) la contactamos y acordamos una reunión política. También invitamos a las organizaciones y feministas sueltas con las que estábamos articuladas en la “Coordinadora por el Aborto Libre, Seguro y Gratuito”. Empezamos las articulaciones y al poco andar surgió la “Coordinadora Feministas en Lucha”.

Finalmente, hubo ciertas consecuencias a partir de que estuvo una feminista declarada como presidenta de la FECH, queriendo teñir con feminismo y disidencia sexual al movimiento estudiantil que es obviamente el movimiento social más importante de los últimos años. Por una parte, al menos durante un año se pudo insistir en que estos son también temas políticos y es violencia política. También insistimos en que es importante alterar, dismantelar ciertas estructuras y epistemologías para permitir otras, agitar desde críticas más éticas y politizadas. Se puede reconocer como consecuencia el surgimiento de un montón

de grupos en (o a pesar de) el ámbito universitario que se posicionan desde ciertos feminismos críticos y también ligados a la disidencia sexual. Es decir, en el último tiempo ha habido una proliferación de grupos o personas sueltas interesadas en esto. Claro que, por otro lado, cuando Melissa dejó la vocería FECH ese énfasis en el género y el feminismo como un tema común al movimiento estudiantil se perdió. Por ejemplo, el presidente electo de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC) empezó a hablar de aborto y generó polémica inmediatamente, mientras que la presidenta de la FECH estaba pasando como si nada. Como si este tema no tuviera nada que ver con ella, como que no habría que abortar la educación de mercado, como si sólo lo estudiantil competiera a los estudiantes y el aborto no fuera un tema común. Esa segmentación me preocupa. Es una limitación política porque justamente los feminismos acá, a nivel local, han insistido en que hay que abortar aunque una no tenga útero. Abortar otras cosas: la dictadura, el sistema de mercado, etc. Ni siquiera piensan el aborto de otras maneras para ponerlo como demanda de las mujeres pero también como metáfora de otras cosas o como práctica llevada a otros niveles.

Violencia política actual

No con el afán de ser preciso, sino para evidenciar pliegues o hacer ciertos énfasis, podría hablar a partir de mi experiencia de tres niveles de violencia política que se dan al unísono: 1) las violencias que ya están tipificadas, reguladas, como la que ocurre en las marchas y en las detenciones; 2) las violencias institucionalizadas, que no están tipificadas pero ocurren a través de las instituciones; y 3) las violencias cotidianas, a las que nos hemos ido acostumbrando. Estos tres niveles, cuya distinción no es taxativa, están cruzados por lo biográfico. Como activista política, a una le va pareciendo importante reconocer su biografía dañada, entender que vive el mundo desde un cuerpo y una historia. Tal vez no ha sido contada ni registrada y puede que al comienzo no parezca relevante. No obstante, después una le va dando cierta densidad y se va reconociendo en la historia de este cuerpo, que también es una historia de violencias. Esto se cruza con los tres niveles que he mencionado, porque uno como activista anda con la biografía a costas y con todo lo que significa tener una historia en disputa, que voy reescribiendo, encontrando nuevos datos, nuevos sentidos, etc.

En mi caso, una de estas reescrituras biográficas se dio mientras participaba desde el activismo feminista en el momento más álgido de la campaña de solidaridad abortista entre mujeres llamada “Para una vida mejor, dona por un aborto ilegal”. En ese momento me enteré que yo había sido abortado y que la mujer de la que nací murió años después abortando. Esto me ubicó en esa violencia que pasa desapercibida en Chile, donde se censura el daño de las mujeres que abortan haciéndolo parecer algo ridículo, imposible y poco serio. De hecho la información que yo tenía antes era a partir del certificado de defunción, donde decía que murió desangrada, y había ido reconstruyendo cómo fue su muerte, pensando que fue por una golpiza, por violencia intrafamiliar, es decir que eso tenía cabida como posibilidad de muerte, pero el aborto era como impronunciado. Así, a partir del nuevo dato fui dándole espacio a esta situación, reconociendo que yo había sido abortada como tantas otras antes que yo y reflexionando sobre qué puede significar en la vida de uno el haber llegado con

esa violencia al mundo. Además entendiendo que esa mujer estaba constreñida por muchas tensiones: era pobre, campesina, venía arrancando del campo a la metrópolis.

A partir de ahí se abre la biografía, sabemos que esa violencia propia es mucho más compartida de lo que creemos, porque no sé cuánta gente ha investigado cómo llegó al mundo, si fueron deseados, si hubo orgasmo en su concepción, si fue un aborto o si su papá es huacho. Un nuevo dato como este te reconfigura, pero al mismo tiempo no lo niegas ni te victimizas, sino que tratas de acogerlo, de darle espacio, que tiña lo que uno ha estado entendiendo hasta ese momento. De esa manera te guste o no, estés de acuerdo o no, andas con esa biografía cuando marchas, cuando conoces a alguien, etc. Aunque no la tengas del todo presente, conscientemente, está ahí, reverbera, está en el cuerpo. Cuando enfrentas formas de violencia política estás ahí con tu biografía. Yo además soy niño fiscal, entonces hay otras violencias asociadas ya no por haber llegado al mundo de una mujer que la obligaban a reproducirse, sino que otras violencias biográficas que cada una tiene, entonces si bien las divido para diferenciar niveles, entiendo que no se dan por separado.

Pienso también al revisitar lo biográfico que esta mujer de la que nací murió años después abortando, en los noventa, cuando se inaugura supuestamente la democracia. Para mí es una muerte víctima de la dictadura (cívico-militar, pero también heterosexual) en esta nueva fase “humanista democrática”, donde co-gobierna la dictadura con la sociedad civil representada por la Concertación. Para mí, siendo un niño huérfano del SENAME en esa época, me era muy choqueante que las personas adultas hicieran como si vivieran en democracia, pero al mismo tiempo ver que Pinochet seguía siendo el jefe del país, dueño del fundo. Yo conocía el cuento del “Rey está desnudo”, entonces cuando las personas en el Chile de los noventa decían democracia, yo decía dictadura y daba el ejemplo de Pinochet en el poder como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Eso fue hasta finales de los noventa, cuando luego de dejar la comandancia en jefe asume como senador vitalicio. Todo muy perverso. La invitación oficial era a decir que la dictadura había terminado, pero con la paradoja que la dictadura nunca se fue. Más bien se institucionalizó y validó por la Concertación el proyecto neo-liberal impuesto a través de sangre. Así, por ejemplo, el aborto sigue hasta el día de hoy penalizado y criminalizado en todas sus formas...

Violencias que están tipificadas

Es fácil eventualmente alegar ciertas violencias que ya están reguladas, tipificadas, con protocolos que dictan cómo abordarlas. Como cuando hay detenciones en las marchas y las compañeras de distinto sexo sufren todo lo que puedan sufrir en ese trayecto. Esto puede ser desde golpes, violencia sexual de diversa índole, hasta la incertidumbre de no saber cómo vas a salir de ahí ni en qué condiciones. Las detenciones quedan a criterio de los carabineros y estos son reconocidos descriteriados (pensemos en los informes de violencia policial del Instituto Nacional de Derechos Humanos o instituciones como la ONU al respecto). En esos casos, por ejemplo, es un clásico –y es terrible que sea un clásico– que haya un montón de denuncias de violencia sexual por parte de la policía uniformada hacia estudiantes

secundarias. De estudiantes hombres no sabemos, porque no se usa denunciar la violencia sexual que sufren los hombres porque hacerlo sería como desmasculinizarse o echar abajo tu identidad como hombre. Las chicas son mucho más aguerridas en eso y denuncian, exponen la violencia que han sufrido. Esa violencia ya está muy tipificada, hay protocolos, se mete el Instituto Nacional de Derechos Humanos, invocan los tratados y normativas, etc. Es decir, se pueden hacer algunas cosas, aunque van a ser súper pocas y a lo sumo resulten en algunos sumarios. Si uno revisa en qué han quedado las denuncias por abuso sexual y dónde están los oficiales que han hecho esa violencia, es probable que se encuentre con la sorpresa de que siguen en sus cargos como empleados públicos y justamente enfrentándose a estos mismos grupos de manifestantes. Es como otro clásico terrible: denuncias a tu papá que te está violando y esa misma persona es quien va a tener que seguir a cargo de ti. Entonces es como si no se tomara en serio esto, porque defienden más a la institución (la familia) o lo institucional (carabineros) que a las personas.

También entre estas violencias que están tipificadas está la represión policial, que es una de las formas más obvias de violencia política que uno vive como activista. Nos pasó de manera muy evidente después de la toma de la Catedral Metropolitana, pues cada vez que íbamos a hacer una marcha o una actividad, aparecían las iglesias con vallas papales y carabineros afuera. Seguramente pensaban que era nuestra lógica tomarnos iglesias, como una constante, entonces sufrimos mucha represión. En la segunda marcha que hicimos después de esa toma nos encerraron dentro de distintos anillos de carabineros en la ciudad, lo sé porque me vine fotografiándolos en bicicleta hasta llegar a Plaza Italia, donde habíamos convocado. Los carabineros encerraron a la gente en el Parque Bustamante y la marcha hizo algo muy ridículo, pero hermosamente resistente: obviamente se marchó igual, pero por dentro del Parque. Los pacos iban tratando de bloquear el avance, entonces la marcha daba vueltas dentro del mismo espacio.

Por otra parte, la represión también vino por parte de la Iglesia Católica usando instrumentos públicos que se crearon justamente para defenderse de ella. Cuando distintas lesbianas, maricas, trans y personas de otros sexos y géneros nos tomamos sin querer queriendo la Catedral, la Iglesia Católica usó la Ley Zamudio para criminalizarlos. Usó una ley que se creó para defenderse de los ataques y discriminaciones homofóbicas de esa misma iglesia, pero era a los/as activistas sexuales a quienes se les aplicaba. Todo muy perverso y violento. Esas son algunas formas de violencia, pero hay otras que todavía ni siquiera están nombradas, no están verbalizadas y mucho menos tipificadas. No obstante, involucran a las instituciones y a la vez se han ido institucionalizando.

Violencias institucionales e institucionalizadas

Este es otro nivel de violencia, que puede funcionar a través de recursos del Estado y sus instituciones. Recuerdo que en la campaña “Para una vida mejor, dona por un aborto ilegal” que estábamos montando a través de nuestro colectivo feminista, CUDS, nos denunciaron grupos de derecha de la Universidad Católica. Hicieron persecución política pasando a

otro nivel, a otro plano, utilizando las instituciones del Estado, en este caso los tribunales, la fiscalía, la Policía de Investigaciones (PDI). Buscaban amedrentarnos por esta campaña de solidaridad anunciando que los recursos eran para financiar abortos ilegales a mujeres pobres. Claro, si el aborto es ilegal no había otra forma de hacerlo y apuntábamos a solidarizar justamente con cuerpos de mujeres que abortan, es decir, cuerpos casi insolidarizables en política porque no son niños quemados o Teletón.

Nos denunciaron por “asociación ilícita”. Empezamos a sufrir persecución por la PDI y a recibir notificaciones para presentarnos a declarar. Así nos fuimos dando cuenta de cómo estos grupos de más larga data, más institucionalizados y ligados a partidos políticos utilizan recursos de instituciones del Estado para amedrentar a grupos ciudadanos o sociales. Es decir, a gente como nosotros, que no somos partido político, ni institución, ni fundación, ni ONG, sino que somos personas que nos juntamos a hacer activismo político. Era complejo entender cómo el Estado se presta para este amedrentamiento político donde nos estaban censurando, tratando de acallarnos. Fue difícil, porque otros grupos también lo estaban viviendo al mismo tiempo, como las “Lesbianas y feministas por el derecho a la información”, que tienen una línea telefónica llamada “Aborto Libre”. Ellas recibieron incluso más censura por parte de estos grupos, porque las han denunciado como cinco veces por “asociación ilícita”, les han intervenido teléfonos y sólo por entregar información sobre cómo abortar de manera segura. Ni siquiera es que tengan un hospital clandestino, sino que están entregando información y uno podría pensar que, te guste o no, la gente tiene derecho a acceder a la información.

Así vivimos ese tipo de situaciones, por grupos ligados a partidos e instituciones de derecha y católicas que nos estaban amedrentando. Me imagino que ellos veían muy peligroso que surgieran estos discursos. Además eran propuestas un poco inentendibles porque eran muy lúdicas y alegres hablando temas de aborto, que siempre es algo más serio, como no para el juego, por decirlo de alguna manera. Por lo mismo nuestra campaña tenía ese elemento estético que buscaba quitarle el manto criminalizante y torturador que tiene el hablar de aborto. En contra, por ejemplo, de que la experiencia de aborto siempre tiene que ser terrible, para que la mujer no se atreva a volver a pasar por algo de esa naturaleza. Tratábamos de darle otro aire hablando de cómo podría ser abortar en nuestros barrios, en nuestras poblaciones, con nuestras vecinas o amigas.

Entonces, cuando comenzaron a amenazarnos discutimos qué hacer planteándonos: “frente a esta denuncia, ¿seguimos incendiando el tema? ¿Hay algunas que tienen problema en que vayamos a parar a la cárcel por un rato?” Y empezamos a ver en qué estábamos cada una, entendiendo que somos todas pobres, tenemos que estar trabajando en el sistema de explotación por algunas chauchas. Evaluamos si la denuncia nos entorpecía o no, y a quiénes entorpecía más. Por ejemplo había una compañera que estaba a punto de ir a hacer un intercambio a Estados Unidos así que esto llegaba justo en un momento como “ups!”. Lo que resolvimos entonces fue bajar un poco las revoluciones, es decir no incendiar la denuncia para esperar algunas cosas y no afectar a compañeras que lo necesitaran, porque nunca nos había pasado algo así, con la PDI de por medio y fiscales, tribunales, etc. Fue ir entendiendo qué significaba

esto, cómo nos podía afectar y al mismo tiempo comprendiendo que nos estaban tratando de amedrentar con múltiples denuncias que iban quedando en el olvido, porque no presentaban un caso con pruebas como debiesen haber armado para que fuera viable.

De esta manera fueron algunas compañeras a enfrentarse a un PDI que tenía, no sé, un doctorado en terrorismo en Estados Unidos, a su espalda estaba lleno de diplomas. Un tipo como él estaba investigando a este grupo de “terroristas”, esta asociación ilícita. Claro, en parte nosotros/as nos considerábamos terroristas efectivamente, aunque no en el sentido clásico de ese que hace caer las torres gemelas, ese que uno está acostumbrado a ver, sino que un terrorismo que trata de atentar contra la injusticia. Para mí el terrorismo siempre ha estado ligado a una focalización de la violencia hacia ciertos grupos de poder y nosotras, como activistas feministas, nos consideramos terroristas sexuales. Utilizamos el arte o implicamos con cierta estética. Así que para este tipo de la PDI era como tener que escuchar a un grupo de nerds un poco, medio artistas. En realidad usamos el arte para cobijarnos: la campaña no iba a juntar plata para hacer abortos efectivamente, porque un aborto es muy caro, pero de hecho hicimos una performance en un colegio en toma donde rompíamos las bolsas e íbamos contando el dinero. No alcanzaba ni siquiera para un aborto, era bastante ridículo, pero más bien era otro fin el de la campaña: agitar, implantar otros imaginarios, otras maneras de hablar de aborto, etc. Entonces, a este tipo se le tuvo que explicar todo esto, se le habló de performance, de teoría, en fin, un lenguaje al que él claramente no estaba habituado y que no ligaba para nada con el terrorismo estilo torres gemelas o encapuchados poniendo bombas. Todo esto le parecía como un grupo de activistas artísticos, tal vez ni siquiera nos veían como activistas sino que como un colectivo de arte, un grupo de arte que incomoda a gente. Probablemente él sintió que estaba haciendo el ridículo investigando, entrevistando a esta gente que no le cuadraba por ningún lado: ni los cuerpos, ni cómo andaban vestidos, ni cómo hablaban, ni lo que hacían; por ningún lado tenía entrada a lo que se estaba denunciando.

Después nosotros hicimos un fanzine con la denuncia que nos hicieron y nuestras declaraciones en la PDI, le agregamos un prólogo y lo hicimos circular, regalándolo o vendiéndolo. El objetivo era ver cómo ellos nos estaban leyendo. Decían cómo somos, qué hacemos, cómo funcionamos, qué pensamos, etc. Muchas cosas eran bastante acertadas porque justamente pensamos ciertas cosas que estaban denunciando ahí, pero para nosotros es un plus, no algo malo. También usamos la denuncia en la performance del colegio en toma, donde además de contar la plata se leía la denuncia y las declaraciones. Después reflexionamos en torno a lo que nos pasó y nos dábamos cuenta de que no es cierto que, como muchos nos decían, lo que hacíamos era inocuo, que no importaba. Si llegamos a instancias donde nos estaban denunciando y teníamos que declarar en la PDI es porque lo que estábamos haciendo no daba lo mismo, entonces nos reforzaba positivamente y queríamos más radicalidad aún.

Vimos que no teníamos grandes problemas tampoco, aunque nos metieran presas un rato, porque uno no va a dejar de hacer cosas tal como ya hacíamos afuera en el trabajo, en la calle, en nuestra cama, en fin, donde estábamos. No separamos la vida del activismo político, ni la teoría de la acción, porque no hay un momento en especial para pelear, sino

que donde uno esté hace algo, agita, insiste. Hay muchos grupos que buscan una coherencia discursiva o teórica para ver después qué se hace, pero nosotros más bien entendimos que estábamos haciendo, y de ese hacer era nuestra teoría. El fanzine mismo también sirvió para sacarle trote a lo que nos pasó, finalmente nos burlamos de eso porque hacerlo devenir un fanzine es también faltarle el respeto a esa denuncia tan formal en tribunales. La hicimos circular riéndonos de ella, a pesar de todo lo que nos pudo entorpecer efectivamente, de todo lo que pudo atemorizar y paralizar en algún momento. Nos sobrepusimos a eso porque obviamente nos va a seguir pasando. No negamos la posibilidad de sentir miedo o algo de esa naturaleza, sino que al contrario, entendimos que hay que habitar eso que es ineludible al parecer en la vida, agenciárnoslo para que sea un plus y que no nos deje en el suelo sin hacer nada.

Veo además otras violencias políticas, que no suelen aceptarse como tales. Por ejemplo, la criminalización hacia personas menores de 18 años pobres o empobrecidas a través de instrumentos legales, paradigmas legales e institucionalidad. Por una parte, me reconozco biográficamente porque también pasé por el SENAME y no estoy desligado de lo que significa estar en ese lado, donde se te aplican estas políticas públicas. Por otra parte, se suman elementos como la Ley 20.084 de Responsabilidad Penal Adolescente, que disminuyó la edad de penalización a 14 años, incluso sin tener antes una ley general de protección de derechos del niño. Esto genera una serie de vicios y perversiones nefastas que tratamos de mostrar en el Comité de Derechos del Niño de la ONU en Ginebra, cuando estuve en el año 2006 como activista de Amnistía Internacional. Los delincuentes mayores de edad buscaban menores de 18 para que muevan armas o droga, pero con la aparición de esta ley los narcotraficantes, que no son nada de tontos, buscan cabros más chicos, ya que los de 14 a 18 están atados de manos. Así empiezan a aparecer los discursos de bajar más la edad de responsabilidad y los noticieros, que son parte de la elite, hacen eco rápidamente mostrando a niños de 10 años involucrados en no sé qué cosas. Se pelea por punir a estas personas niños y niñas, pero por ningún lado por reforzar otras cosas.

Esta es una violencia política ya no clásica, de una índole distinta a los terrorismos de Estado y la tortura. Esas fueron violencias muy masivas y terribles, marcando un hito sobre todo en Latinoamérica con todas las dictaduras que hubo. Por esto, cuando revelábamos este tema en el Comité yo sentía que era como una patudez ponerlo a la par de la violencia política. Siempre te dicen que eso no es violencia política, que es otra cosa, que no hay que darle ese nombre. Hay como reticencia a llamar así a esa forma de abordar los problemas desde la institución. Sin embargo, las personas del Comité fueron bastante abiertas a revisar estas cuestiones. Eso fue interesante porque pensamos que no andábamos tan perdidos al ir poniendo el tema.

Violencias cotidianas

Nos hemos acostumbrado al maltrato cotidiano y eso es muy fuerte. Tener que pagar una millonada de plata por una educación que no vale un ápice de lo que cuesta. Estudiar debiese ser como respirar, algo a lo que uno acceda libremente. Yo sufro cuando tengo que

pagar para irme a trabajar, para que me paguen poco, con malas condiciones laborales, sin seguro, sin contrato. Todo eso al mismo tiempo que cumpliendo horario, funciones, estando sometido a un jefe o jefa, como cualquier trabajador a honorarios, pero aún más precarizado porque el Estado tiene ciertos privilegios para abusar en términos laborales. Estas violencias cotidianas son tan terribles que ni siquiera se leen como tales.

Por ejemplo, tener que viajar kilómetros en la hora punta donde obviamente te vas punteando –además es muy cruel figurarlo y ponerle ese nombre al horario–. Ahí ocurren situaciones de violencia sexual, buscadas o no. Para poder subir al metro tienes que empujar sin importar a quién y la gente empieza a alegar mucho: “oiga, fíjese”, y yo respondo “señora, mire, yo entiendo que se sienta maltratada porque nos están maltratando, nos trasladamos como judíos a los hornos crematorios y además pagamos ultra caro. Somos muchos y hay que movernos de alguna manera, o nos movemos en bicicleta o mejoramos el sistema de transporte. Igual vamos a vivir incómodos, pero pagando este precio...”. Trato de politizar este malestar, no negarlo sino que darle cabida. Busco que lo habitemos pero de manera más politizada y no sólo tirando la pachotada sin hacerse cargo de la rabia. Porque la rabia es por algo. Entonces aprovecho incluso el trayecto al trabajo para ir dándole vueltas a estas cosas con la misma gente, porque cuando hablas o discutes con alguien, hay otros tantos al lado que están mirando. Y uno mismo está pensándolo in situ, no es que lo tenga claro y resuelto.

También creo que hay que explicitar entre estas vivencias cotidianas no tipificadas a la violencia heterosexual o la educación heterosexual. Nos hemos dado cuenta entre gente que trabajamos el tema del aborto que hay un currículum oculto para educación sexual que es heterosexual. Por ejemplo, no enseñan que el sexo lésbico es 100% anticonceptivo, lo mismo el sexo anal –aunque la política gay cuadre el ano con la reproducción, la familia y los hijos–. Al enseñar los órganos sexuales en el colegio nos decían que son dos, el pene y la vagina, identificándolos con los órganos reproductivos y desplazando al ano como genital. Guste o no, lo ocupes o no para las prácticas sexuales, el ano es un genital común que no pertenece a un grupo determinado de minorías sexuales, es mucho más democrático por decirlo de alguna manera. Y ni siquiera te lo hacen pensar como parte del sistema sexual. Estas son violencias epistémicas, de información que te privan a priori. Por eso ahora estamos haciendo un proyecto que se llama “Educación sexy, somos más que dos”, que consiste en hacer talleres en colegios y traficar todo tipo de información. Le llamamos traficar porque no queda otra opción, porque no circula la información, te la privan, te la cierran. Por eso también le hemos dado vuelta al tema de la dictadura militar - dictadura sexual.

Creo que estamos demasiado acostumbrados/as a la violencia y eso es preocupante. Vivimos en un contexto donde la elite es muy miserable, no están dispuestos a transar un ápice en algo. Cualquier migaja que suelten la consideran suficiente, como si te estuvieran haciendo un favor. Así se ha instalado una política de la mendicidad, como si el otro tuviera que ponerse una mano en el corazón para modificar en algo su actitud frente a nosotros. Hay violencia por muchos lados y me preocupa mucho su naturalización. No sé cómo nos vamos a tener que sacudir ese acostumbramiento porque es muy peligroso en todo ámbito.

Conectando estos tres niveles, veo la violencia demasiado institucionalizada. Uno cae en la cuenta de que es el proyecto de la dictadura el que habitamos hasta el día de hoy y es tan violento que obviamente tuvo que ser instalado a punta de torturas, sangre, masacre, en fin, todo lo que sabemos. Porque de lo contrario ¿cómo lo íbamos a aceptar! No hubiese sido posible a través de un trato tipo “oye, acordemos que estas van a ser las nuevas condiciones, ¿te parece?, ¿estás de acuerdo?” Por decirlo en términos conservadores, nadie en su sano juicio hubiese aceptado estas condiciones, por eso tuvo que ser instalado de esa manera. Tenemos un montón de gente desaparecida recientemente en la última dictadura, además de todos los desaparecidos de los pueblos originarios que han sido masacrados. Hay pueblos que han desaparecido y parece que como nación, como República, como sociedad no fuera tan importante. Es como un anecdotario que fuera de otro lugar y no tuviéramos nada que ver con esa violencia. No pienso solamente en los mapuche, sino también en los Selk’nam, un pueblo ultra desaparecido. Hace poco en el primer gobierno de Bachelet se encontraron unos huesos de un grupo de Selk’nam que se llevaron para los zoológicos humanos en Europa. Lo pienso sobre todo en el contexto particular que vivimos en el presente, en un proyecto instalado a través de una dictadura sangrienta. Un proyecto que nos tiene hasta ahora sin poder negarnos, porque si lo hacemos nos acusan casi de estar abandonando el Estado de derecho. Como si fuese el Estado de derecho el que hubiese que defender, es una cuestión muy esquizofrénica, muy muy esquizofrénica.

CAPÍTULO V: NARRATIVAS EN DIÁLOGO

A partir de nuestros relatos individuales hemos conversado sobre la violencia política en los años 2000, reconociendo algunos elementos centrales que la caracterizan. En el presente apartado reflexionamos colectivamente sobre estos temas, abordando cada uno de los aspectos que nos parecen relevantes para pensar la violencia política de este periodo.

La importancia de prepararse para luchar

Entendemos que las condiciones para el ejercicio de la violencia no han cambiado mucho desde inicios de los 2000 hasta el presente porque se ha mantenido el sistema político, económico, educacional, patriarcal. Por un lado, la preparación del movimiento social es algo central para pensar la violencia política del periodo. En estos quince años el Estado se ha preparado más para ejercer la violencia, se ha sofisticado con la creación de la Agencia Nacional de Inteligencia (ANI), invirtiendo recursos para que las Fuerzas Especiales estén mejor preparadas para combatir o ejercer la represión. Por lo tanto, la preparación desde el movimiento social tiene que ser mayor. Desde esta visión preocupan casos de represión como el de Rodrigo Avilés (*), porque se ve que la gente va a las marchas sin preparación. O la aprobación reciente de la ley que dice que cualquier agresión a Carabineros, sin siquiera probarla, tiene pena de cárcel. Entonces con mayor razón hay que prepararse, porque ahora

incluso sin hacer nada pueden meter presa a una persona. Estos temas deberían ser materia de reflexión para todas las organizaciones, no sólo las estrictamente políticas sino también las sociales, pensando sobre los métodos de lucha en el presente.

Pero desde otra perspectiva, pareciera que a la lucha le falta inteligencia porque la gente es muy ignorante. Al pensar sobre cómo hacer los discursos de lucha la conclusión desde este punto de vista es que a pesar de todo siempre se tienen que tratar de amor. No amor en el sentido de ponerle flores a los fusiles, sino que en el sentido de comprender por qué pasan las cosas. La gente no sabe por qué pasan las cosas, ellos/as sufren no más, la mayoría de Chile adolece de los problemas. Por ejemplo se quejan de las AFP pero no entienden por qué llegaron a eso. Y hace un tiempo atrás cuando en la televisión chilena se hablaba de los cómplices civiles de la dictadura, la gente no era capaz de entender que hay responsabilidad civil en ellos y que la sociedad no se puede considerar eternamente una víctima, que también son victimarios/as. Es decir, los políticos que son como las hue'as ahora no se eligieron solos, fueron electos por gente. Las personas son responsables de lo que sucede en el país en el momento en que se convierten en ciudadanos y en realidad muy pocos reconocen su injerencia en las políticas públicas, no tienen educación cívica. Y eso no lo tendrían por qué enseñar en los colegios, se delegan demasiadas responsabilidades en lo institucional y no hay autocultivo. ¿Por qué esperar esto tan paternalista, tan enfermante, de que la institución se haga cargo de cualquier cosa? ¡Tienen muy poca responsabilidad y se trata de su vida! Falta autocultivo, amor por la sabiduría, autoreconocerse en la cultura.

Violencia en la lucha callejera

Una forma de entender la lucha callejera se basa en que la lógica siempre debe ser ejercer la violencia como autodefensa. Por ejemplo, si estamos en una marcha y llegan los pacos hay que defenderse, pero la mirada de la autodefensa conlleva un desacuerdo con la violencia ejercida contra un paradero, un negocio o un cura. Es energía desgastada que se podría utilizar para combatir a la repre de verdad y no a una repre tan simbólica. Es decir que la repre es una sola, es material, es dura, y esa es la que hay que combatir. En ese sentido se entiende que la preparación tiene que ser mayor, pero siempre con acciones planificadas, con un carácter de masas, con un objetivo político claro y que sean estratégicas, no espontaneístas, no cortoplacistas. Esto tiene que ver con la violencia con y sin sentido que planteamos en una de nuestras narrativas. A partir de eso, coincidimos en rechazar que los anarcos rompan los paraderos y semáforos, aunque eventualmente podría tener sentido si sirven para cortar la calle y evitar que los pacos entren a puntos estratégicos.

A pesar de todo para uno de nosotros esto es idiota, porque la mayoría de las veces ocurre antes de que los pacos empiecen a dejar la cagá' y no después. No está funcionando como ataque, sino romper por romper y entonces caben dudas sobre las teorías conspirativas que dicen que son pacos infiltrados que mandan a destruir para que quede la cagá'. Si fuese así sería muy triste y en ese caso no habría otra opción que empezar una guerra civil, porque ya es tanta la disconformidad que existe con las instituciones, gubernamentales o no, que

la gente tendría que empezar a dejar la cagá' no más. Pero, como fue planteado en un capítulo anterior, ¿por qué las y los anarcos se tienen que colgar de las marchas si a veces no tienen nada que ver con sus posturas? ¿Por qué no se juntan todos/as a romper semáforos y paraderos en mismo día para dejar la cagá' bien grande en todo Chile?

Por otra parte, a partir del tema de la autodefensa surgen preguntas como: ¿Cada una de las personas que vive en este país debiese hacer un curso de defensa personal? Sí, pero es irreal. Sería bueno que toda la gente supiera pelear pero es irreal. ¿Qué tal sería ver un día muchos pacos lesionados en una marcha y no solamente gente? Sería interesante porque tiene lógica, es decir, para algo los preparan. En la televisión siempre se habla como con pena por los carabineros que fueron lesionados, ¡pero para eso están! Sería vergonzoso si fuera paco y hablaran de mí y mis lesiones provocadas por cabros chicos en marchas estudiantiles, que sólo tiran piedras y palos. Que me lesionen a mí, que supuestamente tengo preparación militar, habilidades, tácticas, estratégicas para evitar que eso pase, ¿y me gana un grupo de cabros chicos? A mí que además estoy protegido con una armadura y un escudo súper caros, que tengo una luma y pistola para defenderme y aun así me lesionaron. Una vergüenza. Eso habla de lo mal que están formados los pacos, nada más. Peor todavía si son del GOPE.²⁴ ¿O es muy radical esta posición?

Los cambios luego de las movilizaciones de 2006 y especialmente 2011

Después de las protestas del año 2006 y sobre todo después del 2011 se logró hacer un cuestionamiento de los valores de la sociedad que parecía que ya habían triunfado, que estaban sólidos, como el tema del lucro, la competencia, las excesivas ganancias empresariales, la corrupción, todas esas cosas que antes parecían normales. Si bien no se han logrado los objetivos de educación gratuita y la reforma educacional, al menos se logró cuestionar la hegemonía que parecía inmutable en los años noventa y principios del 2000. Lamentablemente no ha sido reemplazada por otra que proponga valores distintos, pero al menos logramos cuestionar esos que parecían normales. En ese sentido reconocemos un cambio. Falta ahora construir una hegemonía distinta, es la deuda que tenemos porque no nos hemos puesto de acuerdo y hay un vacío ideológico fuerte. A dónde llevemos esto dependerá de la fuerza que pongamos y de la unidad también al proponer algo distinto.

Podemos reconocer tres cosas que facilitaron ese cuestionamiento. Una tiene que ver con la pérdida del miedo de la nueva generación, porque como no vivieron la dictadura es una generación más joven, nacida en los años noventa cuando ya la dictadura estaba en bajada. Es parecida a la generación de Alemania de los años sesenta y setenta, cuando empezaron las protestas estudiantiles en contra de la participación de su país en la guerra de Vietnam, cuando se hizo famosa la Fracción del Ejército Rojo, mayo del '68, etc. Porque esa generación estaba cansada de ese mea culpa con el que vivía la sociedad europea de posguerra, por lo de los nazi. También se parece a cuando cayó la Unión Soviética y los antiguos estados satélites

24 Grupo de Operaciones Especiales de Carabineros.

empezaron a vivir sus propias primaveras, como la Revolución de Terciopelo. Obviamente muy posterior, porque a Chile todo llega tarde y la dictadura fue en los setenta.

Otra cosa que facilitó ese cuestionamiento es la masificación de internet y lo tercero es el periodismo comprometido. El periodismo sigue moviendo montañas. No el chileno –TVN, Canal 13, Mega–, sino el que es comprometido de verdad. Empezaron a mostrarse documentales muy fuertes, como “El diario de Agustín” o “I love Pinochet” y la gente los vio y les empezó a creer. En ese tiempo recién se empezó a masificar “La batalla de Chile” de Patricio Guzmán, apareció “Actores secundarios”, “La educación prohibida” y muchos otros. Comenzaron a salir a la luz cosas que no se conocían y se masificaron, en buena hora. También ayudaron publicaciones como “El Ciudadano” y “Le Monde Diplomatique” que no existían en los Ochenta, llegaron mucho tiempo después. Todas esas cosas favorecieron el cuestionamiento de parte de la sociedad y hay que valorarlas igual.

Al reflexionar sobre esto coincidimos en que, si bien influyó mucho la presencia de una nueva generación, estos factores hicieron que toda la sociedad perdiera el miedo. En realidad no es sólo una generación sin miedo. Por ejemplo el año pasado durante una protesta de trabajadores del cobre mataron a uno de ellos, Nelson Quichillao (*). Que los trabajadores y trabajadoras salieran a cortar la calle y se tomaran los centros de producción era bien impensado diez años atrás, porque en esa época eran los/as estudiantes con la protección de la reja de la universidad los que hacían ese tipo de protestas. Que ahora lo hagan trabajadores/as o pobladores/as demuestra que efectivamente se ha irradiado a muchos actores sociales esto de perder el miedo. Las y los trabajadores perdieron el miedo a pararse fuera de su centro de trabajo, ya sea farmacia, retail o lo que sea, para protestar por mejores sueldos. Si uno se da una vuelta por el centro de Santiago es probable que se encuentre con un montón de huelgas, de hecho ahora está la de Abcdin. Ojalá que se siga irradiando más, para que cada vez se vaya perdiendo el miedo a luchar por lo que la gente encuentra que es justo. Durante mucho tiempo después de la dictadura nos acostumbramos a que no era necesario pelear por las cosas justas. Esto sucedía por el miedo o porque Chile se consideraba un país bacán, era “el jaguar de Latinoamérica” entonces para qué pelear, había que conformarse con lo que uno tenía no más, cada uno cuidando su pega para que le vaya bien. Todos esos valores fueron cuestionados porque explotaron: durante esos años pos golpe se fue implementando esta panacea económica del acceso a todo, la gente decía “qué bacán tener tarjeta de crédito y comprar cosas”, pero después se dieron cuenta que había un lado B del neoliberalismo. La crisis asiática, después la del 2008, ese tipo de cosas influyen en la acumulación de descontento.

Violencia y organizaciones indígenas

En los noventa empezaron a caer las dictaduras en Latinoamérica y se empezaron a formar grupos indigenistas, como el Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK) en Bolivia, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México, otros en Ecuador. En Chile lo que detonó fue la quema de camiones de Lumaco en 1997 que generó la aparición de

la Coordinadora Arauco Malleco (CAM). Había organizaciones antes, como el Consejo de Todas las Tierras, pero ninguna era tan al choque porque guardaban distancia con la guerra de guerrillas, eran diplomáticas y conciliadoras. Se había conseguido que Millabur fuera alcalde en Tirúa por la vía diplomática, pero la quema de camiones en Lumaco fue un destape. El conflicto chileno mapuche recobró auge porque antes estaba olvidado. Todos habían asumido que se había acabado la guerra y que estaba todo bien, pero no era así. Y es curioso pensar que esa quema de camiones no estaba preparada, partió porque escucharon una conversación de unos pacos en la que decían “mi cabo, ¿se encontró con algún indio culia’o? ¿Y qué hacemos si nos encontramos con uno? ¿Lo atropellamos y lo hacemos cagar? Lo hacemos cagar”. Al escuchar esto se motivó un pequeño grupo que estaba descansando a la sombra de un árbol y quemaron camiones. Ni ellos mismos esperaban que tuviera tanta repercusión, pero quedó la cagá’ institucionalmente con el intendente de La Araucanía de esa época, Oscar Eltit.

Por una parte, consideramos que la aparición de la CAM y las acciones asociadas están relacionadas con acontecimientos a nivel global, incluso con el atentado del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y el desencadenamiento de la guerra contra el terrorismo. Las ideas de que los terroristas van a destruir la paz y ese tipo de cosas también influyeron en cómo la gente configuró su manera de pensar en esa época. Pero, por otra parte, el pueblo mapuche se ha caracterizado por tener su propia cosmovisión y formas de lucha, rechazando incluso la alianza con los huincas o con el pueblo chileno. Este alzamiento mapuche a partir de 1997-1998 se dio cuando se consideraba que las y los chilenos éramos “los jaguares de Latinoamérica” y nadie cuestionaba nada, muy poca gente se levantaba. Rompió con la idea que había impuesto Pinochet de que en Chile hay sólo chilenos/as. En este sentido, puede que estas acciones de las organizaciones mapuche hayan influenciado en el aumento de la protesta social. En las marchas estudiantiles del 2011 siempre había banderas mapuche, alzadas por gente que no necesariamente lo era, pero solidarizaba con su causa. Desde algunas de nuestras experiencias universitarias recordamos haber salido muchas veces a protestar por huelgas de hambre como la de Patricia Troncoso. Considerando esto podría decirse que la lucha del pueblo mapuche siempre ha sido como una bebida energética para gente chilena movilizada. En cambio, no pareciera que haya aumentado la movilización mapuche en solidaridad con la estudiantil o social chilena.

Sin embargo, desde otro punto de vista a pesar de estos casos de solidaridad con la causa mapuche se reconoce un problema importante de violencia política, social y cultural por la relación que tienen los llamados chilenos con los pueblos originarios. Por ejemplo a los chilenos y chilenas les encanta hablar de “los araucanos”, de que tienen esa sangre araucana guerrillera, pero sólo para los cuentos de hace quinientos años atrás. Cuando se trata de correr un cerco en Temuco eso no existe. Lo mismo pasa con la Isla de Pascua: todos hablan de Rapa Nui, el sau sau y pocos saben por que Chile se está haciendo cargo de la administración de la Isla, que ni siquiera le pertenece a Chile porque cuando los/as chilenos/as trataron de comprar la Isla de Pascua los/as Rapa Nui botaron la plata al suelo delante del viejo que fue a comprarla y le dijeron “mira, nosotros/as vamos a aguantar que te creas nuestro papá, pero tú no vas a ser nunca nuestro dueño”. Y esa relación continúa así hasta

el día de hoy. La mayoría de las y los chilenos no sabe que esa es una nación independiente que permitió a Chile que la administrara.

Tampoco se sabe que aún hay gente que tiene su título de merced diciendo que Pucón es de ellos. O que en el norte los Aymara no se sienten chilenos/as y el Estado se tiene que hacer cargo de eso. O que Chile mintió a los colonos alemanes diciéndoles que las tierras que les iban a regalar no tenían dueño y ahora a muchos de sus descendientes les queman las casas. Sufren violencia en La Araucanía pero no entienden por qué les pasa eso, por qué mapuche hijos de los mapuche a quienes robaron las tierras antes todavía sienten resentimiento por la manera como los trata el Estado chileno. La gente allá no entiende eso porque no conocen su historia, le dan más importancia a la historia oficial como el Combate Naval de Iquique, las fiestas patrias, pero a la historia personal y familiar no le dan importancia. Mucha gente puede llegar a saber de sus abuelos, pero de los tatarabuelos no tienen idea quiénes fueron y eso es triste porque se configura en estas violencias políticas, sociales y culturales.

Huelgas actuales

Hace unos meses hubo un extenso paro del Registro Civil. Desde el gobierno se les tachó casi como no-ciudadanos a los/as huelguistas, como monstruos, al decir “el paro del Registro Civil atenta contra la ciudadanía”. Con eso lograron que la gente que no trabajaba ahí y que necesita esos servicios se fuera en contra del paro. Y cuando las bibliotecas y los museos estuvieron como tres meses en paro nadie se dio cuenta, porque no es algo de primera necesidad. Es terrible ese egoísmo: “como no necesitamos las bibliotecas, qué nos importa que estén cerradas”. La gente que estaba haciendo tesis de grado y cosas así debió haber estado de muerte porque no podía utilizar el archivo. Porque preocupa sólo lo que te aprieta el zapato, pero no lo que aprieta el zapato del vecino. Eso es válido, pero es un tipo de ciudadanía muy egoísta.

Al vincular el tema de las huelgas con las y los encapuchados que también son considerados como no-gente, como se plantea en uno de los capítulos anteriores, nos parece que esto tiene que ver con que la violencia se considera irracional, como si nunca tuviera razón de ser que la justifique. Si se considera que un paro es violento, en Chile nunca tendría razón de ser, siempre los trabajadores y trabajadoras estarían hueveando y en realidad estarían quejándose de llenos. A eso se suma que las huelgas casi siempre son ilegales a menos que estén pactadas con la empresa.

En este país está tan metido el switch de la discriminación históricamente, que para las clases dominantes o para los medios de comunicación se hace muy fácil atacar cualquier movimiento que defienda sus derechos y que plantee algo distinto. Así lo han hecho con el paro del Registro Civil, con las y los encapuchados, estudiantes, trabajadores, mapuche, con manifestarse en la calle, etc. Entonces esa herramienta que tienen los medios de comunicación juega mucho en contra de estos movimientos. Tal vez ahora es más fácil revertirlo con las redes sociales, ya que la gente no compra tanto el cuento a los grandes medios de

comunicación. Pero a pesar de eso la televisión y los diarios siguen teniendo más peso que un evento de Facebook, un hashtag o un trending topic. La tele o una portada de diario tienen obviamente mucho más poder.

No obstante, creemos que hay que verlo como una oportunidad para innovar en los métodos de lucha, aprovechando todas las plataformas. Por eso nos molesta esa gente que dice “tú comunista que utilizas Facebook, que es un medio... tsss”, da risa. O el Iphone de la whiskierda. Desde un punto de vista, esto da rabia al no saber cómo defenderse de ese ataque, porque pareciera que es así. Pero por otro lado cuesta creer que Mac le haga la cama al Pentágono. Bajo esta perspectiva, da lo mismo si dicen que Facebook es una herramienta capitalista porque personalmente no se ve la plataforma de esa manera. Al igual que no todos los estadounidenses sean igual de conchesumadres, ni potenciales torturadores o imperialistas, ni que lo único que esperan del mundo sea convertirlo en un patio trasero de Estados Unidos. No todos son así. Es decir, allá también hay un partido comunista, también hay ultra izquierda, gente anarquista, ecologistas. De hecho muchos referentes que se utilizan internacionalmente son estadounidenses, gran parte de la industria musical de mayor influencia viene de allá, al igual que el cine. ¿Es creíble entonces, por ejemplo, que Angelina Jolie está a favor de la guerra de Afganistán? No, no se puede generalizar así, de una manera tan tonta, burda y fácil, porque esa crítica ligada a la consecuencia de cada persona es siempre desde la zona de confort. Generalmente viene de parte de quien no hace ni una hue’á. Ahí están los “haters” que son chistosos porque odian por odiar, odian por deporte.

Violencia política y género

La violencia tiene mucho que ver con el tema de la virilidad. A comienzos de los 2000 costaba más salir del closet, sobre todo en las organizaciones de izquierda más tradicional. Entonces uno piensa: ¿el día que hagamos la revolución qué rol van a jugar las disidencias, las diversidades sexuales? ¿Van a ser las putas de los milicos?! Esto recuerda al caso del cineasta Nicolás Guillén Landrián (*), que era negro y homosexual en tiempos de la Revolución Cubana. Fue muy discriminado porque no encajaba con el prototipo de revolucionario cubano macho, negro, recio, soldado. Finalmente se aburrió y se fue de Cuba. Uno igual cae en esa discriminación, aunque ahora cada vez menos porque se ha logrado instalar en la opinión pública el tema. Por ejemplo, en las protestas violentas a comienzos de los 2000 las mujeres de la Jota estaban destinadas a lo que llamaban “sanidad”. Estaban todas en una sala con los materiales de primeros auxilios e iban curando a los heridos que llegaban. Es algo súper patriarcal. Y es un tema que no todos los y las militantes habían reflexionado, sobre estas formas patriarcales dentro de toda acción política violenta, al menos la que se ejerce desde este lado. Tal vez ahora ocurra cada vez menos, pero se caía tal vez sin querer, por ignorancia o por falta de educación en la discriminación.

Las luchas siempre han sido patriarcales, y generalmente han sido iniciadas por hombres. Es cosa de ver los grandes emblemas de la izquierda como Lenin y Marx. Hay algunas pocas mujeres que no las conoce nadie o si las conocen tienen diferencias con ellas, como

Aleksandra Kollontai, Rosa Luxemburgo o Teresa Flores. Quienes reniegan de ellas dicen, por ejemplo respecto a la primera, que invisibilizó por años el machismo que había en el Partido Comunista Ruso. También dicen que son mujeres que equivalen a hombres, que no supieron instaurar una mirada femenina de la lucha. ¿A qué le llamarán mirada femenina de la lucha? ¿Les hubiera gustado que fueran con falda a la guerra? Parece que quienes luchan lo hacen como hombres.

Se les ha quitado a las mujeres la oportunidad de ser malas. Lo mismo sucede con la visión de occidente sobre las mujeres musulmanas, que parecen sólo víctimas cuando también ejercen opresión. No hay que quitarles la oportunidad de ser unas conchesumadres también. Por ejemplo, se invisibiliza la lucha de las mujeres kurdas por la libertad de su pueblo, cuando son un ejemplo del rol que debe tener el ser humano, sea hombre o mujer: estar en primera línea defendiendo a su familia, su pueblo o sus ideas. Es un ejemplo de mujeres combatientes que no están peleando como hombre ni se cortan el pelo como hombre. Pero ante este planteamiento nos surge un debate: y si se cortaran el pelo, ¿por qué agregar eso de “cortarse el pelo como hombre”? Reconocemos que a todo/as a veces nos aparecen estos elementos orientados al hombre, por ejemplo que el pelo corto le corresponde. También coincidimos en que el problema no es que una mujer se deje el pelo largo o lo corte si le gusta. Pero ¿por qué cortarse el pelo es cortarlo como hombre? ¿Existe en realidad la mujer ahombrada o es una configuración patriarcal que se ha hecho en base a puros prejuicios? ¿Por qué una mujer es más progresista cuando usa pantalón que cuando usa falda? Hay menos problemas con que las mujeres usen pantalones que con que los hombres usen falda, pero eran las mujeres las que lucharon por usar pantalones o por estudiar en la universidad, mientras que los hombres nunca fueron a tirar piedras para poder usar falda, por ejemplo. Al pantalón se le atribuye algo mejor, cuando es sólo ropa, es un género y nada más que eso.

Esto además tiene que ver con las diferencias que se hacen no sólo con respecto a las mujeres, sino también con homosexuales, lesbianas, transexuales, etc. Desde ciertas posturas se promueve “respetar la diferencia”, haciendo como que esa gente es diferente, pero ¿diferente a qué? Las organizaciones de diversidad y disidencia sexual enfrentan de distintas maneras el tema, pero por ejemplo cuando murió Zamudio todas se unieron y marcharon juntas a pesar de que cada una lo convirtió en una “medallita” distinta. Para las organizaciones de diversidad más grandes fue simplemente un joven homosexual asesinado. Para las de disidencia sexual Zamudio es más un concepto, es decir ahondan un poco más en qué tipo de persona era, cómo se vestía, el contexto en que sucedió el asesinato. Son más honestas en decir que estaba carreteando, no lo fueron a matar a la casa. Las organizaciones más grandes dirían que debería evitar andar tomando o ir al parque con la pareja homosexual, que se tiene que cuidar a sí mismo, pero ¿por qué hay que cuidarse? ¿De qué me hay que cuidarse?.

Por otro lado, a partir del caso de Zamudio hicieron la Ley Antidiscriminación, pero hay que hacer el reparo de que los/as homosexuales la han usado muy poco. Ha favorecido a otro tipo de personas también invisibilizadas, como quienes andan en silla de ruedas o a las que tienen síndrome de Down. La ley no es suficiente porque no ayuda a visibilizar los

problemas, sino que es paliativa: requiere de todas maneras seguir el conducto regular, denunciar a Carabineros esperando que te tomen en cuenta, después hacer la denuncia formal. La Ley no se hace presente en cada aspecto cotidiano de la vida de las personas, no evita que siga habiendo violencia intrafamiliar, que expulsen a niñas embarazadas de los colegios. Sólo si existe denuncia puede haber sanción, como la Ley estime conveniente. Además cabe considerar que hay sectores de la población a quienes no les importaba que hubiesen matado a un homosexual, como el sector evangélico, protestante, pentecostal que es bastante grande en este país. Un sector político que quiere representar a la comunidad homosexual porque se ve lindo, pero que en general apoya más a los movimientos religiosos. Aunque los mismos políticos son religiosos y entre esa gente suman más votos, tienen que tratar de quedar bien con ambas posturas. Y la mejor forma es hacer una ley que no incluya sólo a homosexuales con respecto a la discriminación, sino también a otras personas. Entonces, ¿qué se hace? Una ley antidiscriminación, y es de carácter tan general que incluso la invocó la iglesia contra los grupos de disidencia sexual que participaron en el ingreso a la Catedral el 2013. Hasta un nazi podría usarla por algún vacío legal, porque la ley no define la buena conducta que espera de la gente.

“En Chile la violencia también discrimina”

Dentro de un análisis general de la violencia, efectivamente hay actores sociales que son más violentados que otros. Tal vez durante mucho tiempo los/as comunistas eran considerados los/as malos/as, pero eso se puede asimilar hoy a otros grupos, como los/as homosexuales. Si un paco es represor con un/as trabajador/as o estudiante, va a ser doblemente represor si ese/a trabajador/a o estudiante es homosexual. Ahora, si es mapuche... ¡peor! Triplemente reprimido como mapuche, homosexual y estudiante. También se puede analizar la violencia desde este punto de vista y con mayor razón es necesario reflexionar sobre el tema de la autodefensa o reacción u organización de estos sectores doblemente violentados por la represión. Se podría pensar que estos sectores deberían ser doblemente violentos contra aquellos que los violentan, pero es algo a indagar aún. Y esta narrativa ha logrado poner este tema, que era una realidad desconocida en la Jota de principios de los 2000, por ejemplo.

A partir de todos estos ejemplos vemos que en Chile hasta la violencia discrimina. Para empezar a hacer una radiografía de este país más o menos sensata habría que empezar haciendo profundos ejercicios de honestidad por parte de la gente y las instituciones. Debieran ser capaces de reconocerse como víctimas de las violencias, pero también como ejecutores y ejecutoras. Las personas homosexuales igual pueden ser violentas entre ellas, como quedó patente con el caso bien bullado de uno de los primeros Acuerdos de Unión Civil que se separó en pocas semanas, donde mostraban que uno le decía al otro “tanto que te crees la muerte hue’ón, levanto una piedra y encuentro a mil más como voh”. Hay que mirar la violencia desde todas las perspectivas e instancias posibles. En la familia hay violencia, en un vecindario, en una ciudad, en un país, en todos lados hay y si la gente sigue considerando como que siempre sufre y no que hace sufrir a otros/as, no vamos a salir nunca de la cagá que hay ahora.

Presente y futuro de la protesta

Estos cambios que reconocemos durante los años 2000 han permitido ir aprendiendo, innovando, modificando los métodos de lucha. Lecturas como la que hacemos en esta oportunidad sirven para el futuro, para ir pensando otros mecanismos distintos. Por ejemplo bailar Thriller frente a La Moneda el año 2011 –ya mencionado en algunos capítulos anteriores– jamás se nos hubiera ocurrido antes, pero son nuevas formas de lucha. Hay mucho que aprender de ahí, especialmente para quienes son de generaciones anteriores. Por eso es fundamental que las organizaciones políticas y sociales piensen más estos asuntos: que conversen, evalúen el tema de la violencia y cuándo ejercerla, en qué momento. Por supuesto las respuestas a esas preguntas son distintas a las que teníamos en el 2003-2004, son otras las formas, los tiempos, el cómo ejercerla, contra quién. Recoger la historia, rescatar la memoria de nuestras experiencias va a servir para que las generaciones futuras puedan reflexionar más sobre esto y tener más éxito en sus demandas.

De todas maneras, ante esto surge el temor a que se institucionalice la protesta. Desde cierto punto de vista, la CUT, el MOVILH y todas esas organizaciones son instituciones de protesta creadas porque nunca se ha ganado nada, para seguir luchando cada vez que traten de cagarlos más. Da miedo que esas organizaciones se proyecten al futuro para seguir peleando sin nunca lograr nada. Como que jueguen a perder. Nos gustaría que las cosas se concreticen y no queremos que en el futuro se siga peleando la causa mapuche, sino que existiera una nación reconocida por Chile que se llame Wallmapu. No nos gustaría que sigan habiendo quemados de terrenos ni de bosques de pino, porque eso lo único que significa es que todavía está la cagá’.

Quisiéramos que las situaciones por las que se lucha se solucionasen en algún momento, que en el futuro si este país se sigue llamando Chile sea un país laico en serio, donde los curas católicos no se metan a hablar del aborto o de temas relacionados con familia. Que no existiesen organizaciones preocupadas de defender a los/as homosexuales de la violencia ejercida en su contra, sino que nadie ejerciera esa violencia, pero también que a nadie le importase cómo vives tu sexualidad. Que en vez de electricidad o plantas hidroeléctricas haya sólo paneles solares, cosas así idealistas. Pero que no se institucionalizase la protesta de manera que no vaya a acabar nunca. Todas esas luchas tienen objetivos y nos gustaría que esos objetivos se concreten en algún momento, no que haya eternamente movilizaciones en contra de algo. Para eso la única forma es luchar y no estamos esperando decirles a las futuras generaciones “luchen ustedes, porque yo sé que no voy a lograr nada”. Esto se tiene que hacer en todos los frentes: pasado, presente y futuro.

Finalmente, y como dice uno de nosotros “buscando ser más honestos que consecuentes”, diríamos a través de esta narrativa a las futuras generaciones que tienen libertad de juzgar todo lo que estamos haciendo ahora. Que no se preocupen de respetar a los ídolos del pasado, ahora que se están formando los ídolos del futuro. Quisiéramos que no se formasen siquiera, que en el futuro hagan mierda a esta generación si no logra aquello por lo que las futuras generaciones tengan que pelear. Que no anden respetando a los viejos hue’ones de antaño que lo único que hicieron fue llegar a esta cagá’. De la misma manera,

no idolatramos a los próceres de mierda como Bernardo O'Higgins, porque no supieron hacerlo bien en ese momento y por su culpa está la cagá' ahora. También es molesto tener que estar siempre comprendiendo que tal vez a estos viejos nunca se les enseñó, tener que estar perdonándoles que hayan cometido genocidios, ¡qué lata tan grande! A los viejos y viejas hay que valorarlos por las cosas que hicieron, pero también hay que ser conscientes de que no eran perfectos. El culto a la personalidad es enfermante.

Casos de afectados/as por violencia política estatal mencionados en los distintos capítulos de esta narrativa

Nelson Quichillao (mencionado en capítulos I, III y V)

Minero, trabajador contratista de CODELCO asesinado por dos disparos de bala de Carabineros el 24 de julio de 2015 en El Salvador, Región de Atacama. La muerte de Nelson agudizó el conflicto entre los trabajadores subcontractados y CODELCO por la revisión del Acuerdo Marco, que sigue sin solución en julio 2015.

Rodrigo Avilés (mencionado en capítulos II, III y V)

Estudiante universitario y militante de la Unión Nacional Estudiantil (UNE). En el marco de manifestaciones desarrolladas en las inmediaciones del Congreso Nacional en Valparaíso el 21 de mayo de 2015, el estudiante resultó gravemente herido tras ser alcanzado por un chorro proveniente de un carro lanza agua de carabineros. Durante varios días Carabineros negó o justificó haber agredido al estudiante, hasta que salieron a la luz pública dos videos que demuestran la participación del carro lanza aguas impactando directamente al estudiante, provocándole una lesión cerebral que lo tuvo en coma y riesgo vital durante casi un mes.

Rodrigo Cisternas (mencionado en capítulo III)

Obrero forestal subcontractado de la Planta de Celulosa Arauco que murió acribillado por carabineros de Fuerzas Especiales el 3 de mayo de 2007, durante una protesta por mejoras en las condiciones laborales y salariales.

Manuel Gutiérrez (mencionado en capítulo III)

Estudiante de 16 años asesinado el 25 de agosto de 2011 por el sargento de Carabineros Miguel Millacura, quien le disparó con una ametralladora mientras el joven observaba una protesta organizada por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT).

Nicolás Guillén Landrián (mencionado en capítulo V)

Cineasta cubano de los años 60, fue acusado de desviación ideológica y fue enviado a trabajar a una granja avícola en la Isla de la Juventud. En varias ocasiones fue encarcelado y se le sometió a tratamiento de electroshock en hospitales psiquiátricos. A finales de los ochenta participó en La Habana en una exposición de pintores disidentes, que disolvió la Seguridad del Estado de Cuba. En 1989, llegó a Estados Unidos con su esposa Grettel Alfonso como exiliado político, con quien vivió hasta su muerte. Murió de cáncer páncreas. Sus restos descansan en el Cementerio de Colón de La Habana.

VIOLENCIAS MULTIFORMES, ENEMIGOS DIFUSOS Y RESISTENCIAS RELATIVAS

Presentación

Somos 6 mujeres y hombres con edades entre los 24 y 40 años, conformamos un grupo de trabajo cuyo fin es la elaboración de esta Producción Narrativa en la cual damos cuenta de nuestras experiencias y puntos de vistas sobre la violencia política en Chile. Todes¹ hemos participado activamente de movilizaciones sociales de los años 2000 en adelante, nuestras movilizaciones se vinculan de manera importante, aunque no exclusiva, con espacios universitarios y educativos. Hay quienes nos movilizamos a partir de los años 2008 o 2011, otros participamos también antes del 2000 siendo ya jóvenes o aun adolescentes. Nuestras formas de activismo y militancia se vinculan a una variedad de temáticas que reconocemos como íntimamente conectadas: las demandas estudiantiles, la diversidad sexual, los feminismos, el género y la sexualidad, temáticas ecologistas, medioambientales y comunitarias, movimientos de pobladores y la soberanía alimentaria, entre otras.

¿Quiénes estamos convocadas acá? Todes tenemos una educación universitaria, todes nos podemos sentar a hablar de la violencia teórica, pero también nos cuestionamos qué sucede con alguien que no ha tenido el privilegio o no es parte de la elite universitaria. Este texto recoge simultáneamente nuestras voces como grupo e individuos, haciendo uso de la tercera y primera persona para narrar nuestras reflexiones y experiencias, dando cuenta de este modo tanto de memorias personales como colectivas.

Recordando las movilizaciones sociales

Las movilizaciones sociales nos parecen distintas en la actualidad, son más sociales, más familiares y más grandes, hay más color y baile. Antes las marchas eran más militantes, con muchas banderas y más cuadradas. Notamos la diferencia desde el 2011, e incluso desde el 2006 en adelante. Este cambio lo notamos especialmente algunas que tenemos una historia más cercana a grupos vinculados a la violencia política de los años 80 y 90, los cuales fueron súper criminalizados por “la Oficina”,² que desbarató al Lautaro,³ donde militaban cabros

1 Hemos decidido manifestar nuestro compromiso con un lenguaje no sexista e inclusivo de género. Luego de debatir en torno al uso de la “x”, el “@” y la “e” como formas de remplazar un nosotros masculino y masculinizante, decidimos usar la “e”, motivo por el cual hacemos uso de palabras como “todes”, “otres” y “nosotres” en esta narrativa para ir más allá de la inclusión del binario hombre/mujer. Reconocemos, sin embargo, que no usamos cotidianamente esta forma de hablar. Cabe señalar que cuando se hace explícito un género masculino o femenino se está refiriendo específicamente a los hombres o las mujeres que participamos de la elaboración de este narrativa. En algunos casos se hará uso de un slash (por ejemplo “compañeros/as”).

2 Entre 1991 y 1993 operó el Consejo Coordinador de Seguridad Pública, conocido como “la Oficina”, que fue la entidad encargada de la persecución a los grupos armados que mantuvieron sus acciones tras el regreso a la democracia el año 1990.

3 El MAPU-Lautaro fue una organización de la lucha armada para la transformación política, económica, social y cultural del país, de inspiración marxista-leninista y maoísta que surgió en Chile al año 1982.

chicos de hasta 15 años. Entonces, hasta el año 2000 los grupos organizados de la izquierda en general tenían aun esa noción como bien militante, de formar cuadros políticos, con una herencia de educación militante que pasó a ser la política de toda una generación. Se seguían usando nociones como “llegar al punto”, hablar de “chequeo y contrachequeo”, vocabularios muy de los 80, eso de estar pendiente de que nadie te sigue. Podemos vislumbrar un cambio, una especie de evolución en relación a cómo se ve la política desde lo estudiantil actual. Pero sigue existiendo también esa otra tradición en la universidad, esa cosa súper militante que tiene que ver mucho con lo que fue la FECH⁴ en los '20, casi uniformados.

Unos pensamos que quizás el hecho que las movilizaciones se hayan vuelto más masivas en los últimos años no tiene que ver con que la izquierda haya tenido grandes aciertos, un programa claro o unidad estratégica, sino más bien con la pérdida de capacidad de dominio de la propia política, en la cual fue apareciendo gente que no tenía contemplada. O sea si la Concertación fue una máquina de desarticular el tejido social, era “cierto tejido social” el que supo desarticular, no el que aparece ahora con estos nuevos sujetos que son más propios de los años que nos toca vivir a nosotros.

Últimamente se habla de un despertar de la sociedad y reconocemos un sentimiento de interconexión entre los distintos movimientos en los cuales nos movemos. La concientización como colectividad nos parece central para hacer frente al neoliberalismo individualista, y no terminar cada persona encerrada en su burbuja.

Nuestras biografías activistas/militantes están marcadas por nuestro paso por diversas universidades. En Chile las universidades se diferencian, entre otras cosas, por el tipo de activismo político que en ellas se vislumbran. En la Universidad de Chile está la izquierda, la izquierda-izquierda y la izquierda súper izquierda. Todos sabemos que existen múltiples tensiones y peleas al interior de esta izquierda. En la universidad aprendimos a organizarnos de otra manera, articulamos trabajos en red con otras regiones y realizamos campañas comunicacionales.

Pero al mismo tiempo algunas reconocemos que en la política y en la universidad no vamos a cambiar la sociedad, por eso optamos por alejarnos del trabajo político en espacios universitarios para insertarnos en poblaciones, haciendo talleres con niños, niñas y mujeres. Fuera del espacio universitario conocemos y nos articulamos con otras organizaciones, como por ejemplo movimientos de pobladores a quienes podíamos apoyar material, política y socialmente. Nos preocupa la diferencia entre la revolución universitaria elitista y la revolución con el pueblo. Creemos que todos los espacios de lucha son válidos y conforman potenciales espacios de resistencia, pero reconocemos que al final los que salen más perjudicados es el pueblo, la mano de obra.

Desde que terminó la Dictadura la izquierda se volvió algo muy raro, tenemos estos personajes de izquierda muy neoliberales que finalmente no son de izquierda, sino más bien de

4 Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

derecha. Parece fácil identificar a los ultra-izquierda y ultra-derecha, pero hay todo un grupo de seres intermedios que son difíciles de identificar, como la Concertación en general. La izquierda en Chile está en crisis. Pensamos por ejemplo en los casos de corrupción recientes, personas que se supone son de izquierda que se vendieron al sistema, recibieron millones y destruyeron la naturaleza, la educación, etc. Parece que esas personas tienen valores que son más bien propios de personas de derecha, porque defienden su plata, la privatización, el libre mercado, su aristocracia, su raza, su clase social y quieren cuidarla.

Asumimos tener una mirada crítica, pero nos seguimos identificando como personas de izquierda, aunque no nos identifiquemos quizás con ciertos estereotipos de izquierda y expectativas que se generan en torno al “ser de izquierda” en ciertos ámbitos universitarios. Algunos recordamos comentarios tensos relacionados : “¡pero cómo no cachay esa canción de Quilapayún!” donde no cumplimos con ciertas expectativas del ser de izquierda asociados a gustos musicales, estéticas y uso de determinados símbolos como la polera del Ché. También a algunas nos ha pasado que no nos sentimos tan cómodas con amigas feministas que son más pro lucha obrera (cercanas a la lógica de los cordones industriales) que hacen uso cotidiano de un lenguaje con el cual no nos sentimos tan identificadas, ya que nos remiten a estructuras muy rígidas y son personas muy intransigentes con discursos muy estructurados que al final como que te tiran un libro.

Otros teníamos la idea de que había que superar la izquierda sin dejar de llamarse de izquierda. Hoy en día ser de izquierda implica ponerse del lado de las fuerzas más progresistas de la sociedad y de las formas políticas más emancipadoras, lo cual a su vez implica más democracia y participación. Son estas fuerzas progresistas las que desde la posibilidad de organizarse sostienen la sociedad.

También nos acomoda quizás más pensarnos como anti-hegemónicos y no como de izquierda, pues en el momento actual puede significar muchas cosas. Lo contra-hegemónico implica querer enfrentar un modelo coercitivo que nos excluye todo el tiempo. Pero también consideramos que denominarnos contra-hegemónicos puede parecer pretencioso. Hay entonces una tensión a la hora de nombrarnos de izquierda, pero a su vez reconocemos que nos seguimos identificando como personas de izquierda.

Cuando pensamos en el período histórico del año 2000 en adelante, el movimiento estudiantil marca hitos importantes, tanto en el año 2006 con la Revolución Pingüina, como en el año 2011 cuando explotó el movimiento estudiantil, período en el cual varios/as nos encontrábamos estudiando y participamos activamente de dichas movilizaciones. Hay además otros hitos como importantes y relacionados, como las manifestaciones por la Ley Marco en 1997,⁵ porque ahí comienzan también a surgir muchos movimientos, organizaciones y colectivos en las universidades, creemos que ese hito marca también un comienzo de manifestaciones.

5 El Proyecto de Ley Marco de 1997 fue un proyecto que buscaba fortalecer la privatización de la educación superior en Chile.

Otro evento clave fue la APEC⁶ el año 2004 que tuvo una convocatoria masiva, un foro social y una movilización importante, no era algo tan organizado pero sí era mucha gente considerando la cantidad de personas que en ese entonces se movilizaba. El 2005 fue la movilización contra el Crédito con Aval del Estado, recordamos esto y pensamos en cuánta gente estaba ya endeudada pagándole a los bancos. El Crédito con Aval del Estado es una política que le mete dinero público a los bancos, esa sería la definición básica de ese crédito. A quienes nos movilizamos nos acusaban de estar en contra de que el resto de los estudiantes que no estaban en universidades públicas estudiaran, con ese dedo nos apuntaron ese año. Algo parecido dijo Lavín cuando empezaron las movilizaciones el año 2011: “¡Ustedes no quieren que el resto estudie! ¡Privilegiados!”.

Por esos años, 2004 o 2005, hubo un paro nacional súper importante, que fue uno de los más grandes que tuvo la CUT,⁷ en el cual se paralizó la ciudad dos días, de hecho hasta los micreros adhirieron y eso que hace mucho tiempo que el gremio de las micros (cuando aún no era Transantiago) no adhería. Recuerdo que ahí estuvimos con la autodefensa de masas, entendíamos que en ese momento todavía existía esa democracia tutelada, entonces como que la represión era mucho más feroz o mucho más marcada por los atisbos de una dictadura quizás no tan pasada.

El 2006 fue el año de los pingüinos, participaban militantes vinculados a la Concertación, el gobierno estaba metido en la movilización, de modo que existía esa dualidad. Había más apoyo de los medios de comunicación para que la movilización desestabilizara un poco el gobierno de Bachelet. Pero luego viene el portazo que dan a esta movilización, con el acuerdo de la Ley General de Educación que iba a reemplazar a la LOCE,⁸ eso fue violento. Lo que hicieron fue meterle mucha plata a los dirigentes estudiantiles, los mandaron de vacaciones, les pagaban viajes a Brasil, para que se dejaran de movilizar y dejaran sus colegios tranquilos. Eso va perdiendo efectividad con los años, pero sigue vivo.

La violencia es la partera de la historia de Chile

Cuando vamos estableciendo los límites entre lo violento/no violento empezamos a relativizar la idea de violencia. La sociedad ahora encuentra más violento a un estudiante que tira una piedra a un guanaco que lo que sucede en la minera de Caimanes,⁹ donde se le ha quitado el agua a toda una comunidad. Hay una violencia sistémica que engloba lo

6 APEC Chile 2004 fue la decimosexta reunión anual de los líderes del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (en inglés: Asia-Pacific Economic Cooperation, APEC), realizada en Santiago de Chile entre el 20 y el 21 de noviembre de 2004. Los días previos al encuentro de los líderes de la APEC se realizaron protestas en contra de la cumbre, en las ciudades chilenas de Santiago y Concepción, , realizadas principalmente por grupos anti-neoliberales, como también en contra del presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, por sus políticas internacionales, como la guerra de Irak y la continuidad del embargo contra Cuba.

7 Central Unitaria de Trabajadores de Chile

8 Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza.

9 Conflicto entre la localidad de Caimanes (Región de Coquimbo) y Minera Los Pelambres por la localización de un relave minero.

estudiantil, las relaciones de género, lo laboral, hasta la sequía y el extractivismo. Como dicen por ahí “la violencia es la partera de la historia”. La violencia es parte de la historia de Chile.

La violencia es parte de las relaciones humanas, pero la evaluación de lo que es violento, de lo que es más o menos condenable está mediado por la ideología. Si yo me pongo a conversar por ejemplo con un compañero de la Universidad Católica resulta que soy un monstruo porque apoyo el aborto. Pero a su vez la violencia tiene un montón de dimensiones, la puedes diferenciar en términos de si afecta la integridad física, si es pasiva, si es activa. Y la violencia va para los dos lados, desde lo estatal pero también el movimiento social la ejerce, sujetos a pie también la ejercen, entramos en una dinámica de violencia y no podemos desconocernos como sujetos violentos también en algunos contextos.

Esta inevitabilidad de la violencia nos genera sentimientos encontrados, desilusión y contradicciones. La desilusión de decir “es imposible, nunca vamos a encontrar una solución no violenta a alguna movilización social”, y por otro lado reconocer “por eso mismo hay que seguir movilizándose”.

Una de nosotres recuerda haber ido hace poco a una charla del historiador mapuche y militante, Fernando Pairicán. En la ocasión, estudiantes le hicieron muchas preguntas sobre el tema de la violencia y el terrorismo de Estado. Él dijo que nunca ha optado por el camino violento, pero a su vez problematizó el modo en el cual los empresarios, terratenientes y latifundistas hablan de la paz en la Araucanía, enfatizando que no puede haber paz si no hay justicia social.

Al pensar en lo que sucede en el sur de Chile y el pueblo mapuche, reconocemos que la muerte del matrimonio Luchsinger nos genera menos empatía porque nos recuerda que hay vidas que valen más que otras. Se trata de una familia que construyó un imperio a costa de del envejecimiento y los problemas de salud de un montón de gente. Esa explotación nos parece mucho más condenable y asumimos que ese posicionamiento está absolutamente mediatizado por nuestra ideología.

¿De qué estamos hablando cuando nos referimos a violencia política?

El concepto mismo de violencia política es confuso e incluso nos incomoda a algunos. Parece contener un juicio previo, violencia política es como “ya te pasaste”, pero por otro lado lo político a su vez parece justificar la violencia. Creemos que la idea de violencia política está históricamente construida y políticamente delimitada. Al entrar a discutir es imposible no situar actos concretos de violencia política, es en este ejercicio que los límites y los juicios se vuelven difusos y relativos.

En primera instancia reconocemos dos tipos de violencia política que percibimos de manera constante y que se relacionan entre sí: una violencia estructural que tiene que ver con la exclusión, la desarticulación, la criminalización, la invisibilización y el desmembramiento

de los movimientos sociales. Y un segundo tipo más ligado al castigo, a la represión y a la violencia física ejercida sobre los cuerpos.

Cuando pensamos en una violencia política estructural recordamos que como estudiantes nos tocó vivir entre los años 2003 y 2015 un resquebrajamiento o agotamiento de la política en su forma de conducir la sociedad en Chile. En la etapa inicial estaba muy vigente la capacidad enorme de la política de excluir. Para uno de nosotros la primera sensación de violencia y frustración vivida desde la política y el Estado hacia uno/a como intento de sociedad organizada, se relaciona con la capacidad de invisibilizar la organización. Esto sería la primera experiencia de violencia más explícita, más intencionada y más consciente. El daño producido por la exclusión política es algo que a nuestra generación le tocó vivir de manera bien clara, sobre todo a quienes intentan organizarse sin ser militantes, la gente común y corriente. En la medida en que pasa el tiempo eso se fue agotando, y ya no es tan fácil invisibilizar una movilización, entonces hay que criminalizarla, hay que cooptarla y se empiezan a trabajar otras formas. Pero lo primero es la capacidad de excluir.

A la violencia estructural la relacionamos también con el efecto mediático que busca desmembrar los movimientos sociales y disgregarlos, haciendo creer a los entes movilizados que los tópicos por lo que se movilizan no tienen ninguna conexión. Entonces hay un día para la liberación de los homosexuales, otro día para las mujeres, otro día para el movimiento estudiantil. Y es como que “ojalá que el movimiento mapuche no pase por la Alameda, sino por otra calle más escondida”, imposibilitando así armar un movimiento social más articulado.

El mundo político más formal, la prensa y el canal estatal son a su vez claves en la reproducción de esta violencia política estructural. En TVN, por ejemplo, cuentan con un manual sobre cómo procesar los conflictos sociales en los noticiarios, ahí hay algo que es explícito. En la prensa y los medios de comunicación, podemos ver del 2000 en adelante esta intención de caricaturización y criminalización que es altamente violenta. Es difícil establecer los límites de la violencia, pero los efectos que produce se traducen en la angustia de la gente que se está movilizándose, que se quiere organizar, que quiere poner una demanda colectiva que entiende que es justa. El desmembramiento y la disgregación se evidencia cuando nos dicen insistentemente “no se junten”, “no vayan” o “no, si en la marcha había 5 personas” aun cuando sabemos que había 5 mil. Es clara la intención de criminalizar por parte de los medios de comunicación para bajarle el perfil a los movimientos sociales. Podemos pensar esta violencia como una gradiente completa desde no aparecer en los medios de comunicación hasta criminalizar a cuatro personas que se organizan e ir a aplastarlos, como decían en los '80: “tres personas juntas saltando son comunistas”.

Cuando hablamos de violencia estructural hablamos a su vez de la violencia de la Constitución, de la violencia de un sistema que te obliga a endeudarte, de un sistema que no te da derechos laborales, de un sistema que te obliga a ir al servicio militar, un sistema que es violento en su estructura. Consideramos que la Constitución política que nos rige se puede pensar como un hito central de la violencia política en Chile. Fue escrita en dictadura y de ahí en adelante todo Chile es violencia. En la Constitución está todo, la segregación de las

clases sociales, cómo se beneficia a ciertas personas o mejor dicho a los empresarios, cómo generar políticas para que no haya educación para la gente y tener mano de obra más barata, facilitar que los empresarios se hagan más millonarios y que haya una clase media bien amplia, que no es clase baja por lo tanto no acceden a crédito, pero tampoco es alta entonces se mantiene ahí como más o menos. En la Constitución encontramos también el Código del agua del año '81, la Ley eléctrica del '82, el Código minero el '83, entonces ahí tenemos una estructura que se plantea desde unas reglas del juego donde el agua es un bien privado, y la Ley eléctrica tiene supremacía sobre cualquier otra ley, por tanto se puede construir una represa y se genera el terreno ideal para situaciones de violencia como las que se vieron en el Alto Bío Bío, en la década del '90, que fueron las primeras luchas medioambientales grandes que aglutinaron a mucha gente, con ayuda internacional y todo un cuento (con lo bueno, lo malo que significa). Ahora en ese territorio se ven índices de pobreza súper altos, alcoholismo, drogadicción, desarticulación de las comunidades indígenas, las familias peleadas entre ellas. Y esa es la radiografía de lo que ha ocurrido en muchos otros espacios, como Caimanes.

El segundo tipo de violencia que reconocemos como más físico es la violencia del castigo, de la represión. Sabemos que a nuestros/as compañeros/as les siguen sacando la cresta en las cucas, eso sigue existiendo. Esta violencia se relaciona con la anterior, ya que opera la desarticulación para evitar que el movimiento social explote, pero al momento de explotar se acalla a las voces más visibles a través de la violencia física más explícita. Este segundo tipo de violencia, más explícita físicamente, es la violencia más visible a nivel de sociedad, sus actos son los que se suelen tildar de violentos, y la violencia del primer tipo suele ser tratada como normas, reglas y legalidad. Esta violencia presencial y física, de tirar piedras, romper bancos, tirar chorros de guanaco, que derivan en confrontación personal es la que es considerada como violencia. Nos parece fuerte hacer este ejercicio, ver qué se tilda de violento y qué no, y cómo lo que se considera violento se criminaliza y se establece justamente como lo violento.

La diferencia entre estos dos tipos de violencia se siente, de modo que a nivel de experiencias personales concretas es muy diferente un sistema que me oprime o la imposibilidad de llevar a cabo ciertos actos, o saber que ciertas cosas se invisibilizan, a estar con un guanaco al frente o que me agarre un paco cuando voy corriendo. Se sienten como violencias completamente distintas, puede parecer algo irracional, pero es una experiencia más adrenalínica versus un ejercicio político más racional, reflexivo, crítico y analítico. Es sentir la violencia en el cuerpo, y en ese momento no estás pensando en los mecanismos micropolíticos. Es una violencia presencial que genera una rabia distinta también, más vivencial, de supervivencia. Reconocer esta diferencia no es querer naturalizar que una violencia es más violenta que la otra.

A la violencia física algunos no nos sentimos tan expuestos personalmente, si comparamos con amigos involucrados con la lucha del pueblo mapuche, por ejemplo, que viajan a Temuco, que sí están constantemente expuestos/as a violencia física, porque allá los pacos son más brígidos. Entonces, a mí nunca me ha sacado la chucha un paco, pero a su vez co-

nozco los relatos de lo que pasó en la Venda Sexy,¹⁰ y sé que lo que a mí me podría pasar ni se compara, ni el miedo que yo puedo tener tampoco se compara, es mucho menor.

A la vez, diferenciamos violencia estatal y violencia política estatal. La violencia estatal se vive en experiencias cotidianas como, por ejemplo, mi vecina que no tenía plata para cargar la tarjeta bip entonces tomó la micro, la bajaron, le pasaron una multa, no tenía plata para pagar la multa y se fue en cana 2 días. Entonces ella termina con reclusión nocturna porque no tiene plata para pagar su tarjeta bip, por andar en micro para ir a dejar al cabro chico al colegio. Eso es violencia estatal. La violencia política estatal es esa que está conscientemente orientada a impedir que se organice un sujeto colectivo capaz de amenazar el orden, y esa es la distinción cuando es como con un sentido propiamente político y cuando es el Estado siendo el Estado, que es esencialmente político, pero que no busca desarticular.

La violencia política estatal tiene que ver también con la administración del Estado en su esfera política, que no es la dimensión solamente formal de los diputados y los senadores, sino donde también la iglesia y el empresariado tienen un rol fundamental. Hay una conjunción entre políticos, empresarios, iglesias, medios de comunicación, que son una alianza muy consciente, muy explícita, de hecho nos sorprende como coinciden los intereses. En relación a esto podemos pensar en cuestiones súper concretas de coyuntura como lo que está pasando con el Acuerdo de Unión Civil (AUC) y el paro del Registro civil que lleva ya como 23 días. Recuerdo ver el matinal en el trabajo y mostraban la huelga del registro civil y la gente desesperada, y luego muestran a dos mujeres del MOVILH¹¹ abrazadas, onda diciendo “qué bonito ahora Chile está creciendo”. Y con ese discurso aparece la Bachelet como súper progre, súper bacán, apoyando la diversidad sexual, mientras los otros se movilizan.

La violencia que se ejerce desde el lado subalterno es distinta

Puede tener sentido replantearse lo que es violento desde el lado no hegemónico, y desde ahí construir una visión propia de lo que es o no violento. Porque nos acusan de violento/as cuando traspasamos la barrera de lo que es políticamente permitido. No hay que entregarse a lo que otro/a define como los límites de lo políticamente posible.

Nuestras experiencias con la violencia política se relacionan también con respuestas violentas por parte de ciertos sectores que se organizaron para responder violentamente al Estado. Organizaciones anti-sistémicas por ejemplo, con las cuales algunas nos educamos políticamente en el pasado, en el contexto universitario también. Por eso es clave el hito del '97 de la Ley Marco, porque quienes se organizaron en ese momento venían de los años '80 y '90. Son jóvenes que fueron del FPMR,¹² son muchos jóvenes que fueron del movimiento revolucionario del MIR,¹³ del Lautaro y se articularon en esa manifestación. Yo vengo de

10 Centro de tortura sexual de la Dictadura.

11 Movimiento de Integración y Liberación Homosexual.

12 Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

13 Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

la USACH¹⁴ que es súper proletaria también, entonces siempre ha tenido esa concepción “proleta” de clase, muy marcada. Entonces creo que es importante reconocer el monopolio de la violencia que tiene el Estado, que tiene todo ese control represivo y las armas, pero también es importante reconocer la violencia política de la respuesta violenta a ese sistema. En ese sentido hay otra violencia también. Conmemorar el Día del joven combatiente en la Villa Francia o en la Santiago es algo que comenzó en esa época y eso yo lo viví, aunque haya vivido una especie de evolución política después, y considero que he cambiado totalmente en relación a esos años.

Debemos reconocer la violencia política que se ejerce desde quienes no son parte de la alianza con el Estado. Se trata de quienes quieren construir algo diferente, y ahí podemos pensar la política en términos subalternos, no dominantes y eso es distinto. Para unos la violencia política desde el lado subalterno implica conciencia, implica un sujeto colectivo y un bien común. Es más reflexiva y tiene objetivo. El Estado en su alianza con la iglesia católica y los empresarios tiene una hegemonía y ejerce una violencia súper sádica que no se puede combatir de igual a igual, es una violencia que te define como subalterno. No podemos responderle de igual a igual a esta máquina y esto es central para no perdernos en esta discusión hablando de lo que se puede considerar o no violento. La violencia de un lado no tiene nada que ver con la del otro lado, o sea si la pelota es tuya, tienes el sartén por el mango, tienes la plata, los militares, la policía, la gendarmería y pones las leyes y ganas mucho dinero con eso, entonces lo que podemos hacer para exigir justicia es súper limitado. El guanaco es una máquina gigante con un pistón que lanza agua a no sé cuántos kilómetros por hora que casi mata a un joven, versus un encapuchado que por sentirse más liberado y adrenalínico lanza una piedra que no hace nada.

Una de nosotres recuerda lo que denomina el “juego de la violencia”. Yo estudié 10 años en la Universidad de Chile y me gustaba quedarme en las marchas hasta el final, y ver cómo se disgregaban todos/as cuando terminaba el acto y ver qué pasa después. Y miraba este juego que se daba con estas personas “súper políticas”. Me acuerdo de muchos amigos que hacían bombas de pintura, y andaban con las mochilas llenas de bombas de pintura y piedras. Entonces ver a este grupo de personas tirándole piedras a un auto gigante de fierro de la policía y pensar: “¡chiquillos las piedras no le hacen nada!”. Y después vienen los pacos, les pegan y se los llevaban en cana. Este juego de la violencia es un juego al final: vienen unos y tiran piedras, después viene el guanaco y los moja a todos. Es como “juguemos a ser violentos pero sin ser violentos realmente”. Entonces les dan material a los medios de comunicación para que digan: “ven que son todos los niños súper violentos” cuando en realidad es como: “loco, le estoy tirando piedras a un camión que no le pasa nada”.

Para unos la violencia política subalterna se caracteriza por ser democrática al estar articulada en torno a un sujeto colectivo y bienes comunes, otros creemos que es complejo definir algo como democrático, porque de alguna manera le quita su cualidad violenta. Queda muy a disposición de quienes definen qué es democrático, porque en el fondo

14 Universidad de Santiago de Chile.

tomarse una calle, más allá que yo esté de acuerdo con la iniciativa y que sienta que va en pos de un bien común y de un ejercicio democrático, también pienso en el tipo que va en la micro que si no llega a la pega lo van a echar y que tiene cuatro cabros chicos y no participó en la decisión democráticamente armada de que el movimiento social se tomara la calle ese día.

A esto se suma que la lucha por el bien común se ha ido desdibujando en un espacio en el cual se ha enfatizado al individuo y a la mezquindad, donde se ha exacerbado el “sálvate solo” propio de una sociedad súper individualista. Hay una cosa neoliberal capitalista tan establecida que hasta en Cuba somos todes iguales, pero hay unos/as que son más iguales que otros, tienen casas más grandes y se van de vacaciones a otros países. Al final parece que no tiene que ver tanto con el color político, sino con que el poder corrompe.

Algunos creemos importante tener en cuenta la relación entre medios y fines a la hora de llevar cabo acciones desde el lado subalterno. Yo puedo estar de acuerdo con la recuperación de tierras, pero no compartir la vía armada para llevar a cabo esta recuperación. Los fines, desde la perspectiva de izquierda de uno de nosotres, no se pueden desvincular de la práctica que se desarrolla para lograrlos, hay que elegir las prácticas más afines. Hay que tener mucho cuidado con las actividades que se promueven y cómo se van trazando los límites porque uno/a va construyendo al mismo tiempo un sujeto social colectivo. En ese sentido es importante trazar la línea de cuál es el uso legítimo de la fuerza colectiva subalterna. Jugar con la integridad de otras personas nos parece complejo.

Una de nosotres recuerda un incidente justo después de una marcha estudiantil: esa noche se iluminó la Alameda con todos los basureros incendiados, fue justo después del caso del chico de la UNE, Rodrigo Avilés,¹⁵ y estaba ahí una niña con unos encapuchados como anarcos insurreccionalistas, y estos chicos le estaban pegando a un banco. Y la niña empezó a enfrentarlos y se armó una dinámica cargada de adrenalina. Yo me puse a discutir con ella y le decía: “flaca es un banco cachay, no es un colegio, no es un quiosco de la tía de la esquina, no es un almacén de barrio. Es un banco, y todo lo que representa un banco que es la violencia contra todos los estudiantes que están movilizados, que están endeudados hasta el cogote, que igual simbólicamente se está atacando”. Entonces no te puedes poner a defender tampoco al banco siendo que es el banco el que te pone la pata encima.

Entonces si pensamos, por ejemplo, que en atacar un banco si hay cierta aceptabilidad como estrategia política, pero si consideramos atacar “el negocio del tía” ahí la cosa varía. En ese sentido creemos importante poder relativizar algunas definiciones demasiado concretas y delimitadas, porque al final todo se evalúa en un contexto.

15 Unión Nacional Estudiantil. Rodrigo Avilés es un estudiante de 28 años que fue impactado por un carro lanza agua policial (guanaco) en una manifestación el 21 de Mayo de 2015, quedando en coma y en estado grave con una lesión intracerebral. Los hashtag #FuerzaRodrigo y #NoMásRepresión se difundió a nivel global como muestra de apoyo a Rodrigo y repudio a la violencia policial.

Lo más fácil es pegar el combo devuelta

Si la violencia política de Estado se articula atomizando, encapsulando y operando comunicacionalmente, entonces entrar en episodios propiamente violentos desde el lado subalterno es la reacción que nos hace caer en el negocio redondito, porque es lo que se espera del otro lado. Siento que lo más fácil es pegar el combo de vuelta. Armar enfrentamientos e ir a “sacarse la chucha”, es algo que también hice alguna vez en tercero o cuarto medio, pero después lo encontré un sin sentido. O sea, a lo más le puedes cagar la vida a alguien.

Es súper complejo porque tú le ofreces solidaridad a la ciudadanía y lo que recibes también es violencia desde el mismo entorno social, se trata de una máquina que ya tiene transformado al ciudadano común. Todes lo hemos visto cuando salen a alegar en contra de las marchas porque no funciona el Transantiago, hay una falta de empatía tremenda. Pero cuando suben el precio del Transantiago la gente asume callada. Por eso mi sensación es que el pueblo más unido de lo que estuvo no va a estar.

Uno de nosotres cree en la construcción de una no violencia activa, una forma de participación que ejerció por ejemplo el Movimiento Sebastián Acevedo¹⁶ en tiempos de dictadura, enseñaba cómo practicar una acción no violenta que permitiera dejar de manifiesto lo que tú querías establecer, pero sin la pelota de la violencia. Acciones que buscan proteger, como las cadenas humanas. Se trata de un ejercicio permanente, y en la persistencia puede haber logros importantes. Se reconoce el rol de la fuerza que es fundamental para la vida de todes nosotres, todo lo que se mueve tiene que ver con un despliegue de fuerzas. Y esta fuerza puede ser organizada racionalmente, no es solo fuerza física, y es legítimo el uso de la fuerza en su sentido amplio, y puede ser legítimo el uso de la fuerza física también. Y la fuerza física no necesariamente implica violencia, esa es una distinción clave para la idea de no violencia activa, que puede ser muy enredado de entender. Habla de romper las reglas.

Recordamos el ingreso a la Catedral en la marcha por el aborto, un acto de violencia que consideramos una forma de no violencia activa. Te manifiestas e irrumpes en un contexto para llamar la atención pública y generar reflexión en torno a tu demanda. La marcha a favor del aborto que culminó con la irrupción en la Catedral de Santiago el año 2013 es evidentemente una acción de fuerza que generó una reacción. Una de nosotres recuerda ese día, ya que como Marcha Mundial de las Mujeres pidieron el permiso a la Intendencia para marchar por el aborto libre, y la patada que les llegó después fue increíble. Citaban a la vocera para que diera nombres e identificara personas a partir de fotos.

El acto de irrumpir en la Catedral fue criminalizado, retratando a quienes entraron como enfermos/as, patológicos/as y locos/as desviados/as, delincuentes. La Coordinadora Feministas en Lucha convocó a la marcha de ese 25 de julio, y fue necesario organizarnos después de lo sucedido en la Catedral para armar un equipo judicial que apoyara a las com-

16 El Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo fue un grupo de defensa de la integridad física de los detenidos durante la Dictadura cívico-militar en Chile.

pañeras si es que pasaba algo más. Los “ratis”¹⁷ asumían que la persona que pidió el permiso para la marcha conocía a todas las personas que estaban ese día. La irrupción fue casual, espontánea, no fue premeditada. Los que empezaron a comportarse físicamente violentos no fueron precisamente los que entraron a la Catedral. Al principio fue un acto de mera presencia, pero la exaltación fue tan grande que las personas que estaban ahí, los católicos, empezaron a golpear y tirar cosas, y se armó la pelea.

Además la Iglesia es violenta desde su constitución, históricamente. Es por esto que otro de nosotros recuerda lo maravilloso que fue haberse enfrentado a la iglesia católica, y además en ese preciso momento tenía lugar un acto con presencia de la alcaldesa Carolina Tohá y otras personalidades, por eso fue tan comentado. Luego se criticó desde el movimiento feminista que los medios solo valoraron ese hecho puntual y no la masividad de la marcha en general, las 5 o 6 mil personas que apoyaron la consigna del aborto libre. Pero claramente fue un hito. La marcha en sí fue súper pacífica y no hubo fuerzas especiales ese año. Éramos mujeres, entonces ¿qué daño le podíamos hacer a la sociedad? De hecho no teníamos permiso para marchar, pero había tanta gente que no podíamos contenerla y teníamos que marchar y se cedió el espacio. Pero el año siguiente nos pusieron todo tipo de vigilancia policial, después de lo sucedido en la Catedral.

Concordamos varios/as que con los movimientos feministas y más queer surgen otros escenarios en Chile, de los cuales formamos parte quienes reconocemos además un cambio al momento de ponernos los lentes generizados para mirar la realidad social.

Pareciera que como sociedad no sabemos reaccionar, porque a lo mejor no tuvimos la formación, no todes tuvimos educación cívica, no todes tuvimos formación política de cuadros. Desde el movimiento socio-ambiental se revitalizan modos que parecen ser la única herramienta que le queda a gente de Freirina o Caimanes, por ejemplo. Es justamente la reacción de violencia lo que uno se puede esperar, porque es lo que estructura al sistema también. Se van instalando polvorines que responden a esa violencia estructural. Entonces la no violencia activa es un espacio para discutir hacia dónde ir, qué otra cosa se puede crear, que no sea irse a vivir al cerro donde te borras como sujeto social activo y político. La no violencia activa es la contribución del mundo ecologista, para bien y para mal. Si recordamos el año 2011, esas fueron marchas importantísimas, pero pacíficas dentro de todo. Se trabajó mucho para encapsular esos focos violentos justamente para no caer en ese juego. Recuerdo que antes de eso me tocó estar en la coordinación, cuando explotaron las marchas por Hidroaysén, que antecederon incluso a las del 2011 y los que organizamos para esas marchas apoyamos todo el trabajo en la toma de la Universidad de Chile.

Pensamos también que movimientos más explícitamente violentos pueden ser contraproducentes en términos estratégicos, considerando el refinamiento comunicacional de la violencia estatal, por ejemplo. Si pensamos en la criminalización a partir de montajes, en la inserción de encapuchados falsos en las marchas, o la utilización que se hizo de la bomba

17 La Policía de Investigaciones de Chile.

en Escuela Militar con las denuncias de terrorismo, esto nos hace poner en duda la posibilidad de que un movimiento social radicalizado y explícitamente violento tenga aceptación en el medio social, que sea masivo y defienda las masas. Más bien parece que sería fácil de criminalizar, agarrar, se harían nuevos montajes y se abusaría del terrorismo de Estado constantemente. Incluso los mismos pobladores y vecinos que componen ese movimiento terminan enjuiciándolos y terminan en cana, y fin se acabó. Entonces hay que estar conscientes también de esas nuevas violencias, más refinadas quizás, para poder presentar una estrategia política que sea válida y pueda responder a la dinámica estatal.

A varios/as nos causa aprehensión pensar en una radicalización en términos violentos de los movimientos sociales, ya que entonces se pueden prestar para causar violencia a otras personas, que quizás son incluso parte del mismo movimiento u otras personas que ni siquiera están involucradas o no tienen nada que ver con el Estado opresor. Esto ha pasado con las quemas de quiosco y quemas de autos.

Nos preguntamos cómo se podría plantear una radicalización de los movimientos sociales en términos no violentos. Una radicalización que tuviera que ver quizás con algo más intelectual, con romper ciertos límites, sin tirar bombas, sin matar, sin torturar a nadie. Pensamos en la potencia que pueden tener ciertos eventos como generar presencia provocadora en una catedral, realizar una performance, manifestarnos de la plaza Italia para arriba.

Considerando intervenciones políticas no violentas que operen como manifestación inesperadas para un sistema que lo que espera es el golpe, y tomando en cuenta el período del cual hablamos, es interesante lo que hizo el movimiento estudiantil sobre todo el año 2011 con lo de las “1800 horas por la educación”, el thriller de Michael Jackson de la educación, y una serie de intervenciones de ese tipo. Porque al final, *Publimetro*¹⁸ no pone en la portada a la marcha y que quedó la cagada, porque se espera que eso suceda, o porque no quieren ponerlo, o porque no quieren decir el número de gente, pero sí ponen en portada el thriller de la educación. Es posible pensar que esos ejercicios no violentos también atacan la violencia estructural o el ejercicio de invisibilización de otras maneras, con ese ejercicio más creativo. Eso si no sabemos con exactitud hasta qué punto el efecto de este tipo de acciones es más potente.

Cuerpos marcados y cuerpos invisibles

Las diferencias de clase, etnia, sexo y género marcan tanto nuestras experiencias, como la falta de experiencias personales relacionadas con violencia política. Uno de nosotros recuerda un hecho que le pareció súper violento y le ha dado vueltas muchas veces cuando habla de violencia. En la Universidad Católica a veces hacíamos marchas internas y esas marchas internas terminaban en el Campus San Joaquín tomándose la calle Vicuña Mackenna donde llega la Federico Santa María. Y en varias de esas oportunidades en vez de que

18 Diario que se entrega gratuitamente en el metro de Chile

llegaran los guanacos (que están siempre instalados afuera del campus Juan Gómez Millas de la Universidad de Chile) los pacos cortaban las calles y nos acompañaban en la marcha, dejaban que nos diéramos la vuelta en filita, ordenaditos, y cuando llegábamos de regreso al campus San Joaquín, más de una vez nos dijeron “éntrense, ustedes son gente decente”. Con ese mensaje, nos ponían en otro lugar en la interlocución del movimiento social. Nos sacaban del lugar de agentes movilizados, buscando que no empatizáramos con el descontento nacional, y apelando a una identidad de clase súper presente en la Universidad Católica. Trataban justamente de sacarnos del movimiento para depositarnos en otro lugar, apelando a ganancias de privilegios que eran concretas y materiales, pero que te posicionaban desde otro lugar lo que es un acto súper violento. Yo no soy la persona más blanca del mundo, pero reconozco ciertos modos, ciertas formas de vestir para ir a la marcha, ciertos grupos con los que socializas. Entonces, ¿qué es lo que me da miedo a mí? Me da miedo pasar una noche en cana, me da miedo manchar los papeles, pero no me da miedo que me saquen la cresta necesariamente. Creo que nuestros activismos se relacionan muchas veces con hechos que marcaron nuestras existencias, con historicidades que pasan a constituir un punto de no retorno. Yo me acerqué al género y a la disidencia sexual porque mi colegio era terriblemente conservador, y no pude “salir del closet” porque al compañero “hueco” que era cheerleader lo echaron del colegio.

Otra de nosotres recuerda que le gustaba quedarse hasta el final de las marchas, mirando. Como soy mujer y soy blanquita, pasaba siempre lo mismo, era impresionante porque venían los pacos y yo era invisible, y nunca, nunca en ninguna me agarraban, nadie me llevaba en cana. En mi caso hubo una historia como chistosa, que fue un día que yo estaba muy enojada por todo lo que estaba pasando, estaba súper cansada, porque para mí las marchas ya no tenían mucho sentido, estaba todo tan normalizado. Entonces era como: “ya ¿marchemos?”, “ya ¿y?, ¿y qué?”, “tiremos la piedra”, “ya ¿y?”, “¡Qué más po’ hagamos algo!”. Yo estaba muy enojada y nos sacaron el guanaco, y lo mismo de siempre, pero esta vez me puse a apuntar a un paco, que era como el jefe del piquete. Y estuve media hora al frente de él, apuntándolo, tocando un pitito y molestándolo insistentemente, pero yo no tenía mochila ni estaba haciendo nada, y nunca lo toqué, entonces no podían hacer nada y tampoco me llevaban, pero si se llevaban a otras personas. Estuve así mucho rato, mucho rato, y me sacaron muchas fotos en las cuales yo estaba como “en-ca-pu-cha-da” cuando solo usaba un pañuelo. “¡O sea un pañuelo es encapuchada!” Hasta que me puse a cortar el tránsito y ahí me puse al medio y llegaron los policías y me dijeron “te vamos a llevar en cana por cortar el tránsito. ¡Para!”. Al día siguiente esas fotos salieron en el Publimetro y después el Frente Patriótico Manuel Rodríguez hizo unos afiches gigantes en los que salía yo apuntando al policía y decía algo como: “Por la Constitución política de Pinochet” o algo así, y habían miles de flayers con mi foto y yo diciendo “¡Oye, yo no soy del Frente!”. Todo eso para mí es violencia significada y resignificada de una u otra manera.

Otra recuerda a un compañero de la UFRO¹⁹ que era mapuche y cuando iba a las movilizaciones estudiantiles y lo tomaban preso, a él lo anotaban con rojo y lo aislaban del resto

19 Universidad de la Frontera.

de los estudiantes, lo encarcelaban sólo aparte. Y lo tenían mucho más rato a él por el hecho de ser mapuche, aunque no estuviera en una movilización mapuche sino que estudiantil. El tema de la violencia y la militarización en Temuco es súper heavy en términos de la criminalización. Tú ibas a Temuco en la noche y en las esquinas te paraban los pacos y te pedían el carnet, y eso era en el año 2002. Muy brígido el tema de la violencia allá en el sur. Ahora está como un poco más evidenciado.

Hay también una violencia de postdictadura que es previa al 2013, del '97 en adelante. Ocurren dos situaciones, por un lado si no tuviste familiares detenidos desaparecidos poco menos no puedes hablar, si no tuviste la formación política de cuadros, y no te manejas en esa jerga política, tampoco puedes participar. Siento que el movimiento estudiantil, el mochilazo y los medioambientales, dan cuenta de ese hartazgo, de que “puta, no sé ni cómo se dice, no sé ni cómo se hace, pero estoy chato de la contaminación huevón, mis cabros chicos se están muriendo o estoy hasta la coronilla con el tema de la deuda”, entonces lo digo igual. Y salía como salía. Salían manifestaciones creativas, también episodios de violencia, pero la gente trataba de hacer cosas. Pero me refiero a que en el fondo había también una violencia desde los más viejos. Tiene que ver con una tradición política universitaria que establecía como tenía que ser y como tenía que organizarse.

Es complejo pensar la resistencia a la violencia política en el Chile actual

No nos es fácil pensar la resistencia actual a las violencias políticas. Hay nuevas formas de organización, protesta, colectividad y consignas que pueden tender a dismantelar ciertas dimensiones del sistema. La resistencia a la violencia política es compleja, y para que esta sea efectiva necesitamos levantar una demanda social y eso implica concientización, lo que es bastante difícil de lograr. Si la resistencia no es colectiva caemos al final en el discurso neoliberal de la libertad individual y de lo que yo quiero o no hacer. En ese sentido las demandas tienen que ser colectivas, y en función de los intereses se tejen alianzas para realizar esos objetivos. La resistencia colectiva se puede pensar en relación a los intereses máximos que puede haber en una sociedad.

En las movilizaciones estudiantiles del 2000 al 2009, actuaron organizaciones de resistencia. La educación pública estaba cayéndose y nadie se quería movilizar, todavía corría el susto de la regresión autoritaria, el miedo a que vuelvan los milicos y por lo tanto el llamado a no organizarse. Lagos, el primer presidente socialista después de Allende, con el Crédito con Aval del Estado afirmando que “es una buena política pública, no sean egoístas con sus compañeros de universidades privadas”. Entonces la resistencia ahí era ir a asambleas, tener la convicción de ir a la sala de clases de compañeros en clases y decirles: “Escuchen hay un problema, estamos celebrando que entramos a la U pero hay un problema gigante con la gente de las universidades privadas.” Y cuando te responden que son huevones flojos que no estudiaron decirles “No loco, son igual que tú”. Era ir a Plaza Italia sin suficiente gente para llenar la Plaza y marchar igual sin estar cubiertos por una identidad de izquierda. Y esas eran las mismas demandas del movimiento actual, hay que hacer el ejercicio de rescatar

los años que demoró el acercamiento de las universidades privadas al de las universidades tradicionales, donde hubo que abrir puentes de diálogo y fue necesario desarmar ese fantasma. Esa sería una de las resistencias de las que me tocó participar.

Creemos que la violencia política se enfrenta con prácticas democráticas, en ese sentido la democracia se puede pensar en sí misma como práctica de resistencia. Me refiero a la democracia como parte de la armadura de poder, formada por una disciplina democrática que se traduce en la capacidad de juntarse, de abordar y resolver temas. Se trata de la democracia como verbo, del ejercer democracia.

Pero si ahora tengo dos hijos y una pega, haciendo mi rutina, sobreviviendo no más... ¿Cómo resisto democráticamente? Hay que politizar la violencia que no te permite fundirte en un espacio colectivo. Si te despiden es el sindicato el que opera como la democracia que te protege de ese despido. Es importante pensar esas prácticas democráticas que se oponen a la violencia política, una violencia que no es solamente ejercida por la policía.

El reconocimiento más amplio de la violencia política en el Chile actual es más bien sesgado, no parece ser una demanda general, ha pasado a ser una tema invisibilizado en la actualidad, el tema sigue vigente principalmente en relación al período dictatorial. Más bien hace falta convencer a la gente de que esto sigue sucediendo, porque para la mayoría “ya no hay detenidos desaparecidos”, y “a los mapuches les pegan porque se la buscaron”.

Otro de nosotres recuerda que cuando estás en una movilización frente al guanaco mismo corres, arrancas con tus amigos. En las marchas nos vamos temprano “antes que quede la cagada”, y así evitar el contacto más físico, el enfrentamiento violento con la policía. En la Universidad Católica organizábamos talleres los días de las marchas, entonces era motivo o excusa para irse temprano “a tomar tecito”, mientras que a otros cabros les están sacando la mierda. Operaba al final como excusa, para no “mojarse el potito”, porque ahí ya no estabas tan protegido, al final estay acostumbrado a tu sitio de privilegio. Aunque en las asambleas el discurso puede ser “¡Vamos hermano!”, “¡Arrodillemos al sistema!”. Pero al final éramos bien portados. Yo creo que para resistir efectivamente la violencia política no te tienes que portar tan bien. Yo no tengo a nadie que me saque de la cana y no soy tan blanco tampoco, entonces sé cual es mi límite y asumo las consecuencias. ¿Qué tanto de esto es resistencia y qué tanto es autocomplacencia?

Tienes quizás ciertos datos de abogados cercanos a amigos que te puede sacar rápido en caso que sea necesario, pero no veo que haya una resistencia más allá. Cuando vas a constatar lesiones o haces una denuncia terminas además metiéndote al sistema. No hay un movimiento social en contra de la violencia política, no es un tema con impacto mediático. La violencia política pasa a ser un hashtag frente a una coyuntura, pero eso dura una semana. Estamos pensando también desde los discursos que vemos en nuestras casas, de personas que no están muy comprometidas y no se sientan a pensar cotidianamente en la política, personas que asumen una realidad en la cual cada quien gana su sueldo y vive su realidad. Recuerdo a Rodrigo Avilés y creo que he escuchado más el discurso que refiere a

los “pobres pacos” que al “pobre Rodrigo”. Más bien en el caso de Avilés se decía “que lata lo que le pasó”, pero se suele hacer referencia a oposiciones de fuerzas destacando también la violencia que sufren los pacos, así se transforma en un enfrentamiento entre pares, una guerra entre dos sin reflexionar en torno a la dinámica que ahí existe.

Estos casos emblemáticos al final son casos que llegan a los medios porque las familias tienen cierto poder para meterlos, como en el caso de Rodrigo Avilés. ¿Pero quien levanta a Matías Catrileo? Ahí uno se entera por otros medios, panfletos y flyers, o por Londres ³⁸²⁰ que lo recuerda constantemente. Entonces si el nombre Catrileo nos suena es porque existen otros medios que logran posicionar ciertos nombres que no salen en los oficiales. Eso es también una forma de resistencia, ¿pero hasta dónde llega? Porque la “señora Juanita”, la vieja de la esquina, la vieja del quiosco, esa señora lo único que consume en su vida es TVN desde las ocho que se levanta hasta las doce que se acuesta. Cuando pensamos en la sociedad chilena actual el panorama no es alentador, la desigualdad social es impactante, pero además existe una masa de personas, de todas las clases sociales, que son desinteresadas, ignorantes, que se dicen apolíticas y se compraron el discurso neoliberal de la libertad individual donde la colectividad no tiene lugar. Son personas que opinan cosas como “yo creo que los chilenos no están preparados para la educación gratuita”, y con eso cierran la discusión.

Si no haces una demanda colectiva la resistencia es individual, y puedes ser el más disruptivo, el más florerito y revolucionario, pero terminas siendo tú en el mercado neoliberal haciendo tu show propio para decir que eres resistente, y nada más. La posibilidad de resistir en base a alianzas me parece vital, a partir de la conciencia de un sujeto social con identidades móviles que está sujeto/a a violencias institucionales diversas. Es necesario romper con la autocomplacencia de la resistencia y con las zonas de confort. Que no terminemos siendo un grupo de activistas donde somos siempre las mismas mirándonos las caras y sintiéndonos súper resistentes.

Algunas reconocemos cierta herencia familiar de los ochenta que nos ha marcado, y desde ahí nos pensamos como personas que van más al choque en las protestas. En mi familia lo denominamos “cuando se te baja la máscara”, que es cuando no te puedes quedar callada ante una situación y no es que no haya miedo, pero como dicen “los valientes no son los que no tienen miedo, sino los que tienen miedo y lo enfrentan, hacen cosas igual”. Si en las marchas veo una injusticia intercedo, me da miedo que el paco me pegue o me lleve en cana, sé que es una posibilidad, pero es tal la adrenalina que una se enfrenta igual. Pero también reconozco ese sentirme respaldada, que si me llevan en cana van a llamar al tío abogado y me van a sacar, o si hay que pagar algo le voy a poder pedir a mi papá.

Están quienes hacen resistencia virtual, que pasan todo el tiempo frente al computador publicando en Facebook “Te apoyamos Rodrigo Avilés”. Pero ¿están haciendo algo más allá del computador? Podríamos nombrarles como activistas virtuales, gente que comparte contenidos interesantes, “el revolucionario en Facebook”. Del año 2000 en adelante efectivamente

20 Espacio de memoria desarrollado a partir de la recuperación de un ex recinto de detención de la dictadura.

las redes sociales son un elemento súper importante, es una estrategia que se conversa, pensar cuál va ser el hashtag, está twitter y el manejo de cuentas. El activismo de Facebook no parece orientarse a un objetivo necesariamente transformador, más bien se relaciona con la expresión de una crítica, y este activismo se realiza en la crítica misma como enunciación.

Pero los activismos en redes sociales y especialmente Facebook nos generan sentimientos encontrados. Para algunos enunciar causas políticas únicamente en redes sociales está lejos de ser activista, aunque algo pasa cuando ciertos temas se tratan más en redes sociales. El debate sobre el aborto es un claro ejemplo, es distinto cuando este debate se realizaba hace cuatro años, ahora las redes sociales están más activas en torno a estos temas, y le parecen post políticos a personas que no están vinculadas a la temática y eso sí puede tener efectos.

Era fácil sentir que se participaba de actos de resistencia cuando se estaba en la universidad, cuando ibas a marchas, gestionabas proyectos e incluso cuando se traía a invitados/as a hablar de cosas que no se hablaban en la universidad (como derechos laborales, diversidad sexual, temas de género en general), o cuando organizábamos talleres para personas externas a la universidad. Eran instancias que se daban constantemente.

Es importante predicar con ejemplos, ser activista en la vida diaria con pequeñas revoluciones que inspiren a otros. Al interior de la Universidad Católica, que es representativa del conservadurismo de la institucionalidad chilena, generamos alianzas y llevamos a cabo micro-resistencia. Cuando se le cerraban espacios a la gente de Queer UC,²¹ que no es un movimiento queer sino como el Iguales²² de la Universidad Católica, pero les cerraban la sala para sus actividades entonces ahí nosotros les prestábamos amplificación y se terminaba haciendo la actividad en el patio. Así burlábamos un poco el juego de los espacios públicos y privados de la universidad, por ejemplo.

Hay un clásico de Valparaíso que es una televisión que pusieron afuera de una casa y dice “Apaga la tele, vive tu vida”, considero que eso es activismo, es resistencia porque poner esta tele desenchufada es hacer algo, la gente que lo lee pensará en algo. También pensamos en un video que anda circulando y muestra un grupo de jóvenes encapuchados que en una cuestión de pocos minutos hacen un grafiti en un metro y por altavoz dicen “¡Dejen de rayar, que el tren avance!”. Con ese video volví a creer en la revolución no violenta porque no se está haciendo daño a nadie pintando un vagón del metro y el que paga es el señor Transantiago que nos cobra \$750 cada vez que subimos.

Rescatamos pequeños actos de resistencia que se dan en la vida cotidiana, una de nosotres lo denomina la “pequeña revolución pequeña”. En relación a esto uno de nosotres recuerda que cuando agarraba con su pololo en la calle una vez les tiraron un escupo en la calle, y considera que eso es también un acto de resistencia. También rescatamos experiencias como

21 Queer UC es una organización de diversidad sexual de estudiantes de la Universidad Católica

22 Fundación IGUALES es una organización chilena que desde el año 2011 se dedica a la promoción de la igualdad de derechos de las minorías sexuales.

participar de huertos colectivos con vecinas y vecinos. Aun cuando los temas de diversidad sexual y ecología puedan ser muy elitizados al interior de los movimientos sociales, hay un acto de resistencia cuando logras que todo un edificio deje de comprar en el supermercado Líder que está a ocho cuadras y empiezan a participar de la huerta.

Nuestras decisiones en el mismo espacio universitario pueden ser resistentes, optar por investigar temas de violencia, sexismo y heteronormatividad en el ámbito médico se relaciona también con las resistencias que nos interesa hacer. Son formas de abogar por los temas que consideramos relevantes. Y estas acciones pueden influenciar a otras personas, les metes el bichito y después tienen menos miedo y hablan. A otros nos sigue costando sentir que efectivamente participan de formas de resistencia al menos que participen de acciones más colectivas, organizadas y masivas.

Pero también el espacio familiar se vuelve muchas veces espacio de resistencia, cuando en discusiones con familiares que hablan de “los lumpen y agitadores” en las marchas, eres capaz de interpelar y cuestionar lo que ellos/as ven en la tele, socializando demandas y elementos que no aparecen en los medios oficiales y difundiendo ciertas páginas de prensa alternativa, por ejemplo. Todos estos pequeños actos igual suman.

El trabajo en poblaciones que hacen algunas de nosotres es una forma de activismo y resistencia súper importante, es educar a la gente, a los niños, y entregarles herramientas, ahí está para algunas la resistencia de verdad. Pero esto también se puede problematizar, el hecho de ir como estudiante universitario a hacer un taller a propósito de la violencia política, o el acoso sexual, porque tú con tu elite y tus privilegios te crees en el lugar de poder ir a concientizar a esta persona. Pero también puedo defender esta acción asumiendo las herramientas que tengo que se vinculan al mundo teórico-académico, y en vez de tirar piedras estudio la historia del movimiento social y trato de traducirlo en un lenguaje más cotidiano para hablar con una señora a la cual quizás le quede alguna noción. Cuando participaba del grupo Champurria trabajamos temas de género en colegios municipales, también trabajamos con centros de estudiantes y en Londres 38. Se trataba de generar conversaciones transversales, inevitablemente te posicionas desde lo universitario, pero tratas al menos de hacer algo colectivo.

Una de nosotres recuerda que hace poco hablaba con su hermana que trabaja defendiendo los derechos de los niños, y le decía que se quería ir de Chile, que le cargaba, que como artista quería poder vivir bien, que no le gusta cómo funciona Chile y no creía que logre cambiar porque hay demasiada gente que no quiere cambiar el sistema, que les gusta el neoliberalismo, el consumo y la superficialidad. Entonces le decía que ya que el sistema no va a cambiar “la que se tiene que ir soy yo”. Y ella me dijo: “si todas las personas pensarán como tú el país jamás va a cambiar, lo que tu deberías hacer es quedarte y luchar”. Entonces ahí está esa opción de quedarte y luchar pero sin saber si vas a vivir para ver ese cambio.

Es imposible comprender nuestras luchas si no las vinculamos con luchas previas

En nuestra narrativa hay un diálogo constante con luchas previas y especialmente con el período de la dictadura, pero también la identificamos como muy marcada generacionalmente. Encuentro que nuestra narrativa y los conceptos que usamos están muy marcados por nuestra clase social y generación, cuando la leo siento que si se la leyera a alguien de la generación de mis papás o tíos quizás no les resonaría tanto. Nos preguntamos si quizás por este imaginario distinto no logramos aterrizar experiencias tan concretas de violencias sufridas y de resistencias.

Sentimos que hemos podido denunciar constantemente excesos de violencia, pero estas violencias parecen más difusas, quizás debido a que en la generación previa a la nuestra esa violencia era ineludible a la vista: con sangre, con muerte y masiva. Nuestros temores son otros, un temor a la mancha en el papel más que al golpe, y consideramos que esto se relaciona probablemente con nuestras experiencias de movilización universitarias, y la marca de estatus que eso implica.

Nos preguntamos también por qué el miedo no fue un tema central ni recurrente para este grupo, quizás porque nos movilizamos sabiendo que no nos van a matar, es decir, lo peor que nos puede pasar no es eso. Antes era una posibilidad real, y eso es un gran cambio. Es curioso que ahora pareciera cómo que se perdió el miedo, pero al mismo tiempo se hacen menos cosas arriesgadas que antes. Y ahí nuevamente hay quizás una diferencia generacional, ya que pudimos expresar nuestras opiniones desde jóvenes, en las redes sociales, podemos hacernos escuchar y eso remite a un discurso muy contemporáneo. Podemos cuestionarnos qué tan efectivas son los usos de esas plataformas virtuales, pero da la sensación al menos de estar menos cohibidos/as, de hacernos ver y de alzar más la voz.

A algunas nos parece que los modos en los cuales operan y se experimentan las violencias se han vuelto cada vez más difusos. En dictadura pareciera que todo el tiempo se torturaba y mataba, y listo. Ahora con esta izquierda que parece derecha, tenemos a estos carabineros que son los que te protegen, pero también son los que te golpean, y todo es un poco difuso y nublado. No queda muy claro quién es el contrincante. Todo está un poco difuso en general en la vida. Es que si te violenta el que te cuida es difícil.

Entonces el actor que ejerce esta violencia es difuso, ya que la violencia nos aparece como un conjunto de experiencias fragmentadas. Lo que no cuaja parece ser el enemigo de nuestra generación. Por ejemplo, ya nadie tiene miedo de que vuelvan los milicos, por lo tanto esa dimensión del miedo ya no está. Pero también sabemos que el sistema sigue siendo el mismo.

¿Se puede discutir sobre violencia política, activismo y resistencia en Chile desvinculándose de la izquierda? Sabemos que en el fondo si es posible y que existen por ejemplo movimientos pro-vida que cuelgan guaguas como sucedió en la Universidad del Desarrollo. Pero aun así consideramos algunos que las movilizaciones siempre parecen ser más bien de izquierda. Pero al discutir en torno a casos concretos volvemos a encontrarnos con complejidades y

paradojas. Por ejemplo, consideramos que una agenda de género debería ser parte de una política de izquierda, que necesita cuestionar lo que se ha perdido al excluir a las mujeres del espacio público. Eso apunta también a vivir lo más libremente posible y construir fuerzas que permitan sostener la sociedad de maneras más democráticas.

Pero reconocemos también que los derechos de la mujer o la desigualdad de género han sido muy manoseados por todos los aspectos de la política. Cuando desde la derecha se habla de desigualdad de género creemos que no se problematizan las causas estructurales que el sistema capitalista tiene a la base, la división sexual del trabajo que sigue vigente hasta el día de hoy. Y es paradójico también que la izquierda demorara muchísimo tiempo en apropiarse de temas de desigualdad de género, si en el fondo hasta hace muy poco las figuras icónicas de la izquierda eran súper machistas también, súper patriarcales y estereotípicas masculinas. Siguen siéndolo de hecho, pero el discurso que se da ahora es también otro. Ahora hay una cosa más políticamente correcta de no hacer ciertos comentarios sexistas u homofóbicos. Aunque el concepto de feminismo se lo apropia poco la derecha, el *Vamos mujer*²³ jamás se va a definir como organización feminista.

¿Se puede en nuestra sociedad chilena hablar de movilización social o violencia de Estado sin hacer referencia a la dictadura? Creemos que no es posible. De hecho hace poco en estas movilizaciones pro vida había personas que decían en un video que salió en redes sociales “esto no tiene nada que ver con la dictadura, por qué meten la dictadura”. Pero para nosotres es súper evidente dar cuenta que si hay vinculación. Entonces siento que siempre terminamos hablando de la dictadura, estamos hablando siempre de cómo nuestros activismos y todo lo que está pasando ahora no se puede desligar de lo que vivieron generaciones previas. Nos es imposible comprender nuestras luchas si no las vinculamos con luchas previas y nos preguntamos si eso habrá sido siempre así.

Nos leemos y nos parece que somos poco concluyentes y muy fragmentados para emitir nuestras opiniones, como que todo va con punto seguido. Bromeamos con que somos “una manga de amarillos”, pero nos reconocemos también como más realistas en el sentido de saber que no tenemos la verdad y que nuestras formas de pensar han cambiado con los años. Nos sentimos como redibujando a un enemigo difuso y una violencia política múltiple y multiforme. Quizás por eso nos ha costado tanto decir que es o no violencia, porque reconocemos como violencia desde el paco que te pega hasta la colusión que llevó a que subieran el precio de papel confort. Se trata finalmente de una violencia sistematizada y sistémica. El sistema es violento e hicimos de la violencia nuestro sistema.

23 “Vamos Mujer” es un movimiento liderado por la esposa del ex presidente Piñera que tiene como objetivo reunir a las mujeres de la oposición para el desarrollo de políticas públicas.

